



ISSN 0717 – 5949

ANUARIO

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR

Nº 33, AÑO 2019



ANUARIO

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR

N° 33, Año 2019

Academia de Historia Militar



ANUARIO N° 33
DIRECTORIO 2019

Presidente, General Andrés Avendaño Rojas

Vicepresidente, Señor Rafael González Amaral

Directores

General John Griffiths Spielman

General Tulio Hermosilla Arriagada

General Cristián Le Dantec Gallardo

Brigadier Raúl Dinator Moreno

Brigadier Gabriel Alliende Figueroa

Dr. Isidoro Vázquez de Acuña y
García del Postigo

REVISTA ANUARIO AHM

La Revista Anuario es el órgano oficial de difusión de la Academia de Historia Militar, la cual fue creada el 09 de agosto de 1977 como una corporación de derecho privado sin fines de lucro, cuya finalidad es investigar y difundir la historia militar, con énfasis en la de Chile y su Ejército.

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

La reproducción total y parcial de cualquiera de los artículos contenidos en la presente edición, sin la expresa autorización de la Academia, está prohibida. La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

Nuestra Portada

En la portada, imagen del general Emilio Körner Henze y cadetes de la Escuela Militar durante la revista de reclutas, el 7 de septiembre de 1911.

Composición de Juan Pablo Bravo.

Academia de Historia Militar. 1ª. Edición, Santiago de Chile 2019

Registro de Propiedad Intelectual

N° 2020 – A – 377

ISSN 0717 – 5949

ÍNDICE ANUARIO N° 33

Presentación.	p. 2
1. La educación en el ejército: una mirada histórica. <i>Por Claudio Tapia Figueroa</i>	p. 4
2. El Ejército de Chile en el cambio de siglo. <i>Por Francisco Balart Páez</i>	p.34
3. Evolución de las unidades blindadas en Chile. 1944–1982 <i>Por Pedro Hormazábal Espinosa</i>	p. 46
4. Chilenos en armas. El llamado de la patria y la economía del valor. <i>Por Sergio Rosales Guerrero.</i>	p. 70
5. Vientos de rebelión en Chile. 1932–1940. <i>Por Roberto Arancibia Clavel.</i>	p. 90
6. En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú (1974-1975). Alcances y fuentes <i>Por Claudia Arancibia Floody.</i>	p. 124
7. Los ejércitos de operaciones en Chile entre los años 1813 y 1891 <i>Por Pablo Rodríguez Márquez.</i>	p. 146
8. La Movilización de 1975. El ejército en la crisis con el Perú <i>Por Arturo Fernández Rodríguez.</i>	p.172

PRESENTACIÓN ANUARIO 2019

El “Anuario de la Academia de Historia Militar” alcanza este año su edición número treinta y tres, regresando a su formato en papel para beneplácito de nuestros miembros académicos. Esta edición, siguiendo la tendencia del año pasado, presenta la recopilación de ocho artículos que fueron publicados en el sitio “Perspectivas de Historia Militar” de nuestra página web durante 2019. Además, hemos querido incluir uno de los artículos de nuestra edición digital de 2018.

Los trabajos que en esta edición les presentamos, dan cuenta de la diversidad de temas e inquietudes de nuestros miembros académicos. En términos generales, se refieren a diferentes aspectos derivados de los cambios o impactos producidos en la Institución durante los siglos XIX y XX. Así, tenemos el trabajo escrito por el profesor Claudio Tapia Figueroa, titulado “*La educación en el Ejército: una mirada histórica*”, que aborda el cómo el Ejército de Chile ha buscado a lo largo de su historia, en la medida de sus posibilidades, generar una sinergia entre la necesaria instrucción militar y la preparación y educación de ciudadanos a fin que contribuyan al país. El trabajo del profesor Francisco Balart Páez, “*El Ejército de Chile en el cambio de siglo*”, nos presenta un breve ensayo historiográfico que retrata las vicisitudes del tránsito del siglo XIX al XX en Chile, en los ámbitos político, económico, social y cultural y su impacto en el Ejército.

En la segunda mitad del siglo XX, el Ejército además tuvo que adaptarse a los nuevos tiempos y necesidades que se derivaron de la evolución tecnológica, los que incluso llevaron al desarrollo de nuevas armas. Así, el teniente coronel Pedro Hormazábal Espinosa en su artículo “*Evolución de las unidades blindadas en Chile. 1944–1982*”, nos expone los antecedentes, comienzos y desarrollo de las unidades blindadas en el Ejército de Chile.

En esta edición también se reflexiona respecto del significado valórico del servicio a la patria, que el coronel Sergio Rosales Guerrero aborda en su artículo “*Chilenos en armas. El llamado de la patria y la economía del valor*”, en donde plantea que el servicio a la patria constituye una expresión de identidad propia de los países y de las sociedades que en ellos se desarrollan.

También ha sido también objeto de nuestras preocupaciones, la forma y circunstancias en que a lo largo del s. XIX el Ejército ha organizado sus diferentes ejércitos de operaciones, tema que el teniente coronel Pablo Rodríguez Márquez describe en su artículo “*Los Ejércitos de Operaciones en Chile. 1813–1891*”.

Derivados de nuestro concurso de investigación para miembros académicos, se presentan dos artículos muy interesantes, relacionados con temas que profundizan en dos crisis, —política una e internacional la otra—, que el país enfrentó durante el siglo pasado. El primero de ellos es “*Vientos de rebelión en Chile. 1932–1940*”, escrito por el general Roberto Arancibia Clavel en el que el autor aborda el ambiente político y su impacto en el Ejército, como prolegómeno del período comprendido entre los años 1969 y 1973, en los que se produjeron los movimientos denominados “Tacnazo y Tanquetazo”.

El segundo artículo presentado en el marco del concurso académico, fue escrito por la señora Claudia Arancibia Floody, titulado “*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú (1974 – 1975). Alcances y fuentes.*”, tiene como objetivo analizar de forma panorámica la producción historiográfica relativa a la crisis entre Chile y Perú ocurrida durante los años 1974 y 1975, centrándose en el ámbito militar. En él se revisa las distintas publicaciones existentes sobre el tema, escritas tanto en Chile como en el Perú, dando cuenta de sus alcances y particularidades.

Finalmente, el artículo del coronel Arturo Fernández Rodríguez, titulado “*La movilización de 1975. El Ejército en la crisis con el Perú*”, complementando el anterior, nos expone como Chile pudo sortear la crisis con el Perú durante dicho periodo.

Esperando que la lectura del Anuario N° 33 sea de su agrado, los invitamos a que en 2020 podamos contar con un artículo de su autoría y así, entre todos los miembros de la Academia, continuemos contribuyendo a la difusión y el conocimiento de la historia de nuestro Ejército y de nuestro país.

General Andrés Avendaño Rojas
Presidente
Academia de Historia Militar

LA EDUCACIÓN EN EL EJÉRCITO: UNA MIRADA HISTÓRICA

POR CLAUDIO TAPIA FIGUEROA*

ABSTRACT

El Ejército de Chile ha buscado a lo largo de su historia y en la medida de sus posibilidades generar una sinergia entre la necesaria instrucción militar y la preparación de ciudadanos que contribuyan al país. Para tales efectos, una vez alcanzados los objetivos de organización nacional, se estableció la necesidad de contar con una estructura de oficiales y clases preparados para enfrentar los desafíos de la guerra, pero también para ser un aporte al país. Este primer impulso se generó hacia mediados del siglo XIX. Posteriormente, tras la Guerra del Pacífico, se dio paso a un segundo proceso de modernización de la mano de los instructores alemanes, con el desafío no menor de la implementación de un servicio militar obligatorio. Así, la educación de oficiales, clases y la tropa pasó a ser una de las prioridades institucionales a lo largo del siglo XX, tanto desde la perspectiva de la profesionalización, como de la tecnificación y la capacitación de los miembros del Ejército.

Palabras clave:

Ejército de Chile – Educación – Siglo XIX y XX – Historia

INTRODUCCIÓN

La generación de una política educacional en Chile ha sido tal vez uno de los procesos de más larga duración en nuestra historia nacional. Modelos, teorías, metodologías y técnica son elementos que en la actualidad forman parte importante del *corpus* de cada discusión en torno a la cobertura y la calidad. En

* Licenciado en Historia por la Universidad de Valparaíso, Magíster en Estudios Internacionales por la Universidad de Chile y Doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Actualmente es académico del Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad Técnica Federico Santa María, en el Campus Santiago. Es miembro de la Academia de Historia Militar desde el año 2003.

tal sentido, ha sido a través de la historia del país cuando las instituciones responsables de la construcción de una política educacional se fortalecieron en torno a la discusión política y técnica, permitiendo avances que, cada cierto tiempo, son parte de nuevos debates que buscan mejorar los procesos. No queda lugar a dudas que el tránsito entre la emancipación y la organización nacional incluyó de alguna forma la discusión sobre la educación en el país, tratando de abarcar a los sectores populares, independientemente de sus resultados. Sin embargo, no sería hasta el advenimiento del siglo XX cuando la relevancia de aumentar la base educativa a niveles masivos fue una búsqueda relacionada con la idea de progreso nacional, teniendo la educación también un componente de responsabilidad ciudadana.

En tal escenario, el Ejército de Chile debió avanzar también en la preocupación por la educación de su personal en sus distintos niveles y haciéndose cargo de la realidad del país. Esta acción con el tiempo pasó a ser parte integral de la política institucional, quedando estructurada en organismos, metodologías, prácticas y procesos de revisión, que permitieron avanzar desde la precariedad y las limitaciones propias de la institución castrense en el siglo XIX, hacia un esfuerzo sostenido y profundizado a lo largo del siglo XX, desarrollando una acción educativa en todos los niveles de preparación de su personal.

No obstante, se debe destacar la tarea institucional, una vez iniciado el Servicio Militar Obligatorio en 1900, en favor de la educación inicial del soldado conscripto, mayoritariamente analfabeto a la llegada a los cuarteles. Esta misión sería, a la postre, uno de los mayores y más potentes iniciativas educacionales, anterior incluso a las políticas sistemáticas de educación de adultos del Estado chileno, siendo ya esta acción un hecho destacable, pero a la vez escasamente reconocido por la historiografía nacional.

En las páginas siguientes se busca presentar de forma sucinta la evolución histórica de la política y las acciones en el interior del Ejército de Chile en cuanto al proceso de educación de su personal, en clara sintonía con las políticas educativas del país.

LA ANTESALA DE UN EJÉRCITO INSTRUIDO

El Ejército, como una de las instituciones más antiguas de Chile, se ha tenido que adecuar a los procesos de transformación, modernización y ajuste en los escenarios históricos en los que se ha desenvuelto a través del tiempo. Bajo esta premisa, es que, al adentrarse en los estudios de la educación en el interior

del Ejército, se debe señalar que entenderemos este proceso como la acción mediante la cual las autoridades militares capacitan a su personal en los diferentes ámbitos de la vida castrense, pero, además, en aspectos relevantes de su rol social como parte integrante del país.

Desde esta perspectiva, se debe reconocer que los primeros intentos de organización militar en Chile se remontan a los tiempos de la conquista, proceso que en Chile se llevó a cabo por hombres provenientes tanto de la Península Ibérica como por otros que ya habían llegado a tierras americanas y que se encontraban en ciudades como el Cuzco. Así, la primera expedición terrestre hacia estas tierras se produjo en 1536 bajo el mando de Diego de Almagro, quien dirigía una fuerza que bordeaba, según las cifras de la época, los quinientos hombres.¹

Ahora bien, ¿cómo estaba compuesto este grupo? Mayoritariamente era población sin mayor entrenamiento militar, lo que era una de las principales características de las expediciones militares de la conquista: la denominada “hueste indiana”, hombres —y en algunos casos mujeres— que acompañaban a un conquistador que poseía la capitulación —una especie de contrato— que autorizaba su viaje y la posterior toma de posesión de tierras en nombre del Rey. Una vez realizado este acto con la fundación de una ciudad, se iniciaba el proceso de reparto de tierras en el que las recompensas a los hombres estaban relacionadas con su aporte a la campaña². Este proceso daba origen al ciudadano, al vecino, que desde entonces se preocupaba por su propiedad, pero que frente a la amenaza

¹ Al respecto cabe señalar que existen varias crónicas que hacen referencia al proceso de conquista. Sin embargo, no existe a cabalidad una que pueda declararse como la más precisa, dada la falta de documentación disponible. No obstante, a partir de los diferentes estudios que se han realizado en el tiempo, es posible reconocer algunas que tienden a entregar una mayor precisión en la información, siendo la citada aquella que a juicio de este investigador tiene una mayor rigurosidad en sus datos. Góngora Marmolejo, Alonso de. "Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado: (1536-1575) Precedida de dos estudios preliminares por Alamiro de Avila y Lucía Invernizzi Santa Cruz. [Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile], 2001. Versión digital (consultada el 20/11/2014) disponible en: http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D10211%2526ISID%253D404%2526PRT%253D10200%2526JNID%253D12,00.html. También es posible encontrarla la versión en PDF en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-8223.html>

² No está demás señalar que las principales motivaciones que llevó a los conquistadores a estos rincones eran la obtención de fama y fortuna, al igual que dejar una huella de sí, es decir, quedar en la historia del lugar. A los intereses señalados se sumaba la responsabilidad de la evangelización, en consideración a España como defensora del catolicismo.

del ataque indígena debía acudir al empleo de las armas en defensa de su ciudad y de sus términos.

Esta forma de conquista mayormente desarrollada durante el siglo XVI, dejó de manifiesto un problema que debió enfrentar el conquistador y para el cual no tenía una solución definitiva: el ejército no era permanente, no tenía preparación y, frente al ataque de los grupos indígenas, actuaba sin una mayor planificación, la que consideraba la ventaja del empleo del caballo junto al uso de los arcabuces, primacía que al poco tiempo se perdió en la medida que el indígena lograba “estudiar” al adversario, llegando a considerar como estrategia los ataques rápidos y breves por diferentes grupos de individuos, logrando desgastar a los europeos.

Tras la debacle que implicó el “desastre de Curalaba” —mirado desde la óptica del conquistador, ya que para los indígenas debió ser la “gran victoria de Curalaba”, comparable tal vez sólo con la muerte de Pedro de Valdivia en Tucapel—, se debió replantear la situación del ejército, especialmente en la zona de la frontera con los grupos indígenas —es decir, el río Biobío—, por lo que se dio un paso sustancial en la estructuración de un ejército en forma, vale decir, el término de la lógica del ejército vecinal para pasar a uno de carácter permanente y pagado por la autoridad, y cuya única función era proteger los dominios del imperio.

Este Ejército, que fue financiado por la corona hispana, se organizó por armas, es decir, infantería, caballería y artillería, situándose aquí la primera huella de una formación militar de los componentes de las fuerzas castrenses coloniales. Sin embargo, al poco andar, la disminución progresiva de los enfrentamientos con los indígenas, junto a las enfermedades que estos contrajeron en su contacto con el ibérico, dejaron a este ejército cada vez más inactivo en el tiempo y sumido en los cuarteles de la frontera, sin tener más actividades que presentarse a la lista de la “orden del día”, situación que trajo consigo actitudes reñidas con la función militar y una serie de vicios que no fueron frenados por la autoridad. Por el contrario, las fortalezas establecidas en la zona sur del territorio y dependientes directamente de las autoridades del Virreinato del Perú implicaron no solo un desafío para la ingeniería militar,³ sino también para el mantenimiento de personal calificado para enfrentar las potenciales amenazas del período, especialmente los corsarios y piratas.

³ Luis Aguirre (2009) “Niebla” Valdivia, Ediciones Kultrún.

Adentrados ya en el siglo XVIII y bajo el influjo de las corrientes ilustradas francesas, España no quedó ajena a las reformas políticas y económicas que se generaron bajo este movimiento intelectual, lo que para el mundo colonial tendría grandes repercusiones, especialmente en lo que compete a la administración de los territorios, y dentro de ello, la situación militar comprendía un espacio de relevancia, especialmente en los territorios considerados en conflicto, como era el caso del Reino de Chile.

En efecto, la necesidad del rey Carlos III de reestructurar el imperio para una mejor administración del mismo, no solo implicó la creación de nuevos virreinos en América, sino que también realizar una serie de cambios en la estructura del poder, incluyendo el mundo militar. También se buscó terminar con algunas prácticas que ya se habían arraigado en las colonias, como lo era, por ejemplo, la compra de grados militares sin haber pasado por una formación castrense, aunque fuera mínima. De esta forma, se promulgaron las Reales Ordenanzas de 1768, que tenían como propósito establecer las normas de conducta del personal militar, así como también regular la mayoría de las prácticas de la vida castrense, desde las remuneraciones hasta la disciplina. No obstante, uno de los mayores pilares de estas reformas era poner en relevancia el esfuerzo personal del soldado, modificando la tradición de la condición de nobleza en este desempeño. Las Ordenanzas tuvieron importantes repercusiones en las colonias y Chile, una década después de promulgadas aquellas por la corona, adaptó ciertos aspectos de ellas vinculándolas a la realidad local. Junto con terminar la carrera militar basada en la condición de noble o hidalgo, el ejemplo personal en cada grado de la jerarquía militar pasó a ser la esencia de la educación militar, donde la relación subordinado-superior contenía la idea de imitación de los aspectos positivos del mando directo. A su vez, las ordenanzas establecieron un cambio determinante en la carrera militar, a saber, que para formarse profesionalmente se debía pasar por la obligatoriedad de prepararse en el interior de los cuarteles, bajo la supervisión de los oficiales de las respectivas armas en las que se incorporaba, de forma tal de aprender a desempeñarse en sus tareas con el respaldo de un aprendizaje basado en la práctica. Para algunos investigadores en temas histórico-militares, es aquí donde se dio inicio a la influencia militar francesa, la que se reforzaría años después con el advenimiento de Napoleón y sus campañas militares.

NACIMIENTO DEL EJÉRCITO NACIONAL Y SUS DESAFÍOS EN LA PREPARACIÓN DEL PERSONAL

Para 1810 y en los albores del proceso de emancipación nacional ya existían avances en la idea de potenciar la educación de quienes se dedicaran a la carrera de las armas, especialmente a través de las milicias, las que fueron reglamentadas de forma tal que no solo fueran una reunión social entre aristócratas, sino una verdadera oportunidad de aprender los rigores de la formación militar. Esta situación se vio fortalecida cuando el brigadier de ingenieros Juan Mackenna presentó a las autoridades el "Plan de Defensa del Reino", en el que, entre otros aspectos relevantes, consideraba la necesidad de estandarizar las milicias, empleando para ello a los integrantes con experiencia militar, a la vez que planteaba la necesidad de enseñar a los jóvenes la carrera de las armas a través de su educación en un plantel de formación, más allá de las propias unidades militares en las que formaban hasta ese momento, citando como ejemplo el caso del Colegio de Segovia.⁴

Con el establecimiento de la Primera Junta de Gobierno se intentó aplicar el plan de Mackenna, pero los escuálidos presupuestos impidieron la aplicación de dicha iniciativa, más allá de la organización de algunas unidades militares "nacionales". Con respecto al valer militar de éstas, en la mayoría de los casos su tropa correspondía a campesinos provenientes de las haciendas cuyos dueños se incorporaron a la oficialidad de estas unidades; su mayor parte no tenía experiencia militar real, situación que tuvo repercusiones años más tarde, hacia 1813, cuando se iniciaron las campañas realistas con la finalidad de terminar con la revolución de Chile. Entre las escasas figuras con una formación militar se encontraba José Miguel Carrera, veterano de la confrontación que se libraba en España en contra de las fuerzas napoleónicas. Carrera regresó a Chile y se puso a la cabeza del gobierno hacia en 1811. Entonces llegaron las primeras tropas realistas encabezadas por el brigadier español Antonio Pareja, quien asumió personalmente el mando militar con resultados dispares. Tras las ocurrencias de las campañas realistas de Gabino Gaínza y Mariano Osorio, se puso término a la primera etapa de la lucha por la emancipación, con la derrota en Rancagua y la posterior migración patriota a Mendoza.

⁴ Juan Mackenna (1810) Plan de Defensa del Reino. Fuentes documentales y bibliográficas para el estudio de la Historia de Chile. Versión digital disponible en: http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D13490%2526ISID%253D405%2526PRT%253D13001%2526JNID%253D12,00.html [consultada 15-12-2014]

Sería en este lugar y bajo el amparo de José de San Martín donde se conformó el Ejército de los Andes, en el que la influencia militar francesa se desplegó con mayor fuerza, tanto en relación con los pertrechos de guerra como por algunos de los instructores que tuvieron la tarea de instruir a los miembros de aquel ejército, que incluía una importante cantidad de esclavos negros libertos por orden de San Martín a cambio de que pelearan por la causa patriota. Para completar esa primera etapa de la influencia gala en el ejército, en 1817 se incorporaron a sus filas Jorge Beauchef, Benjamín Viel y José Rondizzoni. En ese mismo año tuvo lugar la fundación del primer plantel de formación militar chilena, la Academia Militar, en donde el propio Beauchef tuvo una destacada participación en la educación de los primeros cadetes que pasaron por sus aulas.

La Academia Militar tuvo su primer cuartel ubicado en el antiguo convento de las Agustinas y también tuvo una breve existencia dados los avatares de la política y de la economía nacional. El plantel estaba organizado en tres secciones, una para cadetes, otra para la formación de clases y la tercera para oficiales agregados. Su cierre implicó tener que retornar a la práctica de formar a los cadetes en los propios cuerpos militares —los regimientos— bajo la tutela de oficiales más experimentados. Hacia 1823 se intentó por parte del general Ramón Freire restablecer el instituto matriz, pero la inestabilidad política nuevamente impidió consolidar el proyecto. No fue sino hasta el término del período de los ensayos constitucionales y bajo la supervisión del ministro Diego Portales, que la Academia Militar se materializaba bajo el mando del coronel Luis Pereira. Fue en este período cuando se establecieron nuevos reglamentos, tanto en lo que se relaciona con la admisión como con las exigencias de la formación militar. Se destaca en este proceso la dependencia directa de la Academia del Ministerio de Guerra y no del mando militar. A su vez, es posible afirmar que las exigencias académicas eran similares a la de los establecimientos educacionales civiles, especialmente por tener los mismos docentes que se desempeñaban en establecimientos como el Instituto Nacional y porque incluso se compraban los mismos materiales para la enseñanza en todos dichos planteles, consolidándose así no sólo la influencia militar francesa, sino que también la injerencia cultural de esa nación europea en la educación chilena.⁵ Así hubo casos como el del profesor Hippolyte Beauchemin, quien hacia 1832 se desempeñaba como docente del Instituto Nacional y que también desarrolló una importante labor intelectual

⁵ Juan Pablo Conejeros. (1999) “La influencia cultural francesa en la educación chilena. 1840-1880”. Serie investigación N°17. Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez. p.4

con la confección de manuales de estudio, ⁶ siendo el más conocido el de “Gramática Francesa” que fue utilizado como texto obligatorio en las clases de la Escuela Militar.

Pese a todos estos avances, el escenario de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana obligó nuevamente a cerrar la Academia, debiendo graduarse anticipadamente los cadetes y cabos más aventajados para ir a engrosar las filas del Ejército Restaurador, mientras que los más nóveles debieron integrarse nuevamente a los regimientos como cadetes de cuerpos⁷, teniendo que formarse en el contexto del régimen interno y teniendo algunas clases formales los fines de semana.⁸

No fue sino hasta 1843 cuando la Academia Militar pudo nuevamente reabrirse a la formación de oficiales y del cuadro permanente, tanto para el Ejército como para la Armada Nacional,⁹ bajo la gestión del presidente de la República, general Manuel Bulnes Prieto, que puso mucho empeño en la modernización de Chile en los diferentes ámbitos,¹⁰ no quedando la educación aparte de esta gran iniciativa. En tal sentido, el mandatario impulsó la educación a escala nacional con la apertura de la Universidad de Chile, entregándole a ésta la potestad de supervigilar los procesos educacionales, lo que también incluía a la Academia Militar.¹¹

Entonces el plantel debió asumir el desafío de mejorar sus procesos, para lo cual se puso a cargo del proyecto al general José Santiago Aldunate, quien como director consolidó el modelo educativo francés de enseñanza científico-humanista a los cadetes y cabos alumnos. Al respecto, en lo relativo a la educación es

⁶ *Ibíd.* pp.60-61

⁷ Ministerio de Guerra y Marina (1839) Memoria que el Ministro de Guerra y Marina presenta ante el Congreso Nacional. Santiago, p.8-9.

⁸ Reglamento para Cuerpos de Cadetes del Ejército, 13 febrero de 1838. En VVAA (1982) “Historia del Ejército”, Santiago, EMGE. p. 214.

⁹ Con fecha 6 de octubre de 1842 se estableció la ley que suprimió a los cadetes de los cuerpos e inició una nueva etapa de la Academia Militar. VARAS, José Antonio. “Recopilación de Leyes, Decretos supremos y Circulares concernientes al Ejército. 1839–1858”. (1860) Santiago, Imprenta Chilena. p.62.

¹⁰ Ministerio de Guerra y Marina (1845) Memoria que el Ministro de Guerra y Marina presenta ante el Congreso Nacional. Santiago, p.4.

¹¹ Tapia, Claudio. “La educación en la Escuela Militar bajo el amparo de la Universidad de Chile. 1842-1879” En: Revista de Historia Militar, N°10, Santiago, 2010.

interesante rescatar lo señalado en la Memoria del Ministerio de Guerra y Marina del año 1845:

"Recientemente se ha establecido la escuela de cabos con el objeto de surtir al ejército de clases de tropas bien instruidas en sus importantes deberes. Las clases son en el ejército las armas de la milicia, las que pueden influir más poderosamente para mantener una instrucción lucida, un orden i disciplina digno de imitarse; pues que el oficial no puede tener ese contacto de hombre a hombre que lo tiene la clase, sin que por eso debe hacerse respetar i exigir que se le guarde la insubordinación que le prescribe la ordenanza i que es de absoluta necesidad para el sostén de la disciplina".

Como puede apreciarse, la cita representa un interés permanente de la autoridad en cuanto a la necesidad de contar con un cuerpo militar instruido, lo que implicaba no solamente a la oficialidad.

La Academia se transformó en Escuela Militar y en 1849 comenzó el proceso de separación de los estudiantes que seguirían una formación naval. Por otra parte, la consolidación del modelo francés, tanto en lo académico como en lo relativo a la preparación militar, se vio profundizado con la contratación de instructores de esa nacionalidad para desempeñarse en las unidades militares de su especialidad;¹² mientras que hacia finales de esa década se enviaba a ciertos cadetes egresados a continuar su preparación profesional en los institutos militares de Francia. Así, la especialización en temas de artillería, ingeniería y caballería fueron las áreas que las autoridades militares nacionales dispusieron para que los estudiantes pudieran no solo perfeccionarse profesionalmente en ellas, sino que transformarse en verdaderos puentes entre las innovaciones militares francesas y las necesidades de Chile y de su ejército. Al cabo de cuatro años comenzaron a regresar los oficiales que dieron impulso a esta segunda etapa de afrancesamiento castrense, siendo varios de ellos empleados en la Escuela Militar, justamente por el factor multiplicador que este instituto implicaba en la formación de oficiales y clases, quienes saldrían posteriormente a las unidades a lo largo del territorio.

¹² Así, por ejemplo, fue contratado el sargento mayor Hilario Le Roy como “maestro de artificios militares” en el arma de artillería. También se contrataron cuatro oficiales para desempeñarse como profesores de la Academia: Julliet Saint Lager, Charles de Mounerié, Paul Joaquim y Esteban Chamoux.

Sin embargo, una de las principales amenazas al proyecto modernizador de la institución era que en las unidades regimentarias existía una precariedad de recursos materiales, pero también la base de la institución, la tropa, estaba en una condición paupérrima en cuanto su preparación educacional, escaseando en las filas soldados que al menos supieran leer y escribir. Esta realidad no distaba mucho de la situación nacional, en la cual la cantidad de personas que accedía a escuelas era mínima, especialmente en las zonas rurales, de dónde provenía gran parte de la población; además de la carencia de políticas educativas a nivel nacional. El gobierno de Bulnes trató de enfrentar esta situación sentando las bases de lo que posteriormente se conocería como el "Estado docente", especialmente con la dictación de leyes de instrucción primaria y la creación de escuelas de formación de profesores para atacar el problema del analfabetismo. Así, es posible afirmar que el Ejército de Chile fue también una de las herramientas empleadas por el Estado chileno para enfrentar esta situación.

La tarea institucional de instruir y educar al soldado se hacía más compleja en el marco nacional, más aún si se sumaban los problemas asociados a los vicios de la tropa, especialmente el juego y la bebida, lo que implicaba tener que sancionar duramente a través de castigos físicos con el fin de modificar esa conducta. Esta situación representaba una de las debilidades de la institución, que incluso fue parte del análisis que Emilio Körner realizaría años más tarde sobre la imperiosa necesidad de la modernización militar, ya que junto con los vicios estaba la falta de una preparación militar permanente, porque en este tiempo la instrucción era un asunto más de forma que de efecto.¹³

Como parte de la tarea de instruir al soldado surgieron algunas voces que plantearon la necesidad de, junto con enseñar el manejo de las armas, dar orientaciones de urbanidad y avanzar hacia una educación más integral de los efectivos, escenario que tuvo que enfrentar los vaivenes de los procesos de contratación o de "enganche", y los constantes procesos de ajuste presupuestario, que hicieron en la práctica que este proceso educador tuviera escasos resultados. Uno de los primeros esfuerzos sistemáticos enfocados en la instrucción militar fue la "Guía del instructor para la enseñanza del soldado en treinta días", documento publicado en 1845 y que se transformó a partir de ese momento en la principal herramienta de instrucción militar, la que perduró hasta las reformas militares de mediados de la década de 1880. Otro de los esfuerzos positivos dentro de la idea

¹³ Körner, Emilio (1910) El desarrollo histórico del ejército chileno. En: Patricio Quiroga y Carlos Maldonado (1988) El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas. Santiago, Ediciones del Ornitorrinco. pp.181-224.

de la educación del soldado, ahora más enfocado en una formación más transversal y no solamente militar, fue el texto "El recreo del soldado chileno", cuya finalidad era proveer a la tropa de algunos conceptos básicos de la instrucción de forma pedagógica y simple. Su autor, José Bernardo Suárez, había sido profesor en establecimientos educacionales y también en unidades militares, y llegó al convencimiento que era necesario un texto de este tipo para la preparación de clases y soldados con poco o nulo acceso a la educación formal.

En síntesis, se puede señalar que la obra se enfocó en aspectos de la Ordenanza General del Ejército, como también en breves relatos de la historia de Chile, especialmente hechos de armas, anécdotas y pensamientos orientados a reforzar la moral y los valores de los soldados. Todo ello fue parte integrante del trabajo que fue aprobado hacia 1865 por la comisión de la casa de estudios para su implementación en las unidades militares.¹⁴

Así como el "Recreo del soldado" se transformó en uno de los textos de mayor difusión en las filas del Ejército chileno, también fue parte del proceso de educación e instrucción militar se realizó a través de manuales de estudio. En efecto, estos textos se transformaron en una herramienta clave en el proceso educativo del militar chileno, porque se emplearon en su preparación mientras cursaban la Escuela Militar, como también porque después del egreso del plantel formador no existió otro proceso sistemático de formación, siendo el conocimiento de los manuales de instrucción un instrumento vital en la actividad del militar en los diferentes grados.

Estos textos se transformaron también en la tercera oleada de influencia militar francesa, ya que fueron textos preparados en ese país los que llegaban a Chile como parte del interés de los mandos por el perfeccionamiento; y también por iniciativa de algunos militares que dominaban aquel idioma y que traducían al castellano, encontrándose con enseñanzas que consideraban útiles en la instrucción de armas y/o servicios del Ejército. Uno de los ejemplos más emblemáticos al respecto corresponde a la labor de Justo Arteaga, quien, tras haber completado su educación militar en Francia, posteriormente empleó sus conocimientos mientras fue profesor tanto en la Escuela Militar como en las unidades militares en las que se desempeñó, dedicando parte de su tiempo a la traducción de manuales para el empleo de la artillería, que se transformaron en documentos oficiales a partir de 1874.

¹⁴ Anales de la Universidad de Chile, Tomo 27, segundo semestre de 1865. p.115.

Para 1879, cuando se inició la Guerra del Pacífico, la situación educativa al interior de la institución presentaba una serie de falencias relativas a su personal, porque la Escuela Militar se mantuvo cerrada entre 1876 y 1878 debido a problemas disciplinarios de los cadetes supernumerarios —es decir, aquellos que pagaban colegiatura y no necesariamente seguían la carrera militar, y más bien estaban allí por voluntad de los padres con la idea de obtener una buena educación en un régimen estricto de formación— y, por lo tanto, escaseaban oficiales jóvenes provenientes del plantel. Además, los avatares de la situación económica nacional implicaron que desde mediados de la década se iniciara el proceso de cierre de unidades militares, lo que afectó también la base de los regimientos ya que muchos clases con algún grado de instrucción fueron licenciados. Otro aspecto es que el grueso inicial de la tropa que se movilizó implicó enganchar a personas de los más variados orígenes, incluyendo viciosos y delincuentes.

Bajo esta idea fue que durante los primeros meses de organización del Ejército en Campaña, y hasta que se inició el proceso de movilización masiva de voluntarios, fueron mayoritariamente los civiles quienes completaron las dotaciones de los regimientos, donde en muchos casos la educación previa fue un motivo de rápido ascenso entre la tropa. Se llegó también a que tanto soldados como oficiales debieron estar instruyéndose de forma paralela al no contar ninguno con una formación militar previa, incluso entre las filas de las denominadas guardias cívicas.¹⁵

En cuanto a las orientaciones generales de la educación chilena, fue en el mismo año 1879 cuando se produjo una de las reformas emblemáticas que le quitó la potestad a la Universidad de Chile de examinar a los estudiantes primarios y secundarios, creando para ello una superintendencia a que le cabía dicha responsabilidad, tarea que incluía a la educación militar. Pero el contexto bélico en el que se encontraba el país impidió una acción de mayor envergadura.

Durante el proceso bélico todo el esfuerzo educativo de la institución se focalizó en la instrucción para la acción en guerra, lo que implicó adecuar las metodologías de enseñanza mientras se iban desarrollando las acciones militares, las que fueron generando la conciencia de la necesidad de replantear los diversos aspectos del combate, en la medida que muchos de los procedimientos empleados hasta 1879 provenían de las doctrinas napoleónicas y estaban en franco retiro de la guerra que se libraba por esos años. Ya en plena confrontación surgieron las

¹⁵ VVAA. (1981) Historia del Ejército de Chile. Tomo V, Santiago, EMGE, pp.44 y ss.

voces haciendo llamados a la reflexión en torno a modernizar las instituciones armadas.

Fue hacia 1885 cuando se dio inicio al mayor proceso de transformación militar del siglo XIX y que se proyectaría hacia el XX, vale decir, el inicio del proceso de germanización del Ejército de Chile.

El gobierno optó —luego de un amplio debate— por el modelo militar del Imperio Alemán, potencia europea en pleno avance en la Europa en esos años y muy interesada en establecer puentes con países latinoamericanos, dados los intereses económicos que le permitirían expandirse. De esta forma, el aspecto educacional fue uno de los motores de dicha relación, abarcando tanto la educación militar como la civil. En efecto, cabe señalar que la influencia de la potencia europea se manifestó inicialmente en el mundo militar, con la contratación de instructores de su ejército que pudieran llevar a cabo una renovación en la educación de los futuros oficiales, ya que su principal tarea sería como docentes en la Escuela Militar. En 1885 arribó a Chile Emilio Körner, quien rápidamente pasó a ser una pieza clave en los asuntos en el interior de la institución. Luego de un diagnóstico se dio paso a la discusión sobre la necesidad de realizar una profunda intervención a la organización castrense, en donde la educación de los diferentes niveles del Ejército fuera la primera preocupación. A los dos años de su llegada ya se había generado en el interior del Ejército la base necesaria para dar paso a las reformas, situación que se profundizó con la reestructuración del Ministerio de Guerra en ese mismo año y que coadyuvó en este sentido. Con respecto a la enseñanza, es interesante señalar que el gobierno seguía con interés el avance de los procesos de modernización. Un ejemplo de ello corresponde al comentario del ministro de Guerra sobre el proceso educativo dentro de la Escuela Militar:

"Las clases de aritmética y algebra que estaban a cargo de un solo profesor, lo que ofrecía serios inconvenientes, se ha dividido en 2 con su respectivo profesor cada uno. Se han establecido en el corriente año la clase de contabilidad y las que corresponden al cuarto año del plan de estudios, con excepción de la filosofía y de dibujo aplicado a las maquinas. Para este último ramo vendrá de Alemania un distinguido oficial, que lo tomara a su cargo. La gimnastica y la esgrima, desde fines del año anterior las enseña un profesor idóneo contratado en Alemania

también con ese objeto".¹⁶

Hacia 1886 se creó la Academia de Guerra, instituto que tendría como finalidad colaborar en el perfeccionamiento de los oficiales que, una vez egresados de la Escuela Militar, pudieran continuar sus estudios a un nivel superior incorporando dentro de su plan de estudios una educación científica y humanista de mayor exigencia y complementada con la historia nacional y militar, de forma que el oficial pudiese obtener en la historia de las guerras pasadas las lecciones para las que debería estar preparado.

En cuanto a la Escuela Militar, en 1887 se inició un plan de modernización a partir del cambio curricular, donde se implementó un sistema de enseñanza de características similares a los empleados por el Imperio Alemán, basados en el concepto de la educación secundaria, ya que sólo se podría ingresar a ese plantel con un mínimo de 14 años y con antecedentes académicos intachables, debiendo cursar al menos cuatro años de estudios. Por otra parte, también se redefinió el rol de los clases y sargentos, siendo necesario para éstos definir políticas educativas a partir de la denominada Escuela de Clases, que impartiría cursos de ocho meses en los que los cabos debían cursar asignaturas variadas como aritmética, geografía, escritura e historia nacional como formación científico-humanista; mientras que los cursos de tiro, nociones de fortificación, funciones de los cabos y sargentos, gimnasia e higiene militar, eran parte de su formación profesional.

Todos estos cambios quedaron asociados al ya citado proceso de modernización del Ministerio de Guerra, que estableció entre otros aspectos específicos la creación de la Dirección General de Instrucción Primaria del Ejército,¹⁷ cuya misión era la de consolidar el proceso educativo a nivel del soldado, dotándolo de herramientas concretas. Esto fue un gran impulso en la educación chilena, ya que pasó a ser una política institucionalizada que más adelante, con el inicio del Servicio Militar Obligatorio, llegaría a tener un gran impacto en la alfabetización de adultos en Chile.

Tras la crisis interna de 1891, el modelo alemán se consolidó definitivamente, especialmente con la llegada por esos años de nuevos instructores

¹⁶ Ministerio de Guerra, (1886) Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional, año 1887. p.243.

¹⁷ Ministerio de Guerra, (1887) Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional, año 1887.

con el fin de desempeñarse principalmente en las escuelas matrices.¹⁸ En ese sentido, nuevamente se produciría como efecto la relación entre la educación militar y la civil, ya que profesores destacados provenientes de la formación educacional alemana se desempeñaron en los mismos establecimientos. Fue el caso de Raymond Drouhat, quien se avocó en Chile en 1884 y comenzó a ejercer como profesor de francés después de 1895. Drouhat fue profesor tanto en el Liceo de Aplicación como en la Escuela Militar.¹⁹ Así, la relación entre los dos ámbitos educacionales llegó a tener ribetes de integración cuando hacia finales del siglo XIX y en el marco de las reformas del Estado a la instrucción primaria establecidas en el año 1898, se dispuso que la instrucción militar debía incorporarse en las aulas, lo que permitió la posibilidad de la enseñanza del empleo de armas y el desarrollo de ejercicios militares.²⁰

Por su parte, la educación de la tropa se vio reforzada con las políticas del Ejército establecidas en las reformas de 1887, que dotaron a las unidades militares de algunos implementos —en ocasiones bastante rústicos y precarios— para abordar el desafío educacional de la tropa. Se aprovechó también el hecho de que los oficiales egresados de los institutos matrices tenían una mayor preparación para enfrentar el nuevo rol de educadores en primeras letras. Además, se debieron modernizar los textos de estudio de los soldados, los que ya tenían varias décadas de empleo.²¹

LOS AVANCES CIENTÍFICOS, TÉCNICOS Y CULTURALES EN LA EDUCACIÓN MILITAR DEL SIGLO XX

Iniciado el siglo XX es posible afirmar que la preocupación del Ejército de Chile por la educación de su personal era parte relevante del quehacer de la

¹⁸ Se puede señalar al capitán Carlos Zimmermann en Táctica; al teniente coronel Gilberto O'Grady en Fortificación; capitán Federico von Erckert también en Fortificación; capitán Walter von Konigsrnarck en Equitación; capitán Eugenio von Fritsche en Hipología y Remonta; mayor Gunther von Below en Conocimiento de Armas, Topografía, Gimnasia y Esgrima; capitán Federico von Rogister en Evoluciones de Caballería; y tenientes Walter Bronsart von Schellendorf y Fritz Güttich en Instrucción Doctrinal. A ellos se sumó el capitán sueco Alfredo Schönmeier, profesor de Topografía y Levantamientos Rápidos, e instructor de Esgrima.

¹⁹ Juan Pablo Conejeros. Op. cit. p.63.

²⁰ Reglamento General de Instrucción Primaria, Decreto del 20 de octubre de 1898. en: Mario Monsalve, (1998) "...El silencio comenzó a reinar: Documentos para la historia de la instrucción primaria 1840–1920." Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Universidad Católica Blas Cañas. pp.253–257.

²¹ Aldunate Herman, Eduardo. "El Ejército de Chile. Actor y no espectador en la vida nacional" Producción Gráfica Geniart. Santiago 1993. p.177

institución, si se pretendía que la influencia del modelo alemán se consolidara. Se inició con los avances establecidos en los años anteriores como estrategia de desarrollo en la formación, pero con un nuevo proceso *ad portas* que implicaría poner en tensión los esfuerzos de oficiales y clases: nos referimos a la aprobación de la Ley del Servicio Militar Obligatorio, proceso que llevó a los cuarteles a los ciudadanos chilenos provenientes mayoritariamente del campo y sin la mínima educación, debiendo pasar poco menos de un año en las filas de los regimientos y cumplir el período de instrucción. Paralelamente, las clases elementales que impartieron oficiales y clases cumplieron con la tarea de entregar a la sociedad chilena jóvenes con nociones de educación cívica, lectura, operaciones matemáticas básicas e higiene.²²

Por su parte, los soldados más destacados podían aspirar a seguir cursos en la Escuela de Clases, donde alcanzarían los grados superiores dentro del escalafón del Cuadro Permanente mediante cursos que no sobrepasaban el año de duración. Sin embargo, los diversos problemas del Ejército, sumados a los de la falta de espacios adecuados y el compromiso de los estudiantes, derivaron en que la Escuela de Clases pasara por diversos trances que la llevaron a cierres transitorios. Esto duró hasta que mediante el Decreto Supremo N° 616 del 14 de abril de 1908²³ se logró implementar de manera estable un establecimiento para la formación del personal de cabos y sargentos. La Escuela de Suboficiales se estableció en San Bernardo, aprovechando la geografía del lugar y los amplios espacios a los que tenía acceso, continuando esta tarea de forma ininterrumpida hasta 1924.

Es necesario señalar que el proceso de modernización implicó una serie de nuevas tareas y dificultades para la estructura militar, la administración y recursos; pero también afectó al personal que tendría, junto con todas sus responsabilidades militares, la de colaborar en la alfabetización de la tropa, lo que repercutió en críticas por parte de algunos oficiales por la cantidad de trabajo que dicha situación generaba y, además, por la falta de herramientas pedagógicas y materiales para llegar a tener éxito en la acción educativa. Así se deja entrever en las informaciones que fueron recogidas por el Ministerio de Guerra hacia 1896.²⁴ Esta

²² Tapia, Claudio. “Evolución de la educación del ejército chileno, bajo las influencias de los modelos francés y alemán. (1840–1890)” En: Anuario N°26, Academia de Historia Militar, p.56

²³ División Escuelas (2013) MAO – 02302, Manual del Dragoneante. p. 7-8

²⁴ Ministerio de Guerra, (1896) Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional, año 18896. Imprenta Nacional. p.16-17

situación se mantuvo en los años siguientes, cuando se comenzó a recibir tropas en el marco del Servicio Militar Obligatorio.

Un caso interesante de señalar corresponde a la formación de los músicos militares, ya que desde los orígenes del Ejército las órdenes eran transmitidas a través de instrumentos musicales, los que, dependiendo de la influencia militar, se fueron formalizando en el tiempo. En el caso del Ejército chileno, desde sus albores se pueden encontrar soldados dedicados a realizar estas tareas. Durante la Guerra del Pacífico es posible encontrar no pocas referencias sobre los niños enganchados en unidades militares. Pero fue también bajo la etapa de la influencia alemana cuando se trató de normar el proceso de formación de los músicos militares a través de una Escuela de Músicos que comenzó a operar en 1909, bajo la consigna de preparar músicos militares para las diferentes guarniciones. Los vaivenes presupuestarios y el énfasis puesto en la preparación de músicos, implicó que lentamente fuera generándose una orgánica más compleja en cuanto a planes y programas. Al inicio de la década de 1940 la estructura se adecuaba bajo la creación del Servicio de Bandas Militares, el que comenzó a impartir cursos de oficiales de banda a partir del año siguiente. Con el paso del tiempo, la formación de este personal pasó a las Escuelas, situación que se mantiene en el caso de los oficiales de banda, los que se forman bajo la responsabilidad de la Escuela Militar.

Por su parte, la Escuela Militar estableció su cuartel en calle Blanco Encalada, donde logró tener las condiciones para desarrollar sus labores educativas: salas de clases, laboratorios, biblioteca y un personal cada vez más adentrado en la lógica militar alemana, lo que rápidamente permeó en los estudiantes, llevándolos no sólo a adoptar ese modelo, sino que a profundizarlo. Esto fue acompañado de las inquietudes de los jóvenes oficiales que dieron paso al pensamiento militar prusiano-chileno, que se volcaría en las nacientes publicaciones militares que daban cuenta de los cambios mundiales en las concepciones de la guerra, pero también del mundo en el que Chile también estaba inserto. Estas publicaciones desembocaron en 1907, cuando nació el “Memorial del Ejército”, cuya finalidad era justamente dar a conocer, a través de artículos, el pensamiento y las inquietudes de este grupo de militares.²⁵

También estaba la necesidad de avanzar en los procesos de tecnificación del empleo de las armas, pues mientras algunas eran más tradicionales, otras

²⁵ San Francisco, Alejandro, Soto Gamboa, Ángel Mauricio (2006) Un siglo de pensamiento militar en Chile: el Memorial del Ejército de Chile 1906-2006, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario.

incorporaban los avances tecnológicos de última generación. En el primer caso se puede señalar a la Escuela de Caballería, fundada en 1903 y que comenzó a funcionar a partir de 1904, con la finalidad de mejorar las técnicas de empleo del caballo en combate. En el segundo de los casos estuvo la creación de la Escuela de Ingenieros Militares en 1902, que durante la primera década del siglo XX buscó afianzarse como el organismo educativo dedicado a la preparación de personal en ese ámbito profesional; primero hasta 1905, posteriormente entre 1906 a 1913, para finalmente afianzar su acción a partir de 1924. Por otra parte, el desarrollo de la aeronáutica también generó un impacto en la educación militar, creándose en Chile la Escuela de Aviación del Ejército en 1913.

La consolidación del modelo educativo chileno basado en el modelo alemán tanto en el mundo civil como en el Ejército chileno, no dejó indiferentes a los intelectuales y maestros que tomaron posición frente a la idea de un modelo más científico, en el que el profesor ya no debía ser solo un repetidor de información, sino que un guía. Este principio del modelo herbatiano²⁶ se proyectó también en las aulas militares, e incluso se trató de proyectar en los regimientos, más exactamente en la instrucción primaria de los soldados conscriptos.

Con el paso de los años, la consolidación de la educación en el interior de los cuarteles generó otros aportes al país, ya que en la práctica se estaba desarrollando un plan sistemático de alfabetización de adultos —los mismos conscriptos— en todo el país, en consideración al modelo militar que implicaba tener guarniciones dispersas a lo largo del territorio y, por ende, con una mayor presencia que las propias escuelas a nivel nacional. Es decir, el Ejército de Chile se adelantó al esfuerzo gubernamental en torno a la instrucción primaria, en tiempos que las discusiones en el Congreso Nacional eran muy enardecidas pero pobres en resultados, y lo fueron hasta 1918 cuando se consensuó una Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. Por esos años, el Ejército de Chile ya tenía una trayectoria en esa tarea y la continuaría a lo largo del siglo avanzando en la educación de su personal, proceso que permitió también que muchos de los egresados de los cuarteles lo hicieron como ciudadanos, accediendo además a la posibilidad de continuar estudios en la Escuela de Suboficiales y, con el paso del

²⁶ Este modelo "sistematizó la formación de profesores, haciendo suya una visión de la pedagogía como ciencia, de la mano de la emergente psicología. Además, acentuó la adopción del modelo concéntrico y del método inductivo, e introdujo la enseñanza de asignaturas como trabajos manuales y canto, o reforzó otras como gimnasia y ciencias de la naturaleza". En: Claudia Drago-Roberto Espejo (2014) "Trazas de Herbart en Chile: una revisión de algunas fuentes primarias" Cuadernos chilenos de historia de la educación, N°2, pp. 8-19.

tiempo, engrosar las filas de la clase media chilena que estaba en pleno proceso de formación. Por lo tanto, hacer carrera militar fue siendo una forma de ascenso social en el siglo XX, pero ahora incorporando a los sectores sociales populares.

Bajo esta misma influencia educativa, la idea de la “mente sana en el cuerpo sano” se encarnó ya no solamente en las clases de gimnasia que se impartían en las escuelas y cuarteles, sino que se transformó en la necesidad de fomentar una política institucional al respecto, lo que desembocó en la creación de la primera Escuela de Educación Física en 1919, cuya principal tarea era la de preparar al personal que impartiría esta formación en el interior del Ejército de Chile.

También se había consolidado en la institución el Departamento de Instrucción del Ejército, cuya tarea estaba íntimamente ligada a la educación del conscripto. En efecto, durante su existencia ésta se transformó en la base del desarrollo educacional de la tropa que cumplía con su reclutamiento. Para ello se contó con docentes civiles contratados para tal efecto, desarrollando algunos de ellos su carrera profesional al amparo del Ejército. En palabras de María Paz López:

*“La integración de las escuelas primarias a la institucionalidad castrense quedó reflejada en la permanencia del cuadro docente. También se desprende de este Cuadro que ser profesor de reclutas no fue una actividad complementaria o casual, pues fueron numerosos los profesores y comandantes que cumplieron más de veinte años en el servicio. Ellos asumieron con compromiso y vocación la tarea de transformar a los reclutas analfabetos en ciudadanos letrados, a pesar de que en esos años no era fácil ser profesor en los cuarteles, debido a lo magro de los sueldos, la carencia de útiles y las tensiones que generaba la enseñanza de las primeras letras con las tareas tradicionales de la instrucción militar”.*²⁷

Durante la década de 1920 los procesos de preparación dentro del Ejército de Chile se fueron fortaleciendo en la idea de la educación continua, un concepto que se cree contemporáneo, pero que ya entonces se manifestaba a través de la creación de la Academia Técnica Militar en 1926. En el año siguiente se organizó la Academia de Topografía y Geodesia, que llevó a cabo actividades de formación

²⁷ López, María Paz. (2017) Reclutando Conscriptos y Formando Ciudadanos: El Departamento de Educación Primaria del Ejército, 1900-1927. En: Anuario N°31, p.185.

y especialización en dichas áreas, y que permaneció abierta hasta 1947, cuando se fusionan ambos institutos en la Academia Politécnica Militar, mediante Decreto Supremo (G) N° 331 del 4 de marzo de 1947.

Por otra parte, la necesidad de colaborar con el desarrollo de una mentalidad nacional, implicó que el Ejército se desplegara en campañas hacia la sociedad civil con la finalidad de crear una "conciencia ciudadana", en la que los aspectos educativos eran fundamentales. Oficiales jóvenes moldeados en la pedagogía alemana y ya convertidos en oficiales con mando desarrollaron esta tarea no exenta de problemas, tanto por el escenario político nacional como por los problemas financieros del país, que afectaban por igual a civiles y militares.²⁸

Con el paso de los años, y en un contexto nacional que demandaba un manejo de mayor tecnología, desafíos de comunicación y de interconexión territorial, la institución debió adaptarse también a dichas tareas ya que el aparato burocrático del Estado no daba cabida a resolver dichos problemas. El personal especializado del Ejército debió enfrentar la tarea, debiendo para ello perfeccionarse en áreas como La geografía física, topografía, telecomunicaciones, y aplicaciones de ingeniería para abrir caminos y/o construir puentes. Esto no era nuevo para el Ejército, ya que desde mediados del siglo XIX y bajo la administración del general Bulnes oficiales del Ejército se formaron en Francia para la construcción de puentes y calzadas. Pero ahora el desafío era mucho mayor, ya que la toma de conciencia territorial lo hacía imprescindible.

Bajo esta dinámica, es que se optó por dar un paso más allá de lo ya realizado y se creó el Servicio Militar del Trabajo en el año 1953, sistema por el cual se capacitaba a los soldados conscriptos en las faenas relacionadas con la construcción. Posteriormente se transformó en el Cuerpo Militar del Trabajo, que ha seguido cumpliendo labores de colaboración en el desarrollo del país, empleando para ello a soldados conscriptos que se capacitan en el uso de toda la tecnología disponible en la actualidad.

A finales de los años veinte y principios de la década del treinta la tecnología era escasa, aunque ya se aprecia la incorporación de camiones a las faenas, mayoritariamente los de fabricación Ford —popularmente llamados "burritas"— debido a que cumplían el rol de llevar la carga. Y se debió capacitar también a sus conductores, por lo que dentro de los regimientos, especialmente en

²⁸ Carlos Maldonado: "Pasado y presente del poder militar en Chile" en: *Afers Internacionals*, N°14-15, 1988, Barcelona.

las unidades logísticas, se iniciaron los primeros cursos de conductores para soldados, proceso que permitió entregar a quienes cumplían con el servicio militar no solo la alfabetización, sino que también un oficio para cuando regresaran al mundo civil.

Con el proceso de modernización del Estado chileno se creó el Ministerio de Educación Pública en 1927, asumiendo esta nueva repartición la responsabilidad de la educación, primaria, secundaria y profesional, además de la gestión de las bibliotecas y museos. Con este impulso, se comenzó a readecuar los planes y programas aplicados en el país.

Por su parte, en el interior del Ejército también se adecuaban esos procesos, estableciéndose en ese mismo año la Dirección de Establecimientos de Instrucción, con la misión de ser el organismo dedicado al análisis de las necesidades educativas de todo el personal de la institución, de la misma forma que adecuar procesos y desarrollar acciones en ese sentido. Una de las primeras grandes tareas de este organismo fue la orden de adecuar esos procesos al sistema nacional de educación. De esta forma, por ejemplo, en el caso de la Escuela Militar se aplicó a partir de 1931 la formación equivalente a la educación secundaria nacional; de esta forma, el cadete podría, eventualmente, rendir los exámenes de bachillerato que le permitirían ingresar a la universidad. Mientras que en la Escuela de Clases se buscó aproximarse a una base de selección más idónea y con algún grado mayor de instrucción primaria, tarea no menor en consideración a la realidad nacional y que sería una de las constantes dificultades en los procesos de selección durante los años siguientes.

Finalizada la década de 1940, los avatares de la guerra y las relaciones internacionales de Chile con los beligerantes —especialmente con los Estados Unidos—, derivaron en el cambio de la organización desde el modelo alemán hacia el estadounidense, relación que se había iniciado lentamente a mediados de la década del veinte, con algunas visitas a unidades militares y escuelas de ese país. Al poco tiempo, la relación de dependencia tecnológica se consagraba a partir de la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1947 y su aplicación práctica a través del Pacto de Ayuda Militar (PAM) de 1952, influencia que no se restringió a la implementación de armamentos y su empleo, sino que más bien a un sostenido cambio de mentalidad en cuanto a la mirada del conflicto armado y la preparación para la guerra, situación que implicó la formación de los oficiales y del cuadro permanente bajo los nuevos criterios de acción.

Esta renovación se manifestó desde 1946 con la participación de militares chilenos en cursos en los Estados Unidos para estudiar los nuevos escenarios bélicos que se presentaban con el término de la Segunda Guerra Mundial y la necesidad de preparación del personal en cuanto a la movilización, logística y nuevas técnicas del empleo de las armas. Este proceso derivó en que se adecuaron incluso los reglamentos de operaciones del Ejército hacia finales de esa década.²⁹

Tal como se señala en el párrafo anterior, el cambio de paradigma militar implicó una serie de transformaciones y adecuaciones en la orgánica del Ejército, especialmente la relativa a la formación del personal; tanto fue así que entre 1940 y 1953 se reestructuró la Dirección de Establecimientos de Educación Militar, que ahora se designó como Dirección de Escuelas, y que al término de la guerra pasó a nombrarse Inspección General de Instrucción, teniendo en todas sus denominaciones la tarea de generar y fiscalizar los procesos educativos de acuerdo a las necesidades de la institución. De esta forma, tanto los oficiales egresados de la Escuela Militar como los que lo hacían de la Academia de Guerra y de la Academia Politécnica Militar, debían cumplir con las tareas educativas del personal. Por otra parte, la organización del arma de Blindados en 1944 fijó la relación de dependencia tecnológica con los Estados Unidos, de igual forma que ocurrió con el arma de Telecomunicaciones, creada en 1947.

Con el cambio de política educacional las escuelas debieron adecuarse a los nuevos escenarios que implicaba la tecnificación de la fuerza militar, cambiando las metodologías de instrucción, por lo que tanto en la Escuela Militar como en la de Clases se reformaron los procesos formativos para estos nuevos requerimientos. Los soldados también fueron parte de este proceso a través de otro intento de innovación en la instrucción, como lo fue el establecimiento de una Escuela de Especialidades de Tropa del Ejército en el año 1952, que más tarde tomaría el nombre de Escuela de Especialidades del Ejército.

En cuanto a la preparación de los soldados, junto con continuar el proceso de alfabetización se desarrolló una política institucional enfocada en la enseñanza de oficios, de tal forma que el conscripto con algún grado de instrucción podría desempeñarse en otras áreas. Por otra parte, en las unidades más vinculadas al mundo rural se colaboró en la formación de soldados con competencias asociadas a su entorno. Así, junto con el conocimiento militar impartido en los primeros

²⁹ Alberto González Martín. (2006) “La última influencia: efectos de la ayuda militar norteamericana en el ejército de Chile después de la segunda guerra mundial”. Biblioteca del Oficial, Santiago.

meses del servicio, estuvo también la capacitación en talabartería, herrería y conducción de vehículos motorizados. Cabe señalar que en la década del sesenta, en el marco de la colaboración estadounidense para la tecnificación del agro chileno, se desarrollaron cursos de tractoristas en los regimientos, especialmente en unidades logísticas y en las que estaban ubicadas en zonas agrícolas. Por otra parte, la capacitación en albañilería, carpintería y electricidad, fue parte de las oportunidades para quienes cumplían con su período de acuartelamiento. Todo ello se daba en un marco nacional donde esas capacitaciones eran valoradas en la sociedad civil, dado el proceso de urbanización que tenía lugar, especialmente en la capital.

De una forma más focalizada, en 1953 se reestructuró el Servicio Militar del Trabajo, que empleaba a conscriptos principalmente del Ejército que cumplían tareas enfocadas en los entornos de las unidades, pero que funcionaban de manera inorgánica y dependiendo de los recursos propios. Esta situación cambió años más tarde con la sistematización en torno al denominado Cuerpo Militar del Trabajo, que a partir de 1960 asumió la tarea de colaborar directamente en las obras públicas del país, debido a su interrelación con el Ministerio de Obras Públicas. Esta tarea se consolidó en el tiempo y hasta el presente es vital para las zonas extremas o aisladas del país. Los soldados que cumplen labores en este ámbito han accedido a otro tipo de capacitación, más técnica y en relación a las tareas que desempeñan.³⁰

La década de 1960, con las complejidades de la situación nacional, también generó efectos en el interior del Ejército. La consolidación de la influencia estadounidense en la institución implicó sumar nuevos desafíos docentes en los distintos niveles de la formación del personal militar. En efecto, la Academia de Guerra comenzó a enviar a sus estudiantes avanzados a pasantías y estudios complementarios en ese país, de igual forma que capacitaciones en paracaidismo y fuerzas especiales, a las que el personal de planta también se integraría con el tiempo. En la Escuela Militar, los planes y programas se adecuaron a la idea de dar una educación secundaria en los primeros tres años de estudios, además de dos cursos superiores orientados a la obtención del bachillerato y, por lo tanto, iniciando la aproximación a la educación superior que llegaría a finales del siglo XX.

³⁰ Guillermo van Schouwen Figueroa. (1996) "Historia del Cuerpo Militar del Trabajo". Comando de Ingenieros del Ejército, Santiago.

En 1967 se reestructuró la Escuela de Suboficiales, comenzando sus labores en el antiguo edificio de Blanco Encalada, que había sido el cuartel de la Escuela Militar entre 1901 y 1958, año este último en que se trasladó al antiguo fundo San Luis en Las Condes. De esta forma, la Escuela de Suboficiales, con sus cursos de armas y de servicios, daba un paso en la consolidación de la formación sistemática de los clases del Ejército, pilar fundamental de las operaciones de la institución. Es posible sintetizar esta etapa en las ideas expuestas en 1968 por Enrique Yávar: *“La labor educacional del Ejército de Chile se desarrolla con beneficio del logro de la máxima eficiencia de su capital humano, junto con el cumplimiento de los mandatos que su misión le asigna”*.³¹ En la práctica, la idea de que la educación en el interior del Ejército era beneficiosa en todos los niveles de la cadena de mando, no era solo un aporte institucional, sino que nacional.

Pese a los avatares de la política contingente, los organismos dedicados a la formación en el interior del Ejército de Chile no se vieron afectados, sino que más bien se reforzaron, especialmente la Escuela Militar, que en 1974 adecuó el currículum educacional de forma de permitir que los egresados pudieran acceder a una certificación universitaria tras cumplir con los requisitos. De esta forma, se privilegiaron las áreas de la administración, las ciencias y las humanidades.

EL CAMBIO DE SIGLO Y LOS NUEVOS DESAFÍOS EDUCATIVOS

A principios de los noventa, el ejército quedó sometido a la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE) que contemplaba, entre otros aspectos, la estandarización de los niveles de la enseñanza y los requisitos para cada uno de ellos. Por otra parte, reconoció a las instituciones armadas la posibilidad de entregar títulos profesionales y técnicos de nivel superior, situación que trajo importantes consecuencias institucionales. Dos años más tarde, se dio inicio al proceso de modernización y reestructuración institucional en las diversas áreas, no quedando ajena la educación del personal en el denominado "Plan Alcázar". El paso de los años y los constantes ajustes institucionales afectaron dicho plan, aunque permanecieron sus principios fundamentales, ya que el nuevo escenario del conflicto bélico imponía la necesidad de contar con una fuerza con una alta

³¹ Enrique Yavar Martín. “Reseña de la educación en el Ejército de Chile”. En: Memorial del Ejército de Chile, N°344 1968. pp.182-187

formación en tecnología, al mismo tiempo que le permitiera tomar decisiones en escenarios complejos.³²

Para ello, se debía avanzar un paso más en la formación del personal, especialmente la de los oficiales, pasando a partir de año 2001 hacia una formación netamente profesional, donde los cadetes de la Escuela Militar obtienen una licenciatura en ciencias militares. Esto implicó también adecuar el currículum, integrando en la formación del oficial a las universidades, lo que permitía complementar la preparación militar con una educación en torno a los procesos histórico-políticos, sociales-culturales, pero también científicos y tecnológicos.³³ De forma similar, la Escuela de Suboficiales pasó a dar una preparación más enfocada en los procesos tecnológicos que su rol demandaba, partiendo en el año 2000 con la incorporación de dragoneantes con la enseñanza media rendida como requisito mínimo de educación. Por otra parte, en el marco de los avances sociales, la mujer se fue incorporando paulatinamente en ambos institutos matrices, situación que ha permitido en los últimos años entregarle responsabilidades no sólo en el ámbito de los servicios, sino que también en algunas de las especialidades en armas que tiene el Ejército. Los procesos de modernización también se desarrollaron en la Academia de Guerra que ya desde mediados de los años noventa comenzó a desarrollar una política orientada al perfeccionamiento del Estado Mayor, como también de la sociedad civil interesada en temas de la Defensa Nacional.³⁴ En la Academia Politécnica Militar, esto implicó un esfuerzo hacia *"una visión de sistemas, lo que implicó modificar las especialidades y menciones para el título de Ingeniero Politécnico Militar, quedando bajo el nombre genérico de Ingeniería en Sistemas de Armas con mención en mecánica, química y electrónica, Ingeniería en Sistemas con mención en Geoinformática y Comunicaciones e Ingeniería en Administración de Recursos de Defensa"*.³⁵

Por otra parte, el cambio de milenio recibió al soldado conscripto con nuevas posibilidades de capacitación. Si bien es cierto que se continuó con los procesos de completación de estudios tanto básicos como medios, a las antes

³² Izurieta, Ricardo. "Exposición del Comandante en Jefe del Ejército, General de Ejército Ricardo Izurieta Caffarena con motivo de la Reorganización del Ejército y del Nuevo Diseño de la Fuerza", Fasoc, Año 16, N° 3 y 4, julio-diciembre, 2001. p. 62.

³³ Ferrada, Luis. Cubillos, Adela. Tapia, Claudio. Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins, 190 años de historia (1817-2007). Instituto Geográfico Militar, Santiago, Chile, 2007. Cap VI.

³⁴ http://www.acague.cl/?page_id=254 [consultada 14-05-2015]

³⁵ http://www.acapomil.cl/acapomil.cl/academia/quienes_somos/historia.php [consultada 23-04-2015]

señaladas posibilidades de capacitación se han sumado otras en las que la integración con centros de capacitación civil y su conexión con el Ejército se unieron en pos de entregar, junto con el valer militar, una real posibilidad de reinserción laboral de los conscriptos.

Un aspecto relevante a destacar es que desde sus orígenes el Servicio Militar Obligatorio mantuvo espacios para la educación civil del ciudadano, siendo ello un aporte institucional; y pese a que en ciertos momentos generó dificultades para el mando, la tarea se llevó a cabo con los medios con que se contó y tratando de entregar de la mejor forma posible este apoyo, el que se materializó en la alfabetización y, con el paso de los años, en la completación de estudios, situación que continua hasta nuestros días. Junto a ello, la capacitación laboral en un abanico de actividades relacionadas con el desarrollo del país, tanto en los espacios urbanos como rurales, entregó herramientas que miles de soldados a través del tiempo tuvieron la posibilidad de aprender a manejar y con ello se les abría un camino a su regreso a la sociedad civil. Con el paso de los años, esos cursos se fueron adecuando también al progreso tecnológico.

A ello se debe sumar que en los momentos de incertidumbre económica la posibilidad de cumplir el servicio militar daba no solamente una estabilidad, sino que dados los nuevos escenarios era un aporte real para quienes lo cumplían, más aun cuando debido a la restructuración de la fuerza surgió en el Ejército de Chile el soldado de tropa profesional, lo que permitió a los conscriptos postular para contratarse por un período de cinco años, y donde también tienen la posibilidad de postular a los institutos matrices y continuar su carrera militar, o reinsertarse a la vida civil tras cumplir su contrato.

En las últimas décadas y pese a los constantes procesos de reordenamiento interno de los organismos técnicos destinados a supervisar la instrucción y la educación en el interior del Ejército, independiente de las denominaciones —Dirección de Instrucción, Comando de Instituto Militares y Comando de Educación y Doctrina en la actualidad— lo relevante es que permanentemente se ha intentado desarrollar un esfuerzo sistemático en la formación cada vez más especializada del personal en los diferentes escalafones y momentos de su vida profesional, derivando en constantes evaluaciones de la educación dentro de la institución, proceso que se ha complementado con las acreditaciones a la que se han debido someter los institutos de educación militar por parte de la actual Comisión Nacional de Acreditación (CNA). De esta forma, las academias de Guerra y Politécnica, y también la Escuela Militar se han sometido al escrutinio por parte de instancias

académicas que han validado exitosamente el proceso de enseñanza y aprendizaje de lo que hoy se denominan competencias profesionales, instancia en la que la Escuela de Suboficiales también se está preparando y que está enfocada en las competencias técnicas del personal del cuadro permanente en formación.

COMENTARIOS FINALES

A lo largo de la historia de Chile, el Ejército, como una de sus instituciones permanentes más antiguas, ha buscado estar vinculado a las acciones del Estado en pos del desarrollo nacional, siendo la educación uno de los baluartes más permanentes, y en ocasiones se ha adelantado a los esfuerzos gubernamentales a la hora de contribuir a la formación ciudadana.

Desde los esfuerzos del gobierno de Bernardo O'Higgins por tener una Academia Militar donde se formaran oficiales y clases, se pasó por la voluntad del presidente Manuel Bulnes, héroe de guerra que tuvo la visión no solo de fundar la Universidad de Chile, sino que también aglutinar en torno a su misión la idea de la formación nacional como parte del necesario desarrollo del país, considerando en este esfuerzo al personal militar, e incluyendo a la tropa. Dicha tarea fue potenciada con la llegada hacia 1885 de la primera misión educacional del ejército prusiano y fue entonces el momento en que el sistema educativo del Ejército se perfeccionó en todos los niveles. Esta acción se mantuvo y potenció en el siglo XX con cada vez más adaptaciones a los vertiginosos cambios producidos en el mundo, tanto desde la perspectiva de las teorías educativas, como de los procesos de industrialización y tecnologización.

Con todo ello, la organización del esfuerzo educativo también debió ser incorporada como parte de la estructura militar, tanto en los planteles de formación y de perfeccionamiento, pero también dentro de la cultura misma del Ejército, a través de reparticiones superiores que han sido relevantes a la hora de alinear los procesos educativos nacionales con las necesidades institucionales.

Y si bien es cierto que los avances en el mundo en cuanto al desarrollo de la ciencia y la técnica han sido vertiginosos, la educación en el interior del Ejército de Chile ha intentado entregar también una formación ciudadana en los distintos roles que le competen, coadyuvando a que el rol del militar no sea disociado del ser un ciudadano responsable en su aporte al país.

BIBLIOGRAFÍA

Textos

1. Aguirre, Luis. (2009) "Niebla". Ediciones Kultrún, Valdivia.
2. Aldunate Herman, Eduardo. "El Ejército de Chile. Actor y no espectador en la vida nacional" Producción Gráfica Geniart. Santiago 1993.
3. Arancibia Clavel, Patricia. (2007) "El ejército de los chilenos 1540–1920" Editorial Biblioteca Americana, Santiago.
4. Conejeros, Juan Pablo. (1999) "La influencia cultural francesa en la educación chilena. 1840–1880". Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, Santiago.
5. Cubillos, Adela; Ferrada, Luis; Tapia, Claudio. (2007) "Escuela Militar: 190 años de historia". Instituto Geográfico Militar, Santiago.
6. División Escuelas (2013) MAO – 02302, Manual del Dragoneante.
7. Ejército de Chile. (1997) "Sistema educativo institucional: Filosofía, políticas y alcances." Comando de Institutos Militares. Santiago.
8. Fuentes Saavedra, Claudio. (2012) Educación militar en Chile. Transformaciones en un contexto cambiante. En: Klepak, Hal (Compilador) Formación y educación militar: los futuros oficiales y la democracia. RESDAL, Buenos Aires.
9. González Martín, Alberto. (2006) "La última influencia: efectos de la ayuda militar norteamericana en el ejército de Chile después de la segunda guerra mundial". Biblioteca del Oficial, Santiago.
10. Herrera Sotomayor, M.J (1890) "El lector del soldado chileno" Imprenta Cervantes, Santiago.
11. Körner, Emilio (1910) "El desarrollo histórico del ejército chileno". En: Patricio Quiroga y Carlos Maldonado (1988) El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas. Santiago, Ediciones del Ornitórrinco.
12. Ministerio de Guerra y Marina (1839) Memoria que el Ministro de Guerra y Marina presenta ante el Congreso Nacional. Santiago.
13. Ministerio de Guerra y Marina (1845) Memoria que el Ministro de Guerra y Marina presenta ante el Congreso Nacional. Santiago.
14. Ministerio de Guerra, (1886) Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional, Santiago.
15. Ministerio de Guerra, (1887) Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional, Santiago.
16. Ministerio de Guerra (1896) Memoria que el Ministro de Guerra y Marina presenta ante el Congreso Nacional. Santiago.
17. "Reglamento General de Instrucción Primaria", Decreto del 20 de octubre de 1898. En: Mario Monsalve, (1998) "...El silencio comenzó a reinar: Documentos para la historia de la instrucción primaria 1840–1920." Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, DIBAM, Universidad Católica Blas Cañas.

18. Quevedo, Francisco J. (1907) “Silabario para las Escuela Primarias del Ejército y Armada”. Santiago, Imprenta Barcelona.
19. San Francisco, Alejandro. (Editor) (2006) “La Academia de Guerra del Ejército de Chile. 1886–2006” Santiago, Centros de Estudios Bicentenario.
20. Serrano, Sol; Ponce de León, Macarena; Rengifo, Francisca. (2012) Historia de la Educación en Chile. 2 Tomos. Santiago, Taurus.
21. Van Schouwen Figueroa, Guillermo. (1996) “Historia del Cuerpo Militar del Trabajo”. Comando de Ingenieros del Ejército, Santiago.
22. VARAS, José Antonio. “Recopilación de Leyes, Decretos supremos y Circulares concernientes al Ejército. 1839–1858”. (1860) Santiago, Imprenta Chilena.
23. Vergara Quiroz, Sergio. (1993) Historia social del Ejército de Chile. Volumen I. Universidad de Chile, Departamento Técnico de Investigación.
24. VVAA (1983) “Historia del Ejército de Chile” Tomos II, III, V, VII y VIII. EMGE. Santiago.
25. Zúñiga Collado, Liza. (2012) Escuela Militar chilena: tradición y adaptación en un nuevo contexto. En: Klepak, Hal (Compilador) Formación y educación militar: los futuros oficiales y la democracia. RESDAL, Buenos Aires.

Publicaciones periódicas

1. Aldunate H. Eduardo. “La educación superior: agente de modernización del Ejército” en: “Memorial del Ejército de Chile”, N°450, 1996.
2. Aravena, Héctor (1967) "La Escuela Militar a través de sus 150 años" Boletín de la Academia Chilena de la Historia N°76. pp.141-155.
3. Díaz, Francisco (1915) “Directivas y programas para la instrucción de la infantería”. Manuales del Oficial N°3, Talleres del Estado Mayor General, Santiago.
4. Drago, Claudia–Espejo, Roberto (2014) "Trazas de Herbart en Chile: una revisión de algunas fuentes primarias" Cuadernos chilenos de historia de la educación, N°2, pp. 8-19.
5. Escuela Militar. “Planes renovados de estudios de la Escuela” En: Cien Águilas, N°58, 1965
6. Izurieta, Ricardo. “Exposición del Comandante en Jefe del Ejército, General de Ejército Ricardo Izurieta Caffarena con motivo de la Reorganización del Ejército y del Nuevo Diseño de la Fuerza”, en: FASOC, Año 16, N° 3 y 4, julio-diciembre. 2001.
7. López, María Paz. “Reclutando Conscriptos y Formando Ciudadanos: El Departamento de Educación Primaria del Ejército, 1900–1927”. En: Anuario N°31. pp.138-188
8. Maldonado, Carlos. “Pasado y presente del poder militar en Chile” en: Afers Internacionals, N°14-15, 1988, Barcelona.

La Educación en el ejército: una mirada histórica

9. Ortiz, Claudio. "Chilenos a los carteles. Historia de la Ley del Servicio Militar Obligatorio". PUC, Estudios de Defensa, Documentos de Trabajo N°10. 2004.
10. Tapia, Claudio. "La educación en la Escuela Militar bajo el amparo de la Universidad de Chile. 1842-1879" En: Revista de Historia Militar, N°10, Santiago 2011. pp.47-53.
11. Tapia, Claudio. "Evolución de la educación del ejército chileno, bajo las influencias de los modelos francés y alemán. (1840–1890)" En: Anuario N°26, 2012, Academia de Historia Militar. pp.32-60.
12. Tapia, Claudio. "Aporte del Ejército de Chile a la educación y capacitación de soldados siglo XX". En: Anuario N°31, 2017, Academia de Historia Militar. pp.189-222
13. Yavar Martin, Enrique. "Reseña de la educación en el Ejército de Chile". En: Memorial del Ejército de Chile, N°344 1968. pp.182-187

Publicaciones web y enlaces internet

1. Góngora Marmolejo, Alonso de. "Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado: (1536-1575) Precedida de dos estudios preliminares por Alamiro de Avila y Lucía Invernizzi Santa Cruz. [Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile], 2001. Versión digital [consultada 20/11/2014] disponible en: http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D10211%2526ISID%253D404%2526PRT%253D10200%2526JNID%253D12,00.html
2. Mackenna, Juan. (1810) "Plan de Defensa del Reino" Fuentes documentales y bibliográficas para el estudio de la Historia de Chile. Versión digital disponible en: http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D13490%2526ISID%253D405%2526PRT%253D13001%2526JNID%253D12,00.html [consultada 15-12-2014]
3. http://www.acague.cl/?page_id=254 [consultada 14-05-2015]
4. http://www.acapomil.cl/acapomil.cl/academia/quienes_somos/historia.php [consultada 23-04-2015]

EL EJÉRCITO DE CHILE EN EL CAMBIO DE SIGLO

POR FRANCISCO BALART PÁEZ*

ABSTRACT

Breve ensayo historiográfico que retrata las vicisitudes del tránsito del siglo XIX al XX en Chile, en los ámbitos político, económico, social y cultural, pero manteniendo su eje en el Ejército de Chile y en los militares chilenos. El escrito busca establecer las formas de cómo el mundo castrense nacional fue acomodándose a las nuevas realidades del país, pero también como fue observando atentamente aquellos cambios que, de una forma u otra, impactaban en su quehacer cotidiano.

Una bandera no necesita hablar. Su muda presencia explica muchas cosas, y, a veces, todo. Así, en enero de 1881, el tricolor izado en el Palacio de Los Virreyes evidenció en Lima una victoria militar decisiva sobre una desdichada nación; una nación que a pesar de sus desgarros internos e incluso de haber sido abandonada en plena contienda por el aliado que la había arrastrado a esa guerra, se batió con valor, cayendo al fin sin mella en su honor. Sin embargo, más allá de todo aquello, en aquél momento esa bandera señaló el apogeo del siglo fundacional de la República de Chile, su siglo XIX. A fin de cuentas, los chilenos habían vencido gracias a la superior organización de su Estado y al empuje proporcionado por un conjunto de virtudes cívicas cultivadas desde antaño, tanto en su tradicional capa rectora como en la masa popular. Inevitablemente —porque luego de alcanzar su cenit el curso de una trayectoria sólo puede ser descendente— a poco andar, el brillo del triunfo fue opacado por la eclosión de una serie de conflictos políticos y sociales.

Las dificultades políticas se salieron de cauce cuando unas tensiones larvadas en el seno de la élite chilena durante al menos tres lustros, cristalizaron en dos bandos: uno que defendía la vigencia de un orden político encarnado en la preeminencia de la autoridad presidencial —el “resorte principal de la máquina”,

* Doctor en Derecho Público (U. de Navarra)
Miembro honorario de la Academia de Historia Militar.

lo había llamado seis décadas atrás su fundador, el ministro Diego Portales—; mientras el otro, que compartía en gran medida la misma sangre y era igualmente patriota, sostenía un ideario animado por un espíritu diferente, cercano al *zeitgeist* del liberalismo europeo, identificando la legitimidad con la voluntad ciudadana expresada en el Congreso Nacional. Hasta ese momento, las divergencias habrían podido circunscribirse al educado debate parlamentario si el desenlace de la reciente guerra con Perú y Bolivia no hubiera puesto a disposición del vencedor la enorme riqueza generada por la explotación del salitre, un material apetecido por la agricultura en tiempo de paz por sus cualidades como fertilizante e inapreciable en tiempo de guerra como elemento necesario para la fabricación de la pólvora. Mineral que también por un capricho de la naturaleza sólo se encontraba en cantidad inagotable y prácticamente a ras del suelo en el desierto de Atacama. El Gobierno del Perú había expropiado en 1875 la industria salitrera ubicada en Tarapacá, pagando a sus dueños con bonos a largo plazo. Chile, al ocupar dicha provincia, reconoció la validez jurídica de los bonos peruanos en manos de particulares, sin hacer cuestión de su nacionalidad, participando en los beneficios del negocio por la vía tributaria. Así, de manera fortuita, puesto que no había buscado la guerra ni menos había imaginado expandir así su territorio, la pequeña y más bien autárquica economía del país quedó súbitamente engranada con el sistema económico mundial y el sello *chilean nitrate* pasó a ser una especie de documento de identidad del país en el concierto internacional. Los impuestos que gravaron la comercialización del salitre colmaron rápidamente el erario y por eso fue innecesario imponer impuestos personales a la renta para financiar la actividad fiscal. En efecto, gracias al salitre fue posible levantar obras de infraestructura hasta entonces impensables —escuelas, puertos, hospitales, cuarteles, etc.— todo lo cual podría simbolizarse con el trazado de una red ferroviaria percibida por los contemporáneos como insignia del futuro desarrollo nacional. De hecho, en 1912, cuando el territorio quedó finalmente unido por el ferrocarril entre Puerto Montt e Iquique, todos los poblados con más de mil habitantes se encontraban a menos de diez kilómetros de una estación en la línea longitudinal o sus ramales y era posible trasladar sobre rieles bienes y personas a Buenos Aires y a La Paz, por ejemplo. No obstante, bajo la unidad de propósitos que habían permitido concluir la guerra sin alterar la normalidad interna ni requerir empréstitos extraordinarios, apenas finalizada la contienda se hicieron patentes dos maneras diferentes de apreciar cuál orientación convenía dar a tan abundante fuente de recursos, esto es, holgura financiera para el capital privado o capital nacional destinado desde el Gobierno a la industrialización del país. Esa discusión radicalizó al interior de la dirigencia nacional la brecha política recién mencionada, una tensión que se presentó envuelta púdicamente en exigencias de

auténtica libertad electoral y descentralización territorial en el nivel comunal. La mezcla de tales ingredientes resultó explosiva. Con la tinta de las páginas más gloriosas de la chilenidad aún frescas de actualidad, las fuerzas centripetas de entonces, energizadas por el orgullo de casta de la élite, desestabilizaron el edificio institucional y generaron una crisis cuyo desenlace fue la Guerra Civil de 1891.

Como este dramático acontecimiento no obedeció ni por asomo a una división de la sociedad en bandos contrapuestos, sino a las visiones antagónicas que sobre el ejercicio de la autoridad presidencial tenían sus sectores más influyentes, en la lucha que siguió no hubo populacho, barricadas ni montoneras, sino amplias operaciones de dos ejércitos regulares maniobrando en teatros tan distantes como lo está Londres de San Petersburgo. ¿Por qué el Ejército y la Armada no actuaron de común acuerdo en ese momento crucial? La interpretación que ha predominado la formuló Alberto Edwards: “La Marina, de formación europea y británica, empapada en el constitucionalismo burgués del siglo XIX, y en íntimo contacto con los círculos monttvaristas o radicales, acompañó al Congreso; el Ejército, más criollo y tradicionalista, más fiel al espíritu de obediencia pasiva al jefe visible del Estado, más español y monárquico, en una palabra, acompañó, no a Balmaceda, sino al Presidente de la República.”¹ Pero ambas fuerzas militares, a diferencia de lo que había sucedido un cuarto de siglo atrás en Norteamérica —y ocurriría más adelante en España—, combatieron aquí bajo la misma bandera.

Por eso, las inevitables heridas morales generadas por el conflicto sanaron con rapidez: las leyes de amnistía que la situación recomendaba fueron dictadas y respetadas, al punto que en 1894 los balmacedistas estaban de regreso en la vida pública. Pero la reconciliación en el interior del sector dirigente —quizá, por su sabiduría ancestral, el pueblo no suele dividirse hasta el desprecio por cuestiones ideológicas—, no significó que el orden de cosas permaneciera igual. Por el contrario, el Chile viejo y el antiguo Ejército sucumbieron en Concón y Placilla.

El bando triunfante no estimó del caso modificar la Constitución, vigente desde 1833, para instituir un régimen de gobierno afín al sentimiento de *laissez faire, laissez passer* que por entonces alcanzaba su apogeo en la Europa burguesa, imaginando que eso bastaba para convertir a Chile en una realidad similar, o al menos para encaminarlo hacia esa meta, obviando la escarpada evolución moral, técnica e institucional que había hecho posible que “en el año 1800 Europa

¹ Alberto Edwards Vives, *La fronda aristocrática* (1928), Editorial del Pacífico, Santiago, 1972, p. 172.

controlaba el 35% de la superficie terrestre del mundo; en 1878 esta cifra se había elevado al 67%; y en 1914, más del 84%.”² De hecho, la aristocracia devenida en plutocracia abdicó de su rol conductor y en lugar de conducir al conjunto de la población hacia el desarrollo, sintiéndose amenazada, se encastilló en una posición defensiva. Así, en los siguientes treinta años se limitó a proveer desde los cenáculos partidistas de la capital la tripulación del Congreso Nacional, sometiendo al Presidente de la República mediante el control del nombramiento y cese de sus ministros a través de un mecanismo de censura de dudosa constitucionalidad, aplicado incluso con displicente frivolidad. Con gracia inimitable, Joaquín Edwards Bello lo graficó diciendo: “Los ministerios tienen una vida tan corta que parece como si el fotógrafo de La Moneda les apuntara con bala.”³ Así, Federico Errázuriz Echaurren gobernó con 17 gabinetes diferentes en su quinquenio, al igual que su primo y sucesor Germán Riesco; Pedro Montt lo hizo con 11 y Ramón Barros Luco y Juan Luis Sanfuentes bregaron con 15 gabinetes. Tal grado de volatilidad del órgano de trabajo de La Moneda, en un país que era y continúa siendo porfiadamente centralizado, pronto llevó a la parálisis gubernamental. El epítome del espíritu dominante, Ramón Barros Luco, inmortalizó la frase “no hay sino dos clases de problemas en política: los que se resuelven solos y los que no tienen solución.” Pero en honor a la verdad, ya tempranamente, en 1894, uno de los patricios más destacados de la época, Francisco Valdés Vergara, lo había confesado con inusitada franqueza: “Duro es reconocerlo, pero los hombres que hicimos la revolución con la mejor de las intenciones, hemos causado daños mayores que los bienes prometidos.”⁴

La explotación a gran escala del nitrato —que bordeaba el medio millón de toneladas de salitre exportadas anualmente a fines de la década de 1880 y fue creciendo hasta alcanzar tres millones de toneladas en 1914— trazó sobre el desierto de Atacama un archipiélago de instalaciones fabriles con campamentos incluidos, las oficinas salitreras, que en términos económicos constituían un enclave de la modernidad industrial en un país que todavía transitaba por la fase agrícola de su desarrollo.⁵ Así las cosas, no puede extrañar que haya sido

² Paúl Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Debolsillo, Barcelona, 2005, p. 247.

³ Roberto Merino (Ed.), *Joaquín Edwards Bello, Crónicas reunidas*, Universidad Diego Portales, Santiago, 2008, T. 1, p. 259.

⁴ Citado en Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Santiago, 1986, p. 109.

⁵ Según el censo practicado en 1907, Chile contaba con 3.249.279 habitantes, de los cuales el 43% fue clasificado como urbano; pero considerando como población urbana la establecida en agrupaciones de más de mil habitantes, criterio que dista mucho de la masa crítica necesaria para

justamente allí donde aparecieron las primeras manifestaciones locales de un fenómeno de alcance global, la llamada “cuestión social”, flemáticamente descrita por los ingleses como “la décima parte oculta” del conjunto de cambios socioeconómicos que, al haber incrementado espectacularmente su productividad por medios técnicos —no consiste en otra cosa la Revolución Industrial—, les encumbró a la cabeza del último imperio donde efectivamente nunca se ponía el sol.⁶ Puede ser útil precisar que por “cuestión social” se entiende un fenómeno social complejo, que atraviesa gran parte del siglo XIX y se interna en el siglo siguiente, cuyo rasgo esencial es la dislocación de la estructura patriarcal de la sociedad, ocurrida como consecuencia de un nuevo modo de producción basado en el maquinismo, que desarraigó de su hábitat rural y de los vínculos que le son propios a cientos de miles de personas que se desplazaron a las ciudades, donde se ubicaban las fábricas —e incluso muchos emigraron a otro continente, buscando nuevos horizontes para mejorar sus vidas—. Como esta vertiginosa transformación de las relaciones comunitarias ocurrió en una atmósfera moral de darwinismo social, aunque una parte sustancial de la población logró dejar atrás su pasado y ganó en independencia económica y social, una porción no menor de los campesinos quedó hacinado en condiciones abyectas en las barriadas urbanas, convertidos ahora en proletarios. Esto creó las condiciones de un fermento revolucionario de nuevo cuño: sus aspiraciones no serían ya políticas, como en 1789, ni nacionalistas, como en 1848, sino socioeconómicas. No deja de ser significativo, en ese contexto, que el Manifiesto Comunista se haya publicado por primera vez en Londres, en febrero de 1848.

Aquella ola industrializadora produjo efectos similares en todas partes y el malestar social de quienes no lograron torcerle la mano al destino, catalizado en clave revolucionaria, cundió velozmente. Alemania fue pionera en comprender que no bastaba la represión para asegurar el orden público y la propiedad privada, bienes amenazados por huelgas y desórdenes cada vez más amplios y, haciéndose cargo del problema, Bismarck puso los fundamentos de lo que llegaría a ser la seguridad social. También terció la Iglesia, que dando un giro significativo al tipo de asuntos que hasta entonces le habían ocupado, fijó la posición de los católicos frente a la cuestión social en la encíclica *Rerum Novarum*, promulgada por León XIII en 1891, la cual describe en sus primeras líneas lo esencial de la situación:

generar una cultura efectivamente urbana. A modo de comparación, vale la pena indicar que en los mismos años Argentina apenas bordeaba los cuatro millones de habitantes, de los que 800.000 eran italianos recién desembarcados.

⁶ Jacques Barzun, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural de Occidente*, Santillana Ediciones Generales, México, 2008, p. 1007.

“Los adelantos de la industria y de las artes, que caminan por nuevos derroteros; el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros; la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría; la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos, juntamente con la relajación de la moral, han determinado el planteamiento de la contienda.” No le faltaba razón: aquella contienda sería uno de los asuntos cruciales del siglo XX y, hasta cierto punto, en adelante la determinación concreta de todas las posiciones del arco político tendría como punto de referencia la cuestión social.

En Chile, el Estado no se hizo cargo de las causas de la cuestión social, y tampoco bregó eficazmente con sus efectos. A un puñado de filántropos y al Partido Conservador —por entonces, el brazo político de la Iglesia— les corresponde el mérito de haber creado e impulsado las primeras iniciativas de bien público en ese terreno.

Paralelamente, en los mismos años en que el Fisco chileno descansó en los ingresos producidos por la exportación del salitre y cuando en la zona salitrera del país fueron apareciendo graves manifestaciones de la cuestión social, el Ejército y la Armada avanzaron resueltamente hacia su profesionalización. La Marina de Guerra, encabezada por el almirante Jorge Montt entre 1891 y 1913 —los cinco primeros años como Presidente de la República y los siguientes como Director General—, tuvo una época de esplendor: Chile llegó a contar con la escuadra más poderosa del Pacífico. Y el Ejército, que como fuerza terrestre del bando congresista había sido encabezado por los oficiales que más resueltamente deseaban su modernización en el molde prusiano —singularmente Emil Körner y Jorge Boonen, que desempeñarían el cargo de Inspector General del Ejército, entre 1904 y 1910, y entre 1910 y 1920, respectivamente—, tuvo asegurada la continuidad a ese empeño. De hecho, no sólo se contrató una misión militar alemana que tuvo presencia durante algo más de treinta años —naturalmente con desigual intensidad—, sino que “entre 1893 y 1914, de los cerca de 800 miembros del cuerpo de oficiales chilenos, unos 150 de ellos sirvieron en menor o mayor tiempo en el ejército prusiano.”

A principios del siglo XX, Chile contaba indiscutiblemente con el ejército de tierra más moderno de América Latina.⁷ De hecho, antes de la Gran Guerra,

⁷ Ferenc Fischer, “La expansión (1885-1918) del modelo militar alemán y su pervivencia (1919-1933) en América Latina”, en *Revista del CESLA* N°11, Varsovia, 2008, pp. 135-160. Las citas en pp. 137 y 140.

mientras los militares chilenos siguieron siendo alumnos de los alemanes, ellos mismos se convirtieron en profesores en numerosos países de Centro y Sudamérica. Al cabo de unos años, aunque no ocurrió la guerra con Argentina que constituía el imperativo tácito de la prusianización —también allá, en 1896, se contrató una misión militar alemana—, comenzó a ser visible el cumplimiento de una ley sociológica que mucho después enunciaría Wright Mills: “El origen social y sus antecedentes inciden menos en el carácter del militar profesional que en cualquier otro grupo social.”⁸ Tal vez, por ello, los oficiales formados en la escuela germana nunca llegaron a identificarse con un régimen en el que “la Presidencia de la República formaba parte del patrimonio de un círculo aristocrático.”⁹ Pero, asimismo, se creó una brecha profesional entre los jóvenes técnicos, formados en la concepción científica de la guerra, y los oficiales más antiguos, ingresados a las filas del Ejército Constitucional en 1891 desde la universidad o del ejercicio de una profesión liberal.

En contraste con la educación recibida en la Escuela Militar, y sobre todo con lo que observaban cuando eran destinados a la Alemania imperial, la realidad que envolvía al segmento más joven del cuerpo de oficiales, en contacto cotidiano con la tropa, era decepcionante. Lo que ellos percibían en toda su crudeza eran los síntomas de la decadencia de una nación que se estaba consumiendo con rapidez.¹⁰

Hasta 1900, año en que se promulgó la Ley de Reclutas y Reemplazos del Ejército y la Armada, el sistema de conscripción en tiempo de paz había sido el enrolamiento temporal de voluntarios, normalmente campesinos de la zona central del país; pero el servicio militar obligatorio —el primero de su tipo en América, concebido por Körner como una pieza fundamental del nuevo Ejército que proporcionaría soldados, como reservas instruidas y que, además, sería un factor de integración nacional— alteró sustantivamente la composición del contingente. En efecto, desbordó anualmente los cuarteles con miles de reclutas de distinta procedencia, pero, en general, de modestísima cuna, mal preparados para la vida —el primer contingente, el del año 1901, contabilizó un 70% de analfabetos, casi

⁸ Charles Wright Mills, *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 185.

⁹ Carlos Sáez Morales, *Recuerdos de un soldado*, Ercilla, Santiago, 1933, T.1, p. 12.

¹⁰ El índice de mortalidad infantil sigue siendo el decisivo en esta materia. En el cambio de siglo era un tema debatido públicamente y con la intención de paliar sus efectos se creó en 1901 el Patronato de la Infancia. El Mercurio, en un editorial publicado el 31 de julio de 1915, decía: “Los niños fallecen en una proporción que es una vergüenza, a un ritmo que solo tienen los países incivilizados, y los que sobreviven, para ser hombres y mujeres futuros, se debaten en medio de todos los abandonos. Remediar esto es hacer obra de patriotismo.” Las cifras: en el período 1917-1921, la mortalidad infantil era un terrorífico 27,4%.

todos carentes de hábitos de higiene y disciplina—, jóvenes para los cuales ser soldados representaba una suerte de peldaño de ascenso social en su medio y, a veces la única posibilidad de escapar a su ambiente. Como reacción, por iniciativa de los oficiales —no del Gobierno—, se establecieron escuelas primarias en los regimientos, lo que más tarde se regularizó y pronto llegó a ser corriente que un profesor normalista integrara la dotación en muchas unidades. Huelga decir que los hijos de los segmentos medios y elevados de la población encontraron mil motivos para ser excluidos de esta carga cívica, es decir, una actitud exactamente opuesta a lo que predominaba por entonces en la tan admirada Alemania.

La realidad social develada por el contingente no hacía más que confirmar los estragos que estaba produciendo la cuestión social, una situación de inequidad que los grupos dirigentes se negaban a mirar a los ojos. En efecto, indiferente a la irritación que provocaba —Adam Smith había advertido hacía mucho que “para la mayoría de los ricos, el mayor goce de la riqueza consiste en hacer ostentación de la misma”¹¹—, el sector privilegiado de la sociedad estaba disfrutando su achampañada *belle époque* cuando se escuchó en el norte un ruido sordo que enturbiaría la fiesta.

El descontento social estalló de lleno en la zona salitrera, y con menor intensidad en los incipientes sectores industriales de Valparaíso y Santiago. Un régimen político tan enquistado en los salones y tan alejado de la realidad como el parlamentarismo “a la chilena”, no estaba —ni de lejos— capacitado para enfrentar este tipo de dificultades, sin duda reales, pero agitadas en los campamentos mineros de la zona salitrera por nuevos actores políticos marginales al sistema imperante. Y como en lugar de enfrentar las causas de los reclamos, los agentes del gobierno se limitaron a reprimir a los obreros recurriendo a la fuerza pública, el asunto adquirió ribetes de dolorosa tragedia cada vez que los trabajadores en huelga bajaron desde la pampa a Iquique para manifestarse junto a sus familias: como no existía un cuerpo policial entrenado para controlar localmente los disturbios, se ordenaba restituir el orden público mediante la acción de la tropa y de la marinería desplegada al efecto, con sangrientas consecuencias. En tal contexto resulta comprensible que la fuerza germinal del comunismo criollo, el Partido Obrero Socialista organizado en 1912 por Luis Emilio Recabarren a partir de una escisión del Partido Demócrata, haya sostenido como

¹¹ Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), cap. 11, parte II.

cuestión de principios que la razón de ser de las Fuerzas Armadas era proteger los intereses de la clase dominante.¹²

El empleo del Ejército en dicho cometido no podía menos que desvirtuar la función militar, hiriendo el pundonor del cuerpo de oficiales, situación que lejos de pasar inadvertida se convirtió en materia de discusión incluso en la universidad. Así lo prueba una memoria de título del año 1901 que hizo bastante ruido: “Al Ejército le competen misiones en el orden internacional, en el orden interior del Estado y en el cumplimiento de las decisiones gubernativas. (...) En el orden interior no es policía porque su función es de Seguridad Nacional y entraña, por consiguiente, un carácter colectivo en el sujeto de su acción, bien distinto al papel de guardián del orden público que a menudo se le atribuye.”¹³

Pero no sólo la conservación del orden público desbordó a la autoridad ejecutiva, reducido a la impotencia por la persistente obstrucción parlamentaria. La solución de los problemas nacionales de todo orden fue siendo postergada *sine die*, al mismo ritmo que los sectores medios de la sociedad —profesionales, militares, profesores, funcionarios públicos, comerciantes— se iban desencantando de la actividad pública. El año 1900 el tribuno Enrique Mac Iver describió el estado de ánimo de la población: “Me parece que no somos felices; se nota un malestar... el presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen intranquilidad... ¿Qué ataja al poderoso vuelo que había tomado la república y que había conducido a la más atrasadas de las colonias españolas a la altura de las primeras naciones hispanoamericanas?” A su juicio, la nación chilena estaba afectada por una enfermedad moral: “Hablo de la moralidad que consiste en el cumplimiento de su deber —decía—; esa alta moralidad, hija de la educación intelectual y hermana del patriotismo, elemento primero del

¹² Luis Emilio Recabarren, en “¿Para qué sirve el Ejército?”, artículo publicado en el periódico *La voz del puerto*, Valparaíso, 9 de junio de 1904, recogido en Ximena Cruzat y Eduardo Devés, (recopiladores), *Recabarren. Escritos de prensa*, Terranova, Santiago, 1985, T. I, p. 27, señala un punto de vista que no variará hasta la intervención militar de 1924: “Los capitalistas han inventado la farsa del patriotismo para engañar al pueblo y calificar de criminal y antipatriota toda propaganda que se haga para abrir los ojos al pueblo. Si fuera cierto que el ejército es para defender la patria, irían también los ricos a cumplir con ese deber.”

¹³ Rafael Barahona San Martín, *El Ejército como órgano del Estado*, Memoria de Grado para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas, Imprenta Intendencia General del Ejército, Santiago, 1901, p. 44. El autor, capitán de ejército, fue Ministro del Interior entre el 19 de diciembre de 1924 y el 23 de enero de 1925. Después, Senador por Aconcagua y Valparaíso en la legislatura 1926-1934.

desarrollo social y del progreso de los pueblos.”¹⁴ En realidad, ¿cómo podía entusiasmar a las capas medias —el sector que estabiliza a la sociedad— una democracia que celebraba puntualmente sus ritos, pero que carecía de rumbo y envilecía la voluntad ciudadana mediante el cohecho destinado a asegurar entre la masa proletaria, especialmente en provincias, el triunfo de los hombres escogidos por los caciques partidistas? La cuestión tiene calado, porque “un gobierno que no pueda confiar en su clase media será, casi seguramente, incapaz de confiar en la continua lealtad de su ejército.”¹⁵

La celebración del Centenario, hito con el que concluye el siglo fundacional de la República, fue un punto de inflexión. Por una parte, la alegría de la fiesta a lo largo del país y el patriótico orgullo manifestado en todos los segmentos sociales, como se percibió en la multitud conmovida al paso de varios miles de veteranos del 79 en el Parque Cousiño y el correspondiente desfile en las ciudades cuyos jóvenes se habían enrolado para completar los viejos batallones y para formar organizados para aquella campaña. Por otra parte, inquietantes signos de desaliento colectivo. Con acierto se ha denominado “los ensayistas de la crisis” a lo más granado de la intelectualidad chilena de la época —Francisco Encina, Emilio Rodríguez Mendoza, Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet y Alberto Cabero, entre otros—, quienes advirtieron la inminencia del desplome si el espíritu nacionalista no reemplazaba con energía al blando *laissez faire, laissez passer*.¹⁶ Como inesperado símbolo de la ambivalencia del Centenario, le cupo presidirlo accidentalmente a Emiliano Figueroa Larraín, bisnieto del comandante Tomás de Figueroa, fusilado el 1 de abril de 1811 en el Convento de Santo Domingo tras el motín contrarrevolucionario que encabezó en la capital.

Al igual que en Europa, y por contagio en el resto del orbe, el estallido de la Gran Guerra en agosto de 1914 significó para Chile una catástrofe. No porque se hubiera involucrado de algún modo en ella —por el contrario, mantuvo una estricta neutralidad— sino porque el bloqueo a que fue sometida Alemania, tronchó el comercio del salitre con su principal socio comercial. En 1917 la industria alemana inició la producción industrial del salitre sintético cuya fórmula

¹⁴ Enrique Mac Iver, *Discurso sobre la crisis moral de la República*, Imprenta Moderna, Santiago, 1900. Está recogido en Hernán Godoy, *Estructura Social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1971. La cita en pp. 283 y 286.

¹⁵ Katharine Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, Londres, 1943, p. 78. Citado por Claudio Véliz, *El conformismo en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970, p. 87.

¹⁶ Véase, Cristián Gazmuri (ed), *El Chile del Centenario. Los ensayistas de la crisis*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.

habían elaborado los científicos Fritz Haber y Carl Bosch y, en adelante, al salitre natural le fue muy difícil competir en ese mercado. La producción siguió creciendo mientras el precio se derrumbaba —en 1928, vísperas de la Gran Depresión, fue de 3.233.321 toneladas—; pero la actividad estaba herida de muerte y en 1933 sólo alcanzó a 437.655 toneladas, esto es, similar a la de cuatro décadas atrás. El efecto en las finanzas públicas fue desastroso porque nadie había imaginado seriamente una contingencia de esa naturaleza. Así se explica que el presidente Juan Luis Sanfuentes, en entrevista publicada en *El Mercurio* el 18 de septiembre de 1915, es decir, recién proclamado en el cargo, haya señalado que “mi programa es la economía y a ella subordinaré todos los actos de mi gobierno,” una afirmación a primera vista sensata, pero que deja de serlo al advertir el grado de incompreensión del proceso histórico en curso que encerraba. En realidad, no eran las consecuencias económicas de la paz —título de un clásico texto de lord Keynes sobre las negociaciones que culminaron con el Tratado de Versalles (1919)— las que forzaron el término de una época y el inicio de otra —diferente en su ritmo y en los valores predominantes—, sino la entrada triunfal de las multitudes en la existencia política de las naciones. Arturo Alessandri Palma, en cambio, lo intuyó muy bien. Por eso, fue el estadista que condujo a Chile hacia el siglo XX.

Nacerá, pues, nuestro siglo XX en medio de dolores de parto. Sin embargo, no sería justo despedir al siglo fundacional dejando la impresión de que todo iba cuesta abajo. Por el contrario, en el nivel más profundo de la nacionalidad, en los años del cambio de siglo se perfiló con nitidez el término del proceso de fusión étnica iniciado hacía tres siglos. El mestizaje se expresó a partir de entonces en un tipo humano singular, cuyo modo de ser se aleja notoriamente del que exhiben sus vecinos, hecho que no dejó de llamar la atención de los observadores extranjeros. Hermann von Keyserling, por ejemplo, que recorrió América del Sur en 1927, hará constar respecto a Chile que “nace ahí un pueblo nuevo. (...) De los argentinos por un lado y de los peruanos por el otro, se diferencian ya actualmente los chilenos más y más profundamente que los alemanes de los franceses. (...) Sus aptitudes militares son impares en todo el continente.”¹⁷ Alcanzar el rasgo propio, la individualidad colectiva, tienen importancia capital en la trayectoria de una nación joven: sólo puede integrarse a otros y hacer obra en común lo que previamente existe.

¹⁷ Conde von Keyserling, *Meditaciones Suramericanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933, pp.111 y 114.

BIBLIOGRAFÍA

- Barahona San Martín, Rafael *El Ejército como órgano del Estado*, Memoria de Grado para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas, Imprenta Intendencia General del Ejército, Santiago, 1901.
- Barzun, Jacques, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural de Occidente*, Santillana Ediciones Generales, México.
- Chorley, Katharine, *Armies and the Art of Revolution*, Londres, 1943. Citado por Véliz, Claudio, *El conformismo en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1972.
- Fischer, Ferenc, “La expansión (1885-1918) del modelo militar alemán y su pervivencia (1919-1933) en América Latina”, en *Revista del CESLA* N°11, Varsovia, 2008.
- Gazmuri, Cristián (ed), *El Chile del Centenario. Los ensayistas de la crisis*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Santiago, 1986.
- Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*, Debolsillo, Barcelona, 2005.
- Mac Iver, Enrique, *Discurso sobre la crisis moral de la República*, Imprenta Moderna, Santiago, 1900. Está recogido en Hernán Godoy, *Estructura Social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1971.
- Merino, Roberto (Ed.), *Joaquín Edwards Bello, Crónicas reunidas*, Universidad Diego Portales, Santiago, 2008.
- Recabarren, Luis Emilio, “¿Para qué sirve el Ejército?”, artículo publicado en el periódico *La voz del puerto*, Valparaíso, 9 de junio de 1904, recogido en Cruzat, Ximena y Devés, Eduardo (recopiladores), *Recabarren. Escritos de prensa*, Terranova, Santiago, 1985.
- Sáez Morales, Carlos, *Recuerdos de un soldado*, Ercilla, Santiago, 1933.
- Smith, Adam, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, 1776.
- Von Keyserling, Conde, *Meditaciones Suramericanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933.
- Wright Mills, Charles, *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

EVOLUCIÓN DE LAS UNIDADES BLINDADAS EN CHILE.1944–1982

POR PEDRO HORMAZÁBAL ESPINOSA *

“El arma blindada es el arma decisiva de la victoria terrestre, destinada fundamentalmente a ejecutar operaciones ofensivas, sirviéndose especialmente de la movilidad y la sorpresa”.
Manual de Tropas Blindadas 1945¹

ABSTRACT

El presente trabajo expone los antecedentes, comienzos y desarrollo de las unidades blindadas en el Ejército de Chile. Se trata de una historia poco conocida, en la que, detrás del desarrollo del arma de blindados es posible advertir toda una historia de esfuerzos, tanto individuales como colectivos, en los que participaron oficiales y suboficiales de diferentes armas y especialidades, quienes buscaron modernizar la institución, haciendo que esta —incorporando los progresos tecnológicos de cada momento— se adecuara a fin de alcanzar las capacidades necesarias para enfrentar los desafíos que cada época demandó.

Los procesos de modernización y de transformación del Ejército han sido una constante desde el siglo XIX en adelante, clara expresión de la necesidad de satisfacer las demandas que los escenarios internacionales, económicos, políticos, sociales y estratégicos le han impuesto a la institución. Proceso en el que la incorporación de la tecnología ha sido un asunto central. Fue en este contexto en el que, desde las primeras décadas del siglo XX, se comenzó a incorporar vehículos automóviles a las diferentes unidades de la institución.

* Miembro de la Academia de Historia Militar.

¹ Mayor Álvaro Castro Simms y Teniente Guillermo Gana Molina. “Manual de tropas Blindadas”. Santiago, Imprenta Lathrop, 1945, p. 36.

HACIA LA MOTORIZACIÓN

Los primeros vehículos automóviles con que contó el Ejército fueron los camiones “White”, con motor de cuatro cilindros, tracción en las ruedas posteriores y ruedas de goma maciza, los que fueron adquiridos en la década de 1920 y que habían tenido gran éxito en la Primera Guerra Mundial. En nuestro país fueron inicialmente utilizados para el transporte de bastimentos y estaban encuadrados en las unidades de acarreo, sucesoras de las antiguas unidades de bagajes y tren. Este material también fue suministrado a las escuelas y unidades del Ejército, asignándose sólo un vehículo por unidad.

En la década de 1930 el Ejército estaba conformado principalmente por unidades de infantería de llanura y de montaña; artillería montada y a caballo; caballería, zapadores, comunicaciones y unidades de tren. Fue entonces cuando se adquirieron cinco unidades de carros Carden Lloyd Mark VI, con los cuales se conformó una sección de carros de asalto en la Escuela de Infantería, en San Bernardo.



Carros Carden Lloyd Mark VI. Escuela de Infantería,
1936

Desde una perspectiva doctrinaria, los orígenes de las unidades motorizadas y blindadas en el Ejército se remontan a la traducción de la obra del teniente general Friedrich von Cochenhausen denominada “Manual Táctico del Comandante de Tropas y sus Auxiliares”, trabajo efectuado en 1938 por dos oficiales de Estado Mayor, el mayor Ramón Álvarez G. y el capitán Rodolfo Otto M. En la citada publicación se planteaba la necesidad de crear, con la ayuda de la motorización, unidades de gran movilidad y aptas para todo empleo, siendo su

misión trascendental operar sorpresivamente sobre los flancos y las espaldas del adversario. Esta primera aproximación teórica surgió en nuestro país en circunstancias que en Europa se iniciaba la Segunda Guerra Mundial.

En este conflicto fueron las grandes unidades motorizadas y blindadas las que demostraron en los diversos teatros de operaciones de África y Europa sus aptitudes para la maniobra hacia la profundidad, materializada con una potencia y velocidad sorprendente hasta esa época.

En esos años, la doctrina del Ejército de Chile ya establecía algunos conceptos y definiciones en relación al tipo de unidades que se requerían. El Memorial del Ejército y las revistas de las diferentes armas —como la “Revista de Artillería”— registran, a partir de mayo de 1940, una serie de artículos escritos por diversos autores, tanto extranjeros como nacionales, en los cuales se plantea el pensamiento y la concepción sobre unidades motorizadas y blindadas.

El coronel Guillermo López Larraín escribió en la Revista de Artillería de 1946: *“Vehículos automóviles es considerada como la expresión genérica más apropiada, para señalar sin reservas a todos los vehículos dotados de motores de combustión interna”*². Más adelante acota que con la denominación de “tropas mecanizadas” se entendía a las que estaban dotadas orgánicamente de vehículos automóviles, o sea, en un amplio sentido, a las que estaban integradas por unidades motorizadas, unidades blindadas, unidades de tanques y unidades de acarreo automóvil.

Por lo mismo, se entiende que las “unidades motorizadas” serían aquellas tropas que contaban con vehículos automóviles orgánicos y entre estos últimos se consideraban los automóviles de comando y de exploración, y los camiones de carga o de tracción destinados al transporte de su propio personal y elementos, o para el arrastre de su respectivo material.

LA ESPECIALIDAD DE “MOTORIZACIÓN” Y LOS PRIMEROS ESPECIALISTAS EN TANQUES

Fue así, como según estas primeras directrices conceptuales y en concordancia con los principios derivados de las concepciones de “defensa hemisférica” propiciada por los Estados Unidos en plena Segunda Guerra Mundial, el presidente Juan Antonio Ríos, a proposición del comandante en jefe

² Coronel Guillermo López. “El vehículo automóvil en la fuerza terrestre”. Revista de Artillería, N°100, 1946 (3er. Trimestre).

del Ejército, general de división Oscar Escudero Otárola, creó la especialidad de “Motorización” el 23 de junio de 1942³.

La razón que se tuvo para tomar esta decisión fue la natural tendencia de todos los ejércitos modernos de aumentar su proporción de elementos motorizados. Por ello fue que se visualizó la necesidad de disponer de personal competente para la operación de este material, a fin de mantenerlo en todo momento en perfectas condiciones de uso, prolongando así su vida y buen servicio. A su vez, el propósito era disponer de personal idóneo y abrir carrera a los efectivos más eficientes, por lo que este personal debía ser y tener la categoría de “especialistas”.

En este sentido, se dispusieron tres categorías: Conductor Militar, Conductor Mecánico y Mecánico Especialista, con el correspondiente distintivo. Estos cursos de conductores militares funcionaron en el Regimiento de Tren N° 2 del Comandante Tomás 2° Yávar. Su material principal estaba constituido por los recién llegados camiones G.M.C. 6x6 de 2,5 toneladas, cuya finalidad era el transporte de tropas, el acarreo y, posteriormente, su empleo como vehículo tractor de cañón.

Debido a la necesidad de contar con elementos eficientes en el manejo de vehículos a motor, tanto entre los oficiales como en la tropa, se dispuso el 29 de agosto de 1942 la realización de un curso de Automóviles Blindados bajo la supervisión de la Inspección de Caballería⁴. Simultáneamente, la Escuela de Ingenieros Militares designó alumnos para integrarse al curso de radio telegrafistas para autos blindados, que funcionaba en el Regimiento de Caballería N° 2 Cazadores, en Santiago.

La doctrina imperante establecía que las unidades blindadas serían aquellas que se caracterizaban por su gran movilidad, poder de fuego, acción de choque y carácter esencialmente ofensivo. La comprenderían los vehículos automóviles parcial o totalmente blindados, que transitan por todo terreno, siendo su principal elemento el “Tanque”, en cuyo beneficio se emplean todas las demás armas de la unidad blindada. En esta época, tanto el batallón como el destacamento blindado se incluían entre las unidades operativas menores. Los tanques adelante, los ingenieros abriéndoles camino y la infantería apoyándolos sin permitir que se

³ Boletín Oficial N° 26, de 25 de junio de 1942, p. 830.

⁴ Boletín Oficial N° 36, de 3 de septiembre de 1942, p. 1182

produjera alguna separación en tiempo y espacio. La artillería, por su parte, apoyaba con sus fuegos el conjunto de las operaciones de tanques e infantes.

Dentro del concepto de unidad blindada también se incluía a las unidades de reconocimiento blindado (Caballería), tales como el escuadrón de reconocimiento blindado y el grupo de exploración blindado.

Fue así que se le dispuso a la Inspección de Caballería la realización, en las unidades de caballería, de un curso de carros blindados de reconocimiento que se desarrolló entre el 1 de agosto y 31 de diciembre de 1943⁵. El material incluía al automóvil de reconocimiento “White” (M3A1), llamado “carro Scout” y el auto blindado liviano M.8, ambos como vehículos diseñados para la exigencia del reconocimiento y la exploración blindada.



“White” M3 A1 Carro Scout

Ese mismo año, estando el general de división Alfredo Portales en la comandancia en jefe del Ejército en calidad de suplente, se dispuso por Orden Comando N° 303, de 12 de agosto de 1943, que fuera la Escuela de Infantería del General San Martín la que realizara el curso de carros blindados de combate,⁶ el que fue más bien conocido como “Curso de Tanques”. Para el cumplimiento de lo anterior, el arma de infantería, en una polémica y algo contradictoria decisión, dispuso que un grupo de oficiales y suboficiales que acababan de terminar el curso

⁵ Boletín Oficial N° 31, de 5 de agosto de 1943, pp. 1055-1056.

⁶ Boletín Oficial N°33, de 11 de agosto de 1943, p. 1124.

de Esquí y Guías de Alta Montaña se integrara como alumnos de este nuevo ciclo académico.

Los requerimientos operacionales establecidos por la institución eran, en esos años, la necesidad de contar con elementos eficientes en el manejo y empleo de tanques, tanto oficiales como suboficiales, además de contar con un cuadro de instructores técnicamente capacitados para la organización e instrucción de unidades que debían crearse de acuerdo a la nueva orgánica del Ejército. Finalmente, subyacía también la necesidad de formar cuerpos de instructores idóneos, que pudieran fijar unidad de doctrina en el empleo de estos elementos.

Este primer curso de carros blindados de combate tuvo dos períodos. El primero comenzó el 15 de agosto y se extendió hasta el 15 de noviembre de 1943, y correspondió a una etapa técnica que debía desarrollarse en el Regimiento Tren N° 2. El segundo periodo abordó la instrucción táctica a cargo de la Escuela de Infantería y se desarrolló entre el 1 de octubre y el 30 de noviembre de 1943.

Los 25 oficiales y suboficiales que integraron este primer curso de tanques fueron: los capitanes Benjamín Ginouves y Alfonso Canut de Bon.; los tenientes Francisco Gorigoitia, Edgar Witt, Fernando Silva, Julio Vandorsee y Orlando Jorquera; los subtenientes Sergio Arellano, Héctor Couble, Carlos Reyes,



Tanque M3 A1 en ejercicio en Peldehue. 1943

Fernando Montaldo, René Zúñiga, Fritz Retchner y Luis Gajardo; los sargentos Raúl Vergara y José H. Barrientos; los cabos primeros Héctor Acuña y Armando Díaz; los cabos segundos Domingo Ortiz, Alfredo Higuera, Enrique Cofré, Luis Zapata, Pedro Hormazábal V. y Misael Sepúlveda; y el soldado segundo Virginio González⁷.

⁷ Ídem.



Tanques y carros tripulados por alumnos del primer curso de tanques. 1943

Este selecto grupo de oficiales y suboficiales de infantería fue el primero en especializarse en el material de tanques provenientes de Estados Unidos. Por primera vez en la historia de la institución se disponía de tanques de combate, siendo estos los modernos tanques livianos M3 A1 “Stuart”, los que eran utilizados por las tropas norteamericanas en los distintos frentes de combate de la guerra mundial. Algunas de sus características principales eran: ser un tanque liviano, dado su peso equipado para el combate de 12.945 kilos; tenía un poder de ascensión de 40°, una capacidad de vadeo de 80 centímetros y trepaba obstáculos verticales de 60 centímetros. Su motor Continental, tipo radial estrella de 7 cilindros y 250 HP, le permitía alcanzar velocidades de hasta 60 kilómetros por hora. Usaba gasolina de 80 octanos con un rendimiento de 800 metros por litro, lo que le otorgaba un radio de acción de 200 kilómetros. Su blindaje era de un espesor de 3,81 centímetros en la parte frontal y de 2,54 centímetros en el costado. Respecto de su armamento, estaba equipado con un cañón de 37 mm y 3 ametralladoras de 30: una en el puesto del ayudante de conductor, otra paralela al cañón (coaxial) y la última sobre la torre en posición antiaérea y contra infantería.

Lo que completaba el sistema y marcaba un avance importantísimo para la época era la capacidad de comunicaciones, ya que disponía de un equipo de radio

transceptor de potencia de 30 watts, lo que le permitía un alcance en telefonía de 42 kilómetros y en telegrafía a 76 kilómetros ⁸.

El tanque contaba con una tripulación a base de cuatro hombres, que cumplían los roles de comandante de tanque, sirviente antitanque o artillero, conductor y ayudante de conductor; ellos usaban como armamento individual de protección inmediata una pistola Colt 45, además de una subametralladora Thompson. En lo que respecta a las misiones tácticas que estaban destinadas a cumplir, destaca el ser el elemento de ruptura de las unidades blindadas.



Llegada de tanques M3 A1 a la Escuela de Unidades Motorizadas.
1943

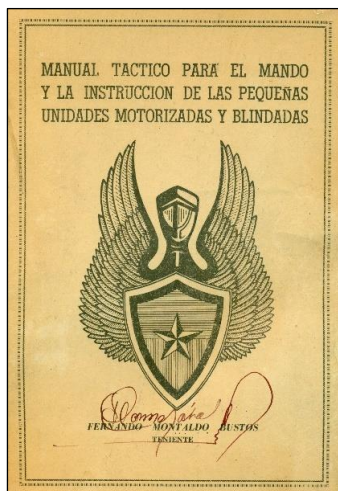
El curso especializado en tanques consideraba materias tan amplias como: ética, mantenimiento, motores parte I y II, conducción práctica, conducta como comandante de carro, preocupación por el material y espíritu de cooperación.

El espíritu de cooperación era fundamental, considerando la integración y espíritu de cuerpo que debía alcanzar este nuevo concepto de tripulación de tanques. Al respecto, se señalaba que el hombre en las unidades de tanques debía poseer cualidades especiales, tales como: audacia, espíritu de sacrificio y honradez profesional, todo ello unido a inteligencia y rapidez de concepción y ejecución. Sus condiciones físicas debían ser compatibles con la naturaleza del servicio y, en

⁸ Fernando Montaldo Bustos. “Manual Táctico para el mando y la instrucción de las pequeñas unidades motorizadas y blindadas”. Santiago, 1947.

especial, debía tener los órganos de los sentidos en perfectas condiciones. Todo lo anterior era evaluado mediante un examen psicotécnico, para determinar las condiciones especiales requeridas.

En lo que se refiere a la indumentaria, las tripulaciones fueron equipadas con un overol y el uso de un quepí para trabajos de mantenimiento tanto en el interior como en el exterior del tanque. Sin embargo, cada tanque disponía de cascos integrales que permitían el uso de auriculares y del respectivo laringófono para las comunicaciones tanto internas como externas.



Manual Táctico

Una labor fundamental para el impulso de este curso la tuvieron el director de la Escuela, coronel Manuel Délano Díaz y el secretario de estudios, mayor Héctor Martínez Amaro. Además, se debe señalar que el curso contó con la asesoría de un grupo de instructores del Ejército de los Estados Unidos, entre los que destacaron el capitán Maurice Hatheway y sargento Louis St. Jones⁹. Para la instrucción se utilizaron los reglamentos del ejército norteamericano FM 17.5 “Manual de campaña de fuerzas blindadas y ejercicios de las fuerzas blindadas”, FM 17.10 “Táctica y técnica”, FM 17.30 y FM 17.32, “Pelotón de tanques y compañía de tanques liviana y mediana”, entre otros. Fue por ello que en julio del año siguiente se dispuso que la Dirección de Arsenales de Guerra tomara a su cargo

el control de la traducción de reglamentos y manuales técnicos norteamericanos correspondientes al material llegado al país en el último tiempo. Para ello se repartió el trabajo entre jefes y oficiales que, por el dominio del idioma inglés, por sus conocimientos técnicos y por su permanencia en los Estados Unidos, estaban en condiciones de efectuar esa tarea de traducción, a la vez que se contrataba a traductores civiles.¹⁰

Entre los primeros se encontraba el mayor Álvaro Castro Simms, oficial de Infantería y de Estado Mayor, quien había efectuado un curso de zapadores por

⁹Estado Mayor General del Ejército, “Historia del Ejército de Chile”. Tomo IX, Santiago, 1983, p. 151. En la publicación dice “Sn. Jorge” y debería decir “St. Jones”.

¹⁰ Boletín Oficial N°31, de 3 de agosto de 1944, p. 1031.

tres meses en la Escuela de Infantería de los Estados Unidos durante el año de 1941.¹¹

Dentro de los desafíos que planteaba la incorporación de los nuevos medios, se visualizó la necesidad de crear una táctica propia para las unidades blindadas, ya que las doctrinas de los grandes ejércitos no eran aplicables en el caso chileno debido, principalmente, a las diferencias en las realidades geográficas y a la cantidad de recursos disponibles.

Al finalizar el primer curso de tanques, obtuvo el primer puesto el capitán Benjamín Ginouves, quien fue designado para trasladarse en el año siguiente a la zona del canal de Panamá, a una base de los Estados Unidos y seguir un curso de mantenimiento de equipo de material de guerra que tendría una duración de tres meses. A su vez, el teniente Fernando Montaldo publicó posteriormente el “Manual Táctico para el Mando y la Instrucción de las Pequeñas Unidades Motorizadas y Blindadas”.



Ceremonia de graduación del primer curso de tanques.
1944

Esta unidad fue revistada el 18 de marzo de 1944 por el presidente de la República, Juan Antonio Ríos, quien estaba acompañado por el ministro de Defensa Nacional y el comandante en jefe del Ejército, General Oscar Escudero. En ella se pudo apreciar el vivac, el gabinete de instrucción, las salas de clases y

¹¹ Carpeta de antecedentes personales del General Álvaro Castro Simms. Archivo General del Ejército.

el material, que consideraba: ocho tanques M3 A1 de los diecisiete llegados ese año, cuatro automóviles de reconocimiento “White” (M3A1), dos camiones semioruga, transporte de personal “Diamond”, un camión G.M.C. de 2,5 toneladas, un automóvil de comando Dodge de $\frac{3}{4}$ toneladas denominado “Camello” y cuatro jeeps “Willys” de exploración. Allí quedó en evidencia el grado de destreza y la capacidad adquirida durante la fase de preparación técnica y táctica del curso.

CREACIÓN Y DESARROLLO DE LAS UNIDADES BLINDADAS

Concluida la fase anterior, se dictó el Decreto Supremo N° 49, de fecha 15 de abril de 1944, el que dispuso la creación de los regimientos Blindado N° 1 con guarnición en Iquique y Blindado N° 2 con guarnición en Santiago. Debido a la cantidad de personal instruido a esa fecha, solo pudo ser organizado el Regimiento Blindado N° 1, quedando el N° 2 como batallón en organización dentro de la Escuela de Unidades Motorizadas. A su vez, se creó la Inspección de Unidades Blindadas, dependiente del comandante en jefe del Ejército ¹², la que sería agregada a la Inspección de Artillería en 1944 y a la Inspección de Caballería en 1954.

Las primeras unidades dependientes del Regimiento Blindado N°1 fueron: una compañía de tanques, una compañía de infantería blindada, una compañía de reconocimiento y una compañía de mantenimiento. Su primer comandante fue el teniente coronel Benjamín Escobar.



Parche del Arma de
Blindados
(Destacamento Blindado
N°1)

El problema principal de esta unidad era la falta de un cuartel en Iquique, ya que hasta junio de 1945 desarrolló sus actividades en el recinto del Regimiento de Infantería N°5 “Carampangue” y después ocupó tres instalaciones en la calle Aníbal Pinto de esa ciudad. También se contempló la idea de reunir al destacamento en terrenos fiscales situados al oriente del Hospital de Iquique, elaborándose el plano respectivo. Finalmente, esta idea no se concretó, siendo estos terrenos asignados al

¹² Boletín Oficial N°16, de 20 de abril de 1944, p. 531.

nuevo Regimiento de Telecomunicaciones N°6 “Tarapacá”, donde, curiosamente, actualmente se ubica la Escuela de Caballería Blindada.

A raíz de la creación de estas unidades blindadas y ante la necesidad de asignarles un distintivo al personal que las integraba, por orden ministerial del 6 de septiembre de 1944 se dispuso el uso de un distintivo común para todos sus componentes, aún cuando en las unidades servía personal de oficiales y tropa de distintas armas. Por aspectos de uniformidad y presentación, fue necesario establecer vínculos comunes en el uso de un distintivo y en el color del parche. Se concibió una insignia que resumiera las características tácticas fundamentales de las unidades blindadas, como lo son la velocidad y blindaje, lo que se estimó se lograba a través de la figura de un yelmo alado. El yelmo representaba la humanidad y la condición de caballero de quienes lo lucían; las alas, la velocidad y el escudo el blindaje. Se estableció, además, que el color distintivo del parche sería el amarillo oro.

Luego de la materialización de los cursos fue creada la Escuela de Unidades Motorizadas por decreto supremo N°56, de fecha 9 de noviembre de 1944, fijándose como su cuartel el antiguo local del Regimiento Tren N°2, ubicado en avenida Antonio Varas con avenida Francisco Bilbao. Esta escuela tenía la siguiente orgánica: dirección, subdirección, secretaría de estudios y un batallón blindado compuesto por una compañía de tanques, una compañía de infantería blindada, una compañía de mantenimiento, una batería de artillería motorizada, una compañía mixta que consideraba secciones de zapadores, exploración y reconocimiento, anti blindaje y transmisiones. A ello se le añadía un batallón de aplicación de acarreo, con dos columnas de automóvil —la N°1 y la N°2— y una compañía sanitaria.

El primer secretario de estudios de la escuela fue el capitán Héctor Martínez Amaro, destacado oficial de infantería. Entre sus alumnos se puede contar al sobresaliente clase José Benito Piuzzi Muñoz —quien, años más tarde, alcanzaría el grado de General de Brigada— junto a un grupo selecto de instructores como los suboficiales Raúl Antonio Triviño y Fernando Musa. En las aulas de esta escuela se materializaron diversos cursos de conductores militares de vehículos todo terreno, comandante de carros para suboficiales y curso general para oficiales.



Tanques de la Escuela de Unidades Motorizadas. Parada Militar de 1946

En 1945, el mayor Álvaro Castro y el teniente de artillería Guillermo Gana elaboraron el primer “Manual de Tropas Blindadas”, trabajo que fue desarrollado bajo la dirección de la recientemente creada Escuela de Unidades Motorizadas ¹³.

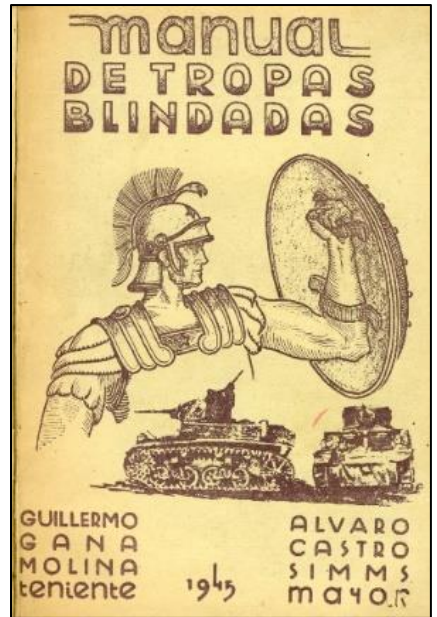
Años más tarde, la escuela fue el escenario de reuniones deliberativas de naturaleza política, por lo que el 30 de noviembre de 1948 fue decretado su receso. Se argumentó la posibilidad de aprovechar su material para dotar de elementos motorizados a las unidades recién creadas en la I y VI divisiones, considerando que para esa fecha no era posible obtener este material en el extranjero. Sin embargo, de los 38 oficiales de planta de la escuela, solo tres oficiales fueron destinados al Regimiento Blindado N°1 en Iquique: el capitán Carlos Forestier y los tenientes Luis Gajardo y René Carrasco. De todo el personal que integraba la escuela en 1948, dieciocho suboficiales fueron destinados al Regimiento de Caballería N°1 “Granaderos”. El resto del personal de oficiales y suboficiales fueron destinados a diferentes reparticiones y unidades de la guarnición.

Las actas del Consejo Militar de 1948/1949, presidido por el ministro de Defensa Nacional y por comandante en jefe del Ejército, General de División Guillermo Barrios Tirado, consignan la necesidad de dar una nueva organización a la institución. Para este fin se definieron los siguientes escalones: el escalón de

¹³ Mayor Álvaro Castro S. y Teniente Guillermo Gana M. “Manual de Tropas Blindadas”. Santiago, Imprenta Lathrop, 1945.

seguridad —constituido por destacamentos de frontera—, el escalón de maniobra —conformado por los destacamentos y tropas de los cuerpos de ejército— y el Escalón Reserva —compuesto por la reserva estratégica del Ejército—.

Fue en este contexto que se organizó, por decreto N°121 del 2 de febrero de 1948, una nueva unidad operativa menor, el Destacamento Blindado N°1, el que fue encuadrado en el Ier Cuerpo de Ejército, con guarnición en Iquique. Así, en marzo de 1948 el Regimiento Blindado N°1 cambió su denominación a Destacamento Blindado N°1, quedando conformado como sigue: una compañía de tanques, una compañía de infantería blindada, dos compañías de infantería mixta, una compañía de exploración y reconocimiento, una batería de artillería motorizada con obuses 105mm, una compañía de ingenieros motorizados y una compañía de mantenimiento. El mismo decreto también dispuso la organización del Destacamento Blindado N° 2; sin embargo, este nunca llegó a concretarse.



Ejemplar del Manual de Tropas Blindadas

En el acta N°3, de septiembre de 1949, el Consejo Militar consigna la motorización de los regimientos de Caballería N°1 y N°8, sobre la base del Destacamento Blindado N°1 —que no tenía cuartel— y del resto del material blindado existente —distribuido momentáneamente en la guarnición de Santiago—, buscando así poner dicho material bajo la responsabilidad de una sola autoridad.

No obstante, en el acta N°4 se deja constancia que el comandante en jefe de la División de Caballería, general de brigada Víctor Granifo, no estaba de acuerdo con esta idea y sugería trasladar las unidades de caballería del norte a Victoria y Valdivia. Sin embargo, el jefe del Estado Mayor de la Fuerzas Armadas —actual Estado Mayor Conjunto—, el general de división Humberto Luco, manifestó que el Destacamento Blindado N°1 debía subsistir al igual que los grupos de Exploración Mecanizados, no así la caballería montada, cuya presencia en el norte era absolutamente inadecuada, pues la exploración estratégica la haría la aviación.

En estas mismas discusiones, el comandante en jefe del Ejército planteó que era necesario evaluar si el Destacamento Blindado N° 1 era realmente una unidad blindada clásica, o si lo único que la presentaba como tal era el nombre y algunos tanques que poseía. Después de un profuso debate se concordó que, si bien el Destacamento Blindado N°1 no revestía todas las características orgánicas de una unidad blindada, se la consideraría de esa naturaleza por las necesidades estratégicas del teatro de operaciones norte, siendo indispensable que con el tiempo se le dotara con todo el material que le correspondía a una unidad blindada.

El comandante en jefe del Ejército consideraba que los regimientos de Caballería N°1 y N°8 podrían hacer la transformación a la motorización manteniendo la tradición en su denominación e historia, consiguiendo así obviar, por el momento, los insuperables obstáculos económicos que significaría destinar esas unidades al sur del país. Traslado que, entre otras consideraciones, tendría un importante impacto en el personal de Iquique y Antofagasta, y aumentaría la demanda de viviendas fiscales en las nuevas guarniciones. En el fondo, era partidario de una transformación que no atentara contra las tradiciones, pero que permitiera que estos regimientos se adecuara a las necesidades derivadas de las características del teatro de operaciones donde se ubicaban. Este proceso también consideraba la creación de un centro de instrucción blindado.

Siguiendo estas orientaciones, en noviembre de 1949 el Regimiento de Caballería N°8 “Exploradores” se reorganizó como Regimiento de Caballería Mecanizado N° 8 “Exploradores”.

Algunos años después, debido a la necesidad de contar con una escuela que impartiera la doctrina, por el decreto supremo N°69, de 12 de enero de 1953, se dispuso la reactivación del instituto en Santiago, pero ahora con el nombre de Escuela de Unidades Mecanizadas, bajo la dirección del coronel Eduardo Beas. Contaba con un batallón blindado con la respectiva compañía de tanques y estaba al mando del capitán Herman Brady.

En ese año sus instalaciones se encontraban disgregadas: la dirección y secretaría de estudios se ubicaba en el Estadio Militar —actual Club de Suboficiales de la guarnición de Santiago—, mientras que los tanques se guardaban en la calle San Ignacio 2170, recinto que era un depósito de Arsenales de Guerra.

En tanto, durante 1953 se continuó completando el Regimiento de Caballería Mecanizado N°8 “Exploradores”. Solo en septiembre del citado año y

bajo el mando del teniente coronel Jorge Poblete se agregó un tercer escuadrón a los dos escuadrones de exploración mecanizado ya existentes, y se constituyó el escuadrón de tanques, cuyo comandante fue el capitán Diego Hargreaves.

En marzo de 1954, la unidad de Antofagasta fue denominada Destacamento Blindado N°2 y estaba conformado por tres escuadrones de exploración mecanizados, un escuadrón de tanques livianos, un escuadrón de servicios y una batería denominada autopropulsada, aunque nunca llegó a contar con material de este tipo. Finalmente, el 10 de mayo de 1957, en otro de los numerosos cambios de denominación, pasó a llamarse Regimiento de Caballería Blindado N°8 “Exploradores” del coronel Manuel Rodríguez. El regimiento quedó constituido por dos escuadrones de reconocimiento, un escuadrón de exploración y reconocimiento, un escuadrón de tanques medianos (M-4 Sherman), una batería de artillería autopropulsada (solo de nombre) y un escuadrón de mantenimiento y servicios.



Tanque M-4 Sherman. Escuela de Blindados, Antofagasta,
1971

También en 1954, la comandancia en jefe del Ejército había dispuesto un nuevo traslado de la Escuela de Unidades Mecanizadas, volviendo a ocupar su primer cuartel en Antonio Varas 1326, enviándose al Batallón de Transporte N°2 a la instalación de San Ignacio 2170. Para mayo del mismo año, el director de la escuela era el coronel José Cárcamo y contaba con una compañía de tanques, una compañía de infantería blindada —en la que destacaba el teniente Dante Iturriaga

Marchesse como comandante de sección—, una compañía de ingenieros blindada, una compañía de exploración mecanizada, una batería de artillería autopropulsada, una compañía de mantenimiento liviana y una compañía de aplicación, al mando del capitán Sergio Arellano Stark.

En 1954 había llegado el nuevo material blindado a Antofagasta, en el marco del Pacto de Ayuda Militar (PAM). El 3 de mayo, el general Luis Vidal manifestó la idea de mantener el Destacamento Blindado N° 1 en el norte, pero no en Iquique, sino en la pampa, para lo cual se podrían aprovechar las instalaciones de una de las oficinas salitreras en desarme o en receso. Para la misma época, se propuso distribuir las unidades blindadas bajo la tutela de alguna de las armas ya existentes. En esos años, la compañía de tanques del destacamento estuvo mandada por los capitanes Octavio Letelier Bobadilla y Felipe Geiger Stahr.

En 1957 nuevamente fue modificada la orgánica del Ejército y los destacamentos blindados N°1 en Iquique y el N°2 en Antofagasta se transformaron, respectivamente, en el Regimiento de Caballería Blindado N°1 “Granaderos” y en el Regimiento de Caballería Blindado N°8 “Exploradores”, manteniendo sus correspondientes guarniciones. Sin embargo, esta orgánica sería nuevamente modificada el 26 de enero de 1961, pasando estas unidades a denominarse: Grupo de Reconocimiento Mecanizado (R.MECZ) N°8 “Exploradores”, de guarnición en Antofagasta y dependiente de la I División de Ejército; el Grupo de Reconocimiento Mecanizado (R.MECZ) N°1 “Granaderos”, de guarnición en Iquique y dependiente de la VI División de Ejército; y se creó el Grupo de Reconocimiento Mecanizado Ligero Reforzado (R.MECZ.L-R) N°5 “Natales”, de guarnición en Puerto Natales y dependiente de la V División de Ejército. El 17 de agosto del año siguiente, estos grupos pasaron a ser nuevamente regimientos mecanizados, a excepción de la unidad “Natales” que continuó siendo un grupo.

A esas alturas se había visualizado la necesidad de normar la carrera profesional de quienes integraban estas unidades, por lo que en 1961 se dispuso la creación del escalafón y del arma de Mecanizados, egresando el 1 de enero de 1962 la primera promoción de oficiales de la Escuela Militar, siendo el más antiguo el subteniente Fernando Castro Marincovic. Entre 1962 y 1966 se nombraron 32 subtenientes de esta arma.

A partir de enero de 1966, en la Escuela de Unidades Mecanizadas y bajo la dirección del coronel Eduardo Arriagada Lasa, cursaron estudios los siguientes oficiales de caballería: los tenientes Jorge Ballerino, Richard Quass y Renato

Aranda; y los de mecanizados: tenientes Bernardo Beals, Mario Morales, Rafael Ríos, Juan Solari, Luis Lobos, Carlos Quiroz y Carlos Lemus. La orgánica de la Escuela contaba con una sección de tractoristas, un escuadrón de plana mayor, una sección telecomunicaciones, una sección antiaérea, una sección de tanques livianos, un pelotón de servicios, un escuadrón de reconocimiento mecanizado y un escuadrón de tanques medianos (M-41).



Tanque M41 A3. Fuerte Baquedano, 1974

Más tarde, en febrero del año 1966 se dispuso un cambio en la denominación de este instituto, pasando de “Escuela de Unidades Mecanizadas” a llamarse “Escuela de Blindados”. Seguía ocupando el cuartel de Antonio Varas con Francisco Bilbao, pero para esos años sus muros habían sido mudos testigos de demasiadas jornadas. El paso del tiempo había deteriorado el estado de la instalación, por lo que se dispuso su desalojo y enajenación, para dar paso a la construcción de edificios destinados al mercado inmobiliario. La Escuela se trasladaba ahora a Antofagasta, al cuartel que hasta entonces ocupaba el regimiento “Exploradores”. El escenario nortino, con sus extensas pampas desérticas, eran el escenario ideal para la formación de los oficiales y clases del arma. Al momento del cambio de guarnición se recordó con justicia a aquellos soldados, de diferentes orígenes, que con espíritu, lealtad y trabajo entregaron sus esfuerzos y sus vidas al arma blindada; entre ellos, quienes cayeron en acto de servicio con la satisfacción del deber cumplido: los sargentos 2° Salvador Delgado A., Raúl Guajardo G., Octavio Ramírez Z., el cabo 2° Pedro Torres, el soldado Eugenio Núñez y los conscriptos Ernesto Guevara y Manuel Jesús Espinoza.

Posteriormente con fecha 1° de agosto de 1967, ya con el cambio de denominación del arma de Mecanizados a Blindados, egresó la primera promoción de oficiales con la denominación de blindados, siendo el más antiguo el subteniente Cristian Meynet. Entre 1967 y 1982 se graduarían dieciocho promociones del arma de blindados, egresando un total de 260 oficiales, siendo la última la promoción graduada con fecha 1 de enero de 1982.

EL ARMA DE BLINDADOS

La creación y desarrollo de las primeras unidades mecanizadas descritas hasta aquí, dan cuenta de la importancia que el Ejército, con el tiempo, le fue dando a este tipo de unidades. Sin embargo, la consolidación como arma vendría recién en los últimos años de la década de 1960, a pesar de que ya se había decretado la creación de arma de Blindados.

En el Consejo Militar del 12 de agosto de 1968 aún se debatía si era más adecuado que ésta fuera una especialidad o un arma. Esta disyuntiva fue sometida a votación por parte de los generales. El resultado fue: 12 votos por la opción de que fuera un arma y un voto por la opción de que fuera especialidad. En este orden de ideas, también se dispuso solucionar el problema de los distintivos, tarea que fue encargada al oficial más antiguo del arma, el coronel Eduardo Arriagada Lasa. Finalmente, se mantuvo el color del parche amarillo oro característico de los blindados de 1944, pero se reemplazó el yelmo alado por la insignia que se usaba en el ejército norteamericano: un tanque visto de frente y dos sables envainados cruzados, clara expresión de la intensidad de la influencia norteamericana de aquél entonces.

El 23 de marzo de ese año, se nombró al teniente coronel Nilo Floody Buxton como comandante del Regimiento Blindado N° 2 “Exploradores”. A su vez, debido al traslado de la Escuela de Blindados a Antofagasta y su fusión con el

Regimiento Blindado N° 2 “Exploradores”, el Ejército quedó con solo una unidad de combate de blindados. Por esto, y a raíz de que no había ninguna unidad



Parche del Arma de Blindados
(Regimiento Blindado N° 1 Granaderos)

blindada en el centro del país, se creó el 8 de octubre de 1969 el Batallón Blindado N°2, con asiento en Santiago y dependiente de la II División de Ejército. Años más tarde, en 1975, la Escuela de Blindados volvería a ser trasladada a Santiago, ocupando el añoso cuartel que hasta esa fecha tenía el Batallón Blindado N°2 y que antiguamente había ocupado el Regimiento de Artillería a Caballo “Maturana”, en la Avenida Santa Rosa N° 900.

La unidad blindada más noble del Ejército fue el Batallón Blindado N°5, creado por decreto supremo de 10 de abril de 1970, con asiento en la ciudad de Punta Arenas. Para ello se le asignaron doce hectáreas frente a la base de la Fuerza Aérea en Bahía Catalina. También se dispuso la adquisición de nueve pabellones españoles y la construcción de un cuartel y, además, se consideró la construcción de una población militar. El personal fundador de esta unidad fueron su comandante, teniente coronel Manuel Silva Opazo, el capitán Bernardo Beals Gac, y los tenientes Sergio Rocha Aros y Sergio Ojeda Bennett; los sargentos 1° Raymundo Robles, Israel Muñoz Flores, Humberto Quezada Castro y Juan Madariaga Bastidas; el sargento 2° José Baeza Figueroa, el cabo 1° Juan Maureira Guerrero y los cabos 2° René Venegas Parra, Manuel Tejeiro Guzmán y Darío Sanhueza Chacana.

Inicialmente, mientras se organizaba esta unidad y se preparaban sus dependencias, se trabajó en las instalaciones del Batallón de Telecomunicaciones N°5 “Patagonia”. En junio de 1970 se recibió el material de tanques y carros provenientes de los Estados Unidos, los tanques M-41 A3 y los carros APC M-113, para equipar la compañía de tanques y de tiradores blindados, respectivamente.

Sin embargo, el terreno asignado para la unidad no era apto para el material blindado, ya que permanecía anegado gran parte del año. Finalmente, y después de los estudios pertinentes, se determinó que ese terreno no era adecuado para las construcciones militares. En vista de ello, el director de Infraestructura del Ejército, general de brigada Manuel Torres de la Cruz, propuso un predio en Ojo Bueno de 3.600 hectáreas, iniciándose la construcción en 1970. En septiembre de ese año fueron destinados diez oficiales y cien clases. Entre los años 1971 y 1972 se realizó el traslado de los medios humanos y materiales al nuevo cuartel y en marzo de 1972 se le dio la denominación de Regimiento Blindado N°5. El 4 de enero de 1974 se produjo una explosión de munición almacenada que dejó cuantiosos daños materiales, los que fueron rápidamente reparados.

En 1975 y debido a la crisis con el Perú, se trasladó desde Punta Arenas una compañía de tanques con sus conductores y personal al Regimiento Blindado N°1, en Iquique, pasando a constituir la 2° compañía de tanques de esa unidad. Con esta incorporación, ese regimiento pasó a ser la unidad con más tanques M-41 del país.

El 13 de febrero de 1976, el Regimiento Blindado N°2 y el Batallón Blindado N°5 recibieron las denominaciones de Regimiento Blindado N°2 “Libertadores” y de Batallón Blindado N°5 “Punta Arenas”, respectivamente. En esos años, en Ojo Bueno ya se encontraban integradas al regimiento una compañía de exploración y reconocimiento blindado, una batería de artillería ATP 155, un batallón de ingenieros y una compañía de comandos.

De esta manera, en 1976 el arma de blindados contaba con el Regimiento Blindado N°1 “Granaderos” con guarnición en Iquique, el Regimiento Blindado N°2 “Libertadores” con guarnición en Antofagasta, la Escuela de Blindados en la guarnición de Santiago y el Regimiento Blindado N°5 “Punta Arenas” con guarnición en Punta Arenas. A estos regimientos se sumaban tres compañías de exploración blindada: en Arica, Calama y Punta Arenas. Estas unidades fundamentales independientes dependían directamente de los comandantes de las divisiones en las que estaban desplegadas.



2° compañía de tanques del Regimiento Blindado N°1
Granaderos. 1978

En el contexto de la crisis con Argentina de los años 1977-1984, el Regimiento de Caballería Blindado N°5 “Punta Arenas” recibió un incremento

sustancial de material de tanques, carros caza tanques y carros de transporte de personal, llegando a constituir la unidad más poderosa del arma, con nueve compañías de tanques de los modelos M-41, M-51 y AMX-30.

En 1979, el regimiento Blindado N°1 “Granaderos” cambió su denominación a Regimiento Blindado N° 1 “Vencedores”, con guarnición en Arica. Posteriormente, el 31 de diciembre de 1981 el alto mando institucional dispuso la fusión de las armas de caballería y blindados, en una sola arma denominada “Caballería Blindada”. Es por ello que, por decreto supremo N° 212 de 29 de marzo de 1982, se dispuso que las antiguas unidades blindadas pasaran a denominarse de la siguiente manera: de Regimiento Blindado N° 1 “Vencedores” (en Arica) a Regimiento de Caballería Blindada N°8 “Vencedores” (en la misma ciudad); de Regimiento Blindado N°2 “Libertadores”(en Antofagasta) a Regimiento de Caballería Blindada N°9 “Exploradores”(en la misma ciudad); de Regimiento Blindado N°5 “Punta Arenas” (en Punta Arenas) a Regimiento de Caballería Blindada N°6 “Dragones” (en la misma ciudad); y la Escuela de Blindados (en Santiago) pasó a ser el Regimiento de Caballería Blindada N°10 “Libertadores” (en Santiago –Peldehue).



3° escuadrón de Tanques AMX-30. Regimiento de Caballería Blindada N°6 “Dragones”

CONCLUSIONES

En una evolución de casi cuarenta años, que comenzó en la década de 1940, soldados visionarios y pundonorosos, provenientes de todas las armas del

Ejército de Chile, dieron vida a las unidades blindadas. Si bien fueron de magnitudes diversas —desde destacamentos hasta compañías independientes—, todas ellas tuvieron como eje común una gran fuerza y mística profesional, además de capacidad táctica y técnica. Lo anterior les permitía enfrentar y cumplir con éxito la misión disuasiva propia de las tropas blindadas.

Esta ha sido la historia de un proceso evolutivo en el que la fuerza de la tecnología, el progreso de los sistemas de armas y de las formas de la guerra moderna, fueron impulsando —progresivamente— al Ejército a adaptar su diseño estratégico a estas nuevas demandas. Producto de ello se debió capacitar y entrenar personal, cambiar concepciones doctrinarias y reorganizar y redistribuir las fuerzas. Todo ello, conciliándolo con el respeto a las tradiciones fuertemente arraigadas en la cultura institucional.

Como ha sido una constante a lo largo de su historia, el Ejército se adaptó y adecuó: la motorización fue el comienzo, la mecanización el paso siguiente y el surgimiento de las unidades blindadas la natural consecuencia. Fruto del esfuerzo institucional por conciliar las tradiciones con las demandas operativas del futuro, fue que la similitud del espíritu que caracterizaba a la caballería con los blindados condujo a la fusión de ambas armas, buscando que la sinergia entre ellas fuera el resorte que impulsara a la Caballería Blindada hacia el futuro.

Hoy, este proceso se ha profundizado y extendido a todas las armas y especialidades. La creación de las brigadas acorazadas es una clara expresión de ello. Actualmente este tipo de unidades conforman la espina dorsal del diseño y de la potencia de combate de la fuerza terrestre. Hoy, nuestro Ejército es una poderosa fuerza acorazada. El yelmo alado y su escudo ¡están más presentes que nunca!



BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- “Boletín Oficial del Ejército”, 1943-1982.ARGE/DCHEE/JEMGE
- Decretos Supremos, Ministerio de Defensa (E.M. FFAA), Subsecretaría de Guerra, 1944-1982. ARGE/DCHEE/JEMGE
- Documentación Archivo General del Ejército, DCHEE/JEMGE
- Hojas de Vida de Oficiales y Suboficiales, ARGE/DCHEE/JEMGE
- Lista de Revista de Comisario de Unidades Blindadas y de Caballería, 1944-1982.ARGE/DCHEE/JEMGE
- “Manual de tropas blindadas”, 1945.
- “Reglamento de Régimen Interno de la Escuela de Blindados”, 1968.
- Órdenes de Comando en Jefe EMGE/DOE 1943-1982
- “Revista de Artillería” N°100, 1946 (3er. Trimestre)
- “Revista de Blindados”, 1968.

CHILENOS EN ARMAS. EL LLAMADO DE LA PATRIA Y LA ECONOMÍA DEL VALOR.

POR SERGIO ROSALES GUERRERO*

ABSTRACT

El presente trabajo trata varias temáticas como el servicio a la patria, la vocación del soldado, la virtud del valor, el patriotismo del hombre de armas chileno, y los períodos de la historia militar de Chile. Citando grandes obras de la literatura universal y desplegando toda una filosofía del ser militar, el autor busca exponer la esencia del militar chileno y de la historia militar nacional. Utilizando un lenguaje metafórico, pero también entregando datos históricos precisos, este escrito pretende entregar un panorama global del ethos militar chileno.

EL SERVICIO A LA PATRIA.

El servicio a la patria constituye una expresión de identidad que es propia de los países y de las sociedades que en ellos se desarrollan. Como tal, puede darse en un contexto puramente dogmático y legalista, en tanto cualquier ciudadano por el mero hecho de pagar sus impuestos contribuye a la vida del Estado y por extensión a la de la nación misma. Así, la labor remunerada, junto con aportar bienes y servicios al país, representa también la cesión de una parte del trabajo individual al ente colectivo. Podemos asumir, entonces, que en todas las personas, indirectamente al menos, es posible hallar expresiones de servicio a la patria.

En este contexto, una de las expresiones que más directamente se vinculan con el servicio a la patria es la que se concreta a partir de las fuerzas armadas. En ellas, el ciudadano dedica una parte de su vida, y acaso su vida entera, a servir al país sin intermediarios de ninguna especie. La vida del militar que presta servicios en el ejército, la marina o la fuerza aérea, tiene el sello de lo inmediato y de lo evidente: se está allí para contribuir a una causa que no es propia pero que se ha hecho propia por el expediente del amor a la patria, por tanto el valor de la

* Magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico. ACAGUE.
Miembro de la Academia de Historia Militar

profesión no radica tanto en lo que se obtiene de ella como en lo que se da a otros en formas tales como la seguridad, la soberanía o la estabilidad nacional.

Sin embargo ¿qué es la patria?, ¿qué es eso a lo que sirven y contribuyen todas las capas de la sociedad y que supera el espacio de una generación para transmitirse sin claudicaciones a la generación siguiente? Porque la patria en sí no es sino un concepto, una abstracción. La patria no existe como las piedras o los ríos. La patria es un producto de la imaginación, pero no por ello es menos real o tangible que las piedras o los ríos. Si bien su realidad es distinta no es menos concreta que la de aquellas expresiones del mundo físico. La realidad de la patria se concreta en cuanto es percibida y se hace manifiesta en el lenguaje, en las costumbres, en los valores compartidos, en la historia, en el pasado común de la sociedad.

Tiene además la patria una connotación diferente a la de nación o Estado por el hecho de que ella posee un valor de parentesco entre las personas, distinto del familiar o sanguíneo y que viene dado por el hecho de haber nacido todas ellas en una misma realidad cultural. Con independencia de las capas sociales y de las divisiones políticas o religiosas y, en general, de cualquier clasificación que implique separación, hay —antes que todo— unidad cultural. Es ello lo que surge cuando en otros lugares del mundo, en otros países, los naturales de un país se reconocen espontáneamente como tales por cuanto son hijos de una misma y única realidad cultural. En este caso, ellos se dicen compatriotas, esto es, gentes que comparten un origen común y único y que además no es de unos ni de otros, sino que propio de todos. De allí entonces que se trate de un producto imaginado y real a la vez.

DEFENDER A LA PATRIA

La defensa de la patria es uno de los rasgos más antiguos y recónditos de la especie humana y surge con la organización social, antes incluso de que existieran palabras como patria o sociedad. Las tribus y los clanes prehistóricos defendían sus posesiones e intereses por medios diversos, entre los cuales por cierto que se encontraba la guerra o, más propiamente, la incursión o la correría. De este modo, proteger lo que es de todos aun a costa de perder lo que es de uno, es un rasgo que aparece con la especie y que va a manifestarse con independencia de la complejidad que alcancen la organización social y la tecnología. Así, ya sea que se avance o retroceda en el tiempo, la necesidad de protección de una pertenencia, de algo que consideramos como propio va a derivar en la organización de la defensa. En este devenir, los ejércitos van a aparecer muy

tardíamente, algo que viene a significar que la guerra es anterior a los ejércitos en decenas de miles de años. Los primeros ejércitos van a aparecer con las primeras civilizaciones, especialmente en Mesopotamia hacia el tercer milenio antes de nuestra era. La idea de patria, sin embargo, es una idea para la que habrá que esperar algunos siglos todavía. La identidad entre el individuo, el Estado y la nación será una invención más bien reciente pese a que sus primeros vestigios se remontan a la época de las ciudades estado, tanto griegas como sumerias.

En el caso de Chile, que es un país joven con menos de cinco siglos de historia escrita, la llegada de los conquistadores españoles va a traer consigo estas ideas e identidades, pese a que la conquista fue una empresa de carácter privado que aun así contaba con el fondo de autoridad de los reyes católicos. Lo que interesa destacar por ahora es que a su llegada van a encontrarse con la resistencia de aborígenes, organizados todavía en tribus o clanes a la manera de las organizaciones que eran propias del neolítico. Ahora bien, si a la tierra sumamos las mujeres de los aborígenes, sus hijos, sus símbolos y sus costumbres, quedaremos en condiciones de afirmar que al resistir como lo hicieron, actuaban en defensa de su cultura aun cuando no conocieran la palabra ni su connotación en lo político, lo histórico o lo jurídico. En estas circunstancias, salir en defensa de lo que es (o se considera como) propio no sería para los conquistadores un rasgo de la civilización, sino uno más bien propio del hombre mismo. Postergar el bienestar individual en aras de otro mayor que es el colectivo, se daba (como se da en la actualidad) en todas direcciones, holísticamente, esto es, a lo largo de las épocas y entre las culturas, con independencia de su desarrollo o forma de organización.

Para matizar aún más esta realidad, tomemos por caso la situación del rey de España, en cuyo establecimiento el cargo por sucesión familiar no siempre recaía en alguien de origen hispánico. Carlos V era natural de Gante (actual Bélgica); su sucesor Felipe II lo era de Valladolid pero era al mismo tiempo rey de Nápoles y de los Países Bajos; algo similar va a ocurrir con su hijo Felipe III, natural de Madrid y sus sucesores, Felipe IV y Carlos II; Felipe V de España iba a ser natural de Francia (Versalles) y Carlos IV de Italia (Nápoles). En consecuencia, antes que ciudadanos los conquistadores españoles eran súbditos de la corona que a su vez era el palio más visible de una superestructura mayor que eran las casas reinantes europeas. La imagen republicana que una sociedad tiene de sí misma es una especie de recién llegada de la historia, por lo que hablar de patriotismo es hablar de una forma de identidad y de fidelidad que hunde sus raíces en el pasado profundo pero que aflora en su especie más moderna (es decir, el

patriota) en época reciente. Los patriotas chilenos, por ejemplo, van a surgir aparejados a los movimientos independentistas de comienzos del siglo XIX, para enfrentarse a los movimientos realistas o monárquicos, mucho más antiguos y cuya causa se anclaba a una idea que encerraba simultáneamente multitud de conceptos. Así, las expresiones de patriotismo, de identidad o, mejor, de continuidad entre lo social, lo geográfico y lo histórico constituye, por tanto, un sesgo de aparición reciente.¹

Con todo, la defensa de lo que se considera propio, con independencia de la forma que posea, marca una latitud entre el “ellos” y el “nosotros” que es universal. Defender la patria es equivalente a defender el poblado, la villa o la aldea, lo mismo que el nombre de nuestro rey por oposición al nombre del rey de aquellos otros. Y esta defensa no es posible materializarla si no se posterga el “yo” del individuo por el “nosotros” de la colectividad. Es la defensa de lo ajeno, entendido esta vez como algo propio por continuidad histórica, idiomática y, en un sentido más amplio, cultural, lo que trae aparejada la claudicación de nuestro derecho a no querer hacerlo en aras de un bien superior. Esta cesión, que podrá ser voluntaria u obligada, queda sometida por esta vía a la imagen social del *nosotros* que se interpreta y observa como elevada o suspendida por encima del *yo*. La obligatoriedad de la defensa con que los estados imponen a sus ciudadanos el servicio militar resulta así una realidad periférica respecto de otra más vasta y profunda: lo propio es una consecuencia de la vida en comunidad, lo propio florece a partir de lo que es común. Sin comunidad no habría propiedad, no se podría decir “esta casa es mía” o “este parque pertenece a todos.” Si bien hay quienes por una cuestión meramente estadística no sentirán el empuje social que nos lleva a defender lo que no nos pertenece directamente, también por estadística es sabido que el sentimiento patriótico es el que a la larga se impone. En otras palabras, la norma es el patriotismo, no su contrario. Lo contrario del patriotismo no es la neutralidad sino la indiferencia. Y esta pretensión de distancia o desvinculación, si bien existe, suele ser marginal, habida cuenta de lo que nos muestran los casos de movilización de masas frente a asuntos que competen a todos los miembros de una comunidad (pues afecta a lo que es de todos). La

¹ Tan reciente que, estimamos, no es aventurado señalar que el patriota, como idea de identidad entre el lugar y la soberanía que en él se ejerce, no va a surgir espontánea ni mayoritariamente durante los movimientos independentistas sino después. Para que la idea de chilenidad asiente en el antiguo Reino, habrá que esperar todavía algunas décadas después de 1810. Al respecto cfr. Jaime Eyzaguirre; *Fisonomía Histórica de Chile*; Santiago; Ed. Universitaria; 1998; Cap. VI.

indiferencia al llamado de la patria, a la vocación comunitaria, acontece en esta dinámica por el ascenso desmesurado del *yo* y su vuelo por encima del *nosotros*.

Siendo la norma el patriotismo, el curso natural por el que este debe encaminarse a la defensa de la patria es el de las fuerzas armadas. El ejército, en el caso del territorio continental, es por textura, por biología, el medio más adecuado para absorber el deseo de defender lo propio y materializarlo en la acción de una fuerza armada. Y es el medio más adecuado para proteger el conjunto comunitario propio/ajeno por cuanto es preexistente a la acción: ya existe cuando ella aparece y posee el modo de prestarse al empleo de la fuerza social en forma de defensa organizada. Así, en el ejército, se cierra el ciclo que une al Estado, esto es, a la sociedad y al espacio común en que ellos existen, con la defensa.

CHILENOS EN ARMAS

De la lectura de lo precedente podemos deducir que hay dos clases de chilenos en armas sirviendo a la patria: los que sirven en forma permanente y los que lo hacen en forma temporal. Los primeros son los militares de carrera, formados en institutos matrices y que hacen su vida en la milicia, lo que viene a hacer de ellos un sector de la sociedad fácilmente reconocible. Los segundos son aquellos otros que sirven en forma temporal y que son formados en los cuarteles militares o regimientos. Estos últimos pueden dividirse entre los que cumplen con un servicio militar, ya sea obligatorio o voluntario, y los que son movilizados por causa de alguna necesidad que puede ir desde el combate a una calamidad pública hasta la guerra misma. Estos últimos, los movilizados, son quienes menor preparación suelen tener puesto que no han recibido (las más de las veces) ni una preparación convencional en el servicio de las armas ni otra más formal en la gestación y desarrollo de la carrera militar. Las grandes guerras del siglo XIX fueron cubiertas, en su gran mayoría, por movilizados. Los ejércitos proveían las estructuras o moldes en los que estas fuerzas nuevas se incorporaban para servir a sus países. Y como tales, entonces, se enfrentaban al enemigo en el campo de batalla. El soldado movilizado es quizá la forma menos convencional de ejercicio de la milicia pero al mismo tiempo es una de las más expresivas del concepto de patriotismo. La definición del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua nos dice que movilizar es convocar y poner en pie de guerra tropas u otros elementos militares. Convocar y poner en pie de guerra implica llamar un pueblo a sus hijos para que se reúnan y se armen. Pero ese reunirse, dónde tiene lugar, dónde sucede: en los cuarteles y en los regimientos. En el acto de convocar a un lugar para preparar la defensa del país, vemos el gesto más directo entre la

preparación y la ejecución de esa defensa. Toda la voluntad de un país se cierra en torno de lo que es más común e íntimo de una sociedad: su identidad, lo que ella es, lo que de perderse se extingue y agota.

Acabar con una identidad cultural es mucho más difícil que ganar una guerra porque implica exterminar todo lo que representa y determina esa identidad, es decir, los hombres, las mujeres, los niños, los símbolos. Pero aunque ello no vaya a darse como tal, con ese grado de dureza y fatalidad, la intimidad de lo que es propio se ve amenazada y con ello basta. La llamada, la convocatoria a filas es más fuerte que cualquier otra consideración. Es esto, entonces, lo que sin lugar a dudas determinó la concurrencia de tantos hombres y mujeres al llamado a filas con que parte la Guerra del Pacífico en 1879. Pero aun así, ¿de dónde surge ese entusiasmo?, ¿qué es lo que lleva a un hombre a dejar atrás sus negocios e intereses más preciados?

La naturaleza, sin duda, la biología. Pero también el orden social, la tribu.

Chile ha participado en numerosas guerras en sus poco más de dos siglos de vida independiente. El siglo XIX fue particularmente violento para todas las generaciones, prácticamente sin excepción. Aquellos que hicieron la guerra independentista fueron los padres de los que hicieron la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana y estos a su vez fueron los padres de los que participaron en los movimientos revolucionarios de la década de 1850 y que a su turno fueron los padres de los que irían a la guerra de 1879-1884 y de aquellos otros que se enfrentarían, dentro de las propias fronteras, en la guerra civil de 1891. La guerra, decía Hipócrates, es la época en que los padres entierran a los hijos y, a veces, podemos agregar, en el mismo campo de batalla. Para Hipócrates había algo que no encajaba en el orden natural. Pero lo cierto es que sí. Acudir al llamado de las armas resulta natural pues lo que se protege en una relación entre individuos que comparten a un tiempo una cultura y un lugar, es lo que había cuando ellos nacieron y lo que deberá haber cuando ellos se hayan ido.

En esto no son excepción los hijos de la tierra chilena. Sus hombres han acudido al llamado de las armas desde todos los rincones del país y desde todas las capas de la sociedad, cada vez que ello ha sido necesario. El Ejército de Chile, instrumento de la defensa nacional de vida desigual y variada, cambiante, más y menos numeroso, más y menos equipado y armado, fue el medio de que se ha valido el Estado para acoger y preparar a los que responden al llamado de las armas. Si bien las guerras son grandes proveedoras de héroes y de nombres, la paz no le ha ido en zaga, pues tanto la una como la otra han ido cobijando en distintas

épocas a toda clase de hijos, desde los más ilustres hasta los más desconocidos, haciendo que los últimos asciendan a la fama de los primeros y que los primeros compartan con los últimos sus mismas penurias y fatigas.

El servicio de las armas implicaba recogerse a un cuartel y someterse a la voluntad de una autoridad militar que representaba a un tiempo un saber, una tradición y una lógica social en armonía con las demandas del campo de batalla. Los nombres de insignes guerreros fueron, al comienzo, civiles que poco y nada sabían de armas, de disciplina militar y del concepto de patria. No hay un solo militar que no haya ignorado alguna vez los límites de la doctrina o sus contenidos valóricos, el porqué de los mismos, el sentido que poseen. A este espacio social y en cierto modo intuitivo accedieron los hombres, muchos de ellos venerados hoy, con la sola intención de servir, de proteger lo que no era de ellos ni de otros sino de todos.

Por este mundo que no es sino una suma de muchos mundos individuales, han pasado presidentes, ministros de Estado, senadores, diputados, gobernadores, alcaldes y toda clase de servidores públicos. Tal como una masa planetaria que atrae a todo lo que cae en su campo gravitatorio, el Ejército de Chile ha atraído el interés de ingenieros y albañiles, abogados y sastres, médicos y mozos de feria, sacerdotes y comerciantes, periodistas y sepultureros, estudiosos y analfabetos. Todos tienen un lugar exclusivo en el Ejército que, bien mirado, no es sino un puñado de causas individuales unidas por una causa o propósito común en que lo *nuestro* se antepone a lo *mío*. De allí que un bachiller en leyes organice la resistencia guerrillera en el período de la reconquista española; que una trabajadora social se transforme en la primera cantinera del Ejército de Chile en las campañas de la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana; que un cateador minero acabe izando el pabellón chileno en lo más alto de Pisagua para señalar la victoria; que un ingeniero ferroviario encabece una carga de infantería en Chorrillos, al mando de su regimiento; que un tratante de ganado termine siendo el héroe de una jornada de resistencia hasta la muerte en Concepción – Perú; que una costurera atienda a los heridos de la batalla de Tacna en la Guerra del Pacífico. Y la lista sigue, capataces, alfareros, campesinos, escritores, mineros, deportistas. Y como la suma es larga, ya va siendo hora de entrar en lo que hemos denominado la lógica del valor, mecanismo interno que sirve para entender no solo la profesión de las armas sino la sustancia misma de su economía.

LA LÓGICA DEL VALOR

El servicio de las armas posee una nomenclatura propia, que es como decir, un orden propio y que junto con hacerlo parte de la sociedad civil, de incorporarlo a su dinámica, lo mantiene al margen de ella. El Ejército de Chile, a semejanza de todos los ejércitos modernos, es permanente y por lo tanto es el polo opuesto de lo contingente. Se nutre del cuerpo social para poder valerse por sí mismo, esto es, de su propia fuerza sin tener que recurrir, en el mejor de los casos, a la movilización. Solo una guerra de alcance total demandaría el concurso de las bases movilizadas para enfrentarla. Este alimentarse del cuerpo social significa que recibe a voluntarios para conformar sus plazas permanentes y a voluntarios u obligados por la ley de reclutamiento, para completar sus cuadros de tropa. La obligación es inexcusable mientras se preste servicio y, por tanto, la libre voluntad se encuentra sometida, con independencia de la categoría, a mandar y obedecer según lo establecido. De allí que la obligación de cumplir cada uno con su deber imponga la demanda de un servicio intachable. El mismo acto que lleva a un hombre o mujer a servir en el ejército es el que le demanda hacerlo con rectitud. Es la persona la que se obliga a servir y no el servicio el que obliga a la persona. Esta dicotomía aparente entre lo que escogemos hacer y aquello para lo que somos escogidos, se resuelve por la vía del espíritu de la ley o, más ampliamente, por la vía del contrato social que obliga a los naturales de un país a prestar servicios que favorezcan la vida y persistencia del mismo.

En esta coyuntura en que se dan cita los valores permanentes de la nación, recogidos en sus leyes y reglamentos, con una estructura de mando y obediencia conformada por personas, son la razón y el buen sentido los que deben primar. De allí que la vida del soldado oscile entre los extremos del deber y la obediencia y aquellos otros de la convicción personal. En ocasiones, ambos conceptos pueden llegar a ser contradictorios. Y son estas ocasiones las que precisamente marcan el carácter del soldado. O mejor, lo ponen a prueba. Mientras las órdenes nos parezcan consistentes y coherentes, no habrá rebelión que no pueda ser sancionada como lo que es. Pero cuando la armonía se rompa, la rebelión puede volverse igualmente un deber. Es aquí, precisamente, donde la profesión de las armas vuelve a su origen épico: el deber y la obediencia generan, en ocasiones, conflicto. Y lo único que pueden hacer los ejércitos para precaverse de estas incidencias, es formar a sus cuadros en la escuela del deber, virtud accesible a todos y cuya insignia, como veremos, es la enseña del valor.

En los ejércitos se aprende de muchas maneras, pero la más recurrente es la de la observación. Son numerosos y variados los modos de aprendizaje, pero

uno de los más importantes, por lo que tiene de inspirador, es el que nos lleva a mirar a otros hacer lo que esos otros nos mandan hacer. Y es por eso que las unidades indisciplinadas suelen tener mandos indisciplinados, siendo cierto también lo contrario. El ejemplo es la carga más pesada para cualquier comandante porque no puede deshacerse de ella. Siempre está en plan de modelo y de guía. No importa el lugar, la fecha ni la hora del día, un militar no puede dejar de representar su papel. Ni un subordinado ni la sociedad se lo podrían perdonar.

Alguna vez supimos de un profesor que se transformó en un modelo de conducta para sus alumnos en la escuela, puesto que siempre llegaba a la hora y todo el tiempo iba muy bien vestido. Para esos chicos de secundaria, su profesor era un modelo a imitar tal como un comandante lo es (o debe serlo) para sus subordinados. Cuando los chicos crecieron y dejaron atrás la escuela, uno de ellos encontró a su viejo profesor que atinaba a pasar por allí, cerca de su casa, y que al reconocerlo se acercó a saludar. El joven lo contempló un momento y lo notó distinto, tanto, que se preguntó si no sería él el que había cambiado tras haber dejado atrás al niño. El profesor lucía descuidado, una barba de varios días ensombrecía su cara, su camisa iba abierta por el cuello y no llevaba corbata ni chaqueta. Al acercarse para saludarlo, el joven descubrió que además olía fuertemente a vino y hasta lo notó más alegre que de costumbre. El profesor le pidió algo de dinero que el joven no le pudo dar. No tenía dinero, era solo un joven.

La pregunta que nuestro joven del ejemplo ya convertido en hombre se formula desde entonces es, ¿cuándo se deja de ser profesor? ¿Hasta cuándo se debe andar por la vida dando uno ejemplos de sobriedad y pulcritud?

Quizá para siempre.

¿Y qué profesión obliga como la de las armas a cumplir con un compromiso de este tipo, que no admite excepciones ni señala caducidades?

Pocas, sin duda. La paz es dura para el soldado, la guerra es dura para la vida. Por eso, probablemente, Stephen Crane escribió *The red badge of courage* (La roja enseña del valor), para mostrar a sus lectores que siempre es posible vivir como un cobarde a menos que seamos soldados. La roja enseña del valor es una herida de guerra. Las heridas de guerra son enseñanzas conmovedoras que nadie quisiera para sí, pero que son una especie de marca de identidad del soldado de todos los tiempos. Tal vez no sea otro el propósito de señalar con una medalla un rasgo de valor, pues en este caso la medalla *es* la herida tal como esta es aquella.

Esta lógica del valor es la que impregna la vida de los cuarteles. Las conversaciones, los diálogos, el arte de la retórica, todo está impregnado de esta lógica del valor en que vocablos como lealtad, compañerismo, disciplina, no parecen tener término medio. Todos ellos son extremos que en el uso cotidiano parecen ir perdiendo fuerza y consistencia. La vida de cuartel es como un bálsamo que suaviza también el idioma, de modo que los extremos se vuelven medios, los vocablos comienzan a perder su significado original y la virtud corre el riesgo ya no de invertirse sino de volverse una impostura. Son estos los riesgos que corren los ejércitos que no tienen la costumbre de la guerra y están, por tanto, destinados a entrenar, a estudiar y a esperar. No por nada decíamos que la paz es dura como el caliche y que mantenerla intocada supone vivir como si perderla significara perder la guerra.

El valor es lo que único que un soldado nunca debiera perder. La cobardía es una forma de derrota total. El miedo es lo natural, el miedo es la norma. Vivir sin dejarse gobernar por él es el valor. El miedo es un estado tal como el valor es un límite. Y esta tensión que no necesita de guerras para manifestarse es lo que señala la clase de soldado que se es o se ha llegado a ser. Algo a lo que Calderón de la Barca aludía en una de sus obras menores, diciendo:²

*Oye, y sabrás donde estás:
Ese ejército, que ves
vago al hielo, y al calor,
la república mejor
y más política es del mundo, a que nadie espere
que ser preferido pueda,
por la nobleza que hereda
sino por la que él adquiere:
porque aquí a la sangre excede
el lugar que uno se hace,
y sin mirar cómo nace,*

² Pedro Calderón de la Barca; *Para querer amor, querer vencerle*; Internet, Cervantes Virtual; <http://goo.gl/1CF3A7>; acceso: 24/6/2015. El texto se ha extraído de una edición de la ciudad de Valencia; Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, calle de la Cruz Nueva; 1769; p. 10.

se mira cómo procede.

Este “se mira cómo procede” es el que da la nota a nuestra sugerencia. Es la lógica del valor en su forma más elemental. Todo el adorno yace retirado y solo queda la figura de hombre en sí, sin subterfugios ni enredos.

*Y si es honrado,
pobre, y desnudo un soldado,
tiene mayor calidad,
que el más galán, y lucido;
porque aquí, a lo que sospecho,
no adorna el vestido al pecho,
que el pecho adorna al vestido:
y así, de modestia llenos
a los más viejos verás
tratando de ser lo más,
y de parecer lo menos.*

Hay algo en la vida militar que no se encuentra en otros sectores de la vida social. ¿Qué es ese algo que mueve a la civilidad a incorporarse a sus filas cuando es llamada? Sin lugar a dudas no es uno solo el factor (el algo de que hablamos) sino más de uno. Pero no solo eso, los factores cambian con las épocas. Es probable que la prosperidad traiga consigo una disminución en el número de jóvenes interesados en seguir la carrera de las armas. Y, por el contrario, que la pobreza y el hambre atraigan con mayor facilidad a otros a incorporarse a este mismo fin. También lo es que el número de vocaciones se mantenga más o menos constante, con variaciones en el rango social de los que provienen los futuros oficiales y suboficiales. Durante el siglo XIX en Chile, el servicio de las armas era una posibilidad real de dejar atrás el hambre y la necesidad. Muchos jóvenes se incorporaron al Ejército para comer y disponer de alojamiento y ropa de abrigo. Sin embargo, lo que no varía es el mundo al que estas personas acceden con independencia del motivo que los hubiese movilizado a actuar. Y el mundo al que ellos acceden posee, como enunciábamos más arriba, una economía propia. El mundo militar es un mundo ordenado, un espacio en que arriba y abajo, izquierda y derecha no son relativos. Las reglas son letra viva, se transita por ellas a diario. Desde el saludo matinal hasta la retreta nocturna, pasando por los rituales de la

iniciación del servicio y la salida a instrucción o las horas de alimentación. Las horas son fijas, los minutos cuentan, el tiempo parece acelerarse cuando cada aspecto del día tiene su momento: el trabajo, el descanso, la conversación. Cualquiera que haya prestado servicios en el ejército sabe que las cosas, hasta las más insignificantes, poseen cierta necesidad y, en ocasiones, incomprensible urgencia. El tiempo y el espacio son las entidades que gobiernan la rutina militar. Aquí a la hora tal, allá a la hora cual. Todo el cubillaje espacial se halla referenciado por coordenadas de tiempo y lugar. De otro modo, no sería posible entender las reglas del campo de batalla que para efectos de economía es el que establece el valor de cambio real entre la preparación en tiempo de paz y el rendimiento en tiempo de guerra.

EL SERVICIO A LA PATRIA Y LAS TRES EDADES DE LA HISTORIA MILITAR CHILENA

Una joven santiaguina de trece años de edad, de origen humilde, pierde a su padre y viaja a Valparaíso para quedarse con su madre. Trabaja como costurera y contrae matrimonio *in artículo mortis* con un carpintero. En 1877 viaja a Antofagasta, costeando el viaje con la venta de su máquina de coser que es todo lo que posee. Allí, nuevamente contrae matrimonio, esta vez con un maestro de música que al poco tiempo se incorpora a una banda boliviana de la ciudad. En 1878, el músico, bajo la influencia del alcohol, se trenza a golpes con un soldado boliviano. En la batahola, consigue hacerse de un fusil con el que dispara y mata al soldado. A los pocos días, el revoltoso es fusilado a orillas de una línea de ferrocarril y su cadáver abandonado y sin enterrar a orillas del terraplén. Su esposa acude al lugar, lo vela y sepulta. Pero antes de depositarlo en el hueco de tierra lo fotografía para “llevar consigo la imagen viva de su propia venganza.”³ Al poco tiempo se produce la ocupación militar chilena y la mujer quema su negocio de abarrotes y se disfraza de hombre para “ser admitida como soldado.” Pese a ser descubierta, marcha con las tropas al norte y participa en numerosas batallas entre las que destacan Pisagua, Dolores, Los Ángeles, Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores.⁴ A la sazón, en Miraflores, contaba con treinta y ocho años de edad. En 1888, el público la reconoce en una ceremonia con que se inaugura el monumento al roto chileno en la plaza Yungay y la aplaude y vitorea. Dos años

³ Benjamín Vicuña Mackenna, “Las Amazonas...;” artículo publicado en *El Nuevo Ferrocarril*; Santiago; 12/8/1880; en Paz Larraín Mira; Presencia de la mujer chilena en la Guerra del Pacífico; Santiago; Universidad Gabriela Mistral; 2002; p. 55 y ss.

⁴ Diario *El Mercurio* de Valparaíso; 6/8/1880; en Paz Larraín Mira, ob. cit.; p. 59.

más tarde fallece, un 25 de agosto de 1890, en la sala común de un hospital.⁵ En su memoria, una calle de la capital lleva su nombre.

La vida de ella, es la vida de un soldado. No importan el lugar ni la época. Tampoco el género. Todos los soldados se le parecen y ella se parece a todos los soldados. La forma más elemental de la gloria es el olvido porque en el fundamento de la fama que ella trae consigo, reside lo pasajero, lo temporal, lo que se extingue. Es esta la primera lección que aprende cualquier soldado: la gloria es algo personal, algo por lo que no se debe esperar tributo pues la memoria de los hombres es frágil y pródiga en imaginaciones. En fin, alguien atina a pasar por una calle, a leer el nombre de la calle y, quizá, a preguntarse quién es esa que le da nombre a la calle. Quién fue, qué hizo, por qué ha merecido ese honor de ser recordada, aunque nadie la recuerde ya.

Una mujer, un soldado.

Algo que el escritor español Antonio Azorín fabulaba en un relato suyo que lleva por título *Un hidalgo*. En él nos cuenta las peripecias de un soldado ya retirado que vive, en la pobreza, del recuerdo que solo él conserva de su pasada gloria. Le sirven de testimonio una espada y unas pocas cosas más. “En un cabo de la mísera cama están las calzas y el jubón del hidalgo, que a él le han servido de cabecera; él los toma y se los va poniendo; luego coge el suyo, que él zarandea y limpia; después coge la espada. Y ya, a punto de ceñirse el talabarte, la tiene un momento en sus manos, mirándola con amor, contemplándola como se contempla a un ser amado.”⁶ El hidalgo sale y recorre el pueblo. Va a oír misa, a caminar por las calles polvorientas, a escuchar el susurro de las conversaciones, a encontrar otras miradas. “Y va pasando la mañana; doce graves, largas campanadas, han sonado en la Catedral; es preciso ir a casa...” Vuelve a casa, entra en ella, la recorre. Llaman a la puerta. Es Lázaro. Al verlo de pie en el umbral:

—Lázaro, ¿cómo no has venido a comer? —le dice, sonriendo, a su criado—. Yo te he estado esperando y, viendo que no venías, he comido.

...

Entonces Lázaro —que sabe que su señor está en ayunas— le ofrece un pedazo de la vianda; él titubea un poco; al fin..., al fin come.

⁵ EMGE; Héroes y soldados; pp. 311-13; en Paz Larraín Mira; ob. cit.; p. 60.

⁶ Ernesto Livazic G.; Unamuno, Azorín y Ortega. Ensayos; Santiago; Ed. Andrés Bello; 1978; p. 94 y ss.

La gloria, hermana de la nobleza, no puede desprenderse del soldado sin que este deje, al mismo tiempo, de serlo. Vivir uno de esta rara contradicción que nos mueve a alcanzar la gloria y rechazarla a la vez, es lo que tensa la vida del soldado tal como la flecha la cuerda del arco. A su manera, el autor de *El Lazarillo de Tormes* nos lo recuerda al comienzo de la obra: “¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro.”⁷ Buscar y evadir el peligro, romper la seguridad inercial de la cobardía aun con cargo al precepto de la discreción y la prudencia, según nos lo dice Falstaff cuando haciéndose el muerto, consigue postergar una muerte segura:

FALSTAFF: (*Levantándose.*) ¡Embalsamado! Si me embalsamaras hoy, os daría permiso para salarme y comerme también mañana. ¡Sangre de Cristo! A tiempo estuve de hacerme el muerto, que si no, ese furioso pendenciero de escocés me habría hecho pagar su escote y el importe completo también. ¿Fingir? Estoy acostumbrado; no he fingido nada; lo que es fingir es el morir, pues el que está muerto es una imitación de hombre, que no tiene en él la vida de un hombre. Pero el que finge la muerte cuando vive, no hace un fingimiento, pues es la verdadera y perfecta imagen de la vida misma. La mejor parte del valor es la discreción, y gracias a esta mejor parte he salvado la vida.⁸

Siempre hay una excusa para evadir el peligro y aun una filosofía entera para hacerlo, tal como veremos al final de este trabajo. El valor, que es la divisa en nuestra economía de lo militar, es un límite que sigue el encargo ascendente de vencer una resistencia. De pie ante la idea del justo medio planteada por Aristóteles («in medio virtus»⁹), Cervantes nos lo transcribe así:

...bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad: pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario que no baje y toque en el punto de cobarde. (*Quijote*, II, cap. XVII).

Sin embargo, más adelante hace gala de cinismo falstaffiano cuando agrega que:

⁷ Anónimo; *Lazarillo de Tormes*. Edición de Víctor García de la Concha con prefacio de Gregorio Marañón; Barcelona; Espasa Calpe, S.A.; 2001; pp. 61-2.

⁸ Shakespeare; *Obras Completas - Enrique IV – Primera parte*; traducción de Luis Astrana Marín; México D.F.; M. Aguilar Editor, S.A. de C.V.; 1991; p. 503.

⁹ Aristóteles; *Ética a Nicómaco*, II, 1104 a 22-25; en Luis Rodríguez-San Pedro Bezares; *Atmósfera universitaria en Cervantes*; Salamanca; Ediciones de la Universidad de Salamanca; 2006; p. 41.

No huye el que se retira —respondió don Quijote—, porque has de saber Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. (*Quijote*, II, cap. XVIII).¹⁰

La vida del soldado es una eterna tensión que puede resumirse en una expresión simple y definitiva: actitud frente a la muerte. Es el equivalente de la sentencia ciceroniana *Tota philosophorum vita commentatio mortis est* (La vida entera de los filósofos es una preparación para la muerte).¹¹ La del soldado no lo es menos. Hay cierta radicalidad en la vida militar que resulta atractiva para quienes reconocen en la vida posibilidades de aventura. La diferencia entre el aventurero y el militar es que este último debe someterse a una disciplina y a un orden. En todo lo demás, la del militar o soldado es una vida entregada a la aventura. Quizá en esto radique el atractivo que para los jóvenes posee la vida militar pues en ella las condiciones del orden y la seguridad se encuentran sometidas a los vaivenes de lo incierto. El orden castrense se opone al caos de la guerra. El señor de la guerra representa al desorden, de modo que el joven movilizado ve en él no solo al enemigo sino a aquello que se interpone entre el miedo y la gloria. Olvidado el miedo, el señor de la guerra es solo un espectro por el que se atraviesa como por la niebla o la oscuridad.

Dicho lo anterior, adentrémonos ahora en la carretera de la historia, ese camino que une los extremos borrosos del pasado profundo y del futuro incierto. El origen de los ejércitos está en la guerra. Primero fue la guerra, luego los ejércitos. En esta continuidad hay zonas de sombra, numerosas, que asoman en forma de mitos y que sirven para dar cuenta de que lo que hacemos viene en cierto modo señalado desde un pasado sin tiempo, más allá de los escritos y los testimonios. Todo lo que tenemos para llegar hasta allá es el oído. Solo podemos escuchar. No hay pruebas ni huellas. El mundo occidental tiene los relatos homéricos. La misma Roma tuvo —o se dio, según se mire— su *Eneida*, algo que a no dudarlo vive con la misma materialidad que el libro que el lector tiene en sus manos, no obstante la imposibilidad de demostrar su existencia. En el caso de Chile, particularmente de la historia militar de Chile, encontramos también una *Eneida* y, en adelante, una suma documental que dejará atrás el mito para transformarse en la historiografía moderna y, de paso, en una filosofía de la historia que es lo que rige hoy el carácter y el método de nuestros estudios. Así, en el marco mayor de nuestra historia militar podemos reconocer, si se nos permite

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ Citado por Enrique Tierno Galván en *Aura Dicta*; Barcelona; Crítica S.L.; 2004; p. 75.

la arbitrariedad, tres grandes estadios o edades, que son: la edad mítica, la edad heroica y la edad democrática.¹² Revisaremos de manera muy sucinta cada una de ellas.

La edad mítica

La edad mítica corresponde a aquella época de la historia militar basada en los poemas de Alonso de Ercilla (1533–1594) y de Pedro de Oña (1570–1643), *La Araucana* y el *Arauco Domado*, respectivamente, de clara raigambre virgiliana, especialmente el primero. En estas obras, el indígena que poblaba las tierras de la zona central y del sur de Chile se opone al conquistador español y se le enfrenta en una guerra que alcanzará ribetes épicos. A la manera de los héroes homéricos y virgilianos, los araucanos enfrentarán un desafío mayor y poderoso, con el solo valor de su audacia, sus músculos y su astucia. Es muy poco lo que se sabe de ellos en comparación con lo que se dijo de ellos. Y lo que se dijo de ellos va a fundar una identidad nacional que verá en estas tribus del neolítico la base de un pueblo guerrero y belicoso, algo que el historiador Sergio Villalobos va a contextualizar de un modo que es propio de la edad democrática: “Es lugar común de la mentalidad chilena pensar que los araucanos fueron una ‘raza militar’ y que sus características habrían pasado a sus descendientes mestizos, los chilenos.” Y agrega: “Los araucanos no eran una raza guerrera, porque no hay razas guerreras, sino que cada pueblo desarrolla habilidades bélicas o de cualquier otro tipo, urgido por necesidades momentáneas. Durante varios siglos, antes de la llegada de los españoles, las tribus araucanas habían vivido en lucha entre ellas por diversas causas... La conquista los obligó a redoblar los esfuerzos bélicos y pudieron enfrentar con éxito a los invasores...”¹³ El éxito inicial, sin embargo, daría paso a distintas formas de convivencia que fueron desde la colaboración y el intercambio comercial hasta la integración completa en el continuo estado-nación que es el Chile de hoy. Con todo, para el imaginario castrense pervivió la lucha del aborigen semidesnudo que enfrenta la coraza, el hierro y la pólvora, hasta las últimas consecuencias. Esta edad mítica abarcará una larga extensión temporal y que acabará —si vamos a fijar algún hito que sirva de referencia— con el gobierno de García Hurtado de Mendoza (1557–1561).

¹² Esta es una clasificación personal pero que sigue de algún modo (bastante remoto, por lo demás) lo señalado por el crítico literario estadounidense Harold Bloom en su *Canon occidental*.

¹³ Sergio Villalobos; *Vida fronteriza en la Araucanía: el mito de la guerra de Arauco*; Santiago; Ed. Andrés Bello; 1995; p. 44 y ss.

La edad heroica

La edad heroica representa un salto con respecto a la primera porque es casi con exclusividad la del siglo XIX. Siglo romántico por excelencia, en el caso de la historia militar chilena va a comprender todas las grandes guerras en que al país le cupo participar, esto es, las guerras de la independencia, la guerra contra la Confederación Peruano–Boliviana, la Guerra del Pacífico, la Guerra Civil de 1891, además de los distintos episodios revolucionarios con sus correspondientes batallas y cifras de muertos.¹⁴ Son estas guerras, especialmente la del Pacífico, la que va a alimentar el imaginario colectivo de la tradición militar chilena. De allí saldrán los nombres de los héroes, sus hazañas, las batallas, las efemérides, los rituales, los ceremoniales, y toda o casi toda la retórica castrense. Este período de la historia nacional de Chile va a ser la sustancia que informe y vivifique internamente al Ejército de los siglos venideros. De aquí saldrán los modelos a seguir, los hechos a imitar. En el esqueleto reconoceremos la reforma y la influencia militar prusiana de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que aportará, sin ningún género de dudas la estructura y muchos de los códigos que rigen hasta hoy. Pero serán las guerras del siglo XIX, especialmente la de 1879-1884, las que den la medida y la proporción de lo que es y debe ser un militar chileno.

La edad democrática

La influencia historiográfica del siglo XX, con sus métodos y su rigor científico, va a desplazar del centro del canon a la narrativa épica que educó a la masa del estudiantado nacional hasta fines del siglo XIX. La nueva historiografía va a desmitificar y a desacralizar prácticamente todo, desde los relatos hasta la influencia de los relatos en las personas. En un giro que podríamos denominar copernicano, la historiografía chilena va a volcarse a una revisión exhaustiva de lo que fue el pasado, solo que esta vez con cifras y en más dimensiones. Además de las batallas y de las elecciones presidenciales, que representan lo público, el historiador abandonará la cátedra para entrar ahora en los hospitales, en los

¹⁴ Si se ordenan los países según la frecuencia y duración de las guerras entre 1800 y 1945, Chile ocupa el lugar 18 con 17,9 años de guerra en el período, por detrás de Nicaragua (18,3), Costa Rica (19,6), Bolivia (20,3), El Salvador (23,8), México (24,1), Guatemala (24,5), Uruguay (24,8), Argentina (25,5). El país con más años de guerra en el período es Rusia (49,3), seguido de Gran Bretaña (48,3). Tomado de Lawrence H. Keeley; *War Before Civilization*; New York, Oxford; Oxford University Press; 1997; Kindle Edition; Table 2.5.

conventillos, en los barrios periféricos, en las escuelas, en los comedores públicos. Los historiadores Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri lo plantean así:

Tradicionalmente, la historiografía ha orientado su interés dentro de lo que se entiende por espacio o esfera pública. Es el caso, entre otros, de la historia política, la historia militar, la historia de los movimientos sociales... ¿Por qué ha existido este predominio de la historiografía de *lo público*? ¿Por qué el hombre –al menos colectivamente–, normalmente solo recuerda lo sucedido en el plano que está abierto a todos, que tiene *publicidad*? Es de este ámbito que surgen los hitos, lo que la historiografía francesa ha llamado «los lugares de la memoria», lo simbólico, la efeméride, lo «destinado» a ser recordado. Sin embargo, nadie o casi nadie recuerda los ritos fundamentales, repetitivos y cotidianos, a veces inconscientes, del ámbito privado.¹⁵

Por su parte, en la obra *Introducción a la historia militar*, el general Roberto Arancibia nos hace ver que, en efecto, el siglo XX trajo consigo nuevas tendencias

y corrientes, siendo la principal de ellas la Escuela de los Annales, [que] rechaza la historia de los eventos y se abre al estudio de las sociedades en todas sus expresiones. En cuanto al método –añade– plantea una visión interdisciplinaria, ya que el aporte de nuevas ciencias auxiliares le da mayores posibilidades. Asimismo, introduce la idea de mirar la historia desde abajo más que centrada solo en los líderes políticos o militares.¹⁶

Así y todo, el proceso ha sido paulatino antes que cadencioso y regular. La edad heroica, a semejanza de la mítica, parece instalada en un espacio singular, lejos del alcance del historiador inquisitivo. Algo que la distancia marcadamente de la historia militar de la edad democrática. La profesionalización del Ejército cambió para siempre la narrativa porque esta vez, al testimonio oral se vino a sumar su contraparte escrita, un medio externo informado y más consciente de su época, y un sentido crítico que somete a discusión cualquier idea que huelga a dogmatismo.

Es este el panorama que vemos mediada ya la segunda década del siglo XXI. Un pasado que en parte es intocable, fijo y esencialmente conmemorativo, unido a un presente que es pura discusión y desacuerdo. La carrera de las armas

¹⁵ Rafael Sagredo, Cristián Gazmuri; *Historia de la vida privada en Chile*; Santiago de Chile; Aguilar Chilena de Ediciones S.A.; 2005; p. 6. (Las cursivas son de los autores.)

¹⁶ Roberto Arancibia C.; *Una introducción a la historia militar*; Santiago; Academia de Historia Militar de Chile; 2015; p. 98.

se afirma en ambos. Servir a la patria sigue siendo, en la perspectiva económica, una mezcla de historia y tendencias de mercado.

EL LLAMADO DE LA PATRIA Y LA ECONOMÍA DEL VALOR

El Ejército de Chile de la actualidad es otro. Es un ejército profesional, en el que sus hombres y mujeres reciben capacitación y salarios, junto con una cobertura de salud y de pensiones que hacen posible una vida militar dedicada con exclusividad a las armas. Desde comienzos del siglo XX, el Ejército es una rama del servicio público, con presupuesto fiscal, con instalaciones a lo largo de todo el país, con presencia en el imaginario colectivo de la nación y con presencia también en el ámbito internacional donde los ejércitos se reconocen y establecen relaciones de amistad y colaboración. El Ejército, entonces, es una suma de elementos que se agregan desde el pasado y que incluyen todas las influencias recibidas y todas las tradiciones heredadas.

Entre las influencias, encontramos la primera de todas, que es la española, la de los conquistadores. En seguida, y en orden cronológico, la de la Francia post-napoleónica, la prusiana, la estadounidense y, en la actualidad, la de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN por sus siglas en español. Todas ellas están presentes hoy, pese a que la impronta natural obedece marcadamente a la influencia española. Entre 1536 y 1810, por proponer solo dos hitos históricos relativos al descubrimiento y a la organización de la primera junta nacional de gobierno, la presencia española marcó para siempre la manera del ser chileno. La lengua, la empresa de la conquista, el ordenamiento jurídico administrativo, además de la cultura, incluida la religión, son la marca mayor de un ejército que, como decimos, es al mismo tiempo el fruto de numerosas y variadas influencias.

Pese a todo, en la actualidad el servicio a la patria sigue siendo una posibilidad real en las filas del Ejército. Año a año, nuevas generaciones de jóvenes se incorporan a sus filas para servir en los cuerpos de tropa o en las unidades administrativas que mantienen con vida un cuerpo conformado por varias decenas de miles de hombres y centenares de instalaciones repartidas a lo largo de todo el país. Como antaño y por distintas vías, encontramos soldados, maestros de escuela, abogados, médicos, ingenieros, técnicos y un sinnúmero de profesionales que sirven a la patria ejerciendo su profesión en este gran corpus social que es el Ejército.

La tradición, sin embargo, aun proviene de las edades que enunciamos antes y que es posible encontrar en los nombres de las unidades, de los cuarteles, en los himnos, en el ritual, en el culto sagrado, en el recuerdo, en la formación y en la enseñanza. La edad mítica y la edad heroica, especialmente esta última, son las edades sagradas del ethos castrense de Chile. Ellos son la medida de lo que es elogiado y de lo que es reprehensible. Nunca pasan de moda, siempre están allí, como la jovencita aquella que dio su nombre a una calle y que murió en la soledad y el olvido, pues, ¿a qué otra cosa puede aspirar el que sirve a su patria a través de las armas si no es a la gloria íntima, sin fama, personal, aquella del hidalgo español que nos retrataba Azorín en su cuadro de costumbres?

MEMENTO QUIA PULVIS EST (“*Recuerda que eres polvo*”)

En la economía del valor el dinero no es lo que cuenta. Lo que cuenta es el coraje moral. El Ejército es un lugar en el que se cultiva esta clase de fama con desigual fortuna: este ejército como cualquier otro está formado por hombres y los hombres son imperfectos. Se equivocan y confunden. Pero las referencias, y esto es lo que hemos querido hacer notar a lo largo de este trabajo, siguen estando allí, no cambian nunca aunque los métodos y las normas historiográficas lo hagan. Tal vez haya solo una manera de ser héroe en la escuela y la economía del valor, y todo lo demás sea vano artificio. Falstaff y don Quijote, la vieja y persistente tensión aniquiladora entre el ser y el deber es el dilema de cualquier militar, de cualquier chileno en armas, profesional o movilizado. Lo que, de paso, nos recuerda uno de los pasajes finales de *Las Metamorfosis* de Ovidio, cuando Ulises y Ayax se disputan la posesión de las armas de Aquiles. Este último le enrostra al primero que su escudo está casi nuevo de no usarlo, en cambio el suyo ya necesita reemplazo. Entonces, a su turno, el primero le reconoce su valor: reconozcámoslo, dice, sí, tienes valor. Yo tengo sabiduría y prudencia. El general, agrega, ¿cuál de estas virtudes necesita?

Y nosotros, con la mirada puesta en nuestra edad heroica, nos preguntamos también: ¿quién es el justo merecedor de conservar las armas de Aquiles? La respuesta no es uno u otro, eso lo sabemos. En el servicio a la patria, la última palabra siempre la tendrá el futuro.

VIENTOS DE REBELIÓN EN CHILE.

1932 – 1940

POR ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL*

ABSTRACT

El presente artículo entrega un panorama completo de lo que fue la década de 1930 en Chile desde el punto de vista histórico y militar. Se trata de una de las coyunturas más agitadas de nuestra historia republicana y durante la cual el Ejército y los militares chilenos fueron protagonistas claves. Si bien los años más turbulentos correspondieron al trienio 1930-1932, las aguas del espacio público en Chile no se aquietaron, pues en forma periódica volvieron a brotar intentos de conspiraciones contra las autoridades políticas nacionales, debido a una problemática relacionada con el mundo militar chileno que no había quedado resuelta después de 1932.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo es la primera parte de otro mayor que cubre una parte de la historia del Ejército de Chile durante el siglo XX. Su segunda parte considerará las décadas que siguen hasta el movimiento conocido como el “Tacnazo.” La tercera, finalmente, abordará específicamente el período comprendido entre los años 1969 y 1973, con énfasis en los movimientos denominados “Tacnazo y Tanquetazo”. La idea central que lo guía es aproximarse a las intervenciones castrenses en política desde una óptica militar, en la búsqueda



Fig. 1.
Chilenos en la Guerra Civil Española.
1936

* Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Magíster en Ciencias Políticas por la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Miembro honorario de la Academia de Historia Militar

de entender lo ocurrido y de aprender lecciones para el futuro. Se considera que el conocimiento de estos hechos son parte importante de nuestra historia militar contemporánea y debería ser conocida por los integrantes de la institución y de la sociedad en su conjunto. La realidad que se relata demuestra el esfuerzo de los militares por hacer cumplir la constitución y las leyes, pese a las incomprensiones y desilusiones que debieron enfrentar. Una rápida mirada al panorama internacional se hace necesario, ya que este influyó directa e indirectamente en el devenir del país. Asimismo, una breve descripción del contexto político que vivía Chile permitirá entender con mayor claridad el quehacer de los militares en el período.

ÉPOCA DE CONSPIRACIONES. 1932 – 1940

Durante la década de 1930-1940, Europa se debatía en una fuerte crisis agitada por la agresiva política exterior de Hitler y de Mussolini. Los vientos de guerra no tardarían en soplar con la anexión de territorios que iniciaron las potencias del Eje. Asimismo, el clima bélico alcanzó a España, que vivió una violenta guerra civil en la que curiosamente participaron militares chilenos, especialmente en el bando republicano.¹ Se han contabilizado cerca de treinta y un oficiales y clases que combatieron en ella.



Fig. 2.

Militares chilenos en la Guerra del Chaco. 1933

En el Oriente, mientras Japón se expandía, China se hallaba en una cruenta guerra civil entre grupos nacionalistas y comunistas, y más tarde se iniciaría la Guerra Chino-Japonesa.²

En América, Estados Unidos trataba de reorganizarse después de la crisis de 1929. Mientras tanto, en México, en 1935, aparecían las “camisas rojas”, organización política

fundada por el gobernador de Tabasco que estaba formada por hombres y mujeres

¹ Olga Ulianova, "Chilenos en las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (110), 2001., p.383.

² Josep Florit Capella, *Siglo 20-Our Times*, Art Blume, Barcelona, 2000., pp.214-222.

de entre 15 y 30 años de edad, con formación socialista similar al estalinismo, fundamentalmente anticlerical³. Brasil inauguraba su estado nuevo con el presidente Getulio Vargas dirigiendo un gobierno autoritario-burocrático apoyado por los militares. En Nicaragua, el líder revolucionario Augusto César Sandino era asesinado y asumía el gobierno Anastasio Somoza, quien se mantendría en el poder por cuarenta años. Cuba era controlada por Fulgencio Batista, un obrero y luego sargento que llegó a ser comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Ecuador era dirigido también por el gobierno militar del general Alberto Enríquez Gall. Más al sur, entre 1932 y 1935, la Guerra del Chaco enfrentaba a Bolivia y Paraguay en la que se enlistaban chilenos —retirados de nuestro Ejército— en ambas fuerzas contendientes, especialmente por el lado boliviano. Producto del fracaso del país altiplánico en la guerra, se produjo una revolución después de la cual se sucederían casi anualmente los gobiernos militares.

En Argentina gobernaban los militares, primero con el general José Félix Uriburú y luego con el general Agustín Justo. En el Perú, por su parte, nacía el “APRA” como frente único de las clases humildes, mientras el poder estaba en manos de los militares liderados por el general Oscar Benavides.⁴



Fig.3
Presidente de la República
Arturo Alessandri Palma
(1933-1938)

Es fácil darse cuenta, entonces, que la democracia en Chile era una excepción y que los militares en América Central y Sur eran una alternativa de poder. Los gobiernos chilenos, por lo tanto, no querían que se repitieran los sucesos de los años 1924 y 1925 y, particularmente, los de 1932, que casi generaron una anarquía en el país.

Chile, a diferencia de los países sudamericanos, tuvo durante buena parte del siglo XX una tradición de no intervención de los militares en la política. Esto no quiere decir que durante la primera mitad del siglo no hayan ocurrido una serie de hechos en que aquellos fueron protagonistas. De hecho, se tradujeron en intentos de rebelión, de motín, de conspiraciones y

³ Ver en www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/consultado el 15 de julio 2019.

⁴ Francois Chevalier, *América Latina. De la Independencia a nuestros días*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999., pp. 51-54.

de desconocimiento de la autoridad constituida. La excepción mayor fue el período transcurrido entre 1924 y 1932, durante el cual los militares participaron abiertamente en política y constituyeron parte de los gobiernos que se instauraron en esos años. En efecto, ese fue el caso de la llamada Revolución de 1924, que fue liderada por oficiales de las Fuerzas Armadas, especialmente del Ejército, que se constituyeron en un Comité Militar y que dirigieron el movimiento que finalmente colocó al coronel Carlos Ibáñez del Campo en el gobierno. En 1932, la caída de Ibáñez produjo un período de anarquía en la que nuevamente oficiales del Ejército tuvieron una actuación relevante, particularmente el coronel Marmaduke Grove.

Como necesario antecedente del período que se estudia, es preciso recordar lo sucedido después del año 1932, cuando el país volvió a su cauce institucional. Desde esa fecha en adelante se produjeron una serie de acontecimientos que influyeron en el pensamiento militar y en la manera de aproximarse a la realidad que entonces se vivía. Dicho contexto es fundamental para entender los sucesos que tuvieron lugar y que generaron conatos de rebelión entre los militares.

El segundo gobierno de Arturo Alessandri Palma (1932-1938) tuvo un importante desafío político, cual era el de imponer la constitución que se había aprobado en 1925. Asimismo, el de hacer un gobierno nacional por encima de los partidos políticos, solucionar el grave problema salitrero y mantener en orden al Ejército para evitar, por sobre todo, lo ocurrido en la década anterior. El ministro de Defensa era Emilio Bello Codecido⁵ (liberal), de más de sesenta años, antiguo balmacedista y alessandrista, ex diputado, quién había participado activamente en las negociaciones de paz con Bolivia que habían culminado con la firma del

⁵ Emilio Bello Codecido nació en Santiago de Chile el 31 de julio de 1868. Casado con Elisa Balmaceda de Toro, hija del presidente de la República José Manuel Balmaceda. Abogado. A la edad de 16 años ingresó al ministerio de Guerra y Marina y llegó a ser subsecretario. Militó en el partido Liberal Democrático. Ministro de Industrias y Obras Públicas en 1898; ministro de Justicia e Instrucción Pública y ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización en el período 1901-1904. Ministro del Interior hasta el 18 de marzo de 1905. Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización del 2 de julio de 1923 al 11 de septiembre de 1924; paralelamente fue ministro del Interior subrogante del 9 al 11 de septiembre de 1924. Reasumió nuevamente el ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización del 5 al 11 de septiembre de 1924, durante el gobierno de Arturo Alessandri Palma. Fue presidente de la Junta de Gobierno del 27 de enero al 20 de marzo de 1925. Asumió el ministerio de Defensa Nacional el 17 de febrero de 1933 hasta el 11 de abril de 1938, durante la segunda administración de Arturo Alessandri Palma. Consultado el 27 de mayo 2019 en <https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas>

Tratado de 1904. El programa de gobierno de Alessandri, de tendencia de centro derecha, provocó desde un comienzo una cerrada oposición de la izquierda.⁶

La confrontación ideológica se había iniciado en el país después de la Revolución Bolchevique de 1917, cuyo ideario marxista había penetrado en el mundo del salitre y en las organizaciones obreras en general, provocando importantes huelgas y movimientos en contra de la autoridad constituida. La Fuerzas Armadas no habían estado ajenas a influencias políticas extremas. A manera de ejemplo, es posible señalar la sublevación de la Escuadra en 1931 y la “Pascua Trágica”⁷, ocurrida en el mismo año. Particularmente grave fue la sublevación de la marinería de 1931, que no sólo involucró a casi todas las unidades a flote (se inició con las tripulaciones de la Escuadra en Coquimbo), sino que abarcó a las unidades navales en tierra de Valparaíso, y a las unidades y astilleros del Apostadero Naval de Talcahuano. Después de 1891, nunca se había estado tan cerca de una guerra civil.

Frente al clima reinante, el Ejército había tomado una posición política y su comandante en jefe, el general Indalicio Téllez, emitió una circular en diciembre del mismo año advirtiendo sobre los peligros del comunismo. Se trataba de una dura advertencia que señalaba, entre otros aspectos, que “una sana democracia buscaba la unión de los obreros para mejorar su situación. El Comunismo los dividió, persiguiendo rabiosamente a los que no pensaban como ellos, a los que tenían una fe en Dios, a los que amaban su familia...”. Insistía la circular en que “una sana democracia anhela dar a los padres la sonrisa de los hijos en el seno del hogar. El Comunismo, más despiadado que las fieras, se los arrebató...”⁸ Más adelante agregaba: “Pretendiendo concluir con los patrones y con el capital, el Comunismo creó, en cambio, un Amo monstruoso, sin conciencia y corazón: el Estado dueño de todas las tierras, de todas las fábricas, que nada sabe de los dolores humanos, y que nada puede saber de las circunstancias especiales de cada familia, puesto que para él no tiene el ciudadano otra personalidad que el número en que está clasificado.” “Ellos han dicho”, continuaba el documento,

⁶ Gonzalo Vial, *Historia de Chile. Tomo V. De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*, Santiago, Andrés Bello, 2001, a. p.256.

⁷ La denominada Pascua Trágica fue intento de toma del Regimiento Esmeralda de Copiapó en diciembre de 1931 por parte de subversivos civiles con ciertos contactos militares. Hubo 8 muertos entre los asaltantes y 3 entre los defensores. En Ricardo Donoso, *Alessandri, Agitador y demolidor*, Tierra Firme, Santiago de Chile, 1954., p.76.

⁸ Indalicio Téllez, *Recuerdos Militares*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, 2005., p.175.

¡nadie propietario!, en cambio “los hombres de corazón y de inteligencia, los hombres patriotas, los obreros honrados dicen: *¡todos propietarios!* Ellos han dicho: *Todos iguales*. Nosotros decimos: *Todos iguales en derechos*. Sí. Pero el que sea más trabajador, más industrial, más previsor, que gane más, que obtenga más, y que guarde más para el porvenir. Para todos está abierto el camino del progreso, sin que a nadie le falte la posibilidad de obtener, como fruto de su esfuerzo, la tierra, la casa o la industria o el taller.”⁹ Terminaba la circular diciendo: “¡Los que quieran ser esclavos que lo sean! Los que amamos esta tierra que nació con la sangre que, por la libertad, derramaron nuestros mayores, que ha vivido en la libertad, no somos ni queremos ser esclavos. El orden es indispensable en un régimen de Libertad; sin él medran los audaces, los que no tienen alma y que nada sienten de verdad en el corazón por la desgracia de los demás.”¹⁰



Fig.4.
*General Indalicio Téllez. Comandante en
Jefe del Ejército en 1931*

de la patria— dejó al país en la miseria.”¹¹ El manifiesto continuaba acusando al gobierno anterior del aniquilamiento casi total de la economía privada, la paralización de la industria salitrera, la duplicación del presupuesto fiscal y la extinción completa del crédito, llevando al país a la crisis más profunda que conocía la humanidad.¹²

La confrontación ideológica no cesó y con el paso del tiempo se fue haciendo más aguda. La propaganda se hacía en contra del gobierno anterior liderado por Carlos Ibáñez y ella arreció después de su renuncia al cargo y de su viaje a Buenos Aires en 1931. La Asamblea Liberal de Santiago emitió un manifiesto a favor del recién elegido presidente Juan Esteban Montero, que en parte decía: “Una dictadura militar —que destruyó los cimientos morales y económicos que habían hecho la grandeza y el prestigio

⁹ Téllez, *Recuerdos Militares*, p.175.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Raúl Marín Balmaceda, *El 4 de junio de 1932*, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1933., p.18.

¹² *Ídem*.

LOS MILITARES Y EL GOBIERNO DE ARTURO ALESSANDRI PALMA

Es fácil comprender por qué Arturo Alessandri no tenía los mejores sentimientos hacia el Ejército. El mismo relata lo sucedido en sus primeros contactos con los militares al tener que asumir el gobierno: “El día antes de la transmisión del mando, vino a visitarme el general que mandaría la parada en aquella ceremonia. Se puso a mis órdenes y me preguntó si deseaba revistar las tropas después de ella, como había sido siempre costumbre en épocas anteriores. Le contesté textualmente: *“No deseo mañana revistar las tropas, porque, como usted sabe, yo he sufrido mucho con las injustas persecuciones de un gobierno militar que ha sido tolerado por todos ustedes, estos sufrimientos están todavía muy frescos y deseo poner entre ellos y mi revista a las tropas, algún tiempo más, para olvidar tantos vejámenes que todavía me duelen.”*¹³

Cuenta Alessandri que el general se excusó, señalando que ellos no habían tenido arte ni parte en los hechos a que él se refería. Su respuesta fue que ello era efectivo, pero que sobre ellos pesaba la responsabilidad por un pecado de omisión,



*Fig.5.
General Pedro Vignola,
comandante en jefe del
Ejército en 1933*

ya que no habían protestado ni impedido los actos de tiranía y atropello a la Constitución y a las leyes. Agregó, además, que no era tan insensato como para pretender disolver el Ejército o tomar medidas en su contra. En su mensaje al mando reiteró que era un hecho que el país lo había elegido como una protesta contra el militarismo y por haber sido él la víctima más afectada por los actos y medidas de un dictador militar. Luego afirmaba que la forma que tenía para responder al país era aplicando sanciones contra los actos repudiados por la opinión pública. Dichas medidas, agregaba, no podían reducirse sino a sancionar a los generales que tenían la responsabilidad del mando y que no impidieron las actitudes incorrectas del Ejército, porque no pudieron o no quisieron.

El Presidente actuó en consecuencia aceptando la renuncia de siete generales, entre ellos del destacado general Carlos Sáez Morales, para sancionar

¹³ Arturo Alessandri Palma Alessandri Palma, *Recuerdos de Gobierno. Volumen III*, Nascimento, Santiago de Chile, 1967., p.8

así la actitud del Ejército en los reiterados actos revolucionarios de los últimos años. Dejó en servicio sólo a los generales Marcial Urrutia —comandante en jefe del Ejército— y a Pedro Vignola —jefe del estado mayor general—, quien más tarde reemplazó al primero. Al general Urrutia lo mantuvo en su cargo porque representaba la necesaria continuidad del mando y a Vignola por su participación en el movimiento civilista (Antofagasta). A Alessandri no le daba mucha confianza este último por el hecho de haber demostrado que podía acaudillar un movimiento de fuerza. Solo el recientemente ascendido general Oscar Novoa gozaba de la plena aprobación presidencial por sus dotes militares y su apoliticismo.

Un incidente aceleró el reemplazo del general Vignola, quien había sucedido a Urrutia en el mando del Ejército. La división comandada por Novoa maniobraba en el fundo “Las Mercedes” y Alessandri se había comprometido a asistir. Durante las maniobras circulaba la idea de un complot del Ejército hacia Alessandri y se mandó a la Milicia Republicana¹⁴ y a Carabineros a vigilar dichas maniobras. El general Vignola envió entonces un oficio de protesta especialmente crítico en contra de la Milicia al Ministro de Defensa, distribuyendo copias en las diferentes unidades. Al admitir Vignola la autenticidad del documento, Alessandri le pidió la renuncia como comandante en jefe y su retiro del Ejército. A pesar de las advertencias de complot, Alessandri asistió a las maniobras y no ocurrió nada. El general Novoa había rodeado con unidades probadamente leales al regimiento sospechoso de la revuelta; luego, él mismo sería nombrado comandante en jefe del Ejército en marzo de 1934. Novoa fue muy estricto para evitar que los oficiales incursionaran en política y buscó reestablecer una férrea disciplina. Famosas



*Fig. 6.
General Oscar Novoa,
comandante en jefe del
Ejército entre 1934 y
1938¹⁶*

¹⁴ La Milicia Republicana fue una organización de miles de civiles armados que se constituyó en la década de 1930 para defender al segundo gobierno del presidente Arturo Alessandri Palma de eventuales conspiraciones lideradas por militares, quienes habían intervenido sistemáticamente en el acontecer político de Chile a partir del año 1924.

fueron sus inspecciones a las unidades en un período particularmente difícil para ejercer el mando de la institución. Se mantuvo en el cargo por cinco años.

La oficialidad, por su parte, no apreciaba al ministro de Defensa, Emilio Bello, puesto que rumoreaba que se había proclamado amigo de las Fuerzas Armadas en el año 1925, estableciendo lazos de amistad con quienes ahora expulsaba sin misericordia.¹⁶



Fig. 7
Formación de las Milicias Republicanas

La Milicia Republicana generaba resquemores. Había nacido a fines de 1932 y había llegado a constituir una verdadera fuerza armada. Su creación y funcionamiento fue totalmente ajena a las leyes, sin embargo, contaba con el beneplácito del gobierno. Su objetivo era propender al mantenimiento de la normalidad institucional. Su primer armamento fue adquirido y, posteriormente, el propio

¹⁵ El general Oscar Novoa Fuentes nació en Tacna el 8 de marzo de 1886. En 1901 ingresa como Cadete a la Escuela Militar y egresa dos años más tarde como Alférez de Artillería, siendo su primera destinación el Regimiento de Artillería en Campaña. En 1908, con el grado de Teniente, es asignado al Regimiento de Artillería N°1 “Tacna” y al N°2 “Arica”. Siendo Capitán, en 1915, es destinado a la Escuela Militar por espacio de cuatro años y, posteriormente, se le incorpora al Grupo de Artillería N°2 “General Escala”. Siendo un destacado deportista, en 1924 es seleccionado para que represente al Ejército en las competencias de Sables de los Juegos Olímpicos de París. Al ascender a Mayor, es nombrado Comandante Interino del Regimiento de Artillería N°2 “Arica” y, posteriormente, con el grado de teniente coronel, es designado Comandante del Batallón de Tren N°3. Por sus relevantes condiciones, en 1927 es comisionado por el Ejército para perfeccionarse en la Escuela de Artillería de Alemania, conociendo los últimos avances en la tecnología militar posteriores a la Primera Guerra Mundial. A su regreso, en 1929, fue Comandante del Regimiento de Artillería N°3 “Chorrillos” y, ascendido a coronel, comandó el Regimiento de Artillería N°1 “Tacna”. Fue Director de Arsenales de Guerra y Comandante de la II División de Ejército. El año 1933 fue ascendido a general de brigada y en 1934, siendo general de división, asume la Comandancia en Jefe del Ejército. El General Oscar Novoa Fuentes destacó por su alta capacidad de mando y ascendiente sobre los hombres a quienes dirigió. El 20 de diciembre de 1938 se le concede el retiro de la Institución. En <https://www.ejercito.cl/home> el 23 de agosto de 2019.

¹⁶ Gonzalo Vial. *Historia de Chile. Tomo V. De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*, Andrés Bello, Santiago, 2001., pp-280-281

gobierno se lo proporcionó. Para ello, dispuso que los arsenales de guerra entregaran al Cuerpo de Carabineros una gran cantidad de armas livianas, las que, a través del intendente de Santiago, Julio Bustamante, fueron puestas a disposición de la Milicia. “La existencia de esta organización hirió profundamente los sentimientos del Ejército, y si éste no reaccionó en forma viva fue porque ya se había cimentado en su espíritu la idea de que las Fuerzas Armadas eran el sostén de la Constitución y de la Ley.”¹⁷ Así, el Ejército soportó en silencio la existencia de esta organización; de allí su consiguiente alejamiento del gobierno de turno. La entrega de armas que efectuó Carabineros a la Milicia fue considerada como una traición y alejó considerablemente a ambas instituciones.

Entre los incidentes más graves durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri se cuentan el alzamiento campesino de Ranquil en 1934 y las huelgas ferroviarias de 1935-36. El gobierno aplicó mano dura con los huelguistas con la participación de Carabineros y de las Fuerzas Armadas. Los comunistas se unieron a los radicales en 1935, los que les permitiría incorporarse a los gobiernos futuros.



Fig.8.
Coronel (en retiro) Marmaduke
Grove Vallejos

El origen de esta alianza puede encontrarse en el séptimo Congreso de la Internacional Comunista, que se realizó ese mismo año. En este se planteó la estrategia del Frente Popular, la que contribuyó a un impulso de la mayoría de los partidos comunistas de la región. Estableció la necesidad de una alianza de todas las fuerzas progresistas para frenar al fascismo y la dominación imperialista. Se puede decir que con esta fórmula los partidos comunistas de todo el mundo centraron su atención en la importancia de la democracia parlamentaria y abandonaron *de facto* las políticas del denominado ‘tercer período’, es decir, aquellas que rechazaban cualquier alianza con fuerzas políticas distintas al comunismo, condenando con ello a los

¹⁷ Leónidas Bravo, *Lo que supo un auditor de Guerra*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1955., p.54

partidos demócratas y socialistas como colaboradores del fascismo y afirmando que la democracia parlamentaria no conduciría a ninguna parte.¹⁸

Hubo conspiraciones contra el gobierno de Alessandri y ya en 1935 grupos extremistas bastante atrayentes —los nacistas— se aproximaron a integrantes de Ejército. En esos años había una gran actividad dentro de la colonia alemana en Chile, donde los oficiales del Ejército eran invitados especiales. Una gran labor de difusión del nazismo la realizaban publicaciones tales como “*La revista Ejército – Marina – Aviación del general W. Faupel*”, de las que eran suscriptores un buen número de oficiales en servicio y retirados.¹⁹ En este orden de cosas se instruyó un sumario en contra del senador, coronel (R) Marmaduque Grove,²⁰ a quien se le acusaba de efectuar propaganda revolucionaria, pero en realidad muy lejana al nazismo. Finalmente, fue sobreseído por la Corte de Apelaciones. Habida cuenta de su accionar anterior, no era de extrañar que se sospechara de él.

El gobierno agravaba estas conspiraciones, porque actuaba en contra de los militares y de los ibañistas mediante expulsiones y exilio. Entre las conspiraciones que se recuerdan de este período, destaca una de carácter socialista liderada por el sargento 2° del Ejército Humberto Videla, ocurrida en 1933, la cual culminó con su condena a diferentes penas. Se trató de un grupo de suboficiales encabezados por Videla que, aprovechándose de la pésima situación económica del Ejército, iniciaron una activa propaganda subversiva. Descubiertos rápidamente, la agitación no prosperó. Fuera del líder, fueron también condenados seis suboficiales y tres o cuatro militantes del Partido Socialista, instigadores del movimiento.²¹

Mientras tanto, a fines de julio de 1933 se había renovado la guerrilla política a consecuencia del anuncio hecho por el gobierno del descubrimiento de

¹⁸ Carmelo Urci, *El Partido Comunista de Chile y la Vía al Socialismo* [online]. Santiago: Ariadna Ediciones, 2008 (generated 19 août 2019). p.21-30 Available on the Internet: <http://books.openedition.org/ariadnaediciones/474> . ISBN: 9782821895898.

¹⁹ Víctor Farías, *Los Nazis en Chile, 2 volúmenes*, Planeta, Santiago de Chile, 2000., p.503.

²⁰ Marmaduque Grove Vallejo fue un coronel del Ejército que se convirtió en un gran líder político en nuestro país durante las décadas de 1920 y 1930. Fue uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile. Participó en varios episodios de nuestra historia política y militar de esos años, como lo fue la República Socialista del año 1932, así como también candidato a las elecciones presidenciales del mismo año, en las que obtuvo la segunda mayoría. Estuvo muy ligado a la Aviación militar y a los inicios de la Fuerza Aérea de Chile.

²¹ Leónidas Bravo, *op. cit.*, p.58.

un nuevo complot para derribarlo, lo que determinó la relegación a apartados puntos del territorio de muchas personas afectas al gobierno de Ibáñez, entre los que figuraban los periodistas Ismael Edwards Matte y Juan B. Rossetti. Con este motivo, el senador radical Pedro León Ugalde presentó un proyecto de acuerdo sobre derogación de las facultades extraordinarias otorgadas al gobierno, pidiendo al ministro del Interior que exhibiera los antecedentes relacionados con el complot, lo que fue rechazado por una gran mayoría en sesión del 26 de julio. Sin embargo, no quedó bien asentado el prestigio del gobierno, ya que dos meses más tarde el ministro encargado de la substanciación del proceso mandó sobreseer definitivamente a Edwards y Rossetti, por no aparecer en el sumario presunciones "de que se hayan verificado los hechos que dieron motivo a formar la causa".²²



Fig. 9.

Titular del diario "La Nación" del 3 de abril de 1934

También, en el mismo año, aconteció una supuesta intentona subversiva de Grove y del senador socialista Eugenio Matte Hurtado, lo cual llevó a la relegación del primero y a una amenaza de desafuero para el segundo. En 1934 existía la idea entre los grovistas de alterar el país para que las Fuerzas Armadas asumieran el poder. Quedaría como presidente el senador de la Unión Socialista Virgilio Morales, ex ministro del Interior de Ibáñez y este último quedaría como ministro del Interior. Tenían el apoyo armado del Regimiento Tacna, de los infantes de San Bernardo y de los aviadores de El Bosque. Implicados estaban también ciertos oficiales de Ejército en retiro: coroneles José Miguel Berríos, Humberto Arce y el teniente coronel Luis Michimalonco Clavel, además de dos jefes activos del Tacna y de varios civiles, como Eric Schnake y Fernando Celis. La idea era provocar agitación social para obligar a las Fuerzas Armadas a tomar el control del país. Se publicaron cartas comprometedoras de Ibáñez dirigidas a

²² Ricardo Donoso, *Alessandri. Agitador y demoleedor*. Editorial Tierra Firme. Santiago de Chile, 1954. p.131.

Grove y a Berríos. En una de ellas había un claro análisis de las Fuerzas Armadas, rama por rama. Según Ibáñez, era decisión del Ejército no inmiscuirse en política, mientras no se lo pidiera la fuerza de la opinión pública. Esperarían los militares entonces a que los acontecimientos políticos en desarrollo los obligaran a actuar con urgencia. Seguramente Grove estaría mejor informado, sugería Ibáñez, al que consideraba director espiritual de la tropa y de los suboficiales. Carabineros se hallaba descontento, decía Ibáñez, por los bajos sueldos y el excesivo trabajo. La Marina se suponía desorganizada a raíz de la sublevación de 1931. El servicio de Investigaciones se corrompía, prostituyendo sus actuaciones en forma denigrante. Se dio así una particular alianza política entre Grove e Ibáñez, pero también una lucha fuerte por el poder, si se recuerda la incursión del avión rojo en tiempos de la presidencia del segundo.²³ Un ministro en visita encargó reos a Grove, Schnake, Celis, Berríos, Clavel, del Villar y Cox.²⁴

El gobierno de Arturo Alessandri siguió viviendo en constante alarma, temiendo que se intentara un golpe de fuerza, el que se trató de hacer efectivo el viernes 28 de febrero de 1936, hallándose la capital bastante desierta, pues era verano. Se supo la noticia de que se había tratado de derribar al Gobierno, llevando a cabo un plan que consistía en la captura del cuartel general del Ejército, para impartir desde allí las instrucciones a las unidades que guarnecían Santiago y ocupar la Moneda. Los conspiradores creían contar con el apoyo de algunos regimientos: el Buin en Santiago, el Maipo de Valparaíso y el Coraceros de Viña del Mar. El teniente René Morales Beltrami, de 24 años, ayudante del regimiento Cazadores, llevó una pequeña fuerza al Parque Cousiño, donde se esperaba se concentraría el grueso de las tropas que derribarían el Gobierno, pero éstas no concurrieron. Enterado el mando, logró hacer volver al cuartel a los pocos soldados que habían ido a ese recinto. Tres oficiales del regimiento Buin que estaban comprometidos en el movimiento no tuvieron éxito al pretender sacar las tropas a la calle. El asalto del cuartel general del Ejército, con el propósito de apoderarse del armamento que se guardaba en él, y encabezado por el capitán en retiro Raimundo Pohler, fue desbaratado fácilmente y quienes intentaron realizarlo fueron detenidos. Este fracaso provocó el desaliento entre los

²³ Fracasado intento realizado por Grove para sublevar unidades militares en Concepción y derrocar el gobierno de Ibáñez en septiembre de 1930. Exiliado en Europa, Grove se trasladó a Buenos Aires y desde allí sobrevoló los Andes en un avión rojo con el que llegó a Concepción. Ver en Carlos Charlin Ojeda, *Del Avión Rojo a la República Socialista*, Quimantú, Santiago de Chile, 1972.

²⁴ Gonzalo Vial, *Historia de Chile. Tomo V. De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 2001, p.261.

conspiradores que pensaban asaltar la Moneda, y que en número considerable y armados se habían distribuido en las vecindades del palacio. El asalto frustrado del 28 de febrero fue larga y maduramente preparado. El mismo día en la tarde fue detenido Juan Antonio Ríos, diputado al Congreso —y futuro Presidente de la República—, sindicado de ser uno de los jefes del movimiento. El mayor Oscar Zagal Bennewitz y el capitán Eliecer Parada del Río intentaron —en Viña del Mar y Valparaíso— obtener la cooperación de los comandantes del Coraceros y del Maipo, sin resultado.²⁵

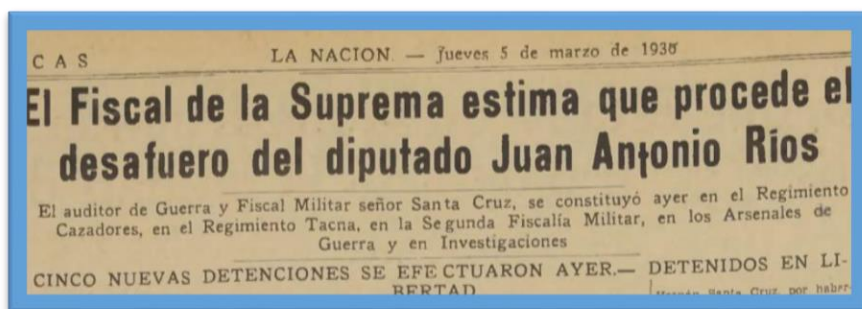


Fig. 10.
Titular del diario "La Nación" del 5 de marzo de 1936

Detrás de esta conspiración había un grupo decidido de partidarios de Ibáñez, entre los que figuraban René Silva Espejo, Jorge Chaparro Ruminot, Miguel Meza Varas, Ernesto Zolezzi Sivori, Armando Silva Valenzuela, Jorge Lake, Federico Latroph, Arturo Ruiz, René Reyes Barrueto y otros, los que creían en la posibilidad de restablecer al ex Presidente Ibáñez en el poder. Todo ello contando con el apoyo de algunas unidades del Ejército. Se pensaba organizar una junta de gobierno y un gabinete ministerial que aseguraran su regreso al poder. Alessandri estuvo enterado desde el primer momento de la extensión del movimiento y del verdadero peligro en que estuvo de caer nuevamente víctima de un golpe de fuerza. La reacción de las autoridades fue inmediata y las sanciones administrativas y judiciales no se hicieron esperar. Al día siguiente fue convocado el Congreso Nacional a sesiones extraordinarias a contar del 3 de marzo. Alessandri solicitó facultades extraordinarias por un período de seis meses para enfrentar el intento revolucionario acometido por oficiales en retiro del Ejército, y en el cual figuraban comprometidos numerosos adeptos políticos de Ibáñez, en cuyo honor y provecho habían proyectado apoderarse violentamente del poder

²⁵ Donoso. *op. cit.* p.182

político. Lo anterior, después de secuestrar y —posiblemente— eliminar al comandante en jefe del Ejército y otros altos funcionarios.²⁶

A raíz de estos hechos fueron separados del servicio el mayor Leónidas Banderas Cañas, el capitán Teodoro Finger Floto y el teniente Gastón Parada Moreno, y fue llamado a calificar servicios el teniente Raúl Ramírez Bravo, todos los cuales prestaban sus servicios en el regimiento Buin. Por otro decreto fueron destituidos del servicio del Ejército el mayor Oscar Zagal Bennewitz, el capitán Edgardo Andrade Marchant y el capitán Eliecer Parada del Río. Fue igualmente separado del servicio el teniente René Morales Beltrami. El sumario se hizo rápidamente y con fecha 7 de mayo de 1936 se dictó sentencia por el Juzgado Militar.²⁷ En sentencia de 30 de marzo de 1936, la Corte de Apelaciones acordó privar del fuero parlamentario a Juan Antonio Ríos. Apelada la sentencia de la Corte de Apelaciones, la Corte Suprema la confirmó el 15 de mayo, quedando Ríos entregado al juez de la causa, quien diez días más tarde lo puso en libertad. La sentencia de la Corte Marcial, integrada por los magistrados Pedro Silva Fernández, Ernesto Larraín y Oscar Fenner, fue expedida el 17 de junio. Ella redujo considerablemente las penas de primera instancia.²⁸ Más tarde, el Congreso aprobó una ley de amnistía que favoreció a los afectados y que fue aprobada en sesión del 15 de julio de 1936, pero se rechazó la amnistía para los responsables de atentar contra la seguridad interior del Estado.²⁹

Alessandri dispuso varias medidas con respecto al Ejército: modificó la plana mayor y la redujo a 150 oficiales. Pasó a retiro a muchos otros por conspiraciones —verdaderas o falsas— que sumaron sesenta y seis en 1933, veinte en 1934, veintiocho en 1935, dieciocho en 1936 y cuatro en 1937. La cifra de 1933 correspondió a la depuración acometida por Alessandri apenas asumió el gobierno. Era una cifra alta, pero menor a la de 1930, cuando fueron setenta y seis los afectados, mientras que en 1931 fueron ciento diez y en 1932 fueron setenta y siete. También disminuyó el presupuesto de Defensa, se desmanteló una división, hubo reducción de cadetes y se estableció una vida espartana de cuartel. Cortó la adquisición de armamento, lo cual molestó a las Fuerzas Armadas porque afectaba su alistamiento en caso de conflicto. El gobierno defendía estas medidas, lo que

²⁶ *Ibíd.* p.183.

²⁷ *Ibíd.* p.184.

²⁸ II Juzgado Militar de Santiago. Sumario 322-36. Contra René Morales, Jorge Basualto y civiles Juan A. Ríos, Raimundo Poehler y otros, por delitos contra la seguridad interior del Estado. En Donoso, *op.cit.*, 189-190.

²⁹ Donoso. *Op. Cit.* p.189.



*Fig.11.
Coronel Tobías Barros. Escritor
militar y ministro de Estado en
varias oportunidades*

se estimaba como una reacción civilista. La falta de armamento se trataría de resolver en 1937 cuando se envió una misión militar a Europa que dispondría de 100 millones de pesos.³⁰

Al Ejército le irritaba la abierta antipatía de Alessandri por todo lo militar. El caso del teniente coronel Tobías Barros³¹, un destacado oficial ibañista y en servicio activo hasta 1937, fue emblemático. Barros no conspiraba, pero no quería romper su amistad personal con Ibáñez. Había sido enviado a la Escuela de Artillería, pidiéndole Alessandri que fuera cauto al tener una conversación con

este último. Sin embargo, un día salió a caminar por la ciudad de Linares con Ibáñez y el Intendente, y al día siguiente fue llamado a Santiago y enviado como agregado militar a Lima. Barros regresó de Lima en 1936 a un cargo sin mando de tropa, como lo era el de Inspector de Artillería. En 1937 no asistió a un

³⁰ Gonzalo Vial, *Historia de Chile. Tomo V. De La República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*., p.282.

³¹ Tobías Barros Ortiz (1894-1995). En 1908 estudió en la Escuela Real de Viena. En 1912 se graduó como oficial de artillería. Estuvo destinado en varios regimientos de artillería y en las escuelas de Caballería y de Aviación. Fue comandado a Alemania, donde participó en diversos cursos especializados de la Reichswehr. Fue comandante del Regimiento "Chorrillos" de Talca. A partir del 23 de enero de 1925 fue Secretario de la Junta de Gobierno. En 1933 ascendió al grado de coronel. De 1934 a 1938 fue Adicto Militar en el Perú. Participó como Jefe de la Oficina del Censo de Tacna, antes de un plebiscito que no llegó a realizarse. En 1937 fue retirado temporalmente. En 1938 creó y dirigió la Alianza Popular para apoyar la candidatura presidencial de Ibáñez. En 1938 fue llamado al servicio activo. En 1940 pasó nuevamente a retiro. Durante la Segunda Guerra Mundial fue embajador en Berlín. En 1946 fue Secretario General de la Sociedad Nacional de Agricultura. De 1952 a 1953 fue embajador en Roma. Entre 1954 y 1956 fue en numerosas ocasiones ministro en el gabinete del segundo gobierno de Carlos Ibáñez. En 1954 fue Ministro de Relaciones Exteriores. De 1954 a 1955 fue Ministro de Defensa Nacional. De 1955 a 1956 fue Ministro de Educación Pública. De 1961 a 1969 fue Secretario General de la "Conferencia del Pacífico Sur". Fue un prolífico escritor militar. En Rafael Valdívieso Vicuña, *Testigos de la Historia*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997., pp.49-60.

almuerzo con Alessandri en Los Andes, lo que se consideró un *desaire* al Presidente y se le pidió el retiro sin llegar a ser general.³²



Fig. 12.
Caricatura de la revista Topaze N° 285, alusiva al Presidente Arturo Alessandri, a quien se contrariaba. Esta edición fue robada e incinerada por el agraviado

Barros recuerda: “Tras cuatro años en el Perú, yo suponía que en Chile los temores de gobernantes y políticos frente a las fuerzas armadas se habrían desvanecido. Celos y desconfianzas podían explicarse por la actuación de militares fuera de su rol, especialmente en el ensayo socialista que siguió a la salida de Ibáñez. Aunque siempre pensé que esa injerencia fue más aparente que efectiva, era preciso pagar por el error de algunos y por la inocencia con que todos habíamos confiado en la buena

fe y el patriotismo de políticos audaces, que en la hora de rendición de cuentas se esfuman como espejismos. ¡Y así ocurrirá siempre.¡” Luego agregaba que su retiro fue decretado por oficio en virtud de facultades que no admitían discusión.³³ La oposición acusó constitucionalmente al Presidente por esta medida y los fundamentos que invocaron los acusadores señalaban: “El deber imperioso del Parlamento de velar porque el Ejército de la República no sea perturbado en sus labores profesionales, por intervenciones gubernativas de carácter político o partidario que introducen la intranquilidad en las filas y la inseguridad en los comandos.” Agregaba la acusación que los ejércitos democráticos no pertenecían a los gobernantes ni a la mayoría de un partido o gobierno determinado. Constituían altos servicios públicos de toda la nación, debiendo principalmente asegurar la paz externa. Los oficiales no eran, por consiguiente, servidores de ésta o aquella posición política, ni podían tampoco convertirse en incondicionales adeptos del ciudadano que, por un período transitorio, desempeñaba la presidencia de la República. Eran funcionarios del Estado que debían obedecer sus leyes. En esto radicaba, fundamentalmente, la diferencia entre un Ejército democrático y

³² Barros Ortiz Tobías, *Recogiendo los Pasos. Testigo militar y político del Siglo XX*, Editorial Planeta Chilena, Santiago de Chile, 1988., p. 245.

³³ *Ibidem*.p.242.

una guardia pretoriana, entre unas fuerzas armadas de una nación libre y soberana, y una milicia mercenaria.³⁴

Sobre el equipamiento del Ejército, Alessandri decía que había recibido los arsenales vacíos, pero se sabía que, en tiempos de Ibáñez y a través de la misión del general Sáez, se había comprado mucho armamento. Se comentaba entonces que había sido traspasado a la Milicia Republicana. Había un ambiente permanente de desconfianza y sospechas de desafección política que traía problemas. Molestó al Ejército que Alessandri tuviera una buena relación con Carabineros y su general director Humberto Arriagada, quien debía haberse acogido a retiro. Existía cercanía entre la Milicia Republicana y Carabineros. Se ejercitaba a Carabineros para luchar en terreno abierto —se decía que contra los comunistas—, pero ello era poco creído. La dureza policial se centró en contra de comunistas y nacistas. Se decía también que Carabineros e Investigaciones torturaban a los detenidos. Alessandri tuvo muchos problemas con los nacistas: éstos lo ridiculizaban a través de los medios de comunicación, entre ellos, la revista “Topaze”. Es posible que las crueles bromas de los nacistas, la sensibilidad de Alessandri al ridículo y el temor a que los militares, nacistas e Ibáñez se unieran para expulsarlo, influyeran en los sucesos del 5 de septiembre de 1938.³⁵



Fig.13.
Jorge González Von
Marées, jefe del
Movimiento Nacional
Socialista (MNS)

LA MASACRE DEL SEGURO OBRERO

Este período, que se caracteriza por la violencia política, conoce de la creación, en 1932, del Movimiento Nacional Socialista (MNS), siendo su jefe Jorge González Von Marées. El general retirado Francisco Javier Díaz,³⁶ muy

³⁴ *Ibidem.*, pp.246-250.

³⁵ Gonzalo Vial, *Historia de Chile. Tomo V. De La República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*., p.489.

³⁶ Francisco Javier Díaz Valderrama (1877-1950). En 1890 ingresa a la Escuela Militar y egresa como subteniente de Infantería, destinado al Batallón de Ingenieros Militares. En forma paralela a su carrera militar, obtuvo el título de Bachiller en la Universidad de Chile. En 1897 pasa al arma de Ingenieros Militares. Siendo capitán en 1901, es destinado a Berlín, ingresando al Ejército Imperial Alemán, sirviendo en diferentes unidades: fue alumno de la Escuela de

admirador de todo lo alemán, había propuesto fundar un partido que fuera como el de Hitler, pero no había logrado mayor apoyo.

Al año siguiente, en 1933, nació el Partido Socialista de Chile, que combatía al nazismo. Su origen estuvo en la Federación de Juventudes Socialistas. Del partido dependían las Milicias Socialistas, en las cuales destacaban Marmaduke Grove, Eric Schnake y Salvador Allende. Utilizaban como uniforme una camisa azul acero con distintivos coloridos y corbata roja.³⁷

Como ya se señalara, el gobierno de Alessandri, decidido a enfrentar el problema de la violencia política que intentaba deponerlo, trató de hacerlo depurando al Ejército, apoyando la Milicia Republicana y obteniendo del

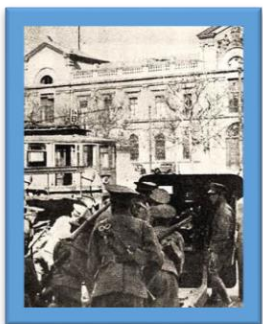


Fig. 14

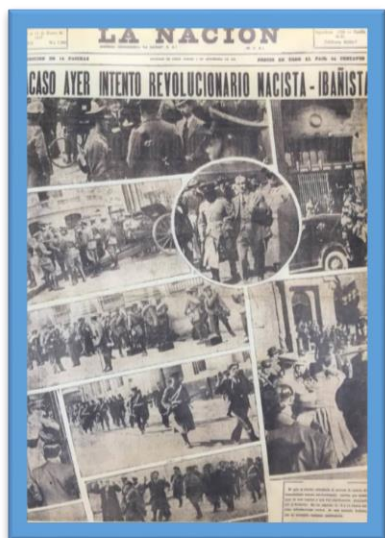


Fig. 15

Tropas del regimiento Tacna consiguieron la rendición de los sublevados en la Universidad de Chile y luego fueron llevados al edificio del Seguro Obrero, donde fueron ultimados por carabineros.

Ingenieros de Charlottenburg y estuvo en el Estado Mayor de Suiza, entre otras destinaciones. En 1909 se le concedió permiso para prestar sus servicios en Colombia, desempeñando los cargos de Director de la Escuela Militar y Jefe del Estado Mayor General, entre otros. En 1912, a su regreso, es nombrado Comandante del Regimiento de Infantería N°14 “Caupolicán” y luego Comandante de la 7ª Brigada de Infantería. Como coronel, en 1921, ejerce la Comandancia de la Brigada de Comunicaciones y, paralelamente, es profesor de la Academia de Guerra y de la Escuela de Ingenieros Militares. General de brigada en 1925 y al año siguiente, general de división. El 18 de febrero de 1927 es nombrado Inspector General de Ejército. El general Díaz Valderrama fue miembro de la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española, como un reconocido escritor de temas militares. Entre sus obras destacan: “Manual del Oficial”, “Apuntes de Organización Militar” y “Compendio de Fortificación Permanente”. Pasó a retiro en 1930. En <https://www.ejercito.cl/?cje&id_comandante=37>. Consultado el 12 de junio de 2019.

³⁷ Gonzalo Vial, *Historia de Chile. Tomo V. De La República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*., p.267.



*Fig.16.
Escenas del 5 de septiembre
de 1938 en la portada del
diario “La Nación”. Los
sublevados habían sido
entregados sanos y salvo por
el personal del Ejército, pero
luego fueron masacrados por
Carabineros.*

Congreso una ley de Estados de Excepción que aplicaría con mano dura a través de Investigaciones y Carabineros. El principal hecho político relacionado con lo anterior fue la llamada Masacre del Seguro Obrero, ocurrida el 5 de septiembre de 1938, como consecuencia de un complot³⁸ que consideraba que grupos del MNS provocarían una grave conmoción en el centro de la capital, que Carabineros no podría controlar. Lo anterior justificaría que intervinieran unidades del Ejército comprometidas previamente para restablecer el orden y tomarse el poder. González Von Marées organizó esta asonada naci. Grupos armados ocuparon la casa central de la Universidad Chile y el edificio del Seguro Obrero —a un costado de la Moneda—, que simbolizaban la cultura y el trabajo, contando con que el Ejército los iba a respaldar.³⁹

Los contactos con el Ejército estaban a cargo del coronel retirado Caupolicán Clavel, ex director de la Escuela Militar, quien había perdido su puesto por lealtad a un Ibáñez caído en 1931. Clavel tomó contacto con las unidades, pero no se supo a ciencia cierta la participación de Ibáñez en la asonada. Sin embargo, Javier Cox, director de “Trabajo” —órgano publicitario de los nacistas—, sostuvo un año después en el diario “La Hora” que aquel habría entregado dinero y una subametralladora a los sublevados. Esta última fue efectivamente encontrada en el edificio del Seguro Obrero. Así las cosas, el viernes 2 de septiembre y a través de Clavel, González

³⁸ Los nacional-socialistas chilenos gustaban autodenominarse “nacis”, en lugar de “nazis”, término este último con el cual se le conoce al nacional-socialismo en la historiografía universal contemporánea. Lo hicieron como una forma de diferenciarse de sus homólogos alemanes, con lo cual daban un carácter local a su movimiento.

³⁹ *Ibídem*, p.509.

mandó un recado terminante a Ibáñez: que el golpe sería el 5 de septiembre. En esa misma fecha se había formalizado el pronunciamiento armado de 1924.⁴⁰

El plan se llevó a cabo y Alessandri, al conocer de la toma de los edificios, convocó a los jefes militares Oscar Novoa (Ejército), Diego Aracena (Aviación), Jorge Bari (Comandante de la Segunda División), Humberto Arriagada (Carabineros) y Waldo Palma (Investigaciones). El Ejército envió rápidamente un batallón del Buin y una batería de artillería del Tacna al edificio de la Universidad de Chile. Los nacistas pensaron que los venían a apoyar. Dos cañonazos derribaron la puerta de la Casa Central, lo que provocó la rendición de los 36 nacistas que allí se parapetaban.⁴¹ Los detenidos fueron trasladados al edificio del Seguro Obrero donde se produjo la masacre. Allí murieron 57 nacionalsocialistas por la acción de Carabineros y también hubo cuatro víctimas inocentes.⁴²



*Fig. 17.
General Ariosto Herrera
con su hija. En revista
"Ercilla", edición
extraordinaria del 26 de
agosto 1939*

Ibáñez, que para muchos era el verdadero instigador de estos sucesos, insistió que no necesitaba un golpe para ser presidente, pero sus amigos le aconsejaron se entregara al Ejército por si lo intentaban asesinar. Entonces ingresó a la Escuela de Infantería, cuyo director era el coronel Guillermo Barrios, amigo suyo, pero disciplinario y estricto, quien lo puso a disposición de las autoridades. El gobierno dispuso rápidamente su traslado a Investigaciones. Posteriormente, Alessandri fue acusado constitucionalmente por la Masacre del Seguro Obrero. A raíz de esto, Humberto Arriagada, entonces General Director de Carabineros, cumplió pena de presidio.

La participación del Ejército quedó siempre en la duda. Tanto Cox como González Von Marées sostuvieron que había oficiales en servicio activo que estaban comprometidos con el movimiento, pero agregaron que ellos no los

⁴⁰ Rodrigo Alliende González, *El jefe. La vida de Jorge González Von Marees*, Editorial Los Castaños, Santiago de Chile, 1990., p.141.

⁴¹ Donoso. *Op. Cit.* p.260.

⁴² Chantal Niklitschek Duhalde, *La matanza del Seguro Obrero ¿Quiénes fueron sus víctimas?*, Universidad Adolfo Ibáñez, 2018., p.81

conocían, debido a que los contactos se habían hecho exclusivamente a través del coronel Clavel.⁴³ Ese año, a pesar de los problemas que se habían generado, hubo Parada Militar. Alessandri pidió la renuncia del jefe del estado mayor, general de división Carlos Fuentes Rabé, quien no estaba de acuerdo en realizarla. El Ejército no quería que se hiciera la parada y Fuentes dijo que renunciaría si se llevaba a cabo. La actitud de Fuentes se debía a que existía una sorda molestia en el Ejército por lo ocurrido el 5 de septiembre.⁴⁴

La campaña presidencial para reemplazar a Arturo Alessandri generó muchos rumores. El candidato oficialista Gustavo Ross intentó separar aguas después de la masacre, intentando no sacrificar a Alessandri. Por su parte, Pedro Aguirre Cerda aprovechó este hecho para su campaña, insistiendo en la necesidad de aclarar lo ocurrido, lo que se vio reforzado por la renuncia que hizo a su candidatura el propio Carlos Ibáñez. El líder nacista Jorge González Von Marées le dio su apoyo a Aguirre Cerda.⁴⁵

Había mucha inquietud en el Ejército sobre el nombre de su próximo comandante en jefe. Los más mencionados eran el general Carlos Fuentes Rabé y el general Ariosto Herrera, recientemente ascendido. La preocupación también lo era respecto del futuro gobierno y diversas personas del círculo de Aguirre Cerda auscultaban el sentir de los oficiales. Así, en noviembre de 1938, Pedro Aguirre Cerda, sin ser todavía Presidente, invitó a una reunión a diversos jefes del Ejército que dirigían las escuelas de formación de la institución. Les manifestó a los oficiales su temor de que Alessandri no reconociera su triunfo en las elecciones de octubre, por lo que proponía lanzar el pueblo a las calles. Esta medida fue rechazada por los oficiales ante el temor de una guerra civil, pero se

⁴³ Leonidas Bravo, *op. cit.*, p.78

⁴⁴ Según el teniente coronel Manuel Hormazábal, entonces activo ibaísta, el malestar que se evidenció en la Escuela Militar y en el Estado Mayor desembocó en franca conspiración. El centro de la revuelta se trasladó a la Primera División. Se dice que estaba lista la sublevación cuando se aprobó la ley de plantas en el Ejército, lo cual permitió muchos ascensos y calmó los ímpetus revolucionarios. Al parecer, el general Fuentes estaba detrás de la conspiración. Respecto de la agitación en el Ejército después de la masacre del edificio del Seguro Obrero no hay otro testimonio que el de Hormazábal González. Manuel Hormazábal González, *Por los caminos de la democracia. 1920-1940*, IGM, Santiago de Chile, 1989. , pp.101-145. Finalmente, Von Marées fue condenado a veinte años de reclusión, Jiménez a quince, Clavel Dinator a doce de extrañamiento (exilio), e Ibáñez resultó absuelto. Los nacistas condenados recibieron el indulto del Presidente Pedro Aguirre Cerda, el 24 de diciembre de 1938. Donoso, *Alessandri. Agitador y Demoleedor.*, p.293.

⁴⁵ Gonzalo Vial, *Historia de Chile. Tomo V. De La República Socialista al Frente Popular (1931-1938).*, p.474.

comprometieron a respetar el resultado de la elección. Luego se discutió sobre la nominación del próximo comandante en jefe entre los candidatos ya señalados, llegándose al acuerdo de nominar al general Fuentes. Se sabe de los detalles de ésta reunión, ya que a ella asistió el hermano de Manuel Hormazábal, el coronel Guillermo Hormazábal, quien, siendo en esos años director de la Escuela de Ingenieros Militares, relató este acontecimiento.⁴⁶

Cabe señalar que lo anterior era claramente deliberación política entre civiles y militares, y se realizaba con quien sería más adelante el Presidente de la República. Se observa que la clase política seguía golpeando las puertas de los cuarteles militares, en busca de apoyo para sus proyectos.

EL ARIOSTAZO

La victoria del Frente Popular precipitó una nueva intervención militar en la política chilena. Sectores castrenses ligados a la derecha presionaron a Alessandri para que renunciara y no reconociera el triunfo de Pedro Aguirre Cerda. Pero el general Novoa, en nombre del Ejército, se pronunció claramente por el reconocimiento del triunfo de Aguirre Cerda, pidiendo a Ross el retiro de sus exigencias políticas, que avivaban el fanatismo y el temor al Frente Popular.

Según Luis Vitale, un sector continuó conspirando encabezado por el general Ariosto Herrera, comandante de la guarnición de Santiago, partidario de Ibáñez, ex-agregado militar en Italia y simpatizante de Mussolini. Señala que la primera acción militar contra el Frente Popular sucedió el 21 de mayo de 1939, cuando Pedro Aguirre Cerda ya había asumido la presidencia de la República. El general Herrera, al ver una insignia roja en uno de los balcones de la casa de gobierno, se adelantó para arrancarla, hecho que le acarreó un sumario. Entonces se acuarteló en el regimiento Tacna para enfrentarse a las autoridades. Este conato de golpe estaba apoyado por el coronel Guillermo Hormazábal, director de la Escuela de Ingenieros Militares, quien no solo estaba en conocimiento del complot, sino que también había comprometido a otros oficiales. Sin embargo, no se plegaron varias unidades —entre ellas la Escuela de Infantería— y empezaron a vacilar los oficiales del regimiento Tacna. Este conato golpista conocido con el nombre de "Ariostazo" tuvo, según Alain Joxé, el apoyo del Frente Nacional, que era una pequeña organización pro-fascista, dirigida por el Dr. Ernesto Prieto

⁴⁶ Manuel Hormazábal González, *op. cit.*, pp.163-166.

Trucco. El objetivo de los militares de obtener mayor espacio y legitimidad, perdidos en la década de 1930, se fue abriendo paso poco a poco.⁴⁷

Hay otras versiones de los hechos respecto del incidente de la bandera roja. La de Manuel Hormazábal González señala:

*“El 21 de mayo de 1939, durante la ceremonia militar tuvo lugar el incidente del trapo rojo. Cumpliendo honradamente con su deber y sin alarde ni segundas intenciones, el general Herrera hizo retirar una bandera roja enarbolada por un individuo precisamente en el mismo sitio frente al cual debían desfilar las tropas a su mando para desfilar ante el Presidente de la República.”*⁴⁸

La prensa y más tarde el gobierno transformaron el incidente en un hecho trascendente. Era de mal tono que en un gobierno del Frente Popular —en el que el propio Presidente saludaba con el puño cerrado para congraciarse con sus camaradas verdejos (rotos) cuidando, eso sí, de disfrazar su actitud empuñando los guantes o el pañuelo— ocurriera que un general de la República hiciera retirar una bandera roja. Era un atrevimiento desusado para esos tiempos que corrían inferir tamaña ofensa a esas insignias en medio de las cuales se paseaban ufanos los hombres del gobierno. El ministro de Defensa, Guillermo Labarca, recibió entonces la misión para que el general Herrera⁴⁹ se retractara públicamente, lo que éste no aceptó.⁵⁰

⁴⁷ Luis Vitale, *Intervenciones Militares y Poder Fáctico en la política chilena (de 1830 al 2.000)*, 2000, pp.55 y 56,

http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/j.pdf.

⁴⁸ Manuel Hormazábal González, *op. cit.*, p.193.

⁴⁹ Daniel Ariosto Herrera Ramírez nació en Santiago el año 1892. Hijo del general Alberto Herrera Ladrón de Guevara y de la señora Ercilia Ramírez Medina, descendiente del comandante Eleuterio Ramírez, héroe de la batalla de Tarapacá. Estudió en el Instituto Nacional e ingresó a la Escuela Militar en 1907, egresando en 1912 como oficial de infantería y destinado al Regimiento Buin. Prestó servicios en la Escuela de Suboficiales y en la Escuela Militar como oficial instructor. Se casó con Eugenia Ponisio Herrera con la que tuvo dos hijos, Ercilia y Plinio. Se recibió como oficial de Estado Mayor en la Academia de Guerra, de la cual fue luego profesor. Asumió la subdirección de la Escuela Militar. En 1930 fue nombrado Comandante del Regimiento “O’Higgins” con guarnición en Chillán, correspondiéndole actuar al mando de su unidad para sofocar la sublevación de las tripulaciones de la Escuadra en la Base Naval de Talcahuano, entre el 31 de agosto y el 7 de septiembre de 1931. Director de la Academia de Guerra por tres años y nombrado Agregado Militar en Italia. Ascendió a general de brigada en 1938 y fue comandante de la II División de Ejército y la Guarnición Militar de Santiago.

A poco andar, en julio del mismo año, se denunció un movimiento sedicioso que habría sido organizado por el coronel Guillermo Hormazábal y en el que participaba también su hermano, el teniente coronel Manuel Hormazábal. Se trataba del llamado Complot del Póker. Fue denominado de esta manera debido a que “*Algunos de éstos [los complotadores] fueron detenidos alrededor de una mesa de póker, mientras esperaban noticias de que se habría desencadenado el movimiento*”.⁵¹ Este debía activarse el 9 de julio de 1939, antes de darse inicio a las actividades del Juramento a la Bandera. Los complotadores contaban con un batallón de la Escuela de Ingenieros al mando de su propio director, el coronel Guillermo Hormazábal González y el mayor Jorge Pérez Abé. La mencionada unidad debía trasladarse a Santiago para participar en las actividades de la ceremonia militar. Los complotadores habrían decidido que la unidad se movilizaría en camiones a Santiago horas antes de lo planificado, con la finalidad de apoyar la sublevación en la capital.⁵² Finalmente, la supuesta sublevación armada quedó en nada debido a que las unidades comprometidas de Santiago “no habrían respondido a sus compromisos a última hora”.⁵³ Posteriormente, una vez conocido el complot, la Comandancia en Jefe dispuso la instauración de un sumario en la guarnición de Melipilla.

La investigación tuvo que zanjarla el juez militar, general Ariosto Herrera, quien manifestó su deseo de sobreseer a los presuntos culpables. Al poco tiempo,

Producto del movimiento militar que lideró fue confinado a México. En febrero de 1940, fundó, junto al abogado Guillermo Izquierdo Araya, el Movimiento Nacionalista de Chile, que buscaba aglutinar los esfuerzos de sectores nacionalistas y proclives al fascismo en nuestro país, siendo su “comisario nacional”. Este movimiento no gozó de la fuerza esperada y pronto desapareció. Regresa a Chile en abril de 1941, gracias a una amnistía, se radica en Santiago y alejado de la vida pública hasta su muerte, ocurrida en 1952. En Álvaro Rodríguez B., Ariosto Herrera R. <https://es.scribd.com/document/334742745/Ariosto-Herrera>

⁵⁰ Manuel Hormazabal González, *op. cit.*, p.194.

⁵¹ Leonidas Bravo, *op. cit.*, p.126.

⁵² Para esto, el propio señor Joaquín Prieto Concha —reconocido político opositor al gobierno del Frente Popular— «se habría preocupado personalmente de buscar camiones para el traslado». Bravo Ríos, Leónidas (1955), *Lo que supo un Auditor de Guerra* [p. 126]. El general Barrios relata además la anécdota de como el Sr. Prieto, años más tarde, en 1948, «reconoció en presencia del Presidente Gabriel González Videla la efectividad de su participación en los sucesos de Melipilla en el año 1939». Barrios Tirado, Guillermo (n.d.), *Memorias. La Presidencia Aguirre Cerda. Volumen III* [p. 40]. Citado en Héctor Bustamante Bravo, *La Participación Política y social del Ejército de Chile en el Gobierno de Gabriel González Videla*, 2016., p. 67

⁵² *Id.*, p.69.

⁵² Leónidas Bravo, *op. cit.*, p.130.

él mismo fue elegido presidente del Club Militar, lo que demostraba su ascendiente en la mayoría de la oficialidad. La situación de los sumarios que se hallaban listos para la resolución de Herrera produjo que se levantaran dos actas por parte de los auditores que trabajaban con él. En estas, sus asesores directos lo acusaban de haber prejuzgado en favor de los procesados. Esto motivó que se le ordenara entregar sus cargos de comandante en jefe de la Segunda División y de juez militar, exigiéndosele también que presentara su renuncia, lo que no hizo.

El 25 de agosto, un grupo de jóvenes oficiales dirigidos por Herrera se levantó en armas y pretendió trasgredir las leyes de la República. La sedición fue controlada rápidamente debido a la falta de coordinación entre las unidades comprometidas, además del desestimiento que hizo el propio Herrera. El comandante en jefe, general Carlos Fuentes, se acuarteló en el regimiento Buin, solicitó al gobierno que se instara al pueblo a salir a la calle y que se alistara equipo ferroviario en San Felipe y Los Andes para, en caso necesario, se hiciera concurrir a Santiago a las unidades que cubrían esas guarniciones. El movimiento se había gestado a partir del 23 de agosto por algunos oficiales del regimiento Tacna. Oficiales mensajeros se dirigieron entonces hacia las unidades de la guarnición, entre ellas al Maturana, Comunicaciones, Cazadores y Escuela de Infantería en San Bernardo. Los oficiales, en general, consideraban que la medida de pasar a retiro al general Herrera era inaceptable. El Tacna acuarteló su personal y los oficiales subalternos prepararon la munición. Más de doscientos oficiales llegaron al domicilio del general Herrera para brindarle su apoyo, hasta que finalmente se puso a la cabeza del movimiento con fecha 25 de agosto, cuando fue pasado a buscar a su casa por otro grupo de oficiales. El santo y seña fue “Ramírez – Tarapacá”. El regimiento lo esperaba a cargo de los tenientes y de un capitán, quien le informó. Herrera mandó a buscar al coronel Humberto Luco, comandante de la unidad, a su casa. El comandante hizo creer que asumía el mando y se plegaba a la conspiración, pero no fue así y fue quién detuvo finalmente a Herrera. Durante la mañana visitó el cuartel el general Ibáñez, lo que molestó a muchos. Al darse cuenta del fracaso del movimiento —al no haberse plegado las otras unidades que se había contactado—, los sublevados se sometieron pacíficamente. Más de cincuenta oficiales fueron detenidos y el general Herrera se entregó al comandante en jefe del Ejército, quien se presentó en el regimiento. Después del juicio correspondiente, fue enviado al extranjero.⁵⁴

⁵⁴ Manuel Hormazábal González, *op. cit.*, pp.259-267.

EL SENTIR DEL EJÉRCITO DURANTE LA DÉCADA QUE TERMINABA

Los hechos relatados hasta aquí evidencian que había una serie de inquietudes en la institución y que fueron conocidas por algunos testimonios de la época, como los del teniente coronel Manuel Hormazábal en una conferencia dictada en la guarnición de Antofagasta en septiembre de 1938, y también en otros



Fig. 19a
Escenas del “Ariostazo” en edición especial de la revista “Ercilla”,
del 26 de agosto de 1939

escritos. Este oficial recordaba que, como consecuencia de los acontecimientos ocurridos desde el año 1924 en adelante, el Ejército había sido víctima de toda clase de ataques e injurias por parte de las autoridades de gobierno y de diversos sectores de la opinión pública, a la vez que — cuando había convenido a las circunstancias— objeto de desbordantes manifestaciones de

“Es penoso —decía Hormazábal— dejar constancia que todo lo que las autoridades creen haber hecho por el mejoramiento de la Institución, insertado con palabras pomposas en discursos y mensajes políticos o memorias oficiales, no ha tenido la importancia ni la trascendencia que sus autores le han atribuido. En más de una

ocasión, se mitificó en la opinión pública, asegurándose el buen pie de su organización y eficiencia”.⁵⁵

Relataba el oficial que, en 1938, último año del gobierno de Alessandri, la institución se encontraba desprovista de sus más elementales medios de trabajo y

carente de las tenidas más indispensables para satisfacer las necesidades de los contingentes anuales. La falta de recursos había impedido desarrollar los diferentes períodos de instrucción con la amplitud y profundidad que se requería. De allí que los trabajos eran ficticios, sin objetivos prácticos, para todos los grados sin excepción. Se denunciaba, a la vez, la angustiada falta de personal y de recursos para las actividades profesionales básicas. Señalaba que esto era producto del desconocimiento que había respecto de lo que realizaba el Ejército, no solo en esas fechas sino en todas las épocas. Decía que, colocada la institución entre el conjunto de las grandes obras y necesidades nacionales, se le había pospuesto siempre, pensándose que ya sería tiempo de ocuparse de él cuando la situación económica lo



Fig. 19b
Escenas del “Ariostazo” en edición especial de la revista “Ercilla”, del 26 de agosto de 1939

permitiera; y como nadie daba una mirada retrospectiva, no se veía que esta situación se repetía con la misma regularidad de los días. Todos pensaban que se podía esperar hasta el día de mañana el problema de hoy, sin darse tiempo de meditar que, entre los problemas nacionales, este no solo era de ayer, sino que de siempre. Se quejaba además de la desorganización administrativa, y de la apremiante pobreza del personal de suboficiales, clases y soldados. Además, hacía ver la falta de unidad de mando en las esferas superiores. Asimismo, constataba

⁵⁵ Manuel Hormazábal González, *op. cit.*, p.127.

la constante eliminación de los oficiales, los sucesivos cambios y modificaciones en la organización del Ejército, junto con la creación de reparticiones y unidades, disolviendo otras para volverlas a crear. A lo anterior agregaba lo delicado que era la reducción de los contingentes. Advertía también sobre las injusticias o la indiferencia observadas en la resolución de los asuntos del personal. En general, todo este cúmulo de hechos y cosas —señalaba— había producido un desquiciamiento profundo de orden moral, que afectaba a gran parte de los integrantes del Ejército. Podría decirse que se había perdido la propia convicción para continuar trabajando y luchando por su engrandecimiento, prestigio y dignidad.⁵⁶

Se señalaba que los cambios en la organización, con tantas transformaciones y modificaciones contradictorias, no permitían a nadie comprenderlas en su conjunto. También estaba la falta de unidad de mando, motivada especialmente por los continuos cambios habidos en la superioridad militar. Lo anterior había permitido a las autoridades de gobierno hacer de la institución un instrumento manejable según las necesidades e intereses de la política contingente. Por muy buenos deseos que se observaran, no se podía estar seguro de que, por el estado en que se encontraba la institución, ésta pudiera cumplir adecuadamente su misión. Tal era la amarga y triste realidad.⁵⁷

ALGUNAS CONCLUSIONES

Una mirada al entorno internacional de la época sugiere que las tendencias que se observaban a nivel mundial tuvieron, de alguna manera, su réplica en Chile. La lucha ideológica de la Guerra Civil española llegó al país de diferentes formas. Una de ellas fue la participación de chilenos en la contienda, alcanzando casi la mitad de los voluntarios a ex integrantes de las fuerzas armadas nacionales. Llama la atención esta situación, ya que es un indicativo de la sensibilidad de oficiales y clases por la causa republicana y socialista. Otro factor fue la llegada de un gran número de españoles que migraron a Chile y con ellos trajeron su sentimiento eminentemente republicano, el que difundieron en el país.

El nazismo y el fascismo italiano también tuvieron su réplica en dos sentidos. El primero fue la formación de un naciismo local diferente al alemán, pese a que hubo la intención de un experimento parecido, el que finalmente no

⁵⁶ *Id.*, pp.127-135.

⁵⁷ *Id.*, p.131.

resultó. El movimiento tuvo un importante número de adherentes y entre ellos figuraron distinguidos oficiales retirados de las Fuerzas Armadas. En cuanto a Italia, dicha experiencia —al parecer— también permeó a ciertos oficiales, como fue el caso del general Ariosto Herrera, quien en algunas de sus declaraciones reconoció su intento de lograr un régimen parecido en el país. La otra cara de la moneda fue la reacción del mundo socialista, que, fuera de fundar su propio partido, tuvo también sus fuerzas de choque en las llamadas “camisas de acero”, imitando a los socialistas italianos. Es interesante señalar nuevamente la participación de ex oficiales en esta organización, como el caso emblemático del coronel Marmaduke Grove.

Una mirada a los gobiernos en América Central y del Sur testimonia la importante cantidad de gobiernos militares durante el período. Lo anterior habla de la ausencia de institucionalidad estable y de liderazgos políticos adecuados. Así, las corrientes políticas buscaron el apoyo de la fuerza militar para lograr sus objetivos. Surgieron entonces líderes militares que se hicieron del poder por largos períodos, mientras que otros gobernaron a través de coaliciones cívico–militares. Durante esa época, Chile era efectivamente una excepción y, seguramente, la excesiva presencia militar en los gobiernos de la región preocupaba de sobremanera a los gobernantes nacionales para que no se repitiera lo que había vivido el país en el decenio anterior. Por otro lado, para los partidos opositores y para los mismos militares era tentador replicar las experiencias de los otros países en favor de su ideario político.

Tres grandes conflictos bélicos asomaron en el horizonte: en la región, la Guerra del Chaco; en Europa, la Guerra Civil Española; y en el mundo, una nueva guerra mundial. Chile se declaró neutral en la Guerra del Chaco, sin embargo, un importante grupo de oficiales y clases participó en ella. Una de las explicaciones de este fenómeno fue que después de los sucesos de 1932 y durante los primeros años del gobierno de Alessandri, una gran cantidad de oficiales y clases fueron obligados al retiro, ya sea por desconfianza, o por haber participado en complots o sublevaciones. Una manera de ejercer su profesión ya perdida, fue la de contratarse para luchar en otro país.

No es de extrañar la toma de posición que hizo el Ejército con respecto al comunismo. Por principio, era contrario a éste, ya que alteraba las bases más importantes de la institución, como era la disciplina. Asimismo, su carácter internacional y sin fronteras afectaba el sentido nacional, que es inherente a las

Fuerzas Armadas. En este período se vieron los intentos de la infiltración en el Ejército, como ocurrió con el caso del sargento Videla, conociéndose también la traumática experiencia que había significado la sublevación de la Escuadra y la “Pascua Trágica”.

La sucesión de complots e intentos de sublevación hablan por si solos del clima que se vivía en Chile durante esta década. Efectivamente, existió un sinnúmero de conspiraciones, pero ninguna de ellas dio resultado. Podría decirse que las causas de estos fracasos se debieron a la falta de claridad en los objetivos que se perseguían, como asimismo a la falta de coordinación y preparación entre los participantes. Se puede agregar también que la falta de convencimiento en lo que se quería generó que, a la primera dificultad, los comprometidos desaparecían de la escena. En estas situaciones, como denominador común, se distinguieron ciertos líderes —en su mayoría civiles y también militares en retiro— que buscaban involucrar en las conspiraciones a oficiales y clases en servicio activo. En esta década destacaron claramente como líderes ex militares como Carlos Ibáñez del Campo y Marmaduke Grove; y, entre los civiles, particularmente figuraron Jorge González von Marés y el senador Eugenio Matte Hurtado. En general, los involucrados en servicio de activo eran de baja graduación, especialmente mayores y capitanes, y excepcionalmente tenientes coroneles o coroneles. Las ideas que se explotaban para convencer a los oficiales y suboficiales en servicio activo para participar en las sublevaciones estaban relacionadas, muy especialmente, con la precaria situación que vivían las Fuerzas Armadas durante el segundo gobierno de Alessandri. Esto se traducía en la alarmante escasez de armamento y equipo para realizar adecuadamente el entrenamiento y en la baja preparación de la fuerza para enfrentar una posible amenaza exterior. Asimismo, repercutía en el deficitario nivel del presupuesto para la vida diaria de cuartel y en los sueldos. A lo anterior se agregaba la falta de consideración que sufrían las Fuerzas Armadas, especialmente ante la llamada a retiro indiscriminada que se hacía de los oficiales y suboficiales ante la sola sospecha de simpatía hacia quienes conspiraban.

Los hechos más relevantes de carácter subversivo fueron la masacre del Seguro Obrero y el Ariostazo, ocurridos en 1938 y 1939 respectivamente. Estos hechos vinieron a agregar mayor frustración en las instituciones. Cuando aún no se apagaba la molestia por la existencia de la Milicia Republicana, emergió con fuerza la irritación por la actitud del gobierno ante la masacre del Seguro Obrero y, particularmente, por el accionar de Carabineros en ese lamentable suceso. En el tema de fondo, el Ejército había cumplido a cabalidad la tarea que se le había

encomendado de controlar el golpe que se pretendía efectuar. Asimismo, había entregado sanos y salvo a los detenidos, los que luego habían sido masacrados. Nadie pudo probar que el Ejército —o algunas de sus unidades— hubieran estado involucrados en este intento de golpe.

La actitud del Ejército —y en particular la de su comandante en jefe, general Oscar Novoa— al conocerse el resultado de las elecciones de 1938, dejaron muy en claro que se respetaría su ajustado resultado. Esta situación acalló de inmediato los rumores que insinuaban que Alessandri no respetaría dichos resultados. Es interesante este aspecto, ya que demuestra una línea a seguir, que fue la misma que años más tarde asumiría el general René Schneider, cuando Salvador Allende resultó ganador en las elecciones presidenciales de 1970 por un estrecho margen.

El Ariostazo fue un movimiento gremial que, en principio, buscaba hacer respetar los derechos de los militares ante las autoridades. Fue generado por el pase a retiro del general Herrera, quien, entusiasmado por el apoyo que tuvo en la oficialidad, decidió liderar el movimiento. De esta forma arrastró a un sinnúmero de oficiales jóvenes que finalmente fueron dados de baja. Se trataba, para los militares, que el general Herrera volviera al servicio; para los civiles, en cambio, era conseguir la caída del gobierno y el ascenso de Ibáñez al poder. Es evidente que la actitud de los dos generales estuvo completamente reñida con lo que disponían la Constitución y las leyes. De allí que fueron los principales responsables, por un lado, de escuchar cantos de sirena y, por el otro, de tener una visión mesiánica de la política. Ambos quebrantaron profundamente el deber militar. Por otro lado, las instituciones armadas sin excepción y los Carabineros demostraron su apego a las leyes vigentes.

Es interesante señalar cómo más tarde se repetirían ciertos patrones en estos intentos de sublevación. Fue el caso del acuartelamiento en el regimiento Tacna y luego el intento de secuestro del comandante en jefe del Ejército. Ambas situaciones se darían en 1969 y 1970 respectivamente.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Prensa

- Revista “Ercilla”, Edición Extraordinaria, 26 de agosto 1939.
- Diario “La Nación” del 6 de septiembre de 1938.
- Diario “La Nación” del 3 de abril de 1934.
- Diario “La Nación” del 5 de marzo de 1936.
- Diario “La Nación” del 5 de marzo de 1936.
- Revista “Topaze” N° 285.

Memorias

- ALESSANDRI PALMA, ARTURO
1967. *Recuerdos de Gobierno, vol. III*. Nacimiento. Santiago de Chile.
- BARROS ORTIZ TOBIÁS
1988 *Recogiendo los Pasos, testigo militar y político del Siglo XX*. Editorial Planeta Chilena. Santiago de Chile.

Fuentes Secundarias

- ALLIENDE GONZALEZ, RODRIGO
1990 *El Jefe. La vida de Jorge González Von Marees*, Editorial Los Castaños, Santiago de Chile.
- ANÓNIMO
2019. Ejército de Chile. https://www.ejercito.cl/?cje&id_comandante=37
Consultado el 12 de junio de 2019.
- BARROS ORTIZ
1988. *Recogiendo los Pasos, testigo militar y político del Siglo XX*. Editorial Planeta Chilena. Santiago de Chile.
- BRAVO, LEÓNIDAS
1955. *Lo que supo un auditor de Guerra*. Editorial del Pacifico. Santiago de Chile.
- BUSTAMANTE BRAVO, HECTOR
2016. *La Participación Política y social del ejército de Chile en el Gobierno de Gabriel González Videla*.
- CHARLIN OJEDA, CARLOS
1972. *Del Avión Rojo a la República Socialista*. Quimantú. Santiago de Chile.
- CHEVALIER, FRANCOIS
1999. *América Latina. De la Independencia a nuestros días*. Fondo de Cultura Económica. Mexico.

Vientos de Rebelión en Chile. 1932 – 1940

- DONOSO, RICARDO
1954. *Alessandri. Agitador y demoleador. Tierra Firme*. Santiago de Chile.
- FARÍAS, VÍCTOR
2000. *Los Nazis en Chile, II vols.* Planeta. Santiago de Chile.
- FLORIT CAPELLA, JOSEP
2000. *Siglo 20-Our Times*. Art Blume. Barcelona.
- HORMAZÁBAL GONZÁLEZ, MANUEL
1989. *Por los caminos de la democracia. 1920-1940*. IGM. Santiago de Chile.
- MARÍN BALMACEDA, RAÚL
1933. *El 4 de junio de 1932. Imprenta Universitaria*. Santiago de Chile.
- NIKLITSCHKE DUHALDE, CHANTAL
2018. *La matanza del Seguro Obrero. ¿Quiénes fueron sus víctimas?*
Universidad Adolfo Ibáñez.
- ULIANOVA, OLGA
2001. *Chilenos en las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española*.
En Boletín de la Academia Chilena de la Historia (110).
- TELLEZ, INDALICIO
2005. *Recuerdos Militares. Centro de Estudios Bicentenario*. Santiago de Chile.
- VALDIVIESO VICUÑA, RAFAEL
1997. *Testigos de la Historia*. Andrés Bello. Santiago de Chile.
- VIAL, GONZALO
2001 *Historia de Chile. Tomo V. De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*. Andres Bello.
- VITALE, LUIS
2000 *Intervenciones militares y poder fáctico en la política chilena (de 1830 al 2000)*.
http://mazingher.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/j.pdf

EN TORNO A LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA CRISIS MILITAR ENTRE CHILE Y PERÚ (1974 – 1975) ALCANCES Y FUENTES

POR CLAUDIA ARANCIBIA FLOODY*

ABSTRACT

Este artículo¹ tiene como objetivo analizar de forma panorámica la producción historiográfica relativa a la crisis² entre Chile y Perú ocurrida durante los años 1974 y 1975, centrándose en el ámbito militar, a través de la revisión de las distintas publicaciones existentes sobre el tema escritas tanto en Chile como en el Perú, dando cuenta de sus alcances y particularidades. Se propone establecer el “estado de la cuestión” de la materia, poniendo especial énfasis en los aportes más destacados de algunos autores y las posibilidades metodológicas que ofrece la historia oral.

INTRODUCCIÓN

El año pasado se cumplieron cuarenta años de la crisis de 1978, la que tuvo a Chile al borde de la guerra con Argentina. Este hecho conmemorativo fue positivo desde el punto de vista historiográfico, ya que motivó a que se publicaran una serie de libros que relatan, desde distintos puntos de vista, la problemática entre Chile y Argentina.

* Licenciada en historia (PUC). Postítulo en museología (U. de Chile).
Miembro de la Academia de Historia Militar

¹ Este trabajo es una aproximación preliminar a la historiografía de la crisis entre Chile y Perú durante los años 1974 y 1975, por lo que no pretende incluir la totalidad de la bibliografía, sino que dar a conocer los trabajos y fuentes más relevantes.

² El concepto de crisis tiene muchos significados, pues se utiliza especialmente al referirse a las dificultades en la economía, pero en este artículo se refiere a una tensión internacional que puede desembocar en una situación de violencia.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

Esta difusión del tema con Argentina motiva a recordar que también durante la década de los setenta existió otra crisis militar con un país vecino, esta vez en la frontera norte con Perú, específicamente entre los años 1974 y 1975, aspecto que es menos conocido por el público en general y que la historiografía³ lo ha tratado escasamente.

Mucho se ha escrito sobre las relaciones entre Chile y Perú, específicamente durante el siglo XIX, centradas en la Guerra del Pacífico y sus consecuencias. Sin embargo, sobre la historia más contemporánea han sido menos los académicos que han abordado dicha temática.

Es por ello que el presente artículo tiene como finalidad analizar la producción historiográfica alusiva a la crisis militar entre Chile y Perú entre los años 1974-1975, con el objetivo de aportar —desde la bibliografía— a los investigadores en la profundización de dicha temática.

La metodología de investigación requiere desde un inicio conocer el “estado de la cuestión”, como comúnmente se le denomina, lo que implica una revisión exhaustiva de la temática a investigar, tarea no fácil y que demanda tiempo para revisar distintas bases de datos —hoy de fácil acceso gracias a herramientas como Internet—, con información actualizada y de distintos orígenes.

Para el caso de la crisis militar entre Chile y Perú, se requiere conocer las últimas investigaciones en el ámbito de la defensa y también de la ciencia política, especialmente lo que tiene relación con las relaciones internacionales y la diplomacia. Además, al tratarse de un tema que abarca la historia de otro país, también se debe estar al tanto de los estudios y escritos de autoría peruana.

La situación de emergencia —o crisis— con Perú entre los años 1974 y 1975 no fue muy conocida ni difundida en su momento en Chile, ya que se prefirió mantener la idea de normalidad para no alterar a la población. Se circunscribe, además, en lo que se conoce como historia del “tiempo presente”, lo cual conlleva a que aún no haya suficientes estudios elaborados sobre el tema, al ser un evento respecto del cual muchos de sus protagonistas siguen vivos.

³ Entenderemos por historiografía lo planteado por Iván Jaksic: *“La historiografía, necesariamente, es una tarea de síntesis, pero más que eso es un ejercicio lógico y metodológico que permite evaluar la consistencia y la coherencia de los resultados de la investigación histórica”*.

La producción de la historiografía relativa a la crisis entre Chile y Perú se analizará desde la perspectiva chilena, principalmente abordando lo que señalan las obras de carácter general, las de historia militar, las de ciencia política y relaciones internacionales, prensa escrita y los testimonios de algunos protagonistas. En la segunda parte se abordará sucintamente la perspectiva de la historiografía peruana.

HISTORIOGRAFÍA CHILENA SOBRE LA CRISIS ENTRE CHILE Y PERÚ. 1974–1975

Se analizará primero cómo se ha abordado la crisis militar entre Chile y Perú entre los años 1974-1975 en las obras sobre historia de Chile contemporáneo; en segundo lugar, en la historiografía militar; en tercer lugar, desde la ciencia política, la diplomacia y las relaciones internacionales; en cuarto lugar, en la prensa escrita chilena; y, finalmente, lo que en estos últimos años han realizado algunos tesisistas, además de los testimonios escritos por oficiales chilenos sobre sus vivencias en el norte.

En la historiografía chilena contemporánea de tipo general, son escasas las menciones a esta situación pre-bélica que se vivió con Perú y se centran más en los aspectos de política interna que en las relaciones con los vecinos.

Sin embargo, en el libro del historiador Joaquín Fernandois titulado “Mundo y fin de mundo”⁴, el autor explica que en el ámbito político chileno muy pocos podían pensar en un conflicto con Perú, pero que en las Fuerzas Armadas tenían muy clara la situación. Plantea que el General Augusto Pinochet, al igual que haría después frente a Argentina, controló la situación planificando una estrategia defensiva, y militarizando las zonas urbanas y fronterizas con un campo minado, e imponiendo una censura a las informaciones sobre el verdadero peligro que existía de guerra, para evitar confrontaciones.

Según Fernandois, a diferencia de la cuasi guerra de 1978 con Argentina, no se podían afirmar realmente las intenciones belicistas de Perú, por lo que no sería de extrañar que el presidente Juan Velasco Alvarado estuviera prisionero de su propia retórica.

⁴ Joaquín Fernandois Huerta. *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2005.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

Asimismo, el historiador Gonzalo Vial⁵ en su libro “Chile. Cinco siglos de Historia”, en el capítulo sobre el panorama internacional, se refiere a la tensión que se vivió desde la llegada del presidente Velasco Alvarado al poder, la posibilidad de una guerra preventiva por parte de Chile y a cómo esta tensión continuó durante todo el año 1974, con rumores de ataques desde Lima. Explica, además, que Chile adoptó medidas defensivas en el mayor secreto.

De la misma manera, se menciona la situación pre-bélica con Perú en la “Historia Oculta del Régimen Militar”⁶ de Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, especialmente relacionada con el peligro que existió previamente y durante el 11 de septiembre de 1973, debido a la posibilidad que Perú utilizara la debilidad defensiva de Chile por la crisis interna que atravesaba en ese momento.

El problema con Perú continuó y, por esta razón, los autores mencionan y detallan los preparativos militares de la siguiente manera: “*El estado mayor chileno decidió entonces reforzar el norte y hacer de Tarapacá el centro de una emergencia bélica. Se realizaron múltiples juegos de guerra. Se organizaron distintos regimientos, se armaron los mandos de operaciones y se inició un traslado por infiltración hasta Putre, para no alertar al enemigo. Eran unos mil 200 hombres*”⁷.

Además, se creía que la situación podía escalar a una guerra en tres frentes con Perú, Bolivia y Argentina. Fue en este contexto que comenzaron las gestiones que culminaron en la reunión de Pinochet con el mandatario boliviano Hugo Banzer en el “Abrazo de Charaña”⁸.

De la misma forma, en la obra de Gonzalo Rojas, “Chile escoge la Libertad. La Presidencia de Augusto Pinochet Ugarte”⁹, también se describen las relaciones exteriores del Gobierno Militar chileno y manifiesta el riesgo que existía de que se formara una nueva confederación peruano-boliviana, y se señala que: “*El año 1975 es el momento de los mayores problemas con Perú y Bolivia,*

⁵ Gonzalo Vial. *Chile. Cinco siglos de Historia. Desde los primeros pobladores prehispánicos, hasta el año 2006*. Tomo II, Editorial Zig-Zag, Santiago, 2009.

⁶ Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda. *Historia Oculta del Régimen Militar. Memoria de una época, 1973-1988*. Santiago, 1997.

⁷ *Ibid.*, p. 89.

⁸ *Ibid.*, p. 91.

⁹ Gonzalo Rojas. *Chile escoge la Libertad. La Presidencia de Augusto Pinochet Ugarte. 11-IX.1973-11.III.1990*. Tomo I. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1998.

*países con los que el Presidente intenta un verdadero acercamiento, temiendo por la seguridad exterior del Estado. La situación económica es tan crítica que el país no puede afrontar una guerra y el Presidente, como buen militar, es el primero en reconocer esa situación*¹⁰.

En segundo lugar, en el ámbito de la historiografía militar, el Ejército de Chile ha publicado en obras de carácter general —como las historias de las divisiones y unidades regimentarias del norte— algunos antecedentes relacionados con el traslado de unidades hacia el norte y la recepción de armamento entre los años 1974 y 1975, pero sin vincularlo a una situación de crisis con Perú.

La “Historia de la VI División de Ejército”¹¹ da cuenta de la completación, traslado y creación de unidades desde el año 1974 en adelante y sobre la recepción de armamento, medios antiblindajes, nuevos fusiles y sobre el incremento en el número de batallones con guarnición en Arica¹².

Por otra parte, sobre la participación de la Fuerza Aérea frente a la temática, existe una tesis en la Academia de Guerra del Ejército del coronel de aviación Gustavo Urzúa Lira titulada “Los conflictos externos en Chile en la década del 70: Una perspectiva del Poder Aéreo”¹³. Se estudia específicamente el impacto de las decisiones adoptadas en política exterior en el desarrollo del poder aéreo y como éste se vio afectado producto de los conflictos vecinales de la década del setenta.

El autor busca demostrar cómo el efecto de los potenciales conflictos externos pudo generar un proceso de reacción interna del frente bélico, en particular en la Fuerza Aérea, sector que necesitaba en ese tiempo un alto requerimiento bélico.

¹⁰ Ibid., pp. 418-425.

¹¹ *Historia de la VI División de Ejército*, IGM, Santiago, 1989.

¹² También hay antecedentes específicos en José Lira Calderón. *Historia de la Caballería Blindada y sus oficiales. Siglos XIX y XX*, IGM, Santiago, 2006; Ejército de Chile. *La Artillería en Chile*, Industrias Gráficas, Santiago, 2000 y Ejército de Chile, *Historia del Arma de Telecomunicaciones*. IGM, Santiago, 1990.

¹³ Crl. Av. Gustavo Urzúa Lira. *Los conflictos externos en Chile en la década del 70: Una perspectiva del poder aéreo*. Tesis para optar al Grado de Magíster en Ciencias Militares. Academia de Guerra, Santiago, 2004.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

La obra que analiza con más detalle el tema es “Las relaciones bilaterales chileno-peruanas contemporáneas: un enfoque realista”¹⁴, de los generales Juan Carlos Salgado y Oscar Izurieta, quienes realizaron un interesante trabajo abordando las crisis desde la ciencia política, incluyendo un marco teórico de las relaciones internacionales, centrándose específicamente entre los años 1970 y 1989, permitiendo actualizar las relaciones chileno-peruanas. Además, se abarca un periodo de tiempo necesario para poder realizar un seguimiento de los diversos factores que han gravitado en las relaciones entre los dos países.

En relación al período de estudio, 1974-1975, esta obra demuestra ser de utilidad, puesto que hace un análisis de las variables gubernamentales, explicando que en el período estudiado existieron dos tipos de regímenes o sistemas de gobierno diferentes en cada uno de los países y cómo ello determinó, en cierta medida, las relaciones bilaterales.

En el caso de Perú, se analiza el gobierno de tipo militar que encabezó el general Juan Velasco Alvarado y luego el general Francisco Morales Bermúdez. Más adelante, a partir de 1980, se establece el régimen civil tipo democrático presidencialista con la vuelta de Fernando Belaúnde.

En cambio, el análisis en el caso de Chile se inicia en la década del setenta con la presidencia de Salvador Allende Gossens, socialista, apoyado por una coalición de izquierda con predominio marxista¹⁵, que al poco tiempo entró en una crisis institucional, asumiendo el 11 de septiembre de 1973 una junta militar encabezada por el general Augusto Pinochet Ugarte, de carácter nacionalista y antimarxista.

En el libro se analiza cómo influyen los sistemas de gobiernos y las personalidades de los gobernantes en las relaciones bilaterales y llega a la conclusión que las relaciones entre Chile y Perú tuvieron sus niveles más bajos cuando ambos estados gobernaron regímenes de carácter militar, pero esto no ocurrió solamente por esa variable, sino que también existieron ingredientes políticos e ideológicos. Los autores plantean que existe una causa más remota que vino desde Perú y que potenció una relación de tipo conflictiva con Chile.

¹⁴ Juan Carlos Salgado y Óscar Izurieta. *Las relaciones bilaterales chileno-peruanas contemporáneas: un enfoque realista*. Biblioteca Militar, Departamento Comunicacional del Ejército, Santiago 1992.

¹⁵ *Ibid.*, p. 81.

Abordan en detalle la figura de los gobernantes peruanos y describen al general Juan Velasco Alvarado y su discurso, quien, según los autores, venía a rescatar al Perú de la oligarquía que lo había hundido¹⁶ y al que devolvería al sitio que le correspondía.

En este contexto, el libro considera que Velasco Alvarado quiso prepararse para una guerra con Chile y se endeudó para ello. A mediados de 1975, el peligro de una guerra con Chile fue considerado inminente y existen antecedentes sobre la compra de material bélico por parte del Perú. Luego, durante el gobierno del general Morales Bermúdez, se trató de diseñar una política de cordial coexistencia con el régimen del general Pinochet, después del fracaso de las negociaciones en torno a la mediterraneidad de Bolivia. Esto se logró hasta 1979, quebrándose con las acusaciones peruanas de un supuesto espionaje que termina con la declaración de persona *non grata* al embajador Francisco Bulnes.

A modo de conclusión, se analizan los distintos gobernantes peruanos y se establece que han jugado un rol decisivo en el ámbito de las relaciones bilaterales. Se considera a Velasco Alvarado en la categoría de un mandatario *impulsor*, ya que inició su mandato con concepciones definidas y claras de la política exterior, en que destacó su posición tercermundista, antiimperialista e integracionista; en cambio, el general Francisco Morales Bermúdez se acerca más al tipo de mandatario *árbitro*. Además, se observa a Velasco como un actor ideológico y, en menor medida, a Morales Bermúdez en la misma categoría.

Con respecto a los gobernantes chilenos, manifiestan los autores que es posible determinar que Salvador Allende utilizó sus coincidencias ideológicas con el gobierno de Velasco Alvarado para mantener un buen nivel de relaciones y su papel fue más bien de *árbitro*. En cambio, el general Pinochet fue *impulsor* y *pragmático* con respecto a las relaciones con Perú.

Se narra someramente el peligro de guerra vivido en la frontera norte el año 1975, la cual es atribuida por el embajador José Miguel Barros al espíritu revanchista propiciado en el Perú por el presidente Velasco Alvarado, señalando que, de acuerdo a los antecedentes que él conoció, Chile habría “*estado a punto de ser víctima de un ataque armado por parte de las fuerzas peruanas*”¹⁷.

¹⁶ Ibid., p. 97.

¹⁷ Ibid., p.121.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

Los autores plantean que las previsiones tomadas en esa oportunidad por el gobierno chileno pasaron desapercibidas para la mayoría de la población del país y jamás se le dio una connotación que pudiera interpretarse como un recurso para distraer la atención de problemas internos o para fomentar una “*política deliberada de engrandecimiento nacional*”¹⁸.

El libro analiza también las variables del aparato burocrático, mencionando la crisis de 1975, donde hay un alto grado de intervención del estamento militar, y se refiere al espíritu que animó a los altos mandos chilenos en su contribución a lograr un clima de coexistencia pacífica. Asimismo, se refiere a la serenidad con que enfrentaron los preparativos bélicos peruanos.

En ambos países hubo un alto grado de intervención de la esfera militar, pero no fue la causa de las crisis de 1975, ya que esta fue motivada por un proyecto global de claro contenido reivindicacionista impulsado por el general Velasco y apoyada por la fuerza armada peruana.

También mencionan las variables de conexión que se refieren a la influencia en las relaciones bilaterales de algunos antecedentes históricos, especialmente la Guerra del Pacífico, y se llega a la conclusión de que la crisis vivida en 1975 —que incluía un re potenciamiento del aparato militar— tuvo relación con la aspiración de la fuerza armada peruana de “*no dejar pasar un siglo sin recuperar Arica*”.

En síntesis, esta publicación entrega el contexto y ciertas variables para entender mejor las razones y causas de la crisis con Perú en 1975, y cuál fue el papel que cumplieron en ella los gobernantes y los estamentos militares.

Otro trabajo que aporta a la temática es el de la autora Tatiana Milstein, titulado “Chile-Perú: Al borde de una guerra. 1974”¹⁹, realizado con el apoyo de la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. En él se analizan los antecedentes que explican el anhelo peruano de recuperar Arica y, por medio de los testimonios de la prensa, se estudian los conceptos de crisis, conflicto y guerra. Además, da cuenta de las relaciones chileno-peruanas durante ese período, que —aparentemente— eran amistosas y que incluso a mediados de 1974 se produjo un

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Tatiana Milstein CH. *Chile-Perú: Al borde de una guerra 1974*. Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, 2002. Hay otro trabajo sobre la temática de Víctor Arriagada y Roberto Fuenzalida. *Las crisis chileno-peruano. 1974. Un análisis político-estratégico*. Memoria de la Academia de Guerra del Ejército. 1998.

acercamiento que fue calificado por un autor peruano como un “tierno idilio”. Sin embargo, también hay registros en la prensa sobre la carrera armamentista que se vivía en aquellos años.

Son valiosas las fuentes utilizadas y las transcripciones de los diarios como “La Defensa de Arica” (Arica), “Concordia” (Arica) y “El Mercurio” (de Santiago); además, contemplan entrevistas a algunos oficiales que fueron destinados en el norte y que dieron cuenta de sus vivencias.

En tercer lugar, en relación al ámbito de la ciencia política, es interesante revisar el artículo de Emilio Meneses titulado “Competencia armamentista en América del Sur: 1970-1980”²⁰, que explica que el siglo XX se considera un siglo más pacífico en comparación al XIX. El autor plantea lo que significa una carrera armamentista y analiza las razones de su ocurrencia. Indica que, en la mayoría de los casos, la acumulación de armamento refleja la existencia de conflictos entre estados, donde ninguna de las dos partes está dispuesta a hacer concesiones y donde se considera que el uso de la fuerza es una alternativa factible.

Se refiere en el artículo al problema entre Perú y Chile en la década de 1970, pues desde 1968, con la llegada al gobierno de Velasco Alvarado y la progresiva compra de armamentos, se vivió un alto nivel de tensión. Plantea que ambos países compraron armamento teniendo en mente al otro, pero que Perú asumió el rol de desafiante y Chile el de potencia *del statu quo*.

Aporta antecedentes sobre la evolución de las existencias de armamento y los presupuestos de defensa de los países de América del Sur, específicamente Chile y Perú entre los años 1970 y 1980.

En el ámbito de las relaciones internacionales y la diplomacia²¹, se destaca el libro de José Rodríguez Elizondo titulado “Chile-Perú. El siglo que vivimos en

²⁰ Emilio Meneses. “Competencia armamentista en América del Sur: 1970-1980”. *Revista Estudios Públicos*, Santiago, N°7, 1982. Para profundizar en el tema de la carrera armamentista se sugiere: Cristián Gazmuri, “Las armas chilenas 1975-1982”. *Revista Defensa y Desarme*, Vol. 1, N°1, sept.-dic. 1985; Roberto Durán. “Comentario sobre ‘Las armas chilenas, 1975-1982’”. *Revista Defensa y Desarme*, Volumen 1, N°2, abril de 1986; Varas, Augusto. “Chile- Perú: ¿Limitación de armamento o medidas de confianza mutua? *Revista de Defensa y Desarme*, Volumen 1, N°2, abril de 1986; y Janes’s Information Group, que es una editorial británica especializada en temas militares, aeroespaciales y de transporte.

²¹ Revisar también la obra de Heraldo Muñoz. *Relaciones Exteriores durante el Gobierno Militar Chileno*. Santiago, 1986.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

peligro”²², que tiene el carácter de fuente primaria en cierta medida, ya que el autor vivió en el Perú durante el gobierno del general Francisco Morales Bermúdez, lo que le permitió tener una mirada binacional, como sugiere en la introducción. Además, plantea que no existen estudios sobre los generales Velasco Alvarado y Morales Bermúdez que revelen sus roles antagónicos respecto a Chile y sobre las dos ocasiones en que las fuerzas armadas de ambos países llevaron sus ejercicios de guerra hasta el límite entre la disuasión y la confrontación.

Si bien la obra se refiere a todo el siglo XX, se centra en tres grandes momentos críticos: la guerra directa que se evitó en 1975, la guerra derivada que amenazó en 1978 y el fiasco de las Convenciones de Lima de 1993, todo dividido en nueve capítulos y un anexo con entrevistas a los principales actores contemporáneos.

Para efectos de este trabajo, nos interesa conocer la mirada del autor con respecto a la guerra que se evitó entre Chile y Perú en 1975. Denomina el capítulo como “La guerra que no fue”. Menciona el autor una publicación peruana de marzo de 1974 que dice que los dirigentes peruanos estaban inquietos con el cambio de gobierno en Chile y que no descartaban la posibilidad de un conflicto armado localizado.

Más adelante, entrega antecedentes sobre lo costoso de los programas de compra de armamento del gobierno peruano. Se refiere a las suspicacias sobre un ataque de Perú o un ataque preventivo de Chile. Agrega, como ingrediente a la situación, las concepciones geopolíticas del general Pinochet.

Rodríguez Elizondo dice que: “*En síntesis, creí que se habían unido las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para que los nacionalistas peruanos más agresivos indujeran una nueva conflagración. Las condiciones objetivas se expresaban en la nueva y clara hegemonía peruana en armamentos. Las subjetivas, en la división de la población chilena, el aislamiento internacional de Pinochet, la eventual tolerancia norteamericana y, por cierto, el ‘expansionismo’ implícito en las tesis geopolíticas del dictador chileno*”²³.

²² José Rodríguez Elizondo. *Chile-Perú. El siglo que vivimos en peligro*. Random House Mondadori, Santiago, 2004.

²³ *Ibid.*, p. 63.

Plantea que civiles peruanos bien informados comentaban en Lima que la decisión secreta de atacar a Chile había sido adoptada con retardo, a mediados de 1975, y que hubo preparativos de guerra psicológica.

Entrega antecedentes con respecto a cuán peligrosa y cercana fue la situación de guerra con Perú, y que incluso existió un día en que se tenía proyectado atacar, el 6 de agosto de 1975. Menciona que Velasco no quería dejar el poder hasta no lograr su sueño: recuperar el Morro de Arica.

Explica el cambio que ocurrió con la toma del poder del general Morales Bermúdez, quien inició su mandato tranquilizando a los militares chilenos e incluso el 29 de agosto de 1975 les avisó que los movimientos militares en Tacna no serían en su contra.

Rodríguez también incluye en su libro una entrevista al general Morales Bermúdez, realizada el año 2001, donde le consulta sobre la relación entre Chile y Perú, específicamente sobre el riesgo de guerra que existió en el período de Velasco Alvarado y también sobre su período de gobierno. Morales le contestó que hubo mucha fábula sobre eso. El ex mandatario explica que en ese período se estaban reequipando las fuerzas armadas peruanas y que el sur estaba desmantelado, que los sucesivos gobiernos no se habían preocupado de esa región del país y que era necesario equilibrar las fuerzas armadas, aseverando que nunca hubo un plan ofensivo en contra de Chile.

Otra fuente valiosa para interiorizarse en esta temática son los medios de prensa escrita, que a través de fascículos han logrado relatar con bastante profundidad la temática, mencionando los antecedentes, los distintos actores, la situación militar de cada país y algunos testimonios.

En 1993, la Revista *Qué Pasa* dedicó sus páginas al tema, refiriéndose a la mayor crisis militar del siglo entre Perú y Chile entre los años 1973 y 1975. Con ello inició una serie de reportajes especiales sobre los últimos veinte años de la historia de Chile.

Sobre este suceso, señala que nunca había sido publicado —ni siquiera un artículo con antecedentes— algo relativo a lo que realmente ocurrió y que la crisis puso a Chile al borde de una guerra. Escrito por la periodista Sara Valdés, el reportaje se refiere en el primer capítulo al general Velasco Alvarado como el hombre que buscaba la guerra; relata el rearme del Perú con armamento soviético y menciona lo que llamaba “La alarma silenciosa”, dando cuenta de cómo enfrentó

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

el gobierno militar chileno esta amenaza en la frontera norte, ordenando el mayor desplazamiento estratégico de la historia moderna de Chile y aumentando en dos años el Servicio Militar, entre otras medidas. El segundo capítulo se titula “Esperando la invasión” y el tercero “Acosado por tres frentes”²⁴.

Más adelante, en el año 2007 se publicó en el diario *La Segunda* y a través de fascículos la serie histórica, “Chile-Perú: Una década en tensión (1970-1979)”²⁵, preparada por la historiadora Patricia Arancibia Clavel, quien comienza planteando que la convivencia vecinal alcanzó momentos de fuerte tensión, cuyas raíces se hundían inevitablemente en los conflictos del siglo anterior.

El primer capítulo se titula “Velasco Alvarado derroca a Belaúnde y mira al sur”; el segundo, “El ejército prepara la defensa móvil de Arica”; el tercero, “El Once sube la tensión en la frontera”; el cuarto, “Arica se prepara a una batalla tipo Stalingrado”; y el quinto y último, “Velasco Alvarado prepara el Día D y Morales Bermúdez lo desactiva”.

En estos fascículos se dan a conocer las distintas situaciones vividas con Perú en la década del setenta, entregando una serie de episodios desconocidos con respecto a la alta tensión que se vivió en la frontera y los planes de guerra que existían para hacer frente a la crisis. Son valiosos los testimonios de militares chilenos que habían estado destinados en Arica y que, hasta esa fecha, eran desconocidos, además de las estrategias diplomáticas que se realizaron para que la crisis no escalara.

Finalmente, con respecto a tesis²⁶ y estudios específicos, es interesante el de Daniel Castillo y Vladimir Zazuri “Rumores de guerra en Arica. 1974 a 1980. Años de tensión y conflicto. Las Relaciones Político-Sociales de Chile con sus vecinos”²⁷. En él, los autores reconstruyen el período 1974-1980 y el ambiente

²⁴ Sara Valdés, *Revista Qué Pasa*, tres reportajes: “El hombre que quería la guerra”, N°1160, de 3 de julio de 1993; “Esperando la invasión”, N° 1161, de 10 de julio de 1993; y “Acosado por tres frentes”, N° 1162, de 17 de julio de 1993.

²⁵ Patricia Arancibia Clavel, Serie Histórica, “Chile-Perú: Una década en tensión (1970- 1979)”, Diario *La Segunda*, Santiago, 2007.

²⁶ También para analizar el tema del rearme ver Juan Pablo Rosso Streeter. *El rearme del Ejército del Ejército de Chile entre 1974-1984*. Tesis para optar al grado Licenciado en Historia, PUC, Santiago, 1996.

²⁷ Daniel Castillo y Wladimir Zazuri. *Rumores de guerra en Arica. 1974 a 1980. Años de Tensión y Conflicto. Las Relaciones Político Sociales de Chile con sus Vecinos*. Seminario para optar al Título de Profesor de Educación Media en Historia y Geografía. Universidad de Tarapacá, Arica, 2005.

pre bélico que se estaba generando entre Chile y Perú, —específicamente en Arica— y cuáles fueron los principales efectos sociales, económicos, territoriales y militares en la ciudad.

Consta de cuatro capítulos. El primero analiza la predisposición antagonica que ha recorrido en forma transversal las relaciones chileno-peruanas. El segundo se refiere al panorama latinoamericano después de la Segunda Guerra Mundial y cómo influyó la Revolución Cubana. El tercero, titulado “Entre la Paz y la Hipocresía. Un abrazo con los puños cerrados”, describe a través de la prensa local la crisis creciente entre los dos países. Finalmente, el cuarto trata los “Temores y sospechas hacia el Centenario” y la posibilidad de una guerra en tres frentes.

Se retrata, por medio de la prensa de la época, cómo se comenzó a saber en Arica sobre la compra del armamento soviético por parte del Perú y de las motivaciones que se le entregó en Chile a los jóvenes para que cumplieran con el Servicio Militar Obligatorio; cómo se percibió que Perú era una amenaza marxista —y que sería la acción marxista la que trataría de enemistar a ambos países—, y de las campañas para fortalecer las relaciones diplomáticas con otras naciones del cono sur, entre otros temas.

Otra fuente de información muy relevante para conocer de primera mano esta crisis, son las memorias de los oficiales chilenos que estuvieron destinados en aquellos años en el frente norte, como fue el caso del entonces coronel Odlanier Mena, quien el año 2013 publicó un libro sobre su vida militar. Son muy valiosos todos los antecedentes que entrega el general Mena en la obra “Al encuentro de la verdad”²⁸, puesto que le correspondió ser destinado como comandante del Regimiento Rancagua entre enero de 1973 y diciembre de 1974, período en que se estaba al borde de una guerra con Perú.

Se refiere principalmente a su relación con sus pares peruanos durante aquel período y cómo el cultivo de un trato cordial y amistoso contribuyó a evitar una confrontación entre los dos países. Describe en forma muy positiva al general peruano Artemio García Vargas, quien era Comandante de la VI División de Ejército Ligera y de la Guarnición Militar de Tacna, retratándolo como un militar carismático, cálido, de estudio y terreno al mismo tiempo, y que colaboró a evitar una guerra.

²⁸ Odlanier Mena Salinas. *Al encuentro de la verdad*. Editorial Maye Ltda., Santiago, 2013.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

En este libro aparece un detalle bastante pormenorizado de los diálogos y gestos simbólicos entre los mandos de Chile y Perú en aquel período, en donde se realizó lo que se conoció como el “Segundo abrazo de la Concordia” el 15 de noviembre de 1974 entre el General Francisco Morales Bermúdez, Comandante General del Ejército del Perú y, por el lado de Chile, el Jefe del Estado Mayor, General Héctor Bravo Muñoz, incorporándose fotografías de las ceremonias.

Además de las relaciones de fraternidad con el Ejército del Perú, el general Mena se refiere a los períodos de alta tensión, mencionando que en dos ocasiones recibió comunicaciones que daban cuenta que al día siguiente comenzaba el día D. Esto implicaba, recuerda en sus memorias, poner en ejecución la planificación prevista; como Arica no podía ceder, se debían desplegar las unidades en el terreno y se ocuparían las posiciones defensivas. Estaban los objetivos de la artillería reglados, así como también la distribución de combustible y munición, el traslado de las familias que vivían en el perímetro del cuartel, el oscurecimiento, la adecuación del hospital y todas las medidas para un eventual combate de localidades. Se vivió en una tensión constante, pero recuerda que el espíritu patrio era alto, pues se crearon las Brigadas Escolares que utilizaban uniformes de la Guerra del Pacífico y se inauguró, en solo tres meses, el Museo de Armas del Morro de Arica.

El general Mena además da a conocer el papel que le cupo frente a este tema, manifestando que: *“Contribuí en alguna medida a evitar la guerra, a la vez que nos preparábamos para afrontarla de la mejor manera posible y esta fue mi preocupación prioritaria...”*²⁹.

También, como testimonio, es preciso mencionar el libro del brigadier (R) Luis Mericq Seoane titulado “Arica 1974-1975. Una historia desconocida”³⁰, editado en 2018 con un reducido número de ejemplares. Este trabajo da cuenta de las vivencias del entonces mayor Mericq, quien estuvo destinado en el Regimiento de Infantería N°4 Rancagua durante los años en que se vivió la crisis con Perú.

En el libro manifiesta que: *“Siendo un actor de esos ‘Años Dorados’ como les llamo y debido a reiteradas solicitudes y sugerencias en el sentido de dejar constancia escrita sobre este tema, es que he resuelto hacerlo, principalmente*

²⁹ Ibid., p. 292.

³⁰ Luis Mericq Seoane. *Compendio de la obra: Seguridad, Política y Estrategia del General Edgardo Mercado Jarrin*. Biblioteca del Oficial, Volumen LIV, Estado Mayor General del Ejército. Departamento de Relaciones del Ejército, Santiago, 1975.

dirigido a las nuevas generaciones de oficiales, suboficiales y clases de nuestro Ejército, quienes deben conocerlo con el objetivo principal de no tropezar otra vez con la misma piedra”³¹.

En un poco más de setenta páginas, el brigadier Mericq se refiere en un primer capítulo a la situación política de Chile y Perú entre 1968 y 1970, entrelazando su vida como militar, sus destinaciones en Arica y las buenas relaciones que existían con Perú. Más adelante, se refiere al período de Allende y su gestión de gobierno. En un tercer capítulo analiza el año 1973 y el creciente caos que se vivía producto de los paros, huelgas y tomas que llevaron a la intervención de las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre de ese año. El autor plantea que, estratégicamente, ese momento significó una gran debilidad frente a Perú, pues Chile no se encontraba en condiciones de enfrentarlo, sin armamento, sin reservas y como un país dividido.

En el cuarto y quinto capítulo analiza las situaciones “Chile- Perú 1974-1975” y “Arica: una historia desconocida”, donde entrega interesantes relatos y vivencias sobre cómo se preparó la ciudad para recibir un posible ataque desde Perú. Además, entrega valiosa información sobre la estructura y los mandos militares que tenía Arica en esa época. Da cuenta de la escasa cantidad de efectivos y de armamento que había en ese período, y cómo esto se fue revirtiendo con distintas medidas, entre ellas, el aumento en dos años del Servicio Militar Obligatorio y la destinación de varios oficiales recién egresados de la Escuela Militar al norte.

Igualmente, da cuenta de todo lo que le correspondió realizar, en su calidad de E3³² del Regimiento N°4 Rancagua, incluyendo imágenes inéditas de los trabajos realizados en la frontera, las distintas gestiones llevadas a cabo en Santiago para conseguir maquinaria con la finalidad de preparar el frente norte y la unión que existió con los civiles ariqueños para estar preparados en caso de invasión.

Este relato testimonial es un aporte para el estudio de este tema, puesto que trata la materia en específico, siendo la primera obra publicada con ese nivel de detalle. Además, entrega percepciones del ambiente que se vivía señalando que: “*En 1974 se respiraba el clima de guerra en cada momento del día y en todos los*

³¹ Luis Mericq Seoane, *Arica 1974-1975. Una historia desconocida*, 2018. Agradezco al general Patricio Mericq que me haya facilitado una copia del libro de su padre.

³² Oficial de Operaciones.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

lugares donde uno estuviese, es por eso que en la VI División también se desarrollaban iniciativas para hacerle frente de la mejor manera”³³.

HISTORIOGRAFÍA PERUANA RELATIVA A LA SITUACIÓN DE CRISIS ENTRE CHILE Y PERÚ

Para comprender esta situación pre bélica en su real dimensión, es indispensable conocer lo que se ha escrito en Perú en relación a esta crisis. De acuerdo a los antecedentes encontrados, no existe un estudio específico sobre la movilización militar hacia el sur del Perú, pero si hay bastante bibliografía que analiza el período de gobierno del general Juan Velasco Alvarado desde diferentes enfoques³⁴, como también testimonios y entrevistas a militares en los medios de prensa y algunos artículos sobre la situación de la fuerzas armadas peruanas en ese período.

En relación a los testimonios de los protagonistas, se encuentra el libro del general en retiro y ex presidente Francisco Morales Bermúdez titulado “Mi última palabra”³⁵ que es un diálogo con el periodista Federico Prieto Celi, donde a través de preguntas y respuestas se va conociendo las vivencias del ex mandatario y su participación en la historia contemporánea del Perú.

En este texto se aborda el tema de una posible guerra con Chile en la década del setenta, lo cual es desmentido por Morales Bermúdez, quien plantea que los movimientos que hubo en el sur no eran ofensivos, sino que defensivos, y que el Perú como nación no estaba preparado para un conflicto bélico.

Para un acercamiento a los militares peruanos del período de la crisis con Chile, existen una serie de publicaciones, entre ellas, el libro de María del Pilar Tello, “Golpe o revolución: Hablan los militares del 68”³⁶, quien entrevista a catorce generales del período de Velasco Alvarado y la obra de Dirk Kruijt, “La

³³ Ibid., p. 45.

³⁴ Ver también: Antonio Zapata. *La caída de Velasco*. Daniel Masterson. *Fuerza Armada y Sociedad en el Perú Moderno. 1930-2000*. Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos, 2001. Rosa María Palacios, *Hablan los Generales*; Wagner de Reyna, *Relaciones diplomáticas del Perú*; María Delfina Álvarez Calderón. *La revolución que sacudió al Perú*. Edgardo Mercado Jarrín. *El Perú y su política exterior: recopilación de los principales discursos pronunciados por el Ministerio de RREE*, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1971 y Edgardo Mercado Jarrín. *Política y estrategia en la guerra con Chile*, Lima, S/e, 1979. Agradezco la información y la colaboración del historiador Alberto Castro Villa.

³⁵ Francisco Morales Bermúdez. *Mi última palabra*. Ediciones B, Lima, 2018.

³⁶ María del Pilar Tello. *Golpe o revolución: Hablan los militares del 68*. SAGSA, 1983.

revolución por decreto”³⁷, donde se analiza la trayectoria de los coroneles, dando cuenta de su extracción social y su formación profesional.

Un estudio interesante que se acerca a la temática es la tesis de Licenciatura en Historia de Víctor Torres Laca, “*Las armas de la revolución: armamentismo durante el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada. 1968-1980*”³⁸ de la Pontificia Universidad Católica del Perú, que busca replantear el tema de las adquisiciones de armas de parte de los países en vías de desarrollo, como el caso del Perú. El tesista se cuestiona el por qué estos países adquieren armamentos, aun a costa de necesidades más urgentes y qué influye en la toma de decisiones.

Plantea que, en el caso del Perú, durante el gobierno de Velasco Alvarado —y también en el que siguió— el impulso para emprender una carrera armamentista fue más bien endógeno que exógeno, y tenía más relación con que el gobierno se hizo más dependiente de las instituciones castrenses para mantener su legitimidad.

En el primer capítulo de su tesis analiza el problema de la seguridad nacional durante el gobierno de Velasco Alvarado. En el segundo estudia las adquisiciones de material bélico y el problema de la mediterraneidad boliviana, y los efectos que esto tuvo en las relaciones entre Chile y Perú. En el tercer capítulo aborda las condiciones de debilidad del régimen peruano y el empleo de las adquisiciones de armas como una forma de mantener la cohesión de las fuerzas armadas de ese país.

Se refiere —como un hecho positivo— a la disponibilidad de fuentes que existen en Perú con respecto a la materia, planteando que, si bien es un tema de la historia contemporánea, ya se ha podido tener acceso a documentos oficiales que antes habían estado vedados a los investigadores. Se refiere con ello a la difusión de documentación como las Actas de Consejos de Ministros celebrados entre 1968 y 1975, que entregan una serie de antecedentes sobre los preparativos bélicos y la percepción de amenaza de guerra de parte de los países vecinos.

También existen documentos desclasificados de Estados Unidos que entregan información interesante, sobre todo considerando que, en este período,

³⁷ Dirk Kruijt. *La revolución por decreto*. Flacso, 1991.

³⁸ Víctor Torres Laca, *Las armas de la revolución: armamentismo durante el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada 1968-1980*. Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

debido a la Guerra Fría, el mundo se encontraba dividido en bloques, o esferas de influencia, y que una de ellos era el de Estados Unidos.

Se refiere a las entrevistas sostenidas con protagonistas de estos hechos en los distintos medios de comunicación social, especialmente las revistas y semanarios políticos, que son ricos en antecedentes para el período y la información que entregan las *Jane's*³⁹ sobre armamento.

Con respecto a la situación del Ejército de Perú y al armamentismo en este período, también aparecen antecedentes en el libro del capitán del ejército ecuatoriano Hernán Alonso Altamirano, titulado “El porqué del ávido expansionismo del Perú”⁴⁰, en el cual menciona, entre muchas otras temáticas, el desarrollo de las fuerzas armadas peruanas, la carrera armamentista y el material bélico de procedencia soviética.

Desde la mirada de las relaciones internacionales, existe bastante bibliografía peruana, como el libro de Juan Miguel Bákula, “Perú. Entre la realidad y la utopía. 180 años de política exterior”⁴¹, que se refiere —en uno de sus capítulos— a las relaciones con Chile; y analiza la década de 1970 explicando que, efectivamente, en ese período y después de cien años, era la primera ocasión —desde el punto de vista estratégico y de la política interna e internacional— en que se había roto el equilibrio bélico y había una superioridad por parte de Perú.

Se refiere a la posibilidad de un conflicto y lo que podría haber ocurrido si Perú o Chile atacaban, llegando a la conclusión que, en ambos casos, lo único seguro era que, quien tomara la iniciativa, estaría aún más aislado y huérfano en cuanto a colaboración.

REFLEXIONES FINALES

Como se ha analizado en este artículo, la crisis entre Chile y Perú ocurrida entre los años 1974 y 1975, ha sido abordada desde diferentes perspectivas y se ha ido profundizando en distintos ámbitos para conocer la situación política, diplomática y militar de ambos países.

³⁹ *Janes's Information Group* es una editorial británica especializada en temas militares, aeroespaciales y de transporte.

⁴⁰ Hernán Alonso Altamirano. *El Porqué del ávido expansionismo del Perú*. IGM, Quito, 1991.

⁴¹ Juan Miguel Bákula. *Perú. Entre la Realidad y la Utopía. 180 años de Política Exterior*. Tomo II. Fondo de Cultura Económica, Lima, 2002.

En las obras generales sobre historia contemporánea de Chile, la crisis con Perú en la década de 1970 está escasamente tratada, pues se menciona someramente como parte del panorama internacional, pero no entregan mayores detalles. En las publicaciones sobre historia militar chilena tampoco se ha abordado la temática en específico, además de que son pocas las publicaciones que tratan la historia reciente.

Sin embargo, existen estudios que tratan las relaciones chileno-peruanas en un espacio de tiempo más extenso⁴² y se refieren a la situación de tensión vivida entre los dos países en los años 1974 y 1975, explicando las razones históricas, políticas, económicas y culturales que llevaron a que se considerara —tanto en Chile como en Perú— que la guerra podía ocurrir en cualquier momento.

También las tesis de las carreras universitarias de Licenciatura en Historia, tanto en Chile como en Perú, son estudios que aportan al análisis de la temática, incorporando nuevas perspectivas metodológicas, nuevos actores —como los civiles— y, al mismo tiempo, nuevas fuentes que no habían sido consultadas, como es el caso de la prensa de Arica.

Los relatos de algunos oficiales chilenos que fueron testigos de la situación pre-bélica con Perú son muy valiosos, ya que dan a conocer aspectos que no se encuentran en otras fuentes y porque entregan vivencias muy personales que reflejan lo que sintieron y lo que guió su actuar en ese momento.

A pesar de que existen estos escritos, todavía faltan estudios interdisciplinarios que den cuenta de la diversidad de experiencias —de soldados, cuadro permanente y civiles— para poder obtener un panorama completo de los distintos actores.

Con respecto a la historiografía peruana, si bien no se ha podido abordar con mucho detalle, la tesis sobre el tema del armamentismo anteriormente descrita va en la dirección correcta. No contamos con información que dé cuenta de las vivencias de los militares frente a esta crisis y cómo fue percibida en las ciudades del sur de Perú, como Tacna y Arequipa.

Si bien el recorrido por las distintas publicaciones entrega una serie de antecedentes, todavía falta profundizar en muchos aspectos para entender a cabalidad la real magnitud de esta crisis. Falta conocer cómo Chile enfrentó esta

⁴² La obra de los generales Salgado e Izurieta, y la de Rodríguez Elizondo.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

tensión a nivel político y diplomático, cuál fue el rol que jugaron las distintas ramas de las Fuerzas Armadas en los preparativos bélicos que se realizaron en la frontera norte de nuestro país y cuál fue el papel que desempeñaron los ariqueños; así como también los antecedentes sobre los planes estratégicos chileno y peruano para enfrentar una posible guerra, qué injerencia tuvo Estados Unidos en esta crisis y el papel que en ella le cupo a Bolivia, entre otros.

Con respecto a las fuentes primarias, existen distintos repositorios y archivos que guardan documentación para profundizar en el análisis de esta temática. Se puede investigar en el Archivo Nacional de la Administración⁴³, donde habría que pesquisar documentos de los fondos Ministerio de Relaciones Exteriores y Ministerio de Defensa del período; también habría que consultar en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, más exactamente en el Fondo Perú y también revisar el material guardado en el Archivo General del Ejército, siempre en la búsqueda de nuevos antecedentes sobre la crisis.

Consultar la prensa de la época en los dos países involucrados entregaría luces sobre esta crisis y ayudaría a saber qué aspectos de ella se dieron a conocer a la ciudadanía y cuál era el discurso que predominaba. En el caso de Chile, se pueden revisar los periódicos “La Defensa de Arica” (Arica), “Concordia” (también de Arica) y “El Mercurio” de Santiago, entre otros. Por el lado del Perú, existe un trabajo del autor Henry Pease denominado “Perú: cronología política”, que es una recopilación de prensa de la época de Velasco Alvarado que puede ser de utilidad y también existen pasquines políticos⁴⁴ que dan cuenta del clima belicista que entonces se vivía.

Las fuentes y documentos sobre las crisis militares con nuestros países vecinos muchas veces son escasas de encontrar, principalmente por su carácter reservado. Es por ello que una forma de documentar y dejar registro de este período sería por medio de las fuentes orales, es decir, realizar entrevistas a quienes se encontraron en el norte durante esa crisis.

La historia oral es una vertiente de la investigación histórica que puede constituir una herramienta que enriquece la historia militar, ya que es de carácter cualitativo y entrega datos que no se encuentran en los documentos oficiales, tales como los sentimientos, las preocupaciones y las percepciones de los actores.

⁴³ Sede del Archivo Nacional de Chile que guarda la documentación del siglo XX.

⁴⁴ Hay uno que se llama Kausachun.

Para la historia militar contemporánea —o del tiempo presente— es imprescindible contar con un registro oral adecuado. Lo ideal es que exista un depósito de los testimonios orales en los archivos, que pueda ser utilizado por parte de la comunidad de investigadores.

Como una forma de profundizar en esta temática, sería interesante entrevistar a distintos miembros de las fuerzas armadas de Chile y Perú —que son fuentes vivas del proceso—, y aprovechar de registrar su testimonio y conocer algunas de las experiencias vividas al momento de estar movilizados.

Una de las formas de ir avanzando en el conocimiento de nuestro pasado más reciente, es comenzar por registrar los testimonios de los distintos actores y luego contrastar las distintas visiones entregadas por ellos, para poder dar un relato coherente que permita comprender a cabalidad estos procesos históricos.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Hernán Alonso. *El Porqué del ávido expansionismo del Perú*. IGM., Quito, 1991.
- Arancibia Clavel, Patricia. Serie Histórica, “Chile-Perú: Una década en tensión (1970- 1979)”, Diario *La Segunda*, Santiago, 2007.
- Arriagada, Víctor (TCL) y Fuenzalida, Roberto. *Las crisis chileno-peruano. 1974. Un análisis político-estratégico*. Memoria de la Academia de Guerra del Ejército, 1998.
- Bákula, Juan Miguel. *Perú. Entre la Realidad y la Utopía. 180 años de Política Exterior*. Tomo II. Fondo de Cultura Económica, Lima, 2002.
- Castillo, Daniel y Zaurzuri, Wladimir. *Rumores de guerra en Arica. 1974 a 1980. Años de Tensión y Conflicto. Las Relaciones Político Sociales de Chile con sus Vecinos*. Seminario para optar al Título de profesor de Educación Media en Historia y Geografía. Universidad de Tarapacá, Arica, 2005.
- Cavallo, Ascanio; Salazar, Manuel y Sepúlveda, Óscar. *Historia Oculta del Régimen Militar. Memoria de una época, 1973-1988*. Santiago, 1997.
- Elizondo, José Rodríguez. *Chile-Perú. El siglo que vivimos en peligro*. Random House Mondadori, Santiago, 2004.
- Fermandois, Joaquín. *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2005.
- *Historia de la VI División de Ejército*. IGM, Santiago, 1989.
- Kruijt, Dirk. *La revolución por decreto*. FLACSO, 1991.

*En torno a la historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú.
(1974 – 1975)*

- Masterson, Daniel. *Fuerza Armada y Sociedad en el Perú Moderno. 1930-2000*. Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos, 2001.
- Mena Salinas, Odlanier. *Al encuentro de la verdad*. Editorial Maye Ltda., Santiago, 2013.
- Meneses, Emilio. “Competencia armamentista en América del Sur: 1970-1980”. *Revista Estudios Públicos*, Santiago, N°7, 1982.
- Mericq Seoane, Luis. *Arica 1974-1975. Una historia desconocida*, 2018.
- Mericq Seone, Luis. *Compendio de la obra: Seguridad, Política y Estrategia del General Edgardo Mercado Jarrin*. Biblioteca del Oficial, Volumen LIV, Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Relaciones del Ejército, Santiago, 1975.
- Milstein CH., Tatiana, *Chile-Perú: Al borde de una guerra 1974*. Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, 2002.
- Muñoz, Heraldo. *Relaciones Exteriores durante el Gobierno Militar Chileno*. Santiago, 1986.
- Morales Bermúdez, Francisco. *Mi última palabra*. Ediciones B, Lima, 2018.
- Rojas, Gonzalo. *Chile escoge la Libertad. La Presidencia de Augusto Pinochet Ugarte. 11-IX.1973-11.III.1990*. Tomo I. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1998.
- Rosso Streeter, Juan Pablo. *El rearme del Ejército de Chile entre 1974-1984*. Tesis para optar al grado Licenciado en Historia, PUC, Santiago, 1996.
- Salgado, Juan e Izurieta, Óscar. *Las relaciones bilaterales chileno-peruanas contemporáneas: un enfoque realista*. Biblioteca Militar, Departamento Comunicacional, Santiago, 1992.
- Tello, María del Pilar. *Golpe o revolución: Hablan los militares del 68*. SAGSA, 1983.
- Torres Laca, Víctor. *Las armas de la revolución: armamentismo durante el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada 1968-1980*. Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008.
- Urzúa Lira, Gustavo (Crl. Av.). *Los conflictos externos en Chile en la década del 70: Una perspectiva del poder aéreo*. Tesis para optar al Grado de Magíster en Ciencias Militares. Academia de Guerra, Santiago, 2004.
- Valdés, Sara, en: *Revista Qué Pasa*. “El hombre que quería la guerra”, N°1160, de 3 de julio de 1993; “Esperando la invasión”, N° 1161, de 10 de julio de 1993; y “Acosado por tres frentes”, N° 1162, 17 de julio de 1993.
- Vial, Gonzalo. *Chile. Cinco siglos de Historia. Desde los primeros pobladores prehispánicos, hasta el año 2006*. Tomo II, Editorial Zig-Zag, Santiago, 2009

LOS EJÉRCITOS DE OPERACIONES EN CHILE 1813–1891

POR PABLO RODRÍGUEZ MÁRQUEZ*

ABSTRACT

El presente artículo hace un recorrido de la historia militar chilena durante el siglo XIX desde el punto de vista de los ejércitos de operaciones chilenos que se organizaron durante esa centuria para enfrentar las distintas campañas militares que tuvieron lugar a lo largo de su transcurso. Para ello, el autor contextualiza claramente tanto la orgánica como la legislación militar del siglo XIX chileno, aclarando que eran muy distintas a lo que actualmente se conoce como el Ejército de Chile. Durante esos casi cien años, no hubo un solo Ejército de Chile, sino que varios ejércitos que operaron cada ciertos intervalos de tiempo —incluso al mismo tiempo—, los cuales se organizaron en un momento determinado y posteriormente fueron disueltos una vez terminada la coyuntura bélica. La lectura de este trabajo permite apreciar en su real dimensión como funcionó la estructura castrense en nuestro país entre 1800 y 1900.

INTRODUCCIÓN

Los ejércitos de operaciones conformaron las principales organizaciones para la guerra del Ejército de Chile durante el siglo XIX. En efecto, a través de estas estructuras orgánicas el Estado pudo canalizar los esfuerzos para solucionar problemas estratégicos que requerían el empleo de la fuerza. Como se aprecia, tenían un carácter instrumental, pudiendo organizarse tantos como fuera necesario, dentro de las capacidades nacionales para proveerlos de los recursos humanos y materiales adecuados.

Sin embargo, con frecuencia se les confunde con el ejército permanente y también se discute que haya existido más de uno durante un mismo período. Ello da cuenta de una mirada hacia el pasado en la que prevalecen los criterios

* Oficial de Ejército, magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico, miembro de la Academia de Historia Militar.

organizacionales del presente, dando espacios para interpretaciones no siempre ajustadas a la realidad histórica de ese siglo.

Entonces, y con el propósito de contribuir en esta materia, en las páginas siguientes se desarrolla un relato sobre su existencia entre 1813 y 1891 — considerando más de una veintena de ejércitos de operaciones— enfocándonos, más que en sus actuaciones guerreras, en una síntesis de los antecedentes que permiten sostener su conformación durante un determinado período histórico. Del mismo modo, y como cuestiones previas, se han incluido los elementos de contexto que contribuyen a comprender la naturaleza de estas entidades bélicas, como son la existencia de un ejército permanente —del cual surgían— y los cuerpos de armas tanto de línea como movilizadas —de los cuales se nutrían—.

Con esos antecedentes, y recurriendo a trabajos previamente desarrollados para la Academia de Historia Militar, esperamos poner a disposición del lector algunos elementos de juicio para la mejor comprensión de la forma que tenía el Ejército para contribuir a la obtención de importantes objetivos del país durante casi un siglo, durante el cual se escribieron sus mayores páginas de gloria.

1. CUESTIONES PREVIAS

1.1 El ejército en el siglo XIX¹

El ejército que comenzó a formarse en 1810 surgió dentro de la institucionalidad vigente y en el contexto de las necesidades de Santiago. En efecto, lo que se ha asumido como un hito histórico que señala el nacimiento del Ejército de la República de Chile —la creación en diciembre de 1810 de un batallón de infantería, cuatro compañías de artillería y dos escuadrones de caballería— respondía a la necesidad que tuvo la Junta de Gobierno de contar con una fuerza capaz de otorgarle seguridad a las nuevas autoridades y a las ideas que ellas representaban, en el entendido que, más temprano que tarde, deberían hacer frente a la respuesta que los partidarios de la continuidad monárquica les darían ante el intento por avanzar hacia una nuevas formas de gobierno. En tales circunstancias, el Reino de Chile se vio afectado por lo que podemos entender

¹ Mayores antecedentes sobre el origen de nuestro ejército, su doctrina organizacional y sus relaciones con la autoridad política, en los siguientes artículos: Pablo Rodríguez Márquez, “La Organización del Ejército en el siglo XIX: Fundamento y evolución en el período 1830 – 1900”, Anuario de la Academia de Historia Militar N°28, 2014, pp. 77 – 117; y “El Regimiento de Artillería de Marina. ¿Soldados del mar o soldados en el mar?”, Anuario de la Academia de Historia Militar N° 30, 2016, pp. 107 – 152.

como una guerra civil, en la que se enfrentaron dos ejércitos: uno de carácter continuista, denominado Ejército de Chile, y uno partidario del cambio, llamado Ejército Nacional. A estas fuerzas, nuestra historiografía, heredera de la pasión del siglo diecinueve, con frecuencia y sin acierto, los ha nombrado como ejército realista y ejército patriota, respectivamente.

Ambos ejércitos surgieron desde una misma estructura militar y se organizaron bajo los cánones de la *Ordenanza de S.M. para el Régimen, Disciplina, Subordinación y Servicio de sus Ejércitos*, dictada en 1768². Esta contemplaba la existencia de un ejército permanente cuya dotación variaba de acuerdo a la amenaza y, fundamentalmente, a los fondos disponibles para su financiamiento. Su orgánica era variable y podía estar desplegado en distintas localidades, subordinado a las respectivas autoridades que a su vez se reportaban al gobernador, quien en su condición de representante del monarca reunía en sí las cualidades de jefe político (gobernador), judicial (presidente de la Real Audiencia) y militar (capitán general). Su estructura básica eran los cuerpos de armas de infantería, caballería, artillería e ingenieros.

Aquí cabe introducir una breve aclaración sobre lo que era un ejército permanente, condición que desde principios del siglo XVI empezó a caracterizar a la mayoría de los ejércitos de Europa —desde donde vino nuestra doctrina— procurando dar cuenta de una organización estable, dotada de los elementos necesarios para proveer una adecuada capacidad de defensa, incluyendo métodos de incremento de sus fuerzas y de desdoblamiento para hacer frente a distintos tipos de amenazas³.

Así entonces, ante la existencia de una amenaza la autoridad disponía la “formación de un ejército”, que correspondía a la activación de un ejército de operaciones, y como la fuerza permanente no era suficiente como para desdoblar por sí una nueva estructura para la guerra, se incrementaba con unidades de milicias, que correspondían a un servicio auxiliar del ejército destinado esencialmente a contribuir con medios capaces de aumentar el potencial bélico.

En 1810 se contaba con un ejército permanente concentrado principalmente en la Araucanía, desde donde se dirigían las operaciones de

² Ordenanza de S.M. para el Régimen, Disciplina, Subordinación y Servicio de sus Ejércitos (1813). Coruña: Oficina del Exacto Correo.

³ Mayores antecedentes en José Almirante y Torroella. (1860). *Diccionario Militar: etimológico, histórico y tecnológico*. Madrid. Imprenta y Litografía del Departamento de la Guerra.

contención y de penetración en el territorio ocupado por los naturales. Contaba con un cuerpo de caballería de Dragones⁴, un batallón de infantería —denominado Fijo de Concepción— y dos compañías de artillería. A éstos se sumaban las milicias organizadas en todas las ciudades y las tropas de línea acantonadas en Valdivia y Chiloé, las que —pese a estar desplegadas en territorio bajo jurisdicción de esta Gobernación— se reportaban directamente a la autoridad virreinal del Perú. Su comando superior residía en el gobernador, a la fecha presidente de la Junta de Gobierno, seguido por los respectivos comandantes de plazas en Concepción, Valdivia, Valparaíso y Juan Fernández.

En este contexto organizacional la Junta de Gobierno decidió la creación de las unidades ya citadas, ante la evidente necesidad de reforzar la seguridad de Santiago y de dotar a las nuevas autoridades de una fuerza capaz de contener cualquier reacción. Todo ello se enmarcaba en un plan de defensa que había elaborado una comisión que integraron el capitán de ingenieros Juan Mackenna, José Samaniego y Juan Egaña. Este plan sugería la disminución de las tropas que guarnecían Valdivia, mejorar las fortificaciones de los principales puertos —Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo—, establecer un ejército permanente de 1.000 efectivos bien armados y disciplinados, más el apoyo de 25.000 milicianos distribuidos en las ciudades, y la creación de un instituto formador para sus cuadros profesionales.

Vale una precisión respecto del origen de lo que más tarde llamaríamos “ejército nacional”, en el sentido que, habiendo surgido del ejército permanente que existía en Chile desde la Colonia, la entidad que se comenzó a formar progresivamente adquiriría una identidad diferente, migrando desde su condición de ejército del Rey de España hacia un ejército que se debía a un Estado en ciernes que buscaba independizarse, lo que permite determinar su nacimiento en diciembre de 1810, pero con unas profundas raíces que se extienden hasta un lejano 1603.

El curso de los acontecimientos fue afianzando la necesidad de contar con un cuerpo armado, en especial tras el regreso al trono de Fernando VII y el impulso que le dio al control de sus dominios americanos. En tal sentido, el virrey del Perú

⁴ Esta denominación correspondía a las unidades de caballería que, dotadas de armas de fuego, podían también combatir desmontados. Mayores antecedentes en el ya citado diccionario de José Almirante.

ya había tomado las medidas necesarias para enfrentar los levantamientos del sur de América y daba inicio a su intervención en Chile.

Así, desde 1813 la conformación de ejércitos de operaciones fue una constante, destacándose que recién en 1826 se retomó la vida en los cuarteles y las actividades de tipo guarnicional pasaron a ser predominantes, con las propias dificultades motivacionales y disciplinarias de miles de hombres que se formaron en la guerra, y en un contexto político y social complejo, que de un modo u otro los llamaría a ser parte de los acontecimientos que continuarían afectando la vida del país.

Después de las campañas de Chiloé, las operaciones militares decrecieron a la par con la búsqueda de una identidad política nacional, por lo que se desarrollaron diversos esfuerzos por consolidar una institucionalidad militar acorde con el Estado que se estaba formando. Se desactivaron unidades regulares y de milicia y, en términos generales, el ejército transitó desde un modelo operativo hacia uno con carácter de guarnición, dictándose diversas normas que buscaron regular su estructura y su funcionamiento.

En ese contexto, la subordinación de la fuerza militar al poder civil y la imposición de una mayor disciplina en las tropas —acostumbradas al régimen de campaña por más de una década— se alzaron como elementos de primer orden para las nuevas autoridades, para lo cual se adoptaron diversas medidas administrativas y de organización, entre las cuales se destacaron las siguientes: i) reforzar la autoridad de los intendentes y gobernadores en su condición de comandantes generales y particulares de armas, respectivamente; ii) crear la Inspectoría General del Ejército como autoridad delegada del Ministro de Guerra; y iii) reformar la orgánica, devolviéndole la condición de paz que abandonó en los inicios de 1813.

Esta preocupación especial por subordinar, disciplinar y racionalizar el ejército, fue una consecuencia directa del entorno político imperante en Chile por más de una década, en especial a partir de 1826, cuando se ensayaron diversas formas de gobierno y se dictaron diferentes constituciones políticas, lo que

sobreexpuso sus unidades a los avatares políticos y cuyo desenlace fue una breve, pero cruenta guerra civil, a fines de 1829 e inicios de 1830⁵.

En efecto, la reformulación del ejército desde una orgánica de guerra hacia una estructura de paz, además de reducir la cantidad de efectivos, dio paso al surgimiento de una nueva conformación institucional, con unidades permanentes en las que confluyeron los hombres y tradiciones de los cuerpos que fueron la base de los distintos ejércitos de operaciones desde 1810 en adelante.

Habiéndose logrado una estabilidad política suficiente como para asegurar el ordenamiento institucional del país, sucesivos gobiernos dictaron diversas leyes y decretos necesarios para otorgar al ejército su propia normativa de organización y funcionamiento, basado en cinco pilares fundamentales:

- a. La permanencia de la ordenanza española como fundamento doctrinal, la cual fue adaptada a nuestra realidad republicana recién en 1839.
- b. La existencia de un ejército permanente cuyo comando superior radicaba en el Ministerio de Guerra, con un Inspector General del Ejército como autoridad restringida al control de los cuerpos de armas.
- c. Diversos cuerpos de armas desplegados a lo largo del territorio, bajo el mando de intendentes y gobernadores, según fuera el caso, en su condición de comandantes generales y particulares de armas.
- d. La capacidad de formar uno o más ejércitos de operaciones para hacer frente a las amenazas que se presentaran.
- e. La existencia de una fuerza auxiliar a la cual recurrir para incrementar el potencial del ejército permanente, denominada milicia y más tarde Guardia Nacional.

En efecto, tras la promulgación de la Constitución de 1833, una de las primeras leyes que se dictó fue la que organizó los cuatro ministerios que componían las principales asesorías que tendría el presidente de la República, a saber: Interior, Justicia, Hacienda y Guerra. En esta última secretaría de Estado estaba radicado el comando superior del ejército, cuyas funciones esenciales consideraban los siguientes aspectos: i) recluta, organización, inspección, disciplina, policía, distribución y movimiento del ejército permanente; ii) alistamiento, organización, inspección, policía y disciplina de la milicia nacional, y su distribución y movimiento en tiempos de guerra; iii) la provisión de los ejércitos y escuadras (en caso de guerra); iv) nombramientos, licencias, retiros,

⁵ En la época, y con frecuencia durante el resto del siglo, diversos líderes políticos recurrieron al empleo de la fuerza cuando las disputas políticas superaban su esfera de acción, otorgando a los militares la opción de intervenir en asuntos políticos.

indemnizaciones, montepíos y reemplazos; v) formulación del presupuesto anual; y vi) elaboración de reglamentos, decretos y proyectos de ley.

Posteriormente, el 10 de octubre de 1845 se dictó la ley que determinó la planta del ejército permanente, la cual reflejaba no sólo las dotaciones de paz, sino también su estructura, destacándose la existencia del Departamento General del Ejército como el órgano de mando institucional. Se debe recordar que en esa época, y hasta bien avanzado el siglo XX, el Ejército y la Marina eran instituciones pertenecientes al Ministerio de Guerra, formaban parte de su estructura y sus órganos de mando radicaban en el nivel ministerial.

Esta organización se mantuvo inalterable hasta fines del siglo XIX, siendo la base sobre la cual se organizaron los sucesivos ejércitos de operaciones que enfrentaron la Guerra del Pacífico, el mayor esfuerzo bélico de la historia militar chilena. Un aspecto relevante de esta ley era la explicitación de la íntima relación que existía entre el Ejército y la Guardia Nacional, esta última en su condición de servicio auxiliar, cuya dependencia e instrucción surgía desde el mismo organismo. Esta relación, y no otra, es la que permitió incrementar el potencial del Ejército cada vez que se requirió hacer frente a una amenaza externa, sobre la base de cuadros relativamente disciplinados e instruidos, que contribuían a atenuar las dificultades propias de la transición desde una organización de paz a otra de guerra. Sin embargo, también estuvieron disponibles para ser empleados, junto al Ejército, en la solución de controversias políticas internas, como ocurrió en los años 1851, 1859 y 1891, cuando se vieron afectados por los mismos avatares políticos que fraccionaron a la fuerza militar.



Desde la perspectiva organizacional, la Inspectoría General de la Guardia Nacional tenía una estrecha relación con las milicias locales, ya que en su línea de mando se encontraban las asambleas instructoras, que eran la instancia donde se hallaban los oficiales de ejército destinados a la preparación militar de esas unidades auxiliares. En síntesis, el Ejército estaba presente en el día a día de esos cuerpos de armas en tiempos de paz, y ello permite comprender la alta complementariedad que ambas organizaciones tuvieron en las guerras en las que les correspondió participar.

Esa estructura de paz se mantuvo sin variaciones hasta fines del siglo XIX. Recién en 1892 se introdujeron cambios orgánicos relevantes, asumiendo las experiencias obtenidas en la Guerra del Pacífico y en la Guerra Civil de 1891, pero principalmente como consecuencia del proceso de modernización que se venía implementando desde 1885. En este aspecto, se consideró como obsoleta la mantención de una pequeña tropa permanente sobre la cual movilizar una gran estructura de guerra, que además carecía de un comando superior organizado desde la paz. Esta fue la situación en 1879, cuando se pasó desde un contingente cercano a los dos mil efectivos a más de quince mil en un lapso de seis meses, cifra que continuó creciendo y sosteniéndose hasta 1881.

Más allá del rechazo que la idea de reforma produjo en la mayoría de los oficiales, se dio inicio a una serie de transformaciones que posibilitaron avanzar, en una transición organizacional, desde un modelo militar clásico hacia una estructura con mayor independencia profesional, aunque no por ello dejaba de estar sujeto a la autoridad civil.

Entre los cambios de mayor relevancia podemos citar: i) ampliación de las facultades presidenciales para nombrar comandantes de armas que no fueran intendentes o gobernadores; ii) creación de un estado mayor permanente para la asesoría al Ministro de Guerra; iii) creación de las zonas militares, como una forma de agrupar unidades en una determinada región, pero aún bajo el mando de la autoridad local⁶; y iv) disolución de las comandancias generales y particulares de armas, cuyas funciones fueron traspasadas a las zonas militares.

⁶ Con esta modificación, por primera vez en la historia del Ejército se le otorgó mando y administración militar dentro del territorio de su zona a un oficial de la institución en tiempo de paz. También, este hito representa el inicio de la continuidad orgánica de lo que más tarde serían las divisiones de Ejército.

1.2 Los cuerpos de armas: núcleo de los ejércitos permanente y de operaciones

Desde la época del Chile hispano, la existencia de diversos cuerpos de armas permitió concretar la vida del ejército permanente, porque en ellos se organizaban las tropas, se designaban sus mandos y se daba inicio a la formación de los soldados, clases y oficiales profesionales. En síntesis, el cuerpo de armas era el lugar en que se desarrollaba la vida militar.

Estas unidades fijas constituían la columna vertebral del ejército, pero el concepto de “cuerpo”, en rigor, solo era una denominación genérica para toda estructura correspondiente a un arma en particular, que podía ser un regimiento, un batallón y hasta un escuadrón. En efecto, en los documentos oficiales de la época no se consigna ninguna unidad cuya categoría sea la de cuerpo; pero sí se empleó este vocablo cuando se hace referencia a un conjunto de unidades o como sinónimo del tipo de unidad a la que se refiere⁷.

A modo de ejemplo, en la organización española —y en su sucesora nacional— se le usó con frecuencia para señalar, en sentido amplio, la unidad a la cual pertenecía el militar cuyas funciones se detallaban, como era el caso de los inspectores generales de infantería, caballería y dragones, a los que se les disponía vigilar que los cuerpos de su inspección siguieran sin variación alguna todo lo prevenido en la Ordenanza. Del mismo modo, cuando en 1845 se dictó la ley que determinaba la planta del ejército permanente, se explicaba su contenido con la siguiente leyenda: “*División del Ejército en secciones y cuerpos. Dotación de aquellos y de estos*”. Más aún, su artículo 1º consignaba que todo militar debía pertenecer a una sección del Departamento General “*o bien a un cuerpo particular dedicado al servicio de un arma determinada*”.⁸

Con todo, más allá de la categoría o nivel de la unidad a que aludía, el cuerpo representaba por excelencia al regimiento —heredero del tercio español desaparecido a fines del siglo XVII e inicios del XVIII— en torno al cual se desarrollaba la mayor intensidad de la vida militar de las tropas, pudiendo ser cuerpos de línea (profesionales) o de milicias —más tarde llamadas Guardia Nacional (voluntarios)—.

⁷ Mayores antecedentes en Almirante, Op. Cit.

⁸ José Antonio VARAS (1860). Recopilación de Leyes, Decretos Supremos i Circulares Concernientes al Ejército. Santiago: Imprenta Chilena. Tomo II.

En tal sentido, los cuerpos creados en diciembre de 1810 fueron la primera expresión de una amplia variedad y cantidad de unidades de armas con los que se conformarían los sucesivos ejércitos de operaciones hasta 1830, cuando se empiezan a generar las condiciones para la estabilidad institucional del país y también del ejército, dándose inicio a una transición hacia un modelo institucional en que sus unidades se fueron asentando en diversas guarniciones, dejando atrás la prevalencia de las fuerzas en campaña, que comenzó en 1813 al crearse el primer ejército de operaciones de carácter “nacional”.

Recién en 1840, una vez finalizada la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, se les otorgó a los cuerpos la connotación guarnicional, aunque manteniendo una disposición en el territorio que sería una constante durante el resto del siglo para la mayor parte de las unidades. En efecto, durante largos períodos algunos cuerpos cubrieron varias guarniciones con fuerzas a nivel de compañía, y a veces menores que ella. Esta práctica, que otorgaba a los capitanes una condición de comandantes básicos sobre los cuales giraba la capacidad del cuerpo para cumplir sus misiones, fue uno de los preceptos tomados de la antigua Ordenanza hispana que se adaptó a la realidad nacional, siendo ésta una de las razones del porqué se les denominó como “unidades fundamentales”. A modo de ejemplo, hacia fines de la década de 1840, el batallón de infantería 3° de Línea “Yungay” estaba distribuido en Coquimbo, Valparaíso y Chillán. En tanto, el regimiento “Cazadores a Caballo” tenía un escuadrón en Chillán, otro en Copiapó y un tercero en Los Ángeles. Asimismo, el cuerpo de Artillería estaba conformado por seis compañías que cubrían guarniciones en Santiago, Valparaíso, Talcahuano, Valdivia y Chiloé⁹.

Por su parte, la existencia de los cuerpos —tanto permanentes como de las milicias— se vio con frecuencia afectada por factores tan diversos como complejos, entre los que podemos identificar como de carácter central —además de la necesidad de conformar un ejército de operaciones— la disponibilidad de recursos, lo que también guiaba el aumento o disminución de las vacantes para la tropa, denominadas “plazas”¹⁰.

Siguiendo esta perspectiva, podemos identificar tres períodos históricos en que la organización de los cuerpos de armas presenta ciertas variaciones. En

⁹ Memoria de Guerra de 1848.

¹⁰ Estas eran fijadas por ley una vez al año, estableciendo la cantidad de efectivos con que contaría el Ejército para el año siguiente, excluyendo a los oficiales, cuya planta no tenía una regulación periódica.

primer término, entre 1810 y 1814, cuando se activó una serie de unidades con las que se dotó al primer ejército de operaciones, cuya existencia se vio abruptamente interrumpida tras el desastre de Rancagua. Una segunda condición se observa entre 1817 y 1826, período en que creció de modo importante la generación de unidades tanto de línea como de milicias, sobre las cuales no solo se logró la derrota de las fuerzas monarquistas en Maipo, sino que también sustentaron la fuerza del Ejército Libertador del Perú y de sendas expediciones a Chiloé. Finalmente, a partir de 1826, y durante el resto del siglo XIX, se dio inicio a la transición hacia una organización militar de tiempos de paz, constriñendo en tamaño del ejército permanente y privilegiando a la Guardia Nacional, siempre bajo el mando y la capacitación por parte de oficiales profesionales.

A modo de ejemplo, entre 1810 y 1814 los cuerpos de línea fueron las consabidas tres unidades de creación nacional, a las que se agregó un segundo escuadrón de caballería denominado Dragones de Chile. Por su parte, entre 1817 y 1826 la fuerza se incrementó considerablemente, basándose en 11 batallones de infantería, un regimiento y cuatro escuadrones de caballería, dos cuerpos de artillería y uno de ingenieros¹¹. Finalmente, a partir de 1826 se racionaliza la existencia de los cuerpos de armas y, en promedio, durante el resto del siglo existieron seis unidades de infantería, una de artillería y dos de caballería, que se vieron expuestas a variados cambios de denominaciones y guarniciones, a pesar de lo cual mantuvieron la herencia y la tradición que se generó desde los cuerpos originales¹².

Respecto de la Guardia Nacional, con antecedentes tan antiguos y profundos como los del ejército, constituyó una fuerza auxiliar diseminada prácticamente en todo el territorio, mediante la conformación de cuerpos de las tres armas en los cuales se aglutinaban los ciudadanos dispuestos a contribuir a la defensa del país. De hecho, la existencia de un ejército permanente en Chile se

¹¹ De acuerdo a fuentes como las Listas de Revista de Comisario y los escalafones de Oficiales de la época, las unidades activadas fueron las siguientes: Batallón Infantes de la Patria, batallones de infantería de Línea N°1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 de Chile, batallón de Infantería N°1 de Cazadores, batallón Granaderos de la Guardia de Honor, regimiento de Cazadores Caballo, escuadrón Lanceros, escuadrón de Húsares de Marte, escuadrón de Guías, escuadrón Granaderos Lanceros, Artillería de Chile y Cuerpo de Ingenieros

¹² Según la reforma de 1826, los cuerpos constitutivos del ejército permanente fueron los siguientes: batallones de infantería Chacabuco, Carampangue, Maipú, Pudeto, Concepción y Valdivia; artillería a pie y a caballo; regimientos de Cazadores, Dragones, Granaderos y Coraceros; Cuerpo de Ingenieros.

debió, en parte, a las peticiones que los súbditos hicieron al Monarca para ser liberados de las funciones de seguridad en sus respectivas comarcas.

Hay sobrada constancia del rol cumplido por los cuerpos de milicias durante todo el proceso emancipador, por lo que haremos referencia a tres de las condiciones que caracterizaron el funcionamiento de la Guardia Nacional desde de 1830 en adelante.

En primer término, recién en 1848 se dictó un reglamento que reguló los aspectos básicos para su funcionamiento, destacándose los siguientes: i) organización; ii) estructura basada en batallones, escuadrones, compañías y piquetes de las tres armas; iii) plazas divididas por armas; iv) vestuario y equipo; y v) gratificaciones, contando tanto las remuneraciones de quienes servían a tiempo completo, como de los servicios prestados en campaña.

Un segundo aspecto es que tuvo un despliegue territorial más amplio que el del ejército. A modo de ejemplo, en 1836 había unidades cívicas en Coquimbo, Valparaíso, Aconcagua, Casablanca, Santiago, Melipilla, Rancagua, San Fernando, Talca, Linares, Concepción, Victoria y Valdivia¹³. Con el tiempo fue ampliándose, pasando a constituir una especie de indicador del tamaño de la ciudad a la cual pertenecían, llegando a su máxima expresión durante la Guerra del Pacífico, cuando incluso comarcas menores logran conformar algún cuerpo de voluntarios, en especial para mantener las fuerzas en presencia en el sur del país.

El último aspecto lo constituye su fuerza. Al igual que el ejército, se vio severamente afectada por las restricciones presupuestarias, pese a ser una organización cuyo costo de mantención era visiblemente menor. A modo de ejemplo, entre 1836 y 1871 las plazas asignadas variaron entre cuarenta y cinco mil a sesenta y dos mil efectivos; pero a partir de 1872 decreció sostenidamente para llegar a veintiún mil en 1874, dieciocho mil en 1877, y hasta la irrisoria cantidad de seis mil seiscientos en 1879... el año en que comenzó la guerra¹⁴.

2. LOS EJÉRCITOS DE OPERACIONES

Como se ha planteado, durante el siglo XIX la institucionalidad militar comprendía el mando integral desde el Ministerio de Guerra y Marina, el cual era delegado en un comandante militar sólo en caso de conflicto, ocasión en que se conformaban los ejércitos de operaciones, en tanto organizaciones funcionales

¹³ Memoria de Guerra de 1836.

¹⁴ Memorias de Guerra del período 1836 – 1878.

diseñadas y desplegadas para hacer frente a una amenaza, bajo el mando de un general en jefe y con la asesoría de un estado mayor.

Para concretar su conformación, según lo consignado en la Ordenanza debían concurrir tres elementos esenciales que permitían que adquiriera tal condición: i) la designación de un mando militar¹⁵; ii) que los medios constitutivos sean declarados “en campaña”, es decir, movilizados; y iii) que un determinado territorio sea declarado “en asamblea”, en donde se hacía efectiva la jurisdicción de su comandante y se desarrollarían las operaciones bélicas.

Ahora, estos ejércitos no eran una organización distinta al ejército permanente, muy por el contrario, por cuanto eran su proyección para la guerra a la cual concurrían todos los esfuerzos necesarios, la mayoría de los cuales habían sido preparados desde la paz por sus oficiales, como era el caso de la Guardia Nacional, las milicias voluntarias y también otros cuerpos y reparticiones dependientes del ministerio del ramo. Todos estos medios, una vez asignados, formaban parte del ejército, sin indicación alguna sobre su procedencia.

Era tan sólida la relación entre ejército permanente y ejército de operaciones —o mejor dicho la dependencia del segundo respecto del primero—, que sólo una entidad de paz previamente organizada era capaz de garantizar la transición hacia una estructura de guerra que estuviera en condiciones de cumplir su cometido con efectividad. En síntesis, no es posible plantear la idea de una fuerza de operaciones desligada de la estructura militar permanente, de la cual recibía su influjo vital. Ahora, la efectividad de este proceso varió en cada caso en particular, pero en todos ellos representó un nivel de dificultad, principalmente por la precariedad institucional del país y por la escasez de recursos para mantener una fuerza con un nivel de equipamiento y entrenamiento que se aproximara al óptimo.

En nuestro país, esta expresión de ejército movilizado se hizo concreta desde los tiempos de la Colonia, tanto por existir una amenaza permanente en la Frontera, como por ser el procedimiento adecuado para disponer de los recursos humanos y materiales para hacerle frente. Ahora, dado el carácter de las amenazas

¹⁵ El comandante de ejército de operaciones era designado como “general en jefe”, en el entendido que bajo su autoridad quedaban todas las fuerzas y elementos dispuestos para cumplir la misión asignada, sustrayéndolo del control directo de las autoridades políticas locales. Sin embargo, no siempre ostentó el grado de general, existiendo varias ocasiones en que tal cargo fue ejercido por un coronel.

y la disponibilidad de recursos, con frecuencia estos ejércitos fueron más bien pequeños —en especial si se les compara con los cánones actuales— existiendo varios cuya dotación escasamente superó los 1.500 efectivos. Pero, como hemos explicado, no era la suma de sus unidades ni la magnitud de su fuerza lo que le daba la connotación de ejército de operaciones, sino las razones para conformarlo, los recursos asignados y la autoridad de mando conferida a su comandante.

Entre 1813 y 1891 se formaron muchos ejércitos de operaciones, algunos de los cuales coexistieron cuando hubo más de una amenaza simultánea, y otros se enfrentaron entre sí cuando la estabilidad política fue quebrantada. Con todo, en este trabajo haremos referencia al total de ellos, en especial si se trató del empleo de ejércitos que se encontraban activados y bajo el mando de una autoridad legítima.

Paradójicamente, el primer ejército de operaciones que se formó después de 1810 correspondió al que defendió a la facción monárquica en la guerra civil que se desató a partir del reposicionamiento de Fernando VII y de la negativa de las autoridades chilenas a volver al estado político anterior a 1808. Siendo la última expresión del ejército del monarca en Chile, no corresponde incluirlo en los ejércitos de operaciones —objeto de este trabajo—, pero se ha estimado pertinente hacer una referencia previa en atención a su amplio componente criollo y a su actuación en un largo período de nuestra historia.

Bajo el mando del brigadier Antonio Pareja, el Virrey del Perú dispuso la recuperación del control sobre el Reino de Chile. Al iniciar las operaciones contra los partidarios del cambio, había logrado reunir tres cuerpos de infantería de línea, una unidad de artillería, dos cuerpos de infantería y una unidad de caballería de milicias. Tras su muerte, ocurrida en mayo de 1813, fue sucedido accidentalmente por el coronel Juan Francisco Sánchez y luego seguido por el brigadier Gabino Gainza, en enero de 1814; este último fue reemplazado en agosto de ese año por el brigadier Mariano Osorio, quien vino desde Lima con el considerable refuerzo del Regimiento Talaveras, cuerpo peninsular de amplia experiencia de combate, además de artilleros y oficiales para el comando de las fuerzas chilenas. A esa fecha, su dotación superaba los 5.000 efectivos.

Tras su victoria de Rancagua, Osorio asumió como gobernador de Chile hasta 1816, cuando fue reemplazado por Casimiro Marcó del Pont, quien duró en el mando hasta ser derrotado en 1817 en la batalla de Chacabuco. Luego de disgregarse este ejército en guerrillas y de oponer una férrea resistencia en Concepción, en enero de 1818 fue nuevamente puesto bajo el mando del general

Osorio, en lo que serían las últimas acciones en el contexto de una guerra civil, por cuanto después de proclamarse la Independencia en febrero de 1818, se imprimió un cambio irreversible al carácter del conflicto, el que migró hacia una guerra de liberación.

Por el contrario, el **Ejército Nacional**, también llamado en algunos momentos “**Restaurador**”, estaba organizado sobre la base de las unidades de línea creadas en Santiago en diciembre de 1810 y fue puesto bajo el mando del brigadier José Miguel Carrera el 31 de marzo de 1813. Con una exigua fuerza de 400 granaderos, 300 húsares y 200 artilleros, inició su marcha al sur durante los primeros días de abril, dirigiéndose hacia su zona de concentración en Talca, hacia donde concurrió una importante cantidad de milicias provenientes de Rancagua, San Fernando y Curicó. Pronto se les unirían otros provenientes de Talca, Cauquenes, Chillán y Los Ángeles. A los anteriormente citados se sumó una unidad de negros y mulatos libertos, inicialmente denominada “Batallón de Pardos”, y que por decreto de las nuevas autoridades se pasó a llamar “Infantes de la Patria”.

En este proceso, el ejército fue integrando sus cuerpos y recibiendo diversos apoyos para el sostenimiento logístico de los 6.000 efectivos que sumaba a mediados de abril, aunque en su gran mayoría con escasa formación militar, lo que dio paso a un acelerado período de instrucción. Como era de suponer, una fuerza no preparada militarmente se veía severamente afectada por las deserciones y por la dispersión de los soldados tras los encuentros iniciales. Por cierto, esta situación también afectaba a sus rivales, por lo que fue frecuente que muchos soldados terminaran combatiendo en el bando opositor. Al fin de cuentas, era una guerra entre hermanos y las ideas libertarias no permearon necesariamente hacia los estratos sociales bajos, que más bien tendían a seguir a sus líderes, o simplemente eran obligados a incorporarse a una determinada unidad, sin mayor consideración de sus preferencias o convicciones.

Una seria discrepancia entre los líderes del cambio y una sucesión de reveses en el campo de batalla hicieron que la Junta de Gobierno resolviera remover al general en jefe, designándose para su reemplazo al coronel O’Higgins, en marzo de 1814. Era éste un contexto operativo desfavorable, por cuanto no se había logrado el control del territorio y el enemigo se potenciaba en Concepción, para prontamente iniciar la presión hacia Santiago. Más aún, el enrarecido ambiente político interno y la crisis de liderazgo llegaron al extremo de dar cabida a un enfrentamiento entre fuerzas del mismo ejército, distraiendo la capacidad

militar para resolver una disputa entre sus principales líderes, permitiendo con ello que el adversario accediera a mejores condiciones estratégicas.

Así, con las tropas desgastadas y divididas, en septiembre de 1814 Carrera asumió nuevamente el mando en jefe liderando una fuerza que a estas alturas sólo contaba con cuatro batallones de infantería, un cuerpo de caballería y uno de artillería, que en conjunto apenas superaba los 4.000 efectivos. Este fue el ejército que presentó batalla en Rancagua, tras cuyo desenlace se interrumpió por completo el proceso emancipador.

Años más tarde, en febrero de 1817, se inició un proceso de refundación del **Ejército Nacional**, en el entendido que después de la victoria de Chacabuco sería necesario contar con una fuerza militar propia que permitiera consolidar la independencia. Con ese propósito se creó un cuerpo de infantería, denominado Batallón N°1 del Ejército de Chile, en lo que se podría considerar como el inicio de la reedición de las unidades creadas en diciembre de 1810.

La creación de este ejército fue también el inicio de la separación con su símil trasandino —el Ejército de los Andes— y sus unidades fueron la base de la fuerza expedicionaria que se trasladó al Perú, en tanto que otras facciones combatían los estallidos rebeldes que asolaron el sur del país, como consecuencia de la acción de los realistas y de algunas tribus indígenas aliadas que mantuvieron una porfiada resistencia.

En efecto, el 20 de diciembre de 1818 se designó al coronel Ramón Freire como general en jefe del **Ejército de Operaciones del Sur**¹⁶, que con una fuerza de 3.385 efectivos procuró la pacificación definitiva de Concepción, hasta donde habían llegado muchos realistas sobrevivientes de Maipo. Sus principales unidades fueron los batallones de infantería Cazadores de los Andes, Cazadores de Coquimbo, y N°1 y N°3 de Chile, así como una batería de artillería y el regimiento Granaderos a Caballo. Siendo relevado en el mando por el coronel Antonio González Balcarce, el 17 de febrero de 1819 daría por cumplida su misión e iniciaría el retorno hacia la capital, dejando en la zona algunas de sus unidades

¹⁶ A partir de 1818, los documentos originales que establecen la fuerza del ejército denominan indistintamente como Ejército de Operaciones del Sur, Ejército del Sur, o Ejército de la Frontera, a todas aquellas tropas acantonadas al sur del río Maule, las que eran consideradas en campaña, aunque no siempre participaran en operaciones militares. Para mayores antecedentes ver: Archivo General del Ejército, Listas de Revista de Comisario del período 1818–1882.

que continuarían con las operaciones de la llamada “Guerra a Muerte” y con las acciones que culminarían en 1827.

En mayo de 1820, el general José de San Martín asumió el comando en jefe del **Ejército Libertador del Perú** —el ejército de Chile movilizado para contribuir a consolidar la independencia en el corazón del virreinato—, que al momento de embarcarse para iniciar su traslado superaba los 4.600 efectivos, de los cuales cerca de 4.000 eran nacionales. Los cuerpos chilenos que participaron en esta expedición fueron los siguientes: batallones de infantería N°2, 4 y 5 de Chile, cuadros del batallón N°6 y del escuadrón Dragones; compañía de artesanos y parte del Cuerpo de Artillería. A ellos se suma una larga lista de soldados que integraban los cuerpos provenientes del Ejército de los Andes.

Durante la campaña, que se extendió por más de dos años, este ejército vio disminuida su fuerza, tanto por efectos de la guerra y las enfermedades, como por el licenciamiento de muchos soldados que fueron enrolados en cuerpos argentinos y peruanos. En septiembre de 1822 San Martín dejó el mando de este ejército, el que puede considerarse entonces disuelto, y dejó a sus fuerzas en Perú. Su mando fue formalmente asumido por el general Francisco Antonio Pinto recién en febrero de 1823.

Meses más tarde, y ante el peligro que representaba la posesión española del archipiélago de Chiloé, en marzo de 1824 zarpó una fuerza de 2.500 efectivos al mando del general Freire, conformada principalmente por los medios del **Ejército de Operaciones del Sur** —que estaba activado desde el 21 de febrero de 1823—, compuesto por los batallones de infantería N°1, 7 y 8, el Regimiento Guardia de Honor, el escuadrón Guías y una unidad de artillería. Esta expedición no obtuvo el resultado esperado, tanto por efecto del clima como por una errática conducción de las fuerzas, que fueron inexplicablemente divididas, perdiéndose la oportunidad de emplearlas reunidas en un lugar decisivo, tras lo cual se reembarcaron y regresaron al centro del país.

Como la amenaza se mantenía vigente, se organizó una nueva expedición en noviembre de 1825 también al mando del general Freire, con la denominación de **Ejército de Operaciones del Sur**, conformado por 2.600 efectivos distribuidos en los siguientes cuerpos de armas: batallones de infantería N°1, 4, 6, 7 y 8; Cuerpo de Artillería y escuadrón Guías. Inició sus operaciones en diciembre de 1825 y un mes más tarde concluía exitosamente su cometido con la firma del Tratado de Tantauco, que formalizó la capitulación de las armas españolas y la incorporación

definitiva del archipiélago a Chile. A su regreso, dejó dos batallones guarneciendo la zona, con el apoyo de un destacamento de artillería.

Las tensiones políticas que caracterizaron la década de 1820 llegaron a su clímax cuando un grupo de actores políticos desconoció la designación del vicepresidente de la República luego de las elecciones políticas de 1829, y los principales jefes militares tomaron posición frente a los dos bandos en disputa, creando las condiciones para emplear la fuerza militar que se encontraba bajo el mando del general Joaquín Prieto —quien era su general en jefe desde el 15 de diciembre de 1828—, con el propósito de poner fin a la incertidumbre política mediante las armas. Desde Concepción, el **Ejército de Operaciones del Sur** inició una marcha hacia Santiago, incorporando refuerzos que estuvieron a favor de deponer al gobierno establecido.

Quedó conformado por algo más de 2.200 efectivos, organizados en cuatro batallones de infantería, dos escuadrones de caballería, un cuerpo de artillería y algunas fuerzas auxiliares, principalmente de milicias con escasa instrucción. En tanto, las fuerzas gobiernistas sólo lograron movilizar un reducido número de 1.700 hombres, organizados en lo que también llamaron el **Ejército de Operaciones del Sur**, conformado por tres batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y una brigada de artillería.

El enfrentamiento de estos ejércitos en la batalla de Lircay puso término al período de búsqueda de una organización política. A raíz de aquello, se caminó hacia una mayor estabilidad institucional, lo que produjo una disminución de los efectivos castrenses. Sin embargo, muy pronto debieron nuevamente ser acogidos en las armas, tanto por la continuación del bandolerismo en el sur y reinicio de las hostilidades en la región de Arauco, como por la Guerra contra la Confederación Perú–Boliviana.

En el primer caso, el ejército que comandaba el general Prieto fue transferido al general Manuel Bulnes el 16 de septiembre de 1831, siempre con la denominación de **Ejército del Sur** o **de la Frontera**, con el cual debió contener los apremios de bandoleros y naturales en la zona de Ñuble y Biobío, hasta el año 1835.

En el segundo caso, una primera expedición al mando del almirante Manuel Blanco Encalada zarpó de Valparaíso el 13 de septiembre de 1836, integrada por 3.300 efectivos bajo la denominación de **Ejército Restaurador**, que tras una fallida incursión contra las fuerzas del mariscal Andrés de Santa Cruz

regresó a Chile. Fue nuevamente reorganizado para dar inicio a una segunda expedición, esta vez bajo el mando del general Manuel Bulnes, que asumió su comando el 8 de septiembre de 1838. Su fuerza constaba de 5.400 efectivos, distribuidos en 7 batallones de infantería, 2 regimientos y 2 escuadrones de caballería. A ellos se sumó una unidad de artillería de seis piezas.

Cubierto de glorias, el **Ejército Restaurador** regresó al país entre junio y noviembre de 1839, procediéndose a su desmovilización y al licenciamiento del contingente, resurgiendo la orgánica de paz basada en el despliegue de los cuerpos de armas en guarniciones diversas, bajo el mando de los comandantes generales y particulares de armas.

Recién desmovilizado este victorioso ejército, en agosto de 1840 se decretó que el **Ejército del Sur** se declarara en asamblea y sus fuerzas en campaña, con el objeto de mantener la seguridad en la frontera de Arauco. Esta disposición afectó a la provincia de Concepción y a las tropas de línea y milicias acantonadas allí, que se mantuvieron en tal condición hasta 1842. Nuevamente el conjunto de tropas asignadas a la Frontera mantuvo la denominación de “Ejército del Sur”, pero sólo como un nombre genérico que reflejaba su despliegue territorial, ya que no siempre estuvo activado como ejército de operaciones. En ese período, los cuerpos destinados en la zona eran los batallones 2º y 3º de Línea, el regimiento Cazadores a Caballo y una compañía de artillería.

En 1851 nuevamente se registró una crisis política que derivó en el empleo de la fuerza militar para dirimir posiciones irreconciliables. El **Ejército Revolucionario** que se constituyó en Concepción estuvo bajo el mando del general José María de la Cruz, intendente y comandante general de armas de esa provincia, y también por otras fuerzas menores en La Serena. Ese ejército estaba conformado por 3.200 efectivos, distribuidos en tres batallones de infantería, un cuerpo de artillería, y dos regimientos y dos escuadrones de caballería. De ellos, la mayor parte eran cuerpos cívicos, por cuanto las tropas de línea acantonadas en la Frontera se mantuvieron leales a sus mandos y no se hicieron parte de la insurrección.

El gobierno sofocó el levantamiento formando una fuerza operativa denominada **Ejército de Chile**, al mando del general Manuel Bulnes desde el 20 de septiembre de ese año, quien acababa de entregar la Presidencia de la República. Marchó al sur siguiendo el patrón de concentración en el Maule, incrementando sus fuerzas con milicias durante las jornadas que separaban Santiago de Talca. Bajo su conducción se agruparon los batallones de infantería

de Línea Buin y Chillán, los batallones cívicos de Chillán, Talca y Colchagua; el cuerpo de artillería; los regimientos de caballería Cazadores y Granaderos, el escuadrón Lanceros y los escuadrones cívicos de Caupolicán, Linares, Curicó, Chillán, Laja y Rancagua.

En 1859 nuevamente se produjo una insurrección, esta vez con foco en Atacama y Coquimbo, donde se formó un ejército privado sustentado por Pedro León Gallo, quien depuso a las autoridades locales y asumió el control de la zona, en especial tras vencer a las exiguas fuerzas que logró mantener bajo su control el intendente de Copiapó, teniente coronel José María Silva Chávez. Para sofocar esta rebelión, el gobierno empleó el **Ejército de Operaciones Sur** para el control de los actos insurreccionales en la zona central del país, a la vez que preparó una **División Expedicionaria** al mando del general Juan Vidaurre-Leal Morla, conformado por 6 batallones de infantería, 2 baterías de artillería y 3 escuadrones de caballería. En abril iniciaron su desplazamiento al norte —una parte embarcada y otra por tierra— hasta su zona de concentración al sur de La Serena. Habiendo controlado la insurrección y luego del regreso a sus guarniciones de origen, el ejército fue nuevamente desmovilizado y volvió a su condición de paz a partir de junio de ese mismo año.

Frente al recrudecimiento de hechos de violencia en la Araucanía en esos años, el gobierno dispuso una serie de operaciones militares tendientes a tomar el control de ese territorio y, aún más, en 1861 el presidente José Joaquín Pérez impulsó la política de incorporación definitiva de la zona. Para ello, el 24 de octubre decretó la formación del **Ejército de la Frontera**¹⁷, designando como su comandante al teniente coronel Cornelio Saavedra, con una fuerza inicial de 1.600 efectivos, distribuidos en los batallones de Línea Buin, 4° y 7°; una compañía de artillería, el regimiento Granaderos a Caballo y dos compañías de la Brigada de Infantería de Marina, que entonces era comandada por oficiales del ejército.

Esta unidad operativa inició sus funciones recuperando el control del territorio y creando una serie de fuertes que le otorgaron seguridad y afianzaron su presencia. Sin embargo, la división del territorio por la cordillera de Nahuelbuta llevó a que las autoridades formaran, el 25 de febrero de 1868, dos fuerzas diferentes: el **Ejército de Operaciones de la Alta Frontera** (sector de Angol), al mando del general José Manuel Pinto, y el **Ejército de Operaciones de la Baja**

¹⁷ El 25 de julio de 1867 esta fuerza recibió la denominación de Ejército de Operaciones en Territorio Araucano.

Frontera (sector costero), al mando del coronel Saavedra. Ambos sumaban poco más de 2.200 efectivos, considerando tropas de línea y milicias.

Con la integración de los nuevos territorios se fueron creando nuevas jurisdicciones administrativas y sus mandos fueron designados como comandantes de armas de los recién creados departamentos, pero manteniendo la condición de zonas en estado de asamblea y fuerzas en campaña, lo que permitía la provisión de recursos necesarios para las operaciones de pacificación.

El 25 de agosto de 1871 el gobierno designó como comandante militar de la Frontera al general Basilio Urrutia, de quien dependían aproximadamente 2.200 efectivos, principalmente desplegados en la Alta Frontera. Bajo la denominación de **Ejército del Sur o de la Frontera**, estuvo integrado por los batallones de Línea 1º, 2º, 3º y 4º, el Regimiento de Artillería y los regimientos de caballería Cazadores y Granaderos, los que fueron paulatinamente disminuyendo su contingente debido al decrecimiento de situaciones que ameritaran el empleo de la fuerza. Este ejército se mantuvo en funciones hasta 1884, culminando las operaciones de integración del territorio de Arauco.

Iniciada la Guerra del Pacífico, en abril de 1879 se dispuso la conformación del **Ejército de Operaciones del Norte**, iniciando su concentración en Antofagasta, con los cuerpos de línea a la fecha activados y que habían incrementado sus dotaciones desde el mes de marzo, en prevención del inicio de las hostilidades, llegando a completar 8.000 efectivos. Más tarde, en julio de ese año, las tropas concentradas en Antofagasta alcanzaron los 9.400 efectivos. Su primer comandante en jefe fue el general Justo Arteaga Cuevas, quien en julio de 1879 fue reemplazado por el general Erasmo Escala, bajo cuya conducción se dio inicio a la Campaña de Tarapacá, que permitió el control de este territorio en poco más de un mes de intensas operaciones.

En diciembre de 1879 se reforzó al ejército con nuevas tropas llegadas desde el centro del país y en enero de 1880 se reformó su estructura, que estaría distribuida en divisiones compuestas de las tres armas, con lo que se esperaba darle una organización más estable para enfrentar las futuras operaciones.

Al iniciarse la campaña de Tacna y Arica, el ejército contaba con cuatro divisiones al mando del recién designado general en jefe, general Manuel Baquedano. A la fecha ya sumaba 14.200 efectivos y sus cuerpos constitutivos eran los regimientos de Línea N°1, 2, 3 y 4; los regimientos Esmeralda, Santiago, Zapadores, Lautaro y Artillería de Marina; los batallones Valparaíso, Navales,

Atacama, Bulnes, Coquimbo y Chacabuco; los regimientos Cazadores y Granaderos a Caballo, y los regimientos de artillería N°1 y 2. A los anteriores se sumaron el Estado Mayor General, el Cuartel General del Ejército, la Intendencia del Ejército, el Servicio Sanitario, el Parque General y el Servicio Religioso.

En septiembre de 1880 se declaró en campaña al **Ejército del Centro**, ante la necesidad de aumentar las fuerzas en el norte. Aquel contaba con aproximadamente 10.000 efectivos de milicias, distribuidos en los regimientos Portales y Maule; los batallones Rengo, San Fernando, Vichuquén, Lontué, Ñuble, Ángeles, Carampangue y Arauco; la brigada cívica de artillería de Santiago y el escuadrón Freire. Su comandante era el coronel Luis Arteaga.

En forma simultánea, se autorizaba el incremento del Ejército de Operaciones del Norte y de las fuerzas que guarnecían los territorios ocupados, con un total de 35.177 efectivos. De ellos, 6.598 correspondían al **Ejército de Reserva** en Tacna, 828 a la División de Reserva en Tarapacá y 709 a la División de Reserva de Antofagasta. Los 27.042 restantes conformaron los cuerpos y unidades de apoyo que sortearon con éxito la Campaña de Lima, siempre bajo la conducción del general Baquedano, quien cesó en sus funciones en marzo de 1881, entregando el mando de las fuerzas de ocupación al general Cornelio Saavedra, con algo más de 8.000 efectivos de las tres armas.

En mayo de 1881 le fue conferido el mando en jefe del **Ejército de Operaciones del Norte** —también llamado **Ejército de Ocupación**— al contraalmirante Patricio Lynch, con una fuerza incrementada con los cuerpos de relevo que habían llegado desde Chile, alcanzando los 12.850 efectivos desplegados en territorio peruano. Con ese ejército se enfrentó la Campaña de la Sierra¹⁸.

El 21 de enero de 1882 se decretó la disolución del Ejército de Reserva y de la División de Tarapacá. Las fuerzas en Tacna fueron disminuidas a nivel de división, correspondiéndoles participar en la Campaña de Arequipa, en cuyo contexto se desarrollaron las operaciones que permitieron poner fin a la guerra.

Finalmente, en 1891 el país nuevamente se vio afectado por una insoluble crisis política que derivó en una guerra civil, en la que se enfrentaron el gobierno y la oposición congresista, conformándose dos ejércitos de operaciones sobre la

¹⁸ En agosto de 1884 regresaron al país el general en jefe y los últimos efectivos, cesando toda presencia militar chilena en el Perú.

base de los cuerpos de armas de línea y unidades movilizadas. Sus principales acciones se concentraron en Concón y Placilla, donde se llevaron a cabo dos cruentas batallas.

El **Ejército de Chile** fue puesto en campaña bajo el mando del general José Francisco Gana Castro, alcanzando 36.118 efectivos, organizados en siete divisiones conformadas por unidades de línea y movilizadas. De éstos, a la batalla de Concón se presentaron 6.300 hombres de las tres armas, bajo el mando del general Orozimbo Barbosa, correspondientes a las divisiones de Santiago y Valparaíso; en tanto, a la batalla de Placilla se presentaron 9.200 efectivos, considerando el refuerzo de la División Concepción.

En esta época ya se había dado inicio al proceso de modernización impulsado tras el término de la Guerra del Pacífico, incorporándose nuevas estructuras orgánicas —como las divisiones organizadas desde la paz— sobre las cuales se activó el ejército en campaña con una variación sustancial respecto de la vieja norma española, por cuanto se privilegió la conformación de cuatro núcleos entre Coquimbo y Concepción, que finalmente le impidieron hacerse fuerte en el lugar decisivo. Por ello, solo lograron trasladar fuerzas desde el sur cuando el resultado de la guerra ya aparecía como definido.

Por su parte, el bando congresista conformó una fuerza denominada **Ejército Constitucional**, con una dotación de 9.200 efectivos organizados en tres brigadas, bajo el mando del coronel Estanislao del Canto. A diferencia de las tropas gubernamentales, pudo concentrar sus medios en un solo punto, logrando una mayor efectividad en su empleo —pese a su menor cuantía—, principalmente basado en aspectos motivacionales, mejor equipamiento, mayor entrenamiento, claridad de objetivos y mejor liderazgo¹⁹.

Tras este enfrentamiento surgió un nuevo ejército, basado principalmente en el vencedor, al cual se fueron integrando progresivamente los cuadros vencidos. Coincidentemente, se profundizó la reforma del ejército permanente, el cual transitó decididamente hacia otro modelo organizacional, en el cual dejaron de existir los ejércitos de operaciones basados en los preceptos vigentes durante el siglo XIX.

¹⁹ Para mayores antecedentes consultar: Andrés Avendaño Rojas (2015). *Las Batallas de Concón y Placilla. Causas de la victoria. Razones de la derrota*. Academia de Historia Militar. Santiago.

REFLEXIONES FINALES

Los ejércitos de operaciones, además de haber sido la mayor expresión operativa del Ejército de Chile durante el siglo XIX, constituyeron organizaciones cuya trascendencia superó con creces las funciones esenciales para las cuales fueron organizados. De hecho, a través de ellos se pudo superar las dificultades organizacionales de tiempos de paz, especialmente en cuanto a la asignación de recursos y la relación con las autoridades locales, a través de las cuales se garantizaba la subordinación de la fuerza al poder político; lo que no se cuestiona, pero en muchas ocasiones afectó el empleo oportuno y eficiente de la fuerza.

En tal sentido, la estructura de paz, de tanto garantizar la subordinación de la fuerza terminaba afectando su operacionalidad, por cuanto —al no contar con un comando superior de nivel institucional— generaba demasiadas interferencias en aspectos esencialmente militares, como la instrucción de los cuerpos de armas.

Por ello, cuando el gobierno resolvió hacer uso de la fuerza para la solución de un problema estratégico, hubo que pasar por un proceso de adaptación desde la orgánica de paz hacia la orgánica de guerra, que muchas veces fue traumático. Tal vez por ello las fuerzas establecidas al sur del río Maule estaban declaradas permanentemente en campaña, sin que necesariamente hubiera un ejército de operaciones activado.

La lección que podemos extraer de este relato, más allá de la comprensión de los aspectos legales y reglamentarios que normaron su funcionamiento, se relaciona con la necesidad de tener en cuenta que la fuerza y sus capacidades no se improvisan, y es deber procurar que se encuentre siempre en condiciones de cumplir el mandato que le ha sido impuesto. En la época analizada, el amor a la patria, el espíritu de sacrificio y la vocación de servicio fueron las verdaderas palancas que posibilitaron la transición desde la paz hacia la guerra. Sin embargo, el proceso de modernización que se inició tras nuestra mayor hazaña guerrera — la Guerra del Pacífico— dio cuenta precisamente de que en las guerras que vendrían se requeriría de un mayor profesionalismo y de capacidades desarrolladas desde la paz. Ideas que, por supuesto, se mantienen plenamente vigentes en el tiempo presente.

Con todo, los ejércitos de operaciones permitieron concretar las acciones en las que se sustentan las mayores glorias militares de nuestro país, dando el marco legal y operativo para que miles de hombres entregaran lo mejor de sí por

la patria, sea durante la Independencia, en la consolidación del orden institucional o en las guerras externas que Chile enfrentó.

BIBLIOGRAFÍA Y ANEXOS

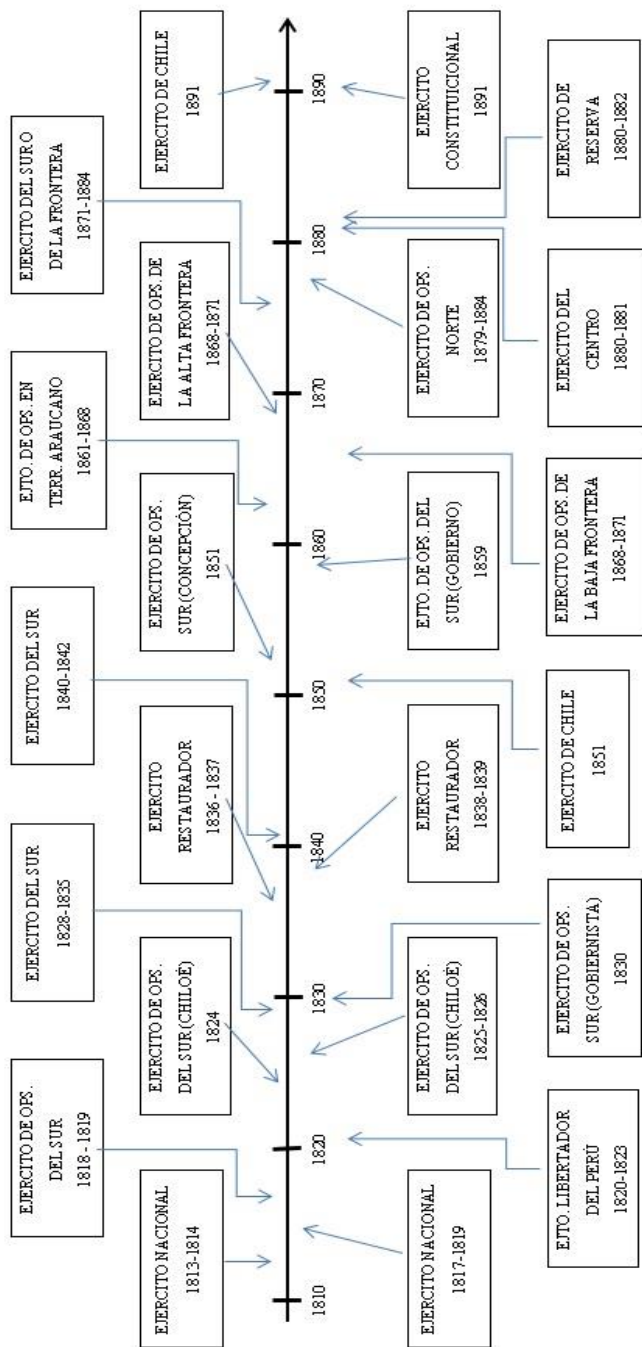
FUENTES Y ARCHIVOS

1. Archivo General del Ejército. Listas de Revista de Comisario entre 1818 y 1891.
2. Memorias de Guerra de 1836 a 1900.
3. *Ordenanza de SM para el Régimen, Disciplina, Subordinación y Servicio de sus Ejércitos* (ed. 1813), Coruña: Oficina del Exacto Correo.
4. *Ordenanza para el Régimen, Disciplina, Subordinación y Servicio de los Ejércitos de la República* (1839).
5. Varas, José Antonio. (1866). *Leyes, Decretos Supremos y Circulares Concernientes al Ejército*. Santiago. Imprenta Chilena. Tomo I al IV.

PUBLICACIONES Y TRABAJOS

1. José ALMIRANTE y Torroella. (1869). *Diccionario militar: etimológico, histórico y tecnológico*. Madrid. Imprenta y Litografía del Departamento de la Guerra.
2. Pablo RODRÍGUEZ Márquez. (2008). *La organización del Ejército en el siglo XIX. Fundamentos y evolución en el período 1830 – 1900*. Santiago. Anuario de la Academia de Historia Militar N°14.
3. Pablo RODRÍGUEZ Márquez. (2016). *El Regimiento de Artillería de Marina. ¿Soldados del mar o soldados en el mar?* Anuario de la Academia de Historia Militar N°30.
4. ACADEMIA DE GUERRA. (1999). *Mando en Jefe del Ejército*. Santiago. Trabajo de investigación del Departamento de Historia Militar y Estrategia.
5. Patricia ARANCIBIA Clavel, et al. (2007). *El Ejército de los Chilenos 1540-1920*. Santiago: Editorial Biblioteca Americana.
6. Diego BARROS ARANA. (2002). *Historia General de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria y Centro de Investigación Diego Barros Arana.
7. ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO (1980). *Historia del Ejército de Chile*. Santiago: Publicaciones Militares y Biblioteca del Oficial. IGM.

EJÉRCITOS DE OPERACIONES ACTIVADOS ENTRE 1813 Y 1891



LA MOVILIZACIÓN DE 1975. EL EJÉRCITO EN LA CRISIS CON EL PERÚ

POR ARTURO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ*

ABSTRACT

El presente artículo aborda un episodio militar muy poco conocido de la historia militar del siglo XX chileno: la tensión con el Perú de los años 1974 y 1975. El autor contextualiza el entorno político de esos años tanto a nivel mundial, como americano y específicamente en el Perú y en Chile, con la finalidad de explicar el origen de lo que constituyó una de las más grandes movilizaciones militares que ha habido en nuestra historia republicana. El artículo entrega datos militares muy concretos, como el armamento utilizado en esos años, la creación de unidades militares y su traslado al escenario bélico en el norte de nuestro país, los planes estratégicos que entonces fueron concebidos y también varios testimonios de militares chilenos a los que les tocó participar en esta masiva movilización.

PALABRAS INICIALES

Chile, en su devenir histórico, ha tenido momentos en los que frente a pretensiones externas sobre zonas geoestratégicas del territorio —y pese a estar esas situaciones refrendadas en tratados y resuelto por instancias arbitrales—, tuvo que acudir a la movilización militar, a la creación de nuevas unidades, a los traslados de éstas a las zonas extremas del país, y a incrementar en forma urgente el gasto en defensa.

En la década de 1970, nuestro país estuvo en inminente peligro de un conflicto bélico. Primero, frente a la amenaza peruana de querer reivindicar

* Magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico (ACAGUE)
Magister en Seguridad y Defensa (ANEPE)
Miembro de la Academia de Historia Militar.

territorios perdidos en la Guerra del Pacífico; luego, el problema con Argentina por el litigio en el curso de las aguas del Canal Beagle.

El Perú, por haber sido derrotado en la Guerra del Pacífico, no ha podido aceptar la ocupación y pérdida de una parte de su territorio. Es por ello que dicho país tiene en relación a Chile una política de Estado que es permanente e independiente del gobierno de turno.

Durante el régimen revolucionario del General Juan Velasco Alvarado (1968-1975), el Perú tuvo una capacidad estratégica categóricamente superior para agredir a Chile, dado el ánimo revanchista y la lógica irredentista que existía en el ámbito castrense de ese país para reconquistar las regiones de Arica y Tarapacá, aprovechando la inmejorable ventaja militar que tenía sobre Chile en ese período.

La mencionada situación hizo reaccionar al gobierno militar chileno para movilizar tropas a la frontera norte, a fin de completar las débiles fuerzas que guarnecían Arica.

El presente trabajo pretende efectuar un análisis de los momentos y de las principales situaciones ocurridas en esa época, en la cual Chile se vio amenazado por Perú, y las Fuerzas Armadas nacionales se encontraron sin capacidad operativa para poder entregar una respuesta bélica eficaz a su potencial adversario, por lo que tuvieron que recurrir a la movilización, para crear y completar unidades en la zona norte, con el propósito de mantener la integridad territorial. Asimismo, dado el real estado de precariedad en que se encontraban nuestras Fuerzas Armadas, se desea obtener lecciones y sacar experiencias, especialmente para quienes tienen responsabilidades en el equipamiento del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, porque la defensa nacional no se puede descuidar ni improvisar, pues ello constituye un alto riesgo para la seguridad nacional.

CONTEXTO HISTÓRICO

La compleja relación entre Chile y Perú tiene sus antecedentes a partir del siglo XVI y hasta después de la Guerra con España ocurrida en 1865-1866, considerando principalmente la emancipación americana de principios del siglo XIX. La revolución independentista unió a ambos países en un devenir común y sobre la base de una activa interacción. Sin embargo, a partir de la Guerra del Pacífico y, fundamentalmente, a raíz de sus consecuencias, las relaciones entre ambos Estados comenzaron a desarrollarse en un marco de recelos y

desconfianzas. Si bien es cierto que a partir de la firma del Tratado de Lima en 1929 no se han vuelto a producir enfrentamientos armados entre ellos, persistieron factores que no han favorecido un clima de cooperación e integración, y que, por el contrario, con el transcurrir del tiempo han dado origen a intereses políticos contrapuestos y que, probablemente, continuarán presentándose en futuras situaciones conflictivas.

Como una forma de explicar esta situación, se puede indicar que, durante la época colonial hispanoamericana, en Santiago se desarrolló respecto a Lima una relación que incluía cercanía y distancia. Perú era entonces la colonia más importante de España en América. Allí no solo vivían el Virrey y un conjunto de aristócratas venidos desde España, sino que también era el mayor proveedor de oro, plata y otras riquezas que se embarcaban hacia la Península. Callao era, por lejos, el puerto más importante de la Corona en el Pacífico. No había punto de comparación entre el esplendor con que se vivía en Lima, con la difícil y esforzada realidad de la Capitanía General de Chile. Todo esto creó en la élite peruana un sentido de superioridad frente a lo que era Chile, el que no desapareció cuando sobrevino la Independencia. Hacia fines del período colonial, la gobernación de Chile había desarrollado cierta autonomía con respecto al Virreinato del Perú, lo que era visto como una disminución de sus facultades por el círculo limeño.

Por otra parte, Chile consolidó su proceso de emancipación en 1818, en un plazo relativamente breve. Luego de este último hito, Bernardo O'Higgins y José de San Martín consideraron que aquella no estaría asegurada sino se lograba también la independencia del Perú. El Chile de O'Higgins fue el que hizo los mayores esfuerzos en cuanto a recursos y hombres para organizar el Ejército Libertador del Perú, afectando gravemente con ello al erario público y sin que hubiese reconocimiento alguno en Lima hacia nuestro país. Es evidente que en esa ciudad las cosas se veían de manera diferente. Además, a partir de la independencia hispanoamericana comenzaron a declinar el intercambio económico y, en general, las relaciones entre ambos países.

En Perú, ya desde antes de 1870, se veía a la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana —ocurrida entre 1836 y 1839— como parte del “expansionismo chileno”. Aunque el ministro Diego Portales la justificó por el peligro que importaba esa entidad política para la soberanía de Chile, fue percibida de otra manera en el Perú. En esos años, las luchas entre caudillos dividían a los países hispanoamericanos. De hecho, Chile combatió aliado a algunos caudillos peruanos y no hubo ninguna transferencia territorial como resultado de esta

guerra, pues solo buscaba el derrocamiento del Protector de la Confederación, Andrés de Santa Cruz.

Finalmente, lo que más influyó en el futuro de las relaciones entre ambos países fue la Guerra del Pacífico.

Dicho lo anterior, para llegar a entender la amenaza bélica peruana a Chile en la década de 1970, primero hay que situarla en el correspondiente marco mundial, que corresponde al período que se vivió a partir del término de la Segunda Guerra Mundial, la denominada Guerra Fría. América Latina se había convertido en un escenario de la lucha entre las dos superpotencias mundiales, los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se llevó a cabo una carrera armamentista, donde esta última potencia demostró ser muy competitiva.

El bloque occidental liderado por los Estados Unidos puso en marcha una política de riesgos calculados destinada —en un primer momento— a la contención de los avances del bloque soviético, y, luego, a disuadirlo de cualquier acto hostil en su contra, para evitar una conflagración de carácter mundial. Esta política condujo a la aparición de distintas zonas de conflicto, donde las superpotencias se enfrentaron de manera indirecta.

En el plano regional, los países se alineaban a uno de los dos bloques según las tendencias políticas e ideológicas de sus respectivos gobiernos. En esos años, las revoluciones estaban en su potencialidad en toda América Latina. Fidel Castro había iniciado ese período histórico en 1959 con la Revolución Cubana y luego lo habían seguido Juan Velasco Alvarado en Perú y Salvador Allende en Chile.

Velasco Alvarado era admirador de Allende, a quien respetaba mucho. Ambos se reunieron en dos ocasiones y cuando la Casa Blanca amenazó a Chile con el embargo de las exportaciones de cobre recién nacionalizado, Velasco Alvarado le ofreció hacer pasar los embarques chilenos por peruanos. Pese a las estrechas relaciones con el presidente chileno, durante ese mismo período el Ejército peruano se rearmó aceleradamente desplegándose hacia la frontera sur, mientras en Chile había graves problemas políticos y económicos.

En efecto, Chile vivió una gravísima situación interna de inestabilidad que determinó la intervención de las Fuerzas Armadas y de Orden en su proceso político. Durante este período, y en circunstancias que el país trataba de iniciar su

recuperación económica y política¹, Perú tuvo previsto reivindicar —durante el gobierno revolucionario de Velasco Alvarado— los territorios perdidos en la Guerra del Pacífico, bajo el lema “*no dejar pasar un siglo sin recuperar Arica*”. Para ello, se abasteció de armamento procedente de la Unión Soviética.

Es preciso señalar que, una vez que el gobierno militar asumió en Chile en 1973, al Ejército le correspondió reforzar ciertas zonas del territorio nacional donde se iban presentando situaciones graves desde el punto de vista del orden interior —como lo fue Santiago—, lo que motivó el traslado de contingentes desde ambos extremos del país a la capital, manteniéndose —para el caso que nos interesa— en la guarnición de Arica el Regimiento de Infantería Motorizado Reforzado N° 4 “Rancagua”, única unidad militar presente en esa nortina ciudad. Tenía esa denominación porque agrupaba medios de distintas armas y estaba al mando del coronel Odlanier Mena Salinas.

La crisis con Perú fue el primer gran desafío en el ámbito internacional que tuvo que enfrentar el Gobierno Militar durante la década de 1970, logrando finalmente que se evitara la guerra. Pero, para ello tuvo lugar un masivo movimiento de tropas, que, a pesar de su magnitud, pasó inadvertido por la mayoría de los habitantes del país.

Es necesario mencionar que cualquier controversia con el Perú impacta inevitablemente en Arica y por tanto, Bolivia se constituye en un actor importante debido a su aspiración marítima al Océano Pacífico; y, también por el lado de Perú, por ser esa ciudad considerada como la “cautiva”.

SITUACIÓN DE LA FUERZAS ARMADAS CHILENAS

Hay que recordar que, durante la década de 1950, más exactamente desde la segunda presidencia de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), la renovación de equipamiento para las Fuerzas Armadas era casi nula, particularmente en el caso del Ejército. Los incidentes fronterizos que se tuvieron con Argentina —

¹ JOHNSON Paul, “Tiempos Modernos: la historia del siglo XX desde 1917 hasta la década de los 80”, página 728, que señala: “El desastre de la UP provocó el quiebre político y económico total. La reconstrucción de la economía tuvo que comenzar sobre el trasfondo de la crisis mundial. El mérito del gobierno militar consistió en que pudo invertir el curso de la inflación originada en el gobierno que había persistido durante muchas décadas. Fue un proceso doloroso e impopular, siendo el Banco Mundial quien informó que en condiciones extraordinariamente desfavorables, las autoridades chilenas han promovido un giro económico sin precedentes en la historia de Chile.”

Laguna del Desierto en 1965, Palena y en el Canal Beagle—, además de otros problemas no menores como el diferendo sobre el cauce del río Lauca con Bolivia, demostraron que Chile carecía de material bélico suficiente para defender su territorio.

Se estima que esto fue una de las causas que motivaron el movimiento denominado “Tacnazo” del año 1969, alzamiento gremial-militar liderado por el general Roberto Viaux Marambio. Parte del acuerdo reservado que se logró con el gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva para poner fin a la sublevación, fue un plan de reequipamiento. Es por ello que la responsabilidad por la fragilidad de la defensa nacional no puede atribuirse enteramente al gobierno de la Unidad Popular, pues la postergación de las necesidades mínimas de las Fuerzas Armadas se venía arrastrando por cuatro décadas. Tanta era la pobreza de medios, que cuando ocurrió otro movimiento militar denominado “Tanquetazo” en junio de 1973, los vehículos blindados que entonces participaron tuvieron que abastecerse desde una bencinera ubicada en la vía pública, porque en su cuartel no había combustible.

La Armada, por su parte, también estaba disminuida en cuanto a su potencial bélico, e intentaba por todos los medios activar la capacidad de batalla de la Escuadra. En ese sentido, el almirante José Toribio Merino relata en su libro “Bitácora de un Almirante” que el senador Salvador Allende, en los años previos al gobierno de la Unidad Popular, ya tenía interés en conocer diversos aspectos del estado de la Armada, en especial, la situación de la Escuadra, los problemas logísticos y financieros institucionales, y los de la Marina Mercante Nacional. Para ello se programó una reunión en un hotel ubicado en el balneario de Concón, entre los personeros más cercanos al futuro presidente de Chile y una parte del alto mando naval.

La conversación la inició Allende manifestando su interés en escuchar y conocer el potencial de esa rama castrense, explicándole el almirante que gran parte de los buques eran entregados por el Pacto de Ayuda Militar con los Estados Unidos, pero debido a la carencia de repuestos y por estar algunos medios ya obsoletos, eran inoperantes en caso de un conflicto internacional. Se conversó asimismo sobre las necesidades presupuestarias y, en general, de varios aspectos institucionales que estaban muy desmejorados.

Tiempo después, estando el gobierno de la Unidad Popular instalado en la Moneda, los Estados Unidos comenzaron a poner dificultades para la entrega de medios bélicos, con el agravante de que dicha superpotencia era la principal fuente

abastecedora de Chile en ese rubro. El gobierno de Washington empezó a limitar los créditos financieros a nuestro país debido a la renegociación de la deuda externa y a la nacionalización del cobre, poniendo también dificultades para la adquisición de material bélico, e imponiendo a futuro los pagos al contado. Para entonces, se estaban ofreciendo facilidades en Europa Occidental y Oriental. Se hicieron esfuerzos para que los Estados Unidos vendieran algunos tanques, pues el Ejército contaba con un material que ya estaba obsoleto, pero no se tuvo éxito. Mientras que el Perú incrementaba sus adquisiciones de material bélico en la Unión Soviética, como los modernos vehículos T-54 y T-55.

El general Augusto Pinochet narra en el libro “Pinochet: Diálogos con su Historia”, que cuando era Jefe del Estado Mayor General del Ejército, Allende deseaba comprar armamento a la Unión Soviética, lo que sumaba una cantidad considerable de dólares. Afirmaba que los soviéticos, después del pago de la primera cuota, bajarían el valor del material a la mitad, retrotrayendo con ello las cuotas y Chile terminaría pagando cerca del veinte por ciento del costo total. Pero también había que considerar que aquel país nos dejaba una fuerte dependencia con esas adquisiciones, porque sería necesario comprar más adelante —y en forma obligada— todos sus repuestos.

Sin embargo, el Presidente Allende insistió en la compra de armas al mundo socialista, pues manifestó que había que fortalecer imperiosamente el potencial bélico nacional. Durante su mandato muchos asesores de las instituciones de la Defensa Nacional y Carabineros viajaron a los países de la órbita soviética con la finalidad de adquirir armamento y equipo, visitas que eran recíprocas en algunos casos por la afinidad de ideas de los gobernantes de turno, como ocurría entre Chile y Cuba.

Esta actividad comenzó con la intervención del Ministro de Defensa Nacional de esa época, Alejandro Ríos Valdivia, en una reunión del Consejo de Generales del año 1971, ocasión en la que dicha autoridad señaló: *“He querido asistir a esta reunión para informarles lo que se ha hecho para solucionar los problemas del Ejército, entre ellos, el equipamiento, que está en estado de postergación”*. Luego agregó: *“El Ejército determinará a la brevedad posible, qué es lo que desea adquirir en material de guerra, porque hay posibilidad de conseguir esto en diferentes países”*. A reglón seguido indicó: *“El Presidente Allende le pidió al Comandante en Jefe del Ejército que designara una persona muy calificada, para estudiar, en algunos Estados del bloque socialista, los*

La Movilización de 1975. El Ejército en la crisis con el Perú

armamentos que allí se producen y hasta qué punto esos armamentos pudieran ser utilizados por el Ejército de Chile”.

La misión le correspondió al general Guillermo Pickering V., quien viajó a Europa Oriental y Occidental. Del mismo modo, se designaron comisiones a otros países del bloque soviético, como la visita a Cuba del coronel Washington Carrasco Fernández, invitado por las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de la Policía de ese estado, tal como se muestra en las dos siguientes fotografías:



Se muestra la visita del Coronel de Ejército W. CARRASCO F. y del Teniente Coronel de Carabineros A. FERNÁNDEZ B. a una unidad blindada con tanques T-55, similares a aquellos adquiridos en esa época por Perú para invadir territorio chileno. Fotografías del archivo del autor.



La foto corresponde al archivo del autor, señala una recepción ofrecida por Fidel Castro a la delegación chilena.

Pero los militares chilenos no concordaban con esa posibilidad por las siguientes razones: el material era de características muy distintas al existente en el país, que era europeo occidental y norteamericano; también no daba confianza su eficacia; y requería, como todo lo nuevo, de muchos técnicos e instructores soviéticos. Como resultado de aquello, la Unión Soviética no logró vender armamento a las Fuerzas Armadas chilenas, a pesar del ofrecimiento de ventajosas condiciones. Desde la caída de la Unidad Popular en Chile, esa superpotencia encaminó sus esfuerzos a colocar su producción bélica en el Perú.

Con el pronunciamiento militar de 1973 en Chile tampoco mejoraron las cosas como hubiera podido esperarse. La compra de armamentos fue interferida en los Estados Unidos por la denominada “Enmienda Kennedy”. En Gran Bretaña,

Chile se vio perjudicado por el triunfo laborista en las elecciones de 1974 y posteriormente en Francia por el gobierno socialista de François Mitterrand, así como también en Italia.

En el caso de la Marina, se vio también muy perjudicada por su tradición británica. En ese sentido, Gran Bretaña y Chile tuvieron serias discrepancias en el orden político y también en el aspecto económico. En lo político, por cuanto el entonces Primer Ministro laborista, Harold Wilson, tuvo expresiones ofensivas en la Cámara de los Comunes hacia el gobierno de Chile, lo cual motivó una enérgica nota de protesta de parte de nuestro país. En el orden económico, las restricciones se refirieron a la venta de equipos bélicos para buques que estaban en construcción en Gran Bretaña y a la de motores de aviones, también de fabricación británica. Los buques se construyeron y fueron entregados pese a todas las dificultades. En cuanto a los elementos de aviación, hubo una cláusula que permitía desahuciar el respectivo contrato y fue finalmente aplicada.

En relación a la Fuerza Aérea, el general Fernando Matthei manifestó en el libro “Matthei: mi testimonio”, que los Estados Unidos, a través del Pacto de Ayuda Militar (PAM), enviaba aviones, repuestos y municiones a nuestro país en cantidades cuidadosamente dosificadas. Lo mismo ocurría con las otras fuerzas aéreas latinoamericanas que, con excepción de Argentina, pertenecían al sistema. Este pacto resultó beneficioso para el transporte y el entrenamiento, y en términos operativos aportó con una unidad de cazas anticuados, otra de bombarderos B-26 y una tercera de aviones antisubmarinos. A los gobiernos de Ibáñez y Alessandri les resultó práctico no invertir en equipar a la Fuerza Aérea, pero la Institución perdió la capacidad de planificar su desarrollo y su actividad logística —manejada al arbitrio de Estados Unidos—, y también la voluntad de proyectarse hacia el futuro. Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva se compraron a Gran Bretaña los aviones Hawker Hunter, de segunda mano, pero razonablemente modernos. También se contaba con algunos aviones F-80 y A-37, y aquellos F-5 que posteriormente Estados Unidos le vendió al gobierno militar, suspendiendo luego la venta de repuestos a causa del embargo.

Respecto del Ejército, en esos años tenía un despliegue asociado a la presencia territorial, cuya estructura estaba adaptada tanto para la disuasión como para la guerra. Se caracterizaba fundamentalmente por ser unifuncional, con un despliegue determinado por la geografía, con muchas unidades presentes a lo largo del país —todas incompletas—, las que tenían una gran dependencia de la movilización para su completación y no conformaban un sistema operativo

tradicional. Faltaban elementos bélicos y la posición en materia de equipamiento era muy precaria —inferior a la del Perú—, hecho que constituía una permanente preocupación del alto mando institucional. Entre las orientaciones que el Comandante en Jefe de la época entregó a la Dirección de Operaciones, estuvo la de propender a una disminución gradual de la proporción de fuerzas en épocas de paz entre Chile y sus vecinos, lo que en esos años significaba que Perú era ocho veces superior a Chile, y se intentaba disminuir esa proporción para llegar a solo tres. Junto con ello, también era inquietud de la autoridad institucional el avance en la reestructuración orgánica del Ejército surperuano.

En resumen, fueron años de escasas compras de sistemas complejos de armamentos, tanto por las postergaciones de los sucesivos gobiernos, como también por el bajísimo precio del cobre. Había un evidente desequilibrio en armamento con los países vecinos.

JUAN VELASCO ALVARADO Y EL PLAN INCA.

Como ya se indicó, en América Latina se vivía la época de las revoluciones. Gobernaba el Perú Fernando Belaúnde Terry, quien levantó la esperanza de la mayoría de los peruanos que veían en el joven arquitecto la expectativa de un tiempo de reformas que requería la sociedad de ese país. Sin embargo, las reformas se frustraron por la corrupción y el contrabando, lo que precipitó en 1968 el golpe de estado del general Juan Velasco Alvarado. Pero el proyecto revolucionario se fue gestando mucho antes, dada la situación interna que vivía el Perú.

Los militares del entorno de Velasco Alvarado habían estado involucrados en la campaña para combatir a los tres frentes guerrilleros surgidos en la década de 1960, inspirados en el triunfo de la revolución cubana de 1959. Estos mismos oficiales fueron quienes llegaron a la conclusión de que los guerrilleros servían una causa justa. Regresaron a sus cuarteles en Lima indignados por la miseria en el campo, por la exclusión y la pobreza de los indígenas. Informaron de todo ello a sus superiores, quienes comenzaron a diseñar propuestas de reformas que, en su esencia, sirvieron de base para formular el Plan Inca, que fue el plan de gobierno de Velasco Alvarado.

En cierta oportunidad, siendo Velasco el presidente del Comando Conjunto y, a su vez, Comandante General del Ejército, en una reunión de pasillo conversó con coroneles de su misma institución —de apellidos Gallegos y Rodríguez Figueroa— pertenecientes al servicio de inteligencia y les manifestó:

“Si esto sigue así — refiriéndose al caos interno del país— quizás tengamos necesidad de un gabinete militar, o incluso tomar las riendas del gobierno”. Los oficiales superiores respondieron: “Mi general, si existe esa posibilidad deberíamos ya estar trazando los lineamientos de un plan y de objetivos por alcanzar porque, en cualquiera de las dos hipótesis, estando en el gobierno no tendríamos ya tiempo de encarar la situación”.² Cuatro días después, cuando ya se habían sumado los coroneles Molina, Fernández Maldonado y Hoyos, Velasco recomendó a sus subalternos: “Deben ustedes estructurar un estudio que analice el curso de la acción del Ejército si la situación continúa agravándose. Trabajen el asunto con carácter estrictamente secreto. Usen como cubierta la formulación de una apreciación de inteligencia”. Finalmente, quedaron cuatro de estos oficiales superiores encargados de la redacción del Plan Inca, pues Molina fue reasignado en otro grupo de trabajo.

El general Velasco era un hombre respetado por sus oficiales. Había realizado una carrera brillante, desde que se alistó de soldado al llegar a Piura, hasta que rindió los exámenes para ingresar a la escuela de oficiales. Sus subalternos apreciaban en él a un hombre de valor, recio para el trabajo, exigente y activo, aunque sin la distancia propia de la jerarquía. Según el periodista peruano Ricardo Belmont, Velasco era una persona muy inteligente, y la misma opinión emitió el Comandante en Jefe del Ejército chileno de la época, General Carlos Prats González, después de haber visitado Lima como máxima autoridad institucional, al expresar: “El Presidente Velasco es un hombre muy inteligente, muy hábil y tiene gran ascendiente sobre su pueblo”.

Prats se refirió en el Consejo de Generales sobre algunos aspectos de interés: Perú contaba con un potencial militar respetable; el hecho de que los militares gobernarán el país no les había limitado su cohesión institucional; existía prioridad presupuestaria para el Ejército; estaba vigente el sistema de Comando Conjunto Unipersonal —vale decir, Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas—; contaban con recursos extraordinarios para las áreas de bienestar social; la Junta Militar estaba trabajando en líneas muy similares al programa de la Unidad Popular chilena, con la diferencia de no aceptar el marxismo; los miembros del gabinete —todos uniformados—no habían abandonado sus

²ZIMMERMANN ZAVALA, Augusto. (s.f). *El Plan Inca, Objetivo: Revolución Peruana*. Perú: Empresa Editora del diario oficial El Peruano, p. 36. Esta versión es coherente con el testimonio político que entrega el periodista peruano Ricardo Belmont en la p. 21 de su libro *Los once días del Perú* (2013), donde se refiere a cuatro coroneles golpistas que llevaron a Velasco Alvarado a la Presidencia de la República.

obligaciones militares y trabajaban con dualidad de funciones, lo que les imponía una labor abrumadora.

El golpe militar dado por Velasco en 1968 no fue un cuartelazo común y corriente. Los oficiales rebeldes eran mayoritariamente de origen social modesto y Velasco se jactaba de su ascendencia indígena. Habían sido formados en un molde común: el Centro de Altos Estudios Militares, que databa de 1950. Los oficiales que participaron en ese golpe no fueron admiradores de la Unión Soviética. Su alianza con esta superpotencia sería más adelante circunstancial y táctica. Una mayor identificación los vinculó a la Cuba revolucionaria mientras mostró cierta independencia ante Moscú.

Políticamente, Velasco Alvarado y sus seguidores eran indigenistas, identificados con la grandeza del imperio de los Incas. Su anhelo más profundo fue restaurar la grandeza incaica. Ello exigía borrar y vengar la peor afrenta histórica experimentada por el Perú y su Ejército: la derrota de 1879 y la consiguiente pérdida del territorio de Tarapacá.

En el palacio de gobierno funcionó un estado mayor político del presidente, el Comité de Asesoramiento de la Presidencia (COAP), compuesto por militares que serían los futuros ministros. Algunos de éstos crearon una planta propia de asesores según el modelo del COAP. La costumbre de nombrar a militares echó raíces. Del Ejército, de la Marina y de la Fuerza Aérea se reclutaba a capitanes, mayores, o tenientes coroneles, así como también oficiales en retiro, para ocupar los puestos de confianza. Pero también se dio el caso de la injerencia de ciertos coroneles en cada ministerio, cuya función era moralizar al personal, o también hacer guardia por los pasillos e identificar a los funcionarios públicos de probada conducta antipatriota.

En el caso de los coroneles, Velasco tenía dispuesto que cambiaran cada dos años, de modo que no se afectara demasiado su carrera militar. Por lo tanto, era necesario que quedaran estacionados algunos años fuera de Lima para obtener el ascenso. Como lo expresó el general Prats a su regreso de Lima, era tan arduo el trabajo que realizaban hasta altas horas de la noche los militares con responsabilidad gubernativa, que cinco coroneles fueron internados en el hospital con síntomas de agotamiento.

Para cumplir la parte militar del proyecto país que traían los uniformados revolucionarios, Velasco creó la Dirección de Asuntos Estratégicos, inserta en el Estado Mayor Conjunto, con fines de “planificar la segunda Guerra del Pacífico”

dirigida a recuperar los territorios perdidos con Chile y, si las circunstancias lo permitían, continuar la progresión hacia el sur. Junto con ello, había que rechazar también un posible ataque ecuatoriano en la frontera norte. En síntesis, el plan contemplaba un doble ataque simultáneo y blindado por el corredor de la costa, desde Chacalluta hasta Vítor —sobrepasando Arica— y desde el altiplano al valle de Azapa. Las unidades navales, así como los infantes de marina, paracaidistas, comandos y policías de asalto, cumplirían funciones de apoyo para controlar el orden interno de Arica, una vez sobrepasada. La planificación de la ofensiva peruana estuvo acotada a la reconquista de Arica. Los otros objetivos hacia la profundidad, como Iquique, quedaron en la penumbra.

Según lo expresado por el ex capitán del Ejército peruano, Eloy Villacrez Riquelme, los aprestos bélicos, los análisis efectuados y las operaciones realizadas habían conducido a la gran mayoría de los militares a disponer de criterios sólidos y contundentes para pensar que era la mejor oportunidad, desde la guerra de 1879, para recuperar las provincias cautivas de Arica y Tarapacá. Era posible afirmar que las condiciones estaban dadas para llevar con éxito esta operación³. Villacrez sostuvo que dicha operación tenía tres fases: Negro 1, que apuntaba a Arica; Negro 2, a Iquique; y Negro 3, que consistía en tomar Antofagasta y entregarla a Bolivia.

En síntesis, el objetivo del proceso revolucionario era unir en un solo proyecto político la recuperación de la integridad territorial del Perú y realizar las transformaciones estructurales que el país necesitaba para salir del subdesarrollo. Los aspectos militares de este ambicioso proyecto fueron encomendados a un nuevo organismo denominado Dirección de Asuntos Estratégicos, que debía prestar especial atención a Chile como potencial adversario.

Existen ciertas versiones que indican los motivos por los cuales Perú no cumplió lo previsto, entre ellos, la intervención de Estados Unidos, que no deseaba un conflicto bélico entre un país que parecía un satélite de la Unión Soviética —como el caso del Perú— y otro donde recién había asumido un gobierno militar —refiriéndose a Chile—. Otra versión dice relación con la justificación que tendría Velasco hacia la comunidad internacional, pues era impensable que un país iberoamericano atacara a otro sin dar más razones que el poderío de sus armas, por impopular que fuera el gobierno militar chileno ante la opinión pública mundial. También existe una tercera versión del general Fernando Matthei señalada en el libro ya citado, quien afirma que los peruanos no atacaron porque

³ Entrevista realizada en el canal peruano Nuevo Sol TV: “Este era el plan peruano para invadir Chile en 1975”.

Chile fue capaz de poner a tiempo obstáculos en la frontera, pues se sembraron minas, se realizaron todo tipo de preparativos en Arica y la Fuerza Aérea se movió rápidamente. La alerta temprana y decidida de las Fuerzas Armadas chilenas crearon un ambiente de incertidumbre en el Perú.

Una opinión parecida tiene el general Óscar Izurieta Ferrer, al afirmar que el apresto temprano de las instituciones armadas chilenas se produjo a partir del alto nivel de satisfacción de las reivindicaciones militares peruanas, por el hecho de haberse convertido este país en el principal comprador del mundo de material bélico soviético. Su Fuerza Aérea llegó a ser la más poderosa de América del Sur y su Armada sólo fue inferior a la de Brasil. Explica, además, que la priorización de ese gasto, su diseño, su evolución, la funcionalidad del nuevo armamento y la ubicación de las unidades que lo operaban, inducían a concluir que tras ello se apreciaba una ofensiva dirigida contra Chile.

Por su parte, el hijo del general Velasco Alvarado, Juan Velasco, indicó años más tarde que su padre nunca pensó invadir Chile y que sólo sabía de una reunión informal en la que se conversó la posibilidad de recuperar Arica por la fuerza, idea fue rápidamente desechada por el alto costo militar. Recordó que la pregunta que se hacían los militares en ese momento fue: “después de la ocupación ¿qué?”, haciendo referencia a la reacción que hubieran tenido que enfrentar, en primer lugar, de parte de los militares chilenos, y luego de la propia población de Arica, todo ello unido a la presión internacional.

El Ejército peruano de 1968 no era por cierto igual al de diez años atrás, pues se había transformado lentamente desde que el mando, siguiendo una escuela profesional de tradición francesa, incorporó los fundamentos de una nueva concepción sobre seguridad y desarrollo.

El coronel Edgardo Mercado Jarrín —Ministro de Relaciones Exteriores entre 1968 y 1973, y luego Comandante General del Ejército desde 1973 hasta 1975— fue el principal impulsor de las compras militares a la Unión Soviética y lo recuerda de la siguiente forma: *“Yo compré el armamento de gobierno a gobierno, yo realicé las compras más baratas del mundo. A mí me tenía preocupado el hecho de que se iba a celebrar el centenario de la Guerra del Pacífico y había que tomar previsiones. Un Ejército las toma con cinco años de anticipación, yo hablo de 1974. Era para fortalecer nuestra capacidad disuasiva,*

*para evitar una guerra, no para hacerla*⁴". Entrevistado dicho personaje por José Rodríguez Elizondo en el año 2001 en Lima, Mercado manifestó: *"El Perú, hoy, tiene que buscar una defensa defensiva-ofensiva, no ofensiva como era antes"*. El planteamiento del militar peruano aclara absolutamente que en esos años Perú se armó exclusivamente para atacar a Chile, antes que se cumplieran cien años del inicio de la Guerra del Pacífico.

En el período en que Mercado Jarrín era canciller, el periodista peruano Bernardino Rodríguez le consultó en público si había solicitado a Chile la devolución del "Huáscar". La respuesta fue tajante: *"Los trofeos de guerra no se piden sean devueltos, se rescatan"*.

El nombramiento de Mercado Jarrín para el Ministerio de Relaciones Exteriores era, a todas luces, explicable. Mercado fue en esa época el redactor geopolítico más importante del país y una figura sumamente hábil en la diplomacia latinoamericana. En un año se convirtió en el vocero de sus homólogos del continente en las conferencias internacionales.

Tenía sentimientos encontrados con el general Pinochet, apuntando al libro "Geopolítica" y repudiando públicamente la política exterior belicista del militar chileno. Pero desde el ámbito profesional, Mercado reconocía que la posición de Pinochet era más fuerte que la de Velasco, dado que se había impuesto como líder indiscutido en lo político y en lo militar, impresionándole su audacia en la conducción de país⁵.

Durante los primeros años del período de Velasco, la coyuntura política internacional era relativamente favorable. Fidel Castro procuraba un acercamiento hacia sus vecinos latinoamericanos. En Panamá, Torrijos perseguía objetivos similares a los de Velasco. En Bolivia había subido a la presidencia el general Juan José Torres, quien contaba con el apoyo de las organizaciones populares, y en Ecuador el general Rodríguez Lara había marcado un rumbo de clara tendencia nacionalista. Allende había ganado las elecciones en Chile. Y en Brasil, aunque el gobierno estaba en manos de una Junta Militar de ideología completamente diferente a la del Perú, ambos regímenes militares eran definidos en el Consejo de Ministros como "estables y nacionalistas". Eventuales intentos norteamericanos

⁴FUENTES B, Oscar. (2006). "La crisis con Perú 1973-1975". Trabajo investigativo del Diplomado de Historia Militar en la Escuela Militar", septiembre, página. 10-11.

⁵ RODRÍGUEZ Elizondo José, "Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro". La Tercera Mondadori, p.111.

de desestabilizar a gobiernos indeseables serían dirigidos, con toda probabilidad, hacia Bolivia y Chile primero y, recién en segunda instancia, al Perú, donde su Fuerza Armada estaba realizando un programa de reformas sin oposición interna organizada. Se tenía en cuenta el temor norteamericano a la “exportación del modelo peruano”, una de las razones por las que se hacía hincapié en el carácter sui géneris del experimento peruano.

Las relaciones del Perú con Estados Unidos comenzaron a empeorar en la segunda mitad de 1974. La guerra de Vietnam había concluido, el presidente Torres de Bolivia había sido destituido por un golpe de Estado; y Rodríguez Lara había fallecido y de esa manera Ecuador optó por una política pronorteamericana. El pronunciamiento militar chileno terminó con el gobierno de Allende y a partir de ese momento —según fuentes peruanas— desde Washington comenzaron a llegar equipos militares para las Fuerzas Armadas chilenas⁶, mientras se congelaban los suministros de equipos y repuestos para el Perú. Este último país, que hasta 1968 dependía en gran medida de los envíos militares norteamericanos, había comenzado lentamente a diversificar las compras de defensa a partir del gobierno de Velasco. Desde esa fecha, empezaron a llegar tanques y cazas franceses y bombarderos ligeros británicos, luego aviones de transporte canadienses, vehículos blindados alemanes, y cruceros y fragatas de Holanda y Gran Bretaña. Más tarde, al endurecerse las entregas norteamericanas de partes y equipos, el gobierno peruano acudió a la Unión Soviética y otros países del Pacto de Varsovia, así como a su antigua aliada, Francia. Tanques soviéticos, vehículos blindados de Europa Oriental, misiles guiados franceses y cazabombarderos soviéticos fueron adquiridos por Perú en condiciones favorables.

A mayor abundamiento, Velasco dispuso en esos años que se realizara una apreciación de inteligencia respecto a Chile, la que fue dirigida por quien era considerado uno de los mejores oficiales peruanos en esa área, el teniente coronel Ludwig Essenwanger⁷. La conclusión fue que “la capacidad disuasiva de que se disponía respecto al enemigo del sur era de casi uno es a uno”. Las maniobras recién efectuadas en la Tercera Región Militar en Arequipa mostraron serias carencias de equipamiento y material de guerra, y un consecuente deterioro en el entrenamiento, aunque la moral combativa de las tropas era de muy buen nivel. Basado en dicha apreciación y con el fin de romper el equilibrio, Velasco

⁶ KRUIJT, Dirk. “La Revolución por Decreto: el Perú durante el gobierno militar”, p. 207.

⁷ ARANCIBIA, Clavel, Patricia. “Chile-Perú: una década de tensión 1970-1979”. Serie histórica diario La Segunda, 27 de julio 2007.

Alvarado ordenó potenciar la fuerza en la zona sur del Perú, con el objetivo de ponerla en condiciones de operar ofensivamente contra Chile.

EL PELIGRO DE GUERRA, CHILE ACUDE A LA MOVILIZACIÓN

En marzo de 1969, Víctor Villanueva, en un ensayo titulado “Cien Años del Ejército peruano: frustración y cambios”, planteó que la derrota en la guerra con Chile había provocado un efecto traumático en las Fuerzas Armadas de ese país, al fallar en el cumplimiento de su misión. Por generaciones, se les hizo responsables de la humillación más grave de la historia nacional, “tanto que aún no logra reponerse del todo”. A juicio de este militar y sociólogo peruano, cuando esa etapa de postración y apatía es superada, la frustración sufrida se manifiesta conforme a un esquema clásico en psicología: la ira y la agresión. Entonces, “*el deseo de revancha se hace presente*”. De ahí que una guerra con Perú podía surgir sorpresivamente, impulsada por sentimientos irracionales hondamente anclados en la sociedad peruana y no por una diferencia limítrofe, que no existía desde 1929⁸.

El 1 de marzo de 1995, en declaración para el canal 10 de la televisión uruguaya, el presidente peruano entonces Alberto Fujimori descartó cualquier nuevo proyecto armamentista del Perú en relación con su conflicto con Ecuador. La razón que dio asombró a los expertos: “en América Latina no hay un Ejército que tenga tal número de tanques, aviones supersónicos, aviones rusos, misiles de todo tipo como el Perú”. Este alarde, que ya era inusual en un jefe de Estado, culminó con la explicación de que el gobierno militar peruano compró esos elementos porque “pensaba que deberíamos hacerle la guerra a Chile”.

Chile estuvo en peligro de guerra a partir del pronunciamiento militar de 1973, cuando Velasco ya venía incrementando su gasto en material bélico, mientras que nuestro país demostraba una precariedad en cuanto al armamento. La frontera norte —como ya se dijo— estaba guarnecida por el único regimiento existente en la zona. Luego, en la primera fase del gobierno militar —que duró hasta su derrocamiento en 1975—, fue cuando se produjo la mayor tensión, tanto es así que la orden de ataque estaba lista. Posteriormente, el segundo semestre de 1975 y el año 1976 resultarían altamente críticos para mantener nuestra integridad territorial, puesto que, desde el punto de vista militar, nos encontrábamos en situación de inferioridad de material bélico con Perú. Chile, por su parte, tenía

⁸ ARANCIBIA Clavel Patricia, “Chile-Perú: una década en tensión.” Serie histórica diario La Segunda, 27 de julio 2007.

clara conciencia de que en una guerra con Perú, Bolivia actuaría como su aliado. Otro motivo de intranquilidad para nuestro país era que, en 1976 un golpe de Estado en Argentina había llevado al poder a una junta militar de gobierno encabezada por el general Jorge Rafael Videla. Todo este cuadro general obligaba a observar con gran preocupación el comportamiento de nuestros vecinos del otro lado de la cordillera

El movimiento chileno del 11 de septiembre significó una alteración en los planes del gobierno de Perú; *“ahora vendrán sobre nosotros”*, comentó un general peruano en Lima. Con el término del régimen de la Unidad Popular finalizaba aquella afinidad en las relaciones vecinales de Velasco con Allende. Dado los hechos, Perú agilizó el repotenciamiento militar, aduciendo que incrementaban su armamento debido a que Chile se armó primero..., lo que no es coherente con lo expuesto por el jefe de prensa de Velasco, el periodista Augusto Zimmerman Zavala, quien en agosto de 1982 enfatizó... *“el general Velasco, que había roto por primera vez en la historia del Perú la superioridad chilena en el Pacífico y colocado a nuestra patria en posición de superioridad terrestre, aérea y naval, tuvo el sueño secreto de recuperar el Morro de Arica”*. *“Velasco quiso irse del gobierno después de dar este paso. No ambicionaba Tarapacá. Pero si quería ver ondear en la cumbre del histórico peñón, el sagrado bicolor que empuñó en sus manos el heroico coronel Bolognesi. El 6 de agosto de 1975, el Ejército peruano debió cruzar la frontera y recuperar Arica. ¿Por qué no lo hizo? El General Morales Bermúdez, Comandante General del Ejército en ese momento, debe responder a esa pregunta. Debe explicar a los peruanos por qué fue a La Paz y, en reunión con el presidente Banzer, paralizó la reconquista de Arica. Nunca, hasta entonces, había tenido el Perú una ocasión tan clara para reivindicar la soberanía nacional sobre la heroica ciudad que nos fue arrebatada por el expansionismo militar de Chile. Solamente de paso planteo estas preguntas, no sin señalar a Morales Bermúdez como el hombre que impidió que la historia ejecute su sentencia reivindicatoria, aquella relacionada con la recuperación de los territorios perdidos tras la guerra del Pacífico”*⁹.

Igualmente, ese mismo asesor periodístico reveló en el año 1995, en una serie de publicaciones en la revista “La República”, que Velasco no quería dejar el poder antes de realizar su sueño de ver ondear su bandera en la cima del Morro,

⁹ BARROS, José Miguel, “Los planes de guerra con Chile del gobierno militar peruano: la tensión en la frontera norte de Chile en los años 70”. Escrito el 17 de marzo de 1995 en el diario La Segunda. Extraído de internet el 21 de octubre de 2015.

pues creía que el planteamiento estratégico de Pinochet establecía su primera línea de resistencia en el desierto de Atacama¹⁰.

La invasión consistía en un ataque masivo sobre Chile por aire, mar y tierra, recuerda el doctor Clemente Manco Villacorta, en su libro “Realidad Nacional”¹¹. Pero los aprestos militares no pasaron desapercibidos en Chile, que a su vez empezó a prepararse para la guerra, con ciertas imprevisiones, e improvisaciones. La planificación que se mantenía vigente para una hipótesis de guerra, señalaba —en general— la destrucción o rechazo de las fuerzas adversarias que penetraran a nuestro territorio, conservando así el límite internacional con Argentina, Bolivia y Perú establecido por convenios constitucionalmente ratificados antes del inicio del conflicto, y conquistando, eventualmente, áreas de compensación.

Debido a esta crisis, en el año 1974 se elaboró una nueva planificación para atender y afrontar el peligro de guerra. Se dispuso instruir militarmente a todos los medios humanos disponibles durante un período acelerado de instrucción para el contingente recluta a fin de trasladarlo al norte y, además, buscando todo el material bélico que se disponía en esa época.

El problema de fondo en Chile —como ya se explicó— era la pobreza en materia de armamentos. Tanto fue así, que para paliar esa deficiencia en pleno período de crisis, se dispuso a la Dirección General de Logística del Ejército —entre otras tantas actividades— completar el nivel orgánico de munición y entregar como mínimo cinco días de operación a las unidades del norte, completar el armamento correspondiente a las unidades por movilizar y recuperar el material blindado no operacional de la Sexta y Primera División. A FAMAE se ordenó la fabricación de 6.000 corvos, la transformación de fusiles de 7 mm a 7,62 mm, la fabricación de 10.000 pistolas ametralladoras tipo UZI calibre 9 mm., la adquisición de las herramientas de ingenieros para el Ejército movilizado, la recuperación de los cañones anti tanques de 37 y 57 milímetros, —dando prioridad urgente a los de calibre mayor y que podrían hacer algo de daño a los blindados peruanos—. También, el traslado de diez tanques M-41 y 4 carros de transporte de personal desde la Segunda División en Santiago a la Sexta División en Iquique,

¹⁰ RODRÍGUEZ Elizondo, José, “Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro.” La Tercera Mondadori, p. 70.

¹¹www.semanarioelpoder.pe. El día que Velasco quiso invadir Chile.

con plazo urgente. Del mismo modo, durante una noche se trasladaron por tierra tres tanques M-41 desde Antofagasta a Iquique¹².

En los años setenta, Perú había llegado a contar con las Fuerzas Armadas más grandes de Latinoamérica, pues llegó a tener más de 100 aviones de combate, 600 tanques y artillería de campaña de largo alcance. Realizó importantes compras de armamento a la URSS y las capacidades materiales y humanas de las instituciones castrenses se incrementaron notablemente. El gasto estimado en defensa pasó de 119 millones de dólares en 1967 a 226 millones en 1975 y a 366 en 1980, y el total de las fuerzas peruanas creció de 54.650 miembros en 1967 hasta 76.000 en 1975 y 120.500 en 1980¹³.

Al asumir el gobierno revolucionario a partir de 1968, Perú se armó, se entrenó y preparó a sus fuerzas para una guerra revanchista en contra de Chile. Durante el año 1971 Velasco aprobó el plan peruano de invasión a nuestro país, pues existían la intención, los medios y las armas para concretarlo. Perú estaba consolidado como una potencia militar en la región y solo faltaba el momento adecuado para invadir, y ese instante estuvo cerca en septiembre de 1973 y muy cerca en agosto de 1975.

Para dar una imagen de cómo se fueron dando las cosas, es bueno seguir la secuencia de los hechos. Veamos primero este primer momento¹⁴. En Arica, a las ocho y cuarto de la mañana del 11 de septiembre de 1973 sonó el citófono en la oficina del coronel Odlanier Mena. Era el general Carlos Forestier, quien desde Iquique le comunicaba que las Fuerzas Armadas estaban asumiendo el gobierno y que debía aplicar inmediatamente el plan de seguridad interior previsto para casos de extrema emergencia. Minutos antes, el Regimiento Rancagua —con su banda instrumental y el tambor mayor a la cabeza—, había salido marchando hacia el Estadio Carlos Dittborn, a fin de ensayar para el desfile del 18 de septiembre. Mena ordenó alto la marcha y dispuso al corneta tocar “reunión de tropa”, oportunidad en que informó la situación que se vivía y dispuso ejecutar la planificación vigente.

¹² Testimonio entregado por el entonces subteniente Raúl Meneses C., oficial encargado de trasladar los tanques.

¹³ MARTÍN, Juan. (2002) *“La Revolución Peruana: Ideología y Práctica Política de un Gobierno Militar 1968-1975”*. Universidad de Sevilla, España, p.186.

¹⁴ www.portalnet.cl. Crisis de los 70 Chile-Perú: la otra casi guerra.

Señaló Mena que nadie le había advertido nada, a pesar de que mandaba la unidad más potente del Ejército. Luego de disponer el cierre de la frontera, llamó al general peruano Artemio García, jefe de la guarnición militar de Tacna, para explicarle que los movimientos militares estaban orientados a los sucesos internos de Chile y no se relacionaban con problemas fronterizos entre ambos países. El tema se hacía más crítico, pues con la caída del gobierno de la Unidad Popular se evaporaba la solidaridad ideológica que hasta entonces había contribuido a contener la guerra reivindicacionista que preparaba el Perú, cuyo plan de invasión ya había sido aprobado por Velasco Alvarado.

Luego del llamado de Mena, desde Tacna García dio cuenta de inmediato a sus superiores de Lima. Antes de las diez de la mañana el alto mando peruano se reunió en el Palacio Pizarro para evaluar la situación. *Era la ocasión perfecta para que Velasco diera luz verde a una acción relámpago sobre Arica, aprovechando la vulnerabilidad militar chilena.* Esta debilidad era más que cierta, pues las Fuerzas Armadas chilenas, volcadas hacia el interior para lograr rápidamente el control del país, estaban desplazando parte de su contingente vía aérea hacia Santiago, lugar donde se suponía habría mayor resistencia por parte de grupos opositores al nuevo gobierno.

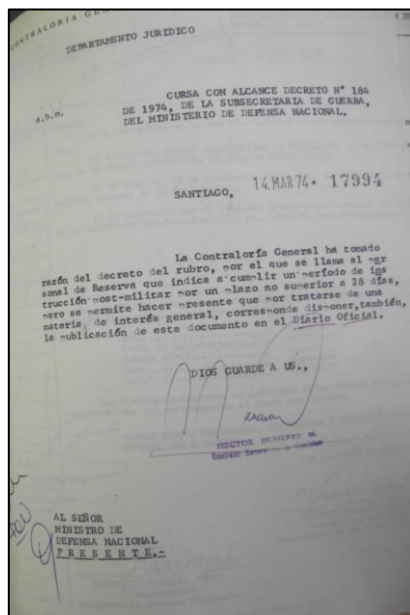
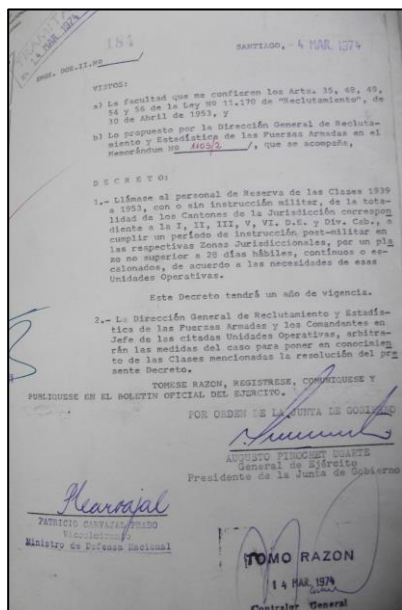
Por su parte, los peruanos, avalados por la información que estaban recibiendo de sus servicios de inteligencia, se analizaron otras posibilidades. No era descartable, por ejemplo, que las fuerzas chilenas se dividieran, dado que apenas tres semanas antes el general Prats había renunciado al mando de la Institución, porque su posición —cercana a Allende— no era compartida por la mayoría del cuerpo de generales. Quizás podría encabezar la resistencia a los golpistas, arrastrando tras de sí a una parte de los militares. Si eso ocurría, estallaría en Chile la guerra civil, generándose un escenario aún más propicio para llevar adelante las operaciones bélicas planificadas. Todo hacía aconsejable esperar el desarrollo de los acontecimientos antes de tomar una decisión irrevocable, posición que fue apoyada por la Marina peruana.

Durante el mes de septiembre la aviación peruana reforzó sus ejercicios de tiro de combate en El Callao con el fin de mejorar su precisión y comparar su puntería con la de los Hawker Hunter que se emplearon en Santiago, mientras que sus fuerzas terrestres y marítimas aceleraban sus aprestos de guerra. Chile estaba en una situación vulnerable. En todo caso, se estaba al tanto que el alto mando peruano ya tenía afinado el plan definitivo para invadir nuestro país.

La Movilización de 1975. El Ejército en la crisis con el Perú

Hay que tener presente que Perú, además de su capacidad de vehículos blindados y mecanizados, tenía dos grandes unidades consideradas de élite que podían realizar operaciones especiales en coordinación con las fuerzas terrestres: las fuerzas aerotransportadas y anfibia. Las primeras eran capaces de efectuar un ataque desde el aire con paracaidistas. Las segundas de ejecutar un asalto de infantería de marina con vehículos de desembarco desde el mar hacia el dispositivo terrestre. Para el cumplimiento de estas tareas, las pampas desérticas vinculadas con las caletas de Vítor, Camarones, Tiliviche, Tana y Pisagua, eran apropiadas para que estas fuerzas concretaran sus misiones.

Las Fuerzas Armadas chilenas activaron los preparativos de guerra sin generar alarma pública. Se ordenó el alistamiento operacional, practicándose una movilización secreta selectiva que consistió en llamar —previa elaboración y firma de los decretos respectivos— al servicio activo a reservistas de planta para incrementar los mandos de las pequeñas unidades, para reforzar, en especial, a la Sexta División.



Todo lo que se hizo se ejecutó bajo las normas legales establecidas en las leyes y reglamentos. De ese modo, el 4 de marzo de 1974 se publicó un decreto¹⁵

¹⁵ Documentos elaborados para dicha actividad y correspondientes a los actos administrativos ya señalados. Archivo Nacional. Subsecretaría de Guerra.

firmado por el General Augusto Pinochet Ugarte en su rol de Presidente de la Junta de Gobierno, y por el Vicealmirante Patricio Carvajal Prado como Ministro de Defensa Nacional —incluyendo también en dicho documento la Toma de Razón por parte de la Contraloría General de la República¹⁶—, donde se llamaba al personal de la Reserva de las Clases 1939 a 1953 —individuos entre los 21 a 35 años—, con o sin especialidad militar, de la totalidad de los cantones de la jurisdicción correspondiente a la I, II, III, V, VI Divisiones y División de Caballería, a fin de cumplir un período de instrucción post-militar en la respectiva zona jurisdiccional por un plazo no superior a los 28 días hábiles, permitiendo de esa manera el mantenimiento de la eficiencia de combate de los efectivos que componían las fuerzas de las unidades operativas ya señaladas.

De la misma forma, al año siguiente el general Pinochet, ya como Presidente de la República, firmó el Decreto N° 308 de fecha 16 de abril de 1975, junto al Ministro de Defensa Nacional General Herman Brady Roche, donde llamaba al servicio activo en el Ejército, por el término de un año, a personal de cabos y soldados de la Reserva.

En Arica, donde la amenaza era mayor, y bajo la dirección del entonces Segundo Comandante del Regimiento “Rancagua”, teniente coronel Miguel Alfonso Doren, se aceleraron los trabajos de preparación del perímetro defensivo con rodillos de alambre de púas, minas antitanque y antipersonal, tetrápodos, trincheras y camellones, que se construyeron a plena luz del día para que tuvieran un efecto disuasivo sobre los observadores peruanos.

“Por esos años yo vivía en la población 11 de septiembre, la más cercana a la frontera y todas las noches se escuchaban las caravanas de blindados que se ponían a hacer maniobras. El ruido nos tuvo despiertos por un tiempo, después nos acostumbramos. En la cima del Morro había una gran estrella luminosa que se prendía para llamar de emergencia a los militares”, dijo el ariqueño Tomas Bradanovic¹⁷ respecto a esta situación. También agregó *“de pronto Arica se empezó a llenar de regimientos, tanto en la ciudad, desierto y altiplano, se plantaron minas antipersonal en la frontera y aparecieron largas líneas de tetrápodos y trincheras antitanque alrededor del río Lluta. Parecía que todo el Ejército de Chile se había venido para la ciudad”*. A reglón seguido añadió *“a lo*

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ “Los vientos de guerra con Perú”, escrito el 22 de mayo de 2008. Antecedente obtenido en [www.bradanovic.blogspot](http://www.bradanovic.blogspot.com) el 3 de noviembre de 2014. La información es verídica, ya que los trabajos en los lugares descritos de la posición defensiva fueron conocidos por el autor.

largo de la quebrada del río seco, cerca de la frontera se construyó una línea de bunkers de hormigón que sería la primera línea de contención en caso de ataque, estaban armados con antiblindaje porque Perú tenía entonces una gran ventaja en cuanto a cantidad de tanques. El cerro del borde del río Lluta, un poco más al sur, fue excavado para formar una segunda línea defensiva”.

En los primeros días de septiembre de 1974, los servicios de inteligencia chilenos advirtieron que el dispositivo de guerra peruano se estaba activando. Las compras realizadas por Mercado Jarrín en la URSS habían comenzado a llegar y a distribuirse en la zona sur. El coronel Mena fue informado por un criptograma que el día D sería cercano a la celebración de nuestras Fiestas Patrias, por tanto, ordenó desplegar a todas sus fuerzas en posiciones de combate.

Por otro lado, Francisco Morales Bermudez, en una entrevista que tuvo con José Rodríguez Elizondo en el año 2001, dijo... *“durante el gobierno de Velasco, se produce, lo que llamamos, un reequipamiento de las Fuerzas Armadas de Perú y una vitalización de la parte sur del territorio, en materia de estructura militar. Si nosotros comparamos lo que teníamos en el norte, resulta que el sur, hablando de una estructura netamente defensiva, estaba desmantelado. Nuestro equilibrio estratégico se había roto”.* También agregó *“en 1974, en mi calidad de Jefe del Estado Mayor, debía programar el entrenamiento de las tropas y decidí hacerlo en el sur y no en el norte. Así que por primera vez se resolvió montar una maniobra conjunta en el sur, con movimientos de blindados y todo tipo de armas muy cerca de la frontera”*¹⁸.

Tal como se indicó, el problema de Chile era la carencia de armamentos. En esos momentos Perú tenía asegurado el dominio aéreo. La única base chilena en mejores condiciones era Cerro Moreno, en Antofagasta, pues Los Cóndores, ubicada el Alto Hospicio, estaba reducida a escombros. Si bien a unos 30 kms. al sur de esa ciudad —en el sector denominado Chucumata— existía una pista que corresponde al actual aeropuerto Diego Aracena de Iquique, ni siquiera contaba con agua y electricidad.

Respecto de esta situación, el General Matthei, quien en esos años se desempeñaba como Director de la Academia de Guerra y luego como Director de Operaciones, indicó:

¹⁸ RODRÍGUEZ Elizondo, José. “Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro”. La Tercera Mondadori. pp. 138-139.

“Desde los meses previos al pronunciamiento militar, las Fuerzas Armadas venían percibiendo ciertos nubarrones generados en el norte, con clara simpatía por parte de Bolivia y el apoyo indisimulado de Argentina. El gobierno del general Velasco Alvarado, de corte socialista y nacionalista, había gastado sumas que nos dejaron pasmados en su aparato militar. Junto con el rearme, el gobierno peruano concientizó a la opinión pública mediante una intensa campaña propagandística, fomentando el revanchismo militar contra un Chile que a principios de los setenta se encontraba política y económicamente débil. Mientras la mayoría de los países embargaron sus ventas de armamento hacia Chile tras el pronunciamiento militar, continuaron vendiéndole a los peruanos todo lo que ellos quisieran¹⁹”. A reglón seguido, dijo: “Perú adoptó tempranamente la política de equipar a su Fuerza Aérea con aviones más adelantados que los nuestros, comprando una cantidad adicional de ellos a Estados Unidos e Inglaterra, después de recibir la cuota Pacto de Ayuda Militar. Por otra parte, cuando Chile compró los Hunter a fines de los sesenta, los peruanos ya tenían 16 Mirage franceses. Pese a haber alcanzado esa abrumadora superioridad técnica, Velasco Alvarado continuó potenciando a la Fuerza Aérea: aumentó la cantidad de bombarderos Canberra y de cazas Mirage y compró 50 cazabombarderos Sukoi-22 en la URSS. Pero también adquirió 90 tanques AMX-13 franceses y 300 tanques T-55 soviéticos, dotando además a la defensa aérea y antiaérea de radares soviéticos y unos misiles que yo había visto durante mi viaje a la URSS en 1972”.

A la enorme superioridad técnica de la Fuerza Aérea peruana se sumaba la base secreta La Joya, cerca de Arequipa, totalmente camuflada con arena y que solo se despejaba cuando se realizaban operaciones de entrenamiento. Matthei señala que respecto a esta base aérea se tejieron todo tipo de mitologías. Nadie la había visto porque estaba prohibido sobrevolar la zona y se carecía de un adecuado servicio de inteligencia que permitiera confirmar su existencia.

El gobierno peruano continuaba estimulando a su población contra Chile. En la oportunidad que se conmemoraba un nuevo aniversario de la República del Perú, se efectuó en Lima el más espectacular desfile militar de que se tenga memoria. Nunca se había presenciado en América del Sur una exhibición de equipo bélico tan avanzado y costoso: tanques T-55 y carros de combate soviéticos, misiles tierra-aire SAM-3, SAM-6 y SAM-7 de igual procedencia,

¹⁹ARANCIBIA, Patricia y DE LA MAZA, Isabel. (2003). *Matthei, mi testimonio*. La Tercera Mondadori, p. 187.

helicópteros MI-8 artillados —también soviéticos— baterías de obuses yugoslavos de 105 mm, cañones de 122 mm checoslovacos, aviones Mirage y dos divisiones de tropas aerotransportadas que desfilaron frente a la tribuna de honor, donde junto al Presidente peruano se encontraba el Ministro de Defensa de Cuba, Raúl Castro. Se trataba, por supuesto, de demostrar poderío y de exhibir a eventuales aliados con que contaba Perú.

Y se llegó al segundo momento de esta amenaza de invasión. En el verano de 1975²⁰ los mandos peruanos tenían en sus manos la orden de batalla para invadir el norte de Chile. La decisión política estaba tomada y Velasco solo esperaba la coyuntura adecuada para fijar un nuevo día D.

En el ámbito diplomático, el General Pinochet continuó buscando un entendimiento con Bolivia, con el fin de evitar que se consumara la histórica alianza Lima-La Paz. Para ello, envió al general Sergio Arellano a conversar con Hugo Banzer, quien ideológicamente era mucho más cercano a Pinochet que a Velasco. Ello allanó las cosas, iniciándose las primeras reuniones en búsqueda de una salida a la mediterraneidad boliviana. Para Chile era fundamental abrirle opciones a Bolivia, ya que de esa forma la alejaba de una alianza con el Perú, evitando verse enfrentado a una hipótesis vecinal de guerra con dos adversarios simultáneamente.

El general chileno dispuso a la Cancillería realizar todas las gestiones diplomáticas para neutralizar a Bolivia por seis meses. El plazo no era antojadizo, según el ex Embajador Demetrio Infante, quien fue parte del equipo chileno que diseñó y negoció el Acuerdo de Charaña. *“Los militares chilenos esperaban contar para entonces con nuevos pertrechos, avanzar en el minado de la frontera norte y la construcción de trincheras antitanque. Todo para hacer frente a la amenaza bélica peruana, que bajo el gobierno de Velasco Alvarado, buscaba la oportunidad de tomar la revancha de la Guerra del Pacífico”*²¹.

En enero de 1975 las conversaciones con Banzer iban bien encaminadas cuando un hecho imprevisto precipitó los pasos diplomáticos: el propio general boliviano llamó a su colega chileno solicitándole que le tendiera la mano, ya que su gobierno estaba sufriendo el acoso de grupos opositores y un gesto concreto de

²⁰ARANCIBIA, Patricia. “CHILE-PERÚ: una década de tensión”. Serie histórica. (24 de agosto de 2007). *La Segunda*, p.1.

²¹ “El día en que Bolivia rechazó una salida al mar”. Reportajes La Tercera, Edición Impresa, 13 de diciembre de 2015.

Chile en torno al tema de la mediterraneidad podía evitar su caída. Pinochet no dudó en socorrerlo, dada la gran afinidad ideológica y respeto que existía entre ambos. Al mediodía del 8 de febrero se materializó un inédito encuentro de ambos en Charaña, que acercaba posiciones.

La audaz ofensiva diplomática chilena cayó como una bomba en Lima. “*Lamentaré recuperar de Bolivia lo que tengo que recuperar de Chile*”, declaró Velasco a un medio limeño. También le hizo ver al embajador boliviano que “recuperará Arica de Chile o de Bolivia a la fuerza”. Todos estos hechos ocurrieron en momentos en que el gobierno revolucionario de Perú atravesaba una de sus peores crisis internas. El gasto militar se había hecho socialmente insoportable y la cohesión de las Fuerzas Armadas se resquebrajaba a medida que crecía la infiltración soviética-cubana en sus filas. El peligro de una guerra civil estaba ad portas. Días antes de Charaña, el 5 de febrero, incidentes en la capital peruana habían dejado un saldo de 86 muertos y 1.800 detenidos. Además se insubordinó la Guardia Civil —que representa a la policía— por un hecho puntual acaecido entre una autoridad de Ejército y un agente de dicho servicio. Los miembros de la policía se habían sentido siempre subestimados dentro de las fuerzas militares peruanas. Como referente señalaban a Chile, país que había formado una Junta de Gobierno compuesta de cuatro miembros, a la que pertenecía el General Director de Carabineros. En el Perú, la policía ni siquiera tenía un escaño en el gabinete, pues un general de Ejército dirigía los asuntos de Interior y oficiales castrenses ocupaban posiciones directivas vitales en cada departamento. Entre las filas subalternas del personal policial reinaba el descontento por el rechazo de una demanda de aumento salarial. El maltrato de un camarada por parte de un militar de alto rango fue la gota que hizo rebalsar el vaso.

Todo esto significaba un duro traspie para Velasco. Atacar pronto a Chile no solo desactivaría una eventual confrontación entre peruanos, sino que le permitiría cumplir el sueño de su vida: ver izada la bandera bicolor en la cima del Morro.

A fines de julio de 1975, Velasco se apersonó al Pentagonito -sede del Comando de las Fuerzas Armadas- revisó los planes, analizó los mapas desplegados y entregó sus últimas instrucciones. Luego partió a Arequipa con el fin de arengar personalmente a las tropas: “*Soldados -señaló emocionado- en ustedes recaerá, para la historia, el honor de escribir la página más brillante del Ejército moderno, cuando sus botas pisen nuestro suelo santo de Arica, recién*

entonces podremos decir: ¡Bolognesi, puede usted mi coronel, descansar en paz!²²”.

Apoyado por sus asesores más directos, Velasco activó entonces el plan de guerra fijando el día y la hora para el ataque: 6 de agosto de 1975 a las 06:00 hrs. El Cuartel General Conjunto se estableció en Arequipa al mando del general Gonzalo Briceño. La fuerza naval operativa del Pacífico sur fondeó en los puertos de Mollendo y Matarani, preparándose para hostigar y bloquear Arica y Pisagua. Los paracaidistas se encontraban en Arequipa bajo el mando del coronel de comandos Domingo Pérez Santa María. Ellos serían los encargados de iniciar el ataque con un asalto aerotransportado en las zonas de Pampa de Camarones y de Pampa de Chaca, al sur de Arica²³. Esta unidad especial calculó que sus bajas bordearían el 50%, pero tendrían éxito en la difícil misión de evitar que la guarnición chilena fuera auxiliada por las fuerzas de Iquique y Antofagasta.

Realizando todas las gestiones posibles a fin de evitar la guerra, el general Pinochet sostuvo un encuentro con el Secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger, oportunidad en la cual conversaron sobre la crisis con Perú²⁴. “¿Cómo ven los Estados Unidos el problema entre Chile y el Perú?”, consultó el mandatario chileno a Kissinger, a lo cual éste respondió: “... A Estados Unidos no le gustaría ver un conflicto entre ambos países.” Los norteamericanos preguntarían quién atacaba a quién y finalmente agregó que si Pinochet tomaba Lima, tendría poco apoyo de Estados Unidos.²⁵

Al parecer, Kissinger conocía muy bien la historia de la Guerra del Pacífico, pero no sospechaba acerca de la precariedad actual de las Fuerzas Armadas chilenas. Una nueva ocupación de Lima en esas condiciones era una utopía.

²²ARANCIBIA, Patricia. Op. Cit. p.2.

²³La VI división mantenía una unidad en Quebrada Vítor, a objeto de poder reaccionar hacia Pampa Camarones o Pampa Chaca. En el año 1977, en el Plan de Guerra Soberanía, se le impuso a esa unidad operativa completar el adelantamiento del Batallón Blindado desde Baquedano hasta el campamento Chaca-Vítor.

²⁴Para profundizar sobre este dialogo, se sugiere leer el capítulo “Luces contradictorias desde USA”, del libro “Chile-Perú: El siglo que vivimos en peligro”, de José Rodríguez Elizondo.

²⁵RODRÍGUEZ Elizondo José. “Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro.” La Tercera Mondadori, página 169.

Posteriormente Pinochet declaró en 1999 que si Perú hubiera invadido Chile en 1975, el país habría sufrido una quiebra financiera y “el Ejército peruano habría penetrado hasta Copiapó”²⁶.

Durante 1975, la tensión prebélica continuaba subiendo, desde que el general Juan Velasco Alvarado amenazara —luego de la incalculada adquisición de armamentos a la URSS— con invadir nuestro país, mientras que el gobierno militar chileno se preparaba para enfrentar un posible ataque peruano. Y aunque pocas declaraciones se habían cruzado, en Chile persistía la certeza de que Velasco intentaría recuperar —al menos— la zona de Arica.

En el intertanto, los mandos regionales, especialmente las autoridades militares de Tacna y Arica, abogaban por mantener la paz. En una oportunidad, el comandante del Regimiento “Rancagua” invitó a la ciudad de Arica a una delegación peruana comandada por el jefe del destacamento militar de Tacna, ocasión en que estas autoridades caminaron por el centro de la ciudad para demostrar que las relaciones entre ambos ejércitos eran normales. Del mismo modo, retribuyendo la visita que realizó la mencionada autoridad peruana, una delegación chilena viajó a Tacna al mando del coronel Odlanier Mena como representante del gobernador de Arica, compuesto por el alcalde de la ciudad Manuel Castillo Ibaceta, el teniente coronel Oscar Acevedo Norambuena, el mayor Luis Aguayo, el capitán ayudante Jaime Izarnótegui Valenzuela, el gobernador marítimo de Arica capitán de fragata Ricardo Abbott Aguirre y el subprefecto de Carabineros teniente coronel Mario Salas Wenzel²⁷.

Bajo estas circunstancias de buen entendimiento —o “diplomacia local”—, se realizó posteriormente en la línea fronteriza de Perú y Chile la ceremonia del “Abrazo de la Concordia”.

Sin embargo, cuando esto estaba en etapa de organización, el coronel chileno Mena recibió una propuesta que lo dejó en muy mal pie. “*Hagamos un desfile* —sugirió el general Artemio García— *donde nosotros pasamos con dos escuadrones de tanques y ustedes con otros dos*”. Odlanier Mena no supo qué responderle. “*¿De dónde sacaba dos escuadrones de tanques, si en todo Chile no los conseguía?*”, reveló a un medio de comunicación. Afortunadamente, los

²⁶OYARZÚN, María Eugenia. (1999). *Augusto Pinochet: Diálogos con su historia. Conversaciones Inéditas*. Sudamericana, ps. 173-174.

²⁷MILSTEIN CH, Tatiana. (30 de mayo de 2000). *Chile-Perú: al borde de una guerra, 1974*. ANEPE, ps.44-45.

militares peruanos aceptaron la contraposición de Mena de realizar un desfile simbólico, con las bandas de guerra e instrumental, con los estandartes de combate con sus escoltas y una compañía de presentación²⁸.

El hecho precedente lo ratificó el propio general Mena, quien en una entrevista para un medio de prensa²⁹ señaló que una vez llegado a esa unidad militar de Arica, el 9 de enero de 1973, la misión que recibió fue defender la integridad territorial de la invasión masiva de blindados peruanos que se podía producir en cualquier momento. Orientó todos sus esfuerzos de día, y muchas veces de noche, fijándose como primera tarea tratar de evitar la guerra en la medida de lo posible. Su misión era defender Arica durante siete días, como mínimo. Pero estimaba que no alcanzarían dos días, por la precariedad del armamento y la desproporción de fuerzas.

También Mena recordó que en circunstancias que el general Pinochet se encontraba inspeccionando la zona de Arica, durante una noche tuvo la oportunidad de conversar largamente con él —quien era un gran conocedor de la personalidad y del pensamiento estratégico de Velasco Alvarado, como también del general Mercado Jarrín, el cual a la fecha era el comandante del Ejército peruano—. Pinochet sabía que tenía al frente a enemigos poderosos. Estaba al tanto de la influencia de Mercado, un gran estudioso de la guerra de 1879, de la cual había sacado útiles lecciones —entre ellas, evitar de nuevo la imprevisión y actuar ofensivamente para lograr resultados decisivos—.

En síntesis, Mena señaló que con las fuerzas que tenía en ese momento, “defendería tenazmente” la ciudad de Arica, pues no tenía previsto retroceder hacia las quebradas de más al sur, a pesar que éstas ofrecían una mejor línea de defensa. La mantención de Arica constituía un obstáculo para el enemigo.

Estaba más que claro que las Fuerzas Armadas, y el Ejército en particular, mantenían una situación de absoluta precariedad en armamentos para hacer frente a una crisis externa.

²⁸ Testimonio entregado por el entonces subteniente Tulio Hermosilla Arriagada, quien participó en dicha ceremonia como portaestandarte del Regimiento de Infantería Motorizado Reforzado N° 4 “Rancagua”.

²⁹ OLIVARES, Lilian. “Las Memorias del general Odlanier Mena.” (22 de septiembre de 2012). *La Segunda*, ps.13, 15-16.

Volviendo a la intención peruana de invadir el norte de Chile, aún circulan innumerables versiones “de por qué Velasco nunca dio la orden de iniciar la ofensiva”. Una de ellas —de origen peruano— relata que cuando Perú se aprontaba a lanzar su ataque sobre Chile, los satélites estadounidenses registraron los movimientos de la tropa y la Casa Blanca fue quien detuvo a Velasco. Para Estados Unidos, los vínculos peruanos con la URSS eran un poderoso argumento para impedir la agresión, además de que a Washington jamás le ha interesado un conflicto militar en Sudamérica, por las consecuencias que podría acarrear en esta área de su influencia.

Otra versión —recogida por la Marina chilena— apunta a que fue la fuerza naval peruana el gran freno para una incursión bélica. Siendo la rama más conservadora de las Fuerzas Armadas peruanas —y con difíciles relaciones con Velasco durante todo su gobierno³⁰—, los altos mandos habrían declarado no estar listos en 1975, ya que su rearme había sido el más lento de todos y su poder de fuego se consolidaría sólo unos años después.

Las relaciones con la Marina habían sido incómodas desde 1972. Como miembro de la Junta, el Vicealmirante Vargas Caballero había asumido una actitud de oposición relativamente independiente. En 1974 dimitió como ministro de Marina por un conflicto acerca del rol de la Junta con respecto al presidente y fue reemplazado por oficiales más reformistas —como Arce y Faura—. Entonces las perspectivas de continuación del régimen y consolidación de las reformas parecían sumamente favorables.

Tampoco se puede descartar la acción diplomática chilena que acercaba posiciones con Bolivia y que concluyó con el “El Abrazo de Charaña” en febrero de 1975, lo que obviamente produjo en el Perú una suerte de “téngase presente”, porque en caso de un enfrentamiento armado con Chile, su aliado histórico podría mantenerse tranquilamente en La Paz.

Pero Perú, dado su potencial bélico, no requería el apoyo de otro país.

También estaba el debilitamiento de la salud del presidente peruano, que ya el 28 de febrero había sufrido un derrame cerebral. Pero, lo que hizo que bajara

³⁰ La Marina peruana se mantuvo al margen de la intervención militar de 1968 y la aceptó sólo por ser un hecho consumado. El vicealmirante Luis Vargas Caballero, al mando de la Marina y miembro de la Junta Revolucionaria hasta 1974, dejó sus cargos tras varios desencuentros con Velasco. BÉJAR Héctor, apuntes “Los últimos meses de Velasco”, página 148.

un poco la tirantez fue su derrocamiento el 29 de agosto de 1975. Paradójicamente, el hombre que lo sacaría del Palacio Pizarro sería el mismo a quien el propio Velasco había señalado como su sucesor, el comandante general del Ejército, General Francisco Morales Bermúdez, uno de los conspiradores del golpe de Estado de 1968.

El diplomático chileno Demetrio Infante Figueroa, quien estuvo en la embajada en Lima en esos años, consultó en una oportunidad al general Morales Bermúdez qué lo había llevado al derrocamiento de Velasco desde Tacna, manifestando éste lo siguiente: *“Allí se encontraba como comandante de esa guarnición el general Artemio García, amigo mío, quien me sugirió que en esa sureña ciudad la población podía percibir en mejor forma el golpe de estado, además de otras consideraciones. Pero también, el general García me había manifestado que la preocupación de los chilenos en Arica por la salida de los tanques a la calle sería informada al general Odlanier Mena, pues había muy buenas relaciones entre ambos”*³¹. Y así ocurrió.

LOS PLANES CHILENOS, CREACIÓN DE UNIDADES Y TRASLADO AL NORTE

Al asumir la Junta Militar de Gobierno en septiembre de 1973, las unidades del Ejército se encontraban, en general, deterioradas y disminuidas por la situación social y económica del país. Basta solo recordar las causas del Tacnazo y el Tanquetazo, por tanto la amenaza peruana encontró a las Fuerzas Armadas chilenas muy frágiles. Este hecho obligó a acelerar los procesos para los egresos del personal desde las respectivas escuelas matrices, y la destinación de promociones completas de oficiales y clases al norte del país.

Es útil recordar que la lista de tropas del Primer Cuerpo de Ejército debía completarse, de acuerdo a lo planificado, con unidades provenientes de la zona central del país, lo que se denominaba núcleo de completación. Ello porque el potencial humano movilizable en la zona norte no permitía cubrir las necesidades y también porque la cantidad de medios que fueron previstos por las unidades bases de movilización no fueron suficientes.

En el ámbito institucional, el Ejército realizó una nueva reestructuración y materializó el traslado de unidades, creando e incrementando regimientos en la

³¹ Infante F. Demetrio “Confidencias Limeñas: Charaña, espionaje y algo más.” Catalonia, año 2004, pág.94.

región norte, de forma que se mantuvieran desde la paz en sus zonas de empleo y modificándose la estructura de la unidad operativa que cubría dicho escenario. Ello contribuyó a apaciguar al Perú, y por qué no decirlo, de algún modo también colaboró directamente al éxito de la disuasión.

En virtud de lo anterior, se completaron las dotaciones del Regimiento de Infantería Motorizado Reforzado N° 4 “Rancagua”³², se organizaron el Regimiento de Ingenieros N° 6 “Azapa” y el Regimiento de Caballería Blindada N° 9 “Vencedores”, todos en Arica; como también, el Regimiento de Comandos N° 6 en Iquique y el Regimiento de Infantería N° 24 “Huamachuco”, en Pacollo.

Del mismo modo, se desplazaron hacia sus zonas de empleo otros medios, reestructurándose así el Regimiento de Artillería N° 6 “Dolores” desde Iquique hacia Arica y el Regimiento de Infantería N° 5 “Carampange” se trasladó desde el litoral iquiqueño al sector de Baquedano, entre Huara y Pozo Almonte.

Algunos de los cuerpos nombrados surgieron del glorioso “Rancagua”, tales como el Huamachuco y el Azapa. Ahora bien, para la creación de la unidad de caballería que se acantonó en Putre, fue organizada a base de un escuadrón que llegó primeramente al “Rancagua”, para luego ser trasladado a dicha localidad altiplánica, conformándose con oficiales, clases y soldados provenientes de varias unidades del arma de caballería, como fueron: la Escuela de Quillota, el Regimiento “Húsares” de Angol, el Regimiento “Cazadores” de Valdivia, el “Haras Nacional” de San Bernardo, el Regimiento “Coraceros” de Viña del Mar y el Regimiento “Guías” de Concepción, entre otros.

Con lo manifestado en el párrafo anterior, el lector podrá imaginarse los esfuerzos que se hicieron para trasladar y crear nuevas unidades con la finalidad de impedir la invasión peruana, como también la carencia de material de guerra en las Fuerzas Armadas chilenas, y particularmente, en el Ejército.

Por otro lado, se dispuso la completación de la compañía de ingenieros del “Rancagua”, como también la activación del batallón de la misma arma en la Sexta División en Iquique.

³² Fue la primera unidad militar creada en Arica. Se planificó la construcción del cuartel el año 1922 por la firma Franke y Jullian para el Regimiento de Artillería “Velásquez”, que cubría guarnición en Tacna. La construcción definitiva en pabellones de cemento armado se hizo entre 1923 a 1925. El Regimiento Rancagua lo ocupa desde el año 1929.

Del mismo modo, debido al acelerado incremento de unidades, y para contar con el apoyo logístico necesario, se dispuso la creación de la Tesorería en Arica para atender el rubro financiero de la tropa perteneciente al “Rancagua”, al recientemente formado Regimiento de Ingenieros N° 6 “Azapa”, al Grupo de Artillería y al Destacamento “Huamachuco”.

También se dispuso trasladar pelotones de telecomunicaciones desde Santiago, Curicó y Valdivia, a objeto que éstos materializaran los enlaces con las tropas de combate desplegadas en las zonas de operaciones norte.

Todas estas unidades pasaron a formar parte de la Sexta División, situación que permitió enfrentar en mejores condiciones la amenaza peruana, como también lograr disuadir a Velasco Alvarado. Lo anterior significó un gran esfuerzo económico y material para el Ejército, ya que se vio en la necesidad de disminuir prácticamente la capacidad del resto de las unidades ubicadas en el centro y sur, para priorizar el equipamiento en el norte. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que en la zona austral existía un clima tormentoso sobre las aguas del Canal Beagle, por las demandas de Argentina que reclamaba las tres islas chilenas situadas al sur de dicho canal. Por lo tanto, al país se le abría un nuevo frente bélico.

También es necesario señalar que considerando las exigencias operativas de la I División en el frente con Bolivia, se dispuso el traslado del Regimiento de Ingenieros N° 1 “Atacama” desde Copiapó a la guarnición de Chuquicamata, debido a que esta unidad de apoyo se encontraba a más de 700 kilómetros de su zona de empleo, creándose en aquella ciudad el Regimiento de Infantería Motorizado N° 23 “Copiapó”, unidad que ocupó las mismas instalaciones del regimiento de ingenieros.

Es útil también señalar que el Comandante en Jefe del Ejército aprobó un plan de operaciones puntual para este caso. Dicha planificación correspondería a la intención del general Forestier de atacar primero al Perú. Estaba convencido que, efectuando un ataque preventivo —al estilo de los israelíes en la Guerra de los Seis Días de 1967— se podría evitar una invasión a territorio chileno. El mencionado general tenía fama de enérgico, estricto y abiertamente antiperuano. Los oficiales a sus órdenes le temían y los peruanos lo tenían apodado “el Rommel chileno”. Pero, a pesar de todo, su sola presencia al mando de la zona militar del norte constituía un factor de disuasión, debido a que en ese período se practicaban ejercicios permanentes en las pampas desérticas y nunca se ha discutido su mérito

por haber logrado elevar el grado de alistamiento de las unidades y el espíritu de combate de las tropas a su mando.

En relación al general Forestier, en circunstancias que el entonces Ministro de Defensa de la época, Herman Brady Roche, visitaba Lima con el propósito de buscar una “distensión”, se efectuó una actividad hípica en el hipódromo de Monterrico, asistiendo también toda la plana mayor del Ejército peruano, entre ellos, el general Bensaque, quien era el Director de Inteligencia. Ya en la fase social del evento, en un determinado momento este general manifestó muy seriamente a un diplomático chileno que se encontraba allí “*Dime, ¿qué pretende el pendejo de Forestier? ¿quiere ir a la guerra? Que sepa que si eso es lo que busca, estamos listos*”³³.

Mientras tanto, las tropas chilenas continuaban su entrenamiento para el combate. Entre estas unidades estaban los paracaidistas, que se adiestraban en zonas del desierto de Atacama vistiendo unas tenidas de combate de mimetismo zona norte, siendo los únicos integrantes del Ejército que contaban en ese período con este tipo de uniforme, manteniéndose estas tropas de élite en constantes ejercicios en dicho escenario geográfico.

Desde el punto de vista práctico y acorde a los escasos medios aéreos, las unidades de paracaidistas se organizaron a base de compañías de 106 hombres con elementos de choque y de apoyo de fuego (morteros livianos de 60 milímetros y ametralladoras), con la finalidad que éstas se emplearan completas de acuerdo a la capacidad de las aeronaves de la FACH, que en dicho período solo contaba con 2 aviones Hércules³⁴.

También se tuvo en consideración la utilización de fuerzas aeromóviles, que estaban en reciente creación. Para ello, en el año 1973 se dispuso estudiar y definir —antes de los plazos en que debían formularse los presupuestos para los años 1974 y 1975— las orgánicas definitivas de las dos unidades aeromóviles, el Regimiento de Caballería N°4 “Coraceros” con guarnición en Viña del Mar y el Regimiento de Caballería N° 7 “Guías” ubicado en Concepción; de manera que,

³³ INFANTE F. Demetrio, “Confidencias limeñas, Charaña, espionaje y algo más”, Catalonia, año 2014, pág.109.

³⁴ Cabe tener presente que la capacidad real de este tipo de avión es de 64 paracaidistas cómodamente sentados. La crisis que se vivía obligó a readecuar los medios de transporte extrayendo los asientos y, de ese modo, lograr ubicar en forma dificultosa a la unidad completa al interior del avión.

complementadas ambas —o en forma independiente—, constituyeran un núcleo de combate que bajo el mando del comando de tropas del Ejército permitiera su entrenamiento, adoctrinamiento y trabajo, en estrecha coordinación con la unidad de aviación.

Respecto a la comparación de fuerzas entre Perú y Chile, tal era la superioridad que había implementado el primero, que, de consumarse la invasión, habría sido muy difícil poder contener por parte de nuestra defensa a la arrolladora fuerza de las unidades blindadas y mecanizadas atacantes. Según los datos obtenidos por el Estado Mayor General del Ejército, las fuerzas en presencia de los peruanos estaban constituidas por 10 batallones de infantería motorizado; 1 batallón de tanques; 1 batallón de tiradores blindados; 3 grupos de reconocimiento mecanizados; 2 grupos de caballería; 2 batallones de paracaídas; 2 batallones de comando; 2 grupos de artillería 155 milímetros; 6 grupos de artillería 105 milímetros; 2 batallones de morteros 120 milímetros; 1 compañía antitanque, 7 batallones de ingenieros y 2 batallones de infantería de marina. A esa poderosa fuerza, nuestro Ejército se oponía con solo 3 batallones de infantería motorizado; 1 batallón de tanques reducido; 1 compañía de fuerzas especiales; 1 grupo de artillería 155 milímetros reducido y 2 grupos de artillería 105 milímetros.

Con respecto a las unidades blindadas, la dotación de tanques con los cuales Perú hubiese iniciado la ofensiva, estaba constituido por 30 modelo M-3 con cañón de 37 milímetros; 55 M-4 de calibre 105 milímetros; 34 AMX-13 de 75 milímetros y 74 AMX-13 con cañón de 105 milímetros, ambos de fabricación francesa, y finalmente los poderosos T-55 de fabricación soviética con cañón de 100 milímetros en una cantidad de 50. Por el lado nuestro, solo existían 32 tanques M-41 con cañón de 76 milímetros, de los cuales dos de ellos no estaban operacionales. Había otros modelos de vehículos blindados, como 17 tanques M-4 y 21 M-24, pero ninguno de ellos estaba en condiciones de operar.

En relación a este cómputo, se estima necesario hacer algunos alcances con respecto a las unidades de tanques.

Teniendo presente que los blindados chilenos M-4 utilizados se transfirieron en el año 1952 gracias al Pacto de Ayuda Militar (PAM) —siendo utilizados por Estados Unidos en la campaña del Pacífico contra el Japón durante la Segunda Guerra Mundial—, ya estaban bastante usados y desgastados; como así mismo, aquellos M-24 y M-41 que —señala el documento de la fuente— llegaron a Chile a partir de 1963 junto con algunos carros de transporte M-113.

Concluyendo, nuestro país tenía material de las décadas de 1950 y 1960, mientras que Perú contaba con material moderno adquirido recientemente en Francia y en la URSS.

Ahora, con respecto a la maniobra de carácter ofensivo que nuestro Ejército había diseñado como previsión, el General Matthei emitió la siguiente opinión: *“Aproximadamente en mayo de 1974 se rumoreó que el General Pinochet habría aprobado un plan de guerra preparado por el Ejército para un ataque preventivo contra Perú. El General Forestier estaba convencido de que nosotros debíamos atacar primero, al estilo de los israelitas en la denominada guerra de los seis días en 1967, porque de lo contrario, los huesos de nuestros soldados blanquearían el desierto. Si bien es cierto, la doctrina concordaba con la doctrina de bombardeo estratégico mantenida por la Fuerza Aérea, nuestras modestas capacidades no daban para caer sobre el enemigo en forma de un terremoto que lo destruyera todo”*. A continuación, agregó *“Cierta día me llamó el Jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea General Gabriel Van Schouwen, disponiendo que asistiera a una reunión de la Junta de Gobierno en el Estado Mayor de la Defensa Nacional, a fin de analizar los planes de guerra contra Perú, y que llevara la posición de la FACH”*. Luego, dijo: *“Los expositores del Ejército se lucieron, desplegando todo tipo de cuadros comparativos de potenciales, de fuerzas de logística, de personal de movilización. Todos perfectos, y a color, para demostrar la abrumadora superioridad de los peruanos en cantidad y calidad. Pero, curiosamente, concluyeron que lo mandatorio sería atacar a Perú por sorpresa y conquistar hasta la línea del río Sama a fin de negociar, pues bastaba con el arrojo de los chilenos, su moral superior y el corvo para vencer la superioridad peruana en hombres, cañones y tanques”*. Agregó el general: *“la exposición de la Armada consistió en requerir millones y millones de dólares para ir a la guerra, y como bien sabía el alto mando, esos recursos no estaban disponibles. Luego, correspondió mi turno, me paré frente al General Pinochet y le señalé que no traía ningún cuadro, porque con ellos podría engañarlos. Yo le voy a contar la verdad mi general y la verdad es que, en caso de guerra, el Ejército solamente verá aviones enemigos, nunca un avión chileno. En el norte tenemos una sola pista habilitada en Antofagasta y los peruanos tienen 24 bombarderos Camberra que pueden volar a 41 mil pies de altura, llevando ocho bombas de mil libras cada uno. ¿Cómo van a tener tan mala puntería como para no pegarle con una bomba a la pista?... Imposible”*. A reglón seguido señaló: *“Por otra parte, la Fuerza Aérea peruana es cuatro o cinco veces más poderosa que la nuestra, porque tienen más aviones Mirage, mientras que nosotros tenemos los Hunter, y tienen además F-86 y Hunter-4. Con todo, lo importante no es su poder, sino el*

hecho de que nosotros ni siquiera vamos a poder despegar. Teniendo ellos la iniciativa, obviamente van a bombardear la única pista que tenemos, y por la falta de radares para detectarlos, recién vamos a enterarnos del ataque cuando las bombas nos estén cayendo encima. Tampoco tenemos cañones antiaéreos, misiles antiaéreos ni otros equipos para defender la Base. Hasta ahí llegamos y hasta ahí llegó la guerra para la FACH. Esa es nuestra situación. Puedo garantizar que los peruanos harían pedazos a la Fuerza Aérea de Chile durante los primeros cinco minutos de guerra”.

Por otro lado, desde el puerto de Valparaíso zarpaba en distintos transportes de la Armada el contingente del Ejército que había realizado un Servicio Militar acelerado de tres meses, desde unidades situadas en la zona central y sur de Chile. Al autor del presente trabajo le correspondió trasladar soldados conscriptos en la barcaza “Policarpo Toro”, provenientes del Regimiento “Maipo”, iniciándose la navegación una noche del mes de enero de 1975 antes del amanecer del día 5. Aproximadamente a las dos de la madrugada la nave ancló en la histórica bahía de Pisagua, quedando a la gira en ese lugar. Desde la barcaza el contingente se transbordó a unas embarcaciones llamadas *pangas*, cuya capacidad podía acoger a un centenar de soldados. Dicho desembarco no duró más de un par de horas, pues antes de aclarar el día ya retornábamos de regreso al sur, solo con el personal de instructores de cada unidad.

De vuelta en Valparaíso, al día siguiente me embarcaba en la misma nave con otro grupo de soldados, a objeto de efectuar un segundo traslado. O sea, durante todo el mes de enero de 1975 estuve navegando para transportar contingente al norte, dada la delicada situación que se tenía con Perú.

En esta segunda ocasión el destino fue Arica, atracando la nave directamente en el mencionado puerto, porque la crisis pasaba por el momento más tenso y el Ejército requería completar las unidades de esa zona fronteriza a la mayor brevedad.

Una vez entregado el contingente en el puerto de Arica a las unidades receptoras, capté la gravedad de la situación. El Ejército estaba en “pie de guerra”. Todos aquellos militares con quienes logré conversar, manifestaban que el enfrentamiento bélico era inminente. Se notaba una “atmósfera bélica”.

Junto con la tripulación de la nave, el ya mencionado Segundo Comandante del Regimiento Rancagua nos sugirió concurrir a conocer las posiciones defensivas ubicadas al norte de Arica. Se pudo evidenciar un puesto de

mando bajo tierra en las inmediaciones del río Lluta, como también la instalación de cargas explosivas en los puentes que cruzan las diferentes quebradas de la Ruta 5; el clásico corvo garra de águila era llevado al cinto por todo el personal y los pequeños cañones de 37 y 57 milímetros estaban ubicados y camuflados entre unos cerrillos de tierra denominados camellones, trincheras y parapetos. La idea era retardar o impedir -en la medida de lo posible- la progresión de las poderosas unidades blindadas y mecanizadas peruanas compuestas en su mayoría por tanques T-55 de procedencia soviética.

Con los ingenieros militares se construyeron refugios con losas de concreto para vehículos con cañones anti blindaje de 106 milímetros, trincheras denominadas “pulpos” que permitían a una escuadra de infantería el empleo de sus armas en 360°, instalaciones subterráneas para minimizar los bombardeos aéreos y de la artillería enemiga, además de campos minados en amplios sectores de la posición defensiva.

Por otro lado, la Infantería de Marina tenía reforzada las caletas de Vítor, Camarones y Pisagua, instalando cañones provenientes de aquellos antiguos buques de guerra dados de baja, algunos como señuelos y otros que se mantenían operativos.

Con la precariedad de armamento que se tenía en ese tiempo, nuestro Ejército se preparó para la defensa ante el probable ataque peruano, observando en aquella ocasión, que, a pesar de la pobreza existente en material y equipo, la gente se mostraba motivada porque estaba ejecutando lo que había aprendido.

Con el derrocamiento de Velasco Alvarado en agosto de 1975, bajó levemente la tensión. El Ejército continuó reforzando el norte y las unidades recién creadas y movilizadas se asentaron en sus nuevos cuarteles, algunos de circunstancias y otros en proceso de mejoras, pues se ocuparon antiguas instalaciones que previamente fueron fábricas de automóviles. Se continuaba realizando la optimización y el mantenimiento de las posiciones defensivas, debido a que no se descartaba una nueva amenaza. Además, hay que dejar en claro que, en el escenario austral, los vientos estaban produciendo grandes marejadas en la zona del Canal Beagle.

ALGUNAS REFLEXIONES

Tal como se comprobó en el presente estudio, durante el gobierno revolucionario de Velasco Alvarado ha sido la única vez que el Perú demostró

capacidad estratégica categóricamente superior para agredir a Chile, pero le faltó la voluntad política para ejecutarlo. Dado lo anterior, Chile debe mantener la capacidad disuasiva y seguir invirtiendo en defensa.

Cuando el ex Canciller boliviano Walter Guevara exteriorizara su pensamiento diciendo “*La Guerra del Pacífico no ha terminado ni para Bolivia, ni para Perú y, por consiguiente, ni para Chile*”, deja claramente establecido que los problemas vecinales continuarán manifestándose.

Chile siempre debe considerar que de ninguna manera se extinguirá la lógica irredentista peruana sobre sus antiguos territorios. En otras palabras, la reivindicación política sobre Tarapacá y especialmente a la provincia cautiva de Arica —como ellos la llaman— continuará vigente. En dicho escenario, ese irredentismo se mantendrá vigente por la compleja razón que esta corriente ideológica nacionalista que se alimenta del conflicto con Chile —transversal a toda la sociedad peruana— sabe muy bien que el valor de uso de ese territorio —tanto del perdido como del pretendido— constituye una plataforma política de acercamiento hacia Bolivia. Constituye, pues, un factor geopolítico central que le permite seguir manteniendo a La Paz rivalizando constantemente con Santiago. Renunciar a este elemento es prohibitivo para el Perú, pues implica, *liberar* a Chile de una presión geopolítica importante en su frontera norte³⁵.

Chile debe estar siempre abierto al diálogo con los países vecinos y respetar sus decisiones internas. Pero también tiene la obligación de mantener un principio permanente de su política exterior, y condicionar clara y abiertamente su posición ante las acciones de los gobiernos limítrofes.

Por otro lado, Perú tiene en relación a Chile una política de Estado que no se modifica por la simpatía o antipatía que pueda sentir hacia nosotros el gobernante de turno. Perú siempre le ha asignado mucha mayor importancia —y también recursos— a sus relaciones con nuestro país, ya que Chile es clave para Perú; mientras que para nosotros el Perú es tan solo importante, lo que por cierto nos pone en desventaja, desde el momento que carecemos de esa visión estratégica, y de dos supuestos que le dan sentido y dirección a su política exterior: la insatisfacción peruana con los límites que le legó la Guerra del

³⁵LEYTON, Cristian. ELMOSTRADOR.CL, (01 de agosto de 2012). “Post Haya: ¿fin de los conflictos territoriales con Perú?”

Pacífico y la preferencia a tener una frontera con Chile, en lugar de un corredor cedido a Bolivia que se termine interponiendo³⁶.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES DE CONSULTA

El presente trabajo, está basado en la obra de investigación elaborada por el mismo autor denominada “El peligro de guerra con Perú: una mirada retrospectiva y exigencias futuras”, realizada para la Academia de Historia Militar en el año 2014.

LIBROS.

- ARANCIBIA, Patricia y de la MAZA, Isabel, “Matthei. Mi testimonio”, año 2003, la Tercera Mondadori.
- ARANCIBIA, Roberto, “Una introducción a la historia militar”, Academia de Historia Militar, Salesianos Impresores S.A., primera edición 2015.
- ARANCIBIA, Roberto, “Breve historia militar de Arica,” Biblioteca Militar, Comandancia en Jefe del Ejército, Departamento Comunicacional.
- BELMONT, Ricardo, “Los once días del Perú”, año 2013, Biblioteca Nacional de Perú.
- CARVAJAL, Patricio, “Charaña: un acuerdo entre Chile y Bolivia y el tercero en discordia”, Empresa editora Arquén Ltda.
- “Chile-Bolivia: breve historia de sus controversias”, Academia de Historia Militar, 2014.
- Historia de la VI División de Ejército, 1989.
- INFANTE F., Demetrio “Confidencias limeñas, Charaña, espionaje y algo más”, Catalonia, 2014.
- JOHNSON, Paul “Tiempos Modernos: la historia del siglo XX desde 1917 hasta la década de los 80”, Javier Vergara Editor.
- MARTÍN, Juan, “La Revolución Peruana: Ideología y Práctica Política de un Gobierno Militar 1968-1975”, Universidad de Sevilla, 2002.
- OYARZÚN, María, “Augusto Pinochet. Diálogos con su historia” 1999, Editorial sudamericana.
- RODRÍGUEZ, Elizondo José, “CHILE-PERÚ: El siglo que vivimos en peligro” La Tercera-Mondadori, mayo de 2004.

³⁶ISRAEL, Ricardo. Revista Ercilla, 13 de junio de 2011. “¿Qué esperar de Ollanta Humala?”

La Movilización de 1975. El Ejército en la crisis con el Perú

- SALGADO, Juan e IZURIETA, Oscar, “Las relaciones bilaterales chileno-peruanas contemporáneas: un enfoque realista.” 1992, Biblioteca Militar, Comandancia en Jefe del Ejército, Departamento Comunicacional.
- ZIMMERMANN, Augusto, “El Plan Inca, objetivo: revolución peruana”, Empresa editora del diario oficial El Peruano.

REVISTAS, DIARIOS Y SUPLEMENTOS.

- ALAM, Marcela y FREY, Rodrigo, “Chile y la hora del comandante Ollanta” La Tercera suplemento Reportajes, 02 de abril de 2006.
- ARANCIBIA, Patricia. “CHILE-PERÚ: una década de tensión.” Serie histórica, La Segunda, 24 de agosto de 2007.
- ARANCIBIA, Roberto. (2006). “La Movilización de 1920.” Anuario de la Academia de Historia Militar.
- Boletín de Inteligencia diario del Regimiento N° 1 Soberanía.
- COLLAO, Pablo y GONZÁLEZ René. “El poder de Perú, Argentina y Bolivia: las compras militares de los vecinos,” La Segunda digital 30 de marzo 2013.
- FUENTES Oscar, “La Crisis con Perú 1973-1975”, trabajo de investigación del Diplomado de Historia Militar, septiembre de 2006.
- Memoria para optar al título de oficial de Estado Mayor, “Estudio y proposición de un nuevo despliegue de paz del Ejército, a la luz de las constantes estratégicas nacionales”, Academia de Guerra del Ejército.
- OLIVARES, Lilian. “Las Memorias del general Odlanier Mena”, La Segunda, 22 de septiembre de 2012.
- RODRIGUEZ, Elizondo, “Chile-Perú: El siglo que vivimos en peligro”, capítulo “Luces contradictorias desde USA”.

DOCUMENTOS DE ARCHIVOS HISTÓRICOS.

Se hace presente que una cantidad considerable de fuentes consultadas pertenecen al Archivo General del Ejército, razón por la cual, al ser documentos que aún no han sido desclasificados, no fueron señalados en el presente trabajo.

PROGRAMAS DE RADIO Y T.V.

- Tolerancia Cero, Canal Chilevisión, 22 de abril de 2012.
- Radio Agricultura, “Las cosas por su nombre”, 20 de agosto de 2014.

SITIOS INTERNET

- www.bradanovic.blogs el 3 de noviembre de 2014.
- www.elmostrador.cl Cultura+Ciudad, de 8 de junio de 2015 “Condecoran a escoceses que rechazaron reparar aviones usados para el Golpe”.
- www.portalnet.cl Crisis de los 70 Chile-Perú: la otra casi guerra.

- www.razonyfuerza.mforos.com Historia la Guerra del Pacífico. 27 de noviembre 2013
- www.semanarioelpoder.pe El día que Velasco quiso invadir Chile.

OTROS

- ANDINA.COM.PE. Sin autor, (10 de septiembre de 2014).
- DEFENSA.COM. (30 de diciembre de 2014).
- EL MERCURIO. Sin autor, (30 de diciembre de 2014).
- El peruano.com.pe (18 de julio de 2015)
- El peruano.com.pe. (19 de diciembre de 2014).
- INFODEFENSA.COM. Sin autor, (24 de noviembre de 2014).
- INFODEFENSA.COM. Sin autor, (14 de enero de 2015).
- INFODEFENSA.COM. Sin autor. (22 de noviembre 2014).
- ISRAEL, Ricardo. Revista Ercilla del 13 de junio de 2011. ¿Qué esperar de Ollanta Humala?
- LARAZÓN.COM.PE. Sin autor. (1 de agosto de 2012).
- LEYTON, Cristian. ELMOSTRADOR.CL, (1 de agosto de 2012). Post Haya: ¿fin de los conflictos territoriales con Perú?
- MARCHESSINI, Alejo. INFODEFENSA.COM. (4 de septiembre de 2014).
- MORENO Rafael. Declaración del ex ministro de RR.EE. El Mercurio del 22 de abril de 2012.
- RODRÍGUEZ Elizondo José. ELMOSTRADOR.CL “Política Exterior Chilena: La Diplomacia que la Corte se llevó”, (15 de abril de 2015).
- Seminario: La Guerra Fría y sus derivaciones en el pensamiento estratégico militar contemporáneo, realizado en la Academia de Guerra del Ejército el 04. SEP.2018.